



INDIFERENCIA

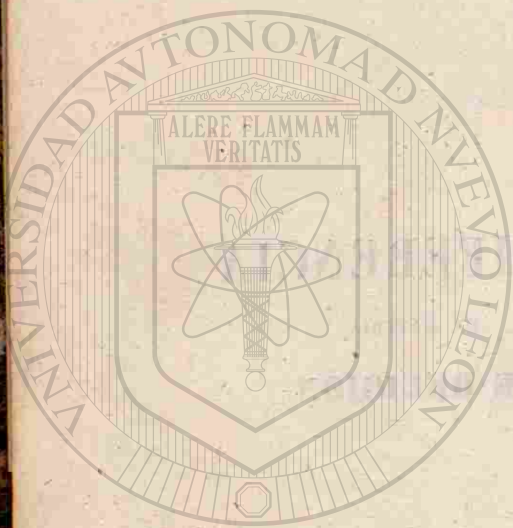
EN MATERIA

DE RELIGION.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ENSAYO
SOBRE
LA INDIFERENCIA
EN MATERIA DE RELIGION.

OBRA ESCRITA
POR **F. DE LA MENNAIS**, PRESBITERO,

Y TRADUCIDA DE LA CUARTA EDICION FRANCESA

Por Fr. José María Taso de la Pega,

DOCTOR EN SAGRADA TEOLOGIA, Y LECTOR EN S. FRANCISCO
DE LA OBSERVANCIA DE CADIZ.

REVISTA, COTEJADA, Y CONTINUADA SOBRE LA
OCTAVA EDICION

POR **DON J. M.**,

DOCTOR TEOLOGO DEL CEMIO Y CLAUSTRO DE LA
UNIVERSIDAD DE ALCALA

Impius, cum in profundum venerit... contemnit.
PROV. XVIII, 5.

TOMO SEGUNDO.

PARIS, | MEJICO,

LIBRERIA DE ROSA. | LIBRERIA DE GALVAN.

1835.



FONDO ESPECIAL
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

44866

Capilla Alfonso

1844

LA MENNAIS



INDIFFERANCI



BT33

L3

v. 2

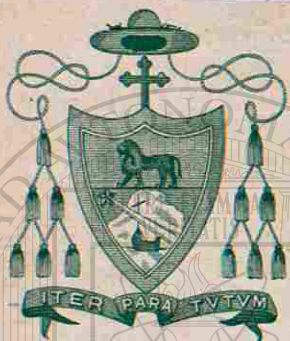
008197

7

Ignacio



1080014807



EX LIBRIS

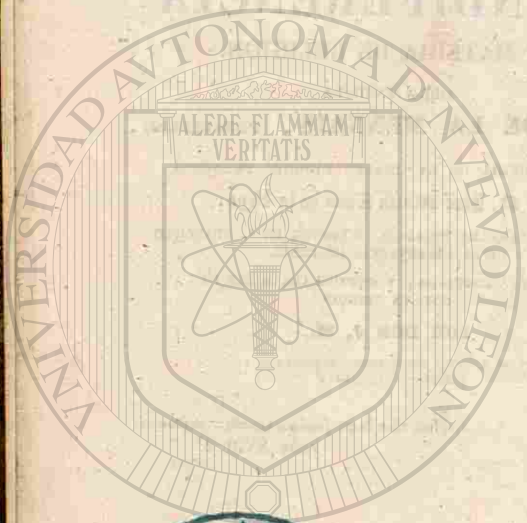
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

BT 33

L3

V. 2



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

44884



Capilla Alfonso

ENSAYO

SOBRE

LA INDIFERENCIA

EN MATERIA DE RELIGION.

PARTE SEGUNDA.

IMPORTANCIA DE LA RELIGION.

CAPITULO PRIMERO.

REFLEXIONES SOBRE LA DEMENCIA DE AQUELLOS QUE SIN RACIOCINAR SOLO SON INDIFERENTES POR INDOLENCIA Y PEREZA. EXPOSICION DE LOS UNICOS PRINCIPIOS EN QUE SE PUEDE FUNDAR LA INDIFERENCIA QUE NACE DEL RACIOCINIO.

Subiendo de edad en edad hasta el origen del género humano, se encuentra establecida en todos los pueblos la creencia de un Dios y de una vida futura. En esta creencia, única sancion de todas las obligaciones, que por sí sola afirma y

II.

008197

defiende el orden y las leyes, se apoya y descansa la sociedad, la cual se desmorona y destruye luego que se toca á aquella. Sin embargo, tarde ó temprano llega una época en que el lujo deprava y corrompe las costumbres, y la filosofía la razon. Llegó esta época á los Griegos en tiempo de Pericles; á los Romanos, un poco antes del siglo de Augusto. Se vió aparecer una nube de sofistas, que esforzándose á hacer que la ciencia sirviese como esclava á las pasiones, pusieron desvergonzadamente los desvarios de su espíritu extraviado en el lugar propio de las tradiciones primordiales. A fuerza de sutilezas y de vanos discursos, confundieron todas las ideas, obscurecieron todas las nociones, y debilitaron todas las creencias. Ya el mundo no podia mas, cuando de repente, aclarándose y desenvolviéndose á la voz de Dios la antigua fe en un pueblo, encargado especialmente de conservar este depósito, volvió á tomar gloriosamente posesión del universo. Se promulgaron nuevos dogmas; pero derivándose estos de los primitivos, pertenecian, al menos implícitamente á la fe primitiva. Se cumplen profundos misterios; pero estos

misterios anunciados al primer hombre, revelados con mayor claridad á sus descendientes, se esperaban y presentian por todo el género humano. No nacia el Cristianismo; crecía. Todo está enlazado, todo se encadena así en la historia, como en los dogmas de la Religion. Las naciones comienzan y acaban, desaparecen con sus costumbres, leyes, opiniones y ciencias; solo una doctrina permanece, siempre creída á pesar del interes que las pasiones tienen en no creerla; siempre invariable en medio de este rápido y perpetuo movimiento; siempre impugnada y siempre justificada; siempre al abrigo y á cubierto de las variaciones que los siglos introducen en las instituciones mas sólidas, y en los sistemas mas acreditados; siempre mas admirable y cada vez mas admirada, á proporcion que mas se la examina; el consuelo de los pobres y la esperanza mas dulce de los ricos, el ámparo y defensa de los pueblos y el freno de los reyes; regla del poder que ella modera, y de la obediencia que santifica; el gran pacto de la humanidad*, por el que

* En el original se lee *la grande Charte de l'humanité*: he

la justicia eterna, no queriendo que ni aun el mismo crimen quede sin esperanza y proteccion, estipula y empeña su misericordia en favor del arrepentimiento: doctrina tan humilde como profunda, tan sencilla cuanto elevada y magnifica; doctrina que subyuga los ingenios mas poderosos por su sublimidad, y se proporciona por su claridad á los mas cortos talentos; en fin doctrina indestructible que resiste á todo, que de todo triunfa asi de la violencia como del desprecio, lo mismo de los sofismas que de los cadalsos y que, fortalecida por su antigüedad, sus pruebas victoriosas y sus beneficios, parece reina sobre el espíritu humano por derecho de nacimiento, de conquista y de amor.

Esta es la Religion que han escogido ciertos hombres para que sea el objeto de su indiferencia. No se juzga digno ni aun de ocupar un instante el pensamiento lo que Bossuet, Pascal, Fenelon, Descartes, Newton, Leibnitz, Euler creyeron despues del exámen mas atento, y dió

traducido el pensamiento, cuya metáfora está tomada de la Carta constitucional de Francia á que el autor hace alusion. (N. D. T.)

materia á sus continuas meditaciones. Se figuran que, menospreciando el Cristianismo sin conocerle, se elevarán sobre cuanto se ha visto mas grande en la tierra en virtud y talento, por espacio de diez y ocho siglos; y pagados ridiculamente de un desden indolente para con la verdad, cualquiera que ella sea, se llenan de orgullo porque piensan elevarse, guardando la neutralidad de la ignorancia entre la doctrina que ha formado un Vicente de Paulo y la que ha producido un Marat.

Todo se desea y quiere saber, menos si hay ó no un Dios, si á esta vida corta ha de seguir otra durable, si no hay mas obligacion que la de seguir sus apetitos, ó si por el contrario se les debe arreglar á una ley fija y divina. Han llegado á descubrir algunos hombres que todo les interesa menos su salud eterna. Dicen que no tienen tiempo para pensar en esto; pero lo tienen de sobra al punto que se trata de satisfacer el antojo mas frívolo. Tienen tiempo para los negocios y placeres, pero les falta para examinar si hay un cielo ó un infierno. Tienen tiempo para instruirse en las futilidades mas vanas de este mundo, donde no pasarán mas que un dia, y no

lo tienen para asegurarse si existe otro que, desventurados ó dichosos, han de habitar eternamente. Tienen tiempo para cuidar y regalar un cuerpo que va á disolverse, y no lo tienen para informarse si encierra una alma inmortal. Tienen tiempo para ir lejos á convencerse por sus ojos si existe un animal raro, una planta curiosa; y no lo tienen para convencer su razon de la existencia de un Dios. ¡O ceguedad inconcebible!.. ¿quién no exclamará con Bossuet: « ¡ Qué! el encanto de los sentidos es tan fuerte, que nada podemos ver mas allá? »

En efecto, esta falta absoluta de prevision, esta seguridad estúpida con que se precipitan á un porvenir desconocido y sin términos, ¿no es evidentemente la señal de haber perdido el juicio? Todo el género humano atestigua la existencia de una ley que no se puede violar impunemente; y sin creer su testimonio, sin desmentirle, fiándose en un miserable *puede ser*, se admiten todas las consecuencias de una oposicion formal á esta ley, y se crean y forman á si mismos de una vez, por su indolencia dos fatalidades, la del delito y de la desgracia.

Se han visto hombres atormentados, reirse y danzar sobre el cadalso; mas era inevitable la muerte que despreciaban, nadie podia excusársela. En la necesidad invencible de morir, resistian é insultaban á la naturaleza, y encontraban una especie de consuelo feroz en asombrar al pueblo, con el espectáculo de una alegría mil veces mas horrorosa que las angustias del temor y las agonias de la desesperacion. Mas lo que nunca se ha visto, ni se verá jamas es, que un hombre incierto si su cabeza va á caer dentro de pocas horas bajo la hacha del verdugo, y estando seguro de salvarse solo con querer convencerse de la realidad del peligro que le amenaza, permanezca tranquilo en esta duda espantosa, y prefiera á la vida, algunos instantes de placer, y aun de tedio, que van á terminarse muy pronto con un suplicio terrible y deshonoroso. Por mucho menosprecio que se afecte de una existencia pasajera y cargada de dolores, no es tan fácil desasirse y desentenderse de ella; no hay apatía tan profunda, de la cual no se despierte con el anuncio, con la sola idea de una muerte cercana. ¿Qué digo yo? todo lo que nos toca, sea en la

salud, sea en los bienes, en las diversiones, ó en las opiniones, ó en las cosas á que estamos acostumbrados, nos conmueve, nos inquieta, nos hace salir fuera de nosotros mismos, y nos inspira una actividad infatigable; y ¿nada hemos de mirar con indiferencia mas que el cielo, el infierno y la eternidad?

Sepan al menos, los que viven tranquilos en esta indiferencia monstruosa, ó que se engrienen con ella, lo que pensaba uno de aquellos hombres, que parece han nacido, por la prodigiosa superioridad de su talento, para ensanchar los límites de la inteligencia humana.

« La inmortalidad del alma es una cosa que nos importa tanto, que nos interesa tan profundamente, que es necesario haber perdido todo sentimiento, para tener por indiferente saber ó ignorar lo que esto es. Todas nuestras acciones y todos nuestros pensamientos deben tomar caminos tan diversos, segun que hay ó no bienes eternos que esperar, que es imposible dar un paso con sentido y juicio, que no se arregle con concepto á este punto que debe ser nuestro último objeto.

« Asi nuestro primer interes y nuestra primera obligacion, es ilustrarnos sobre esta materia de la cual depende toda nuestra conducta. Y he aquí por que, aun en los que no están persuadidos, hallo una extrema diferencia entre aquellos que trabajan con toda su fuerza en instruirse, y los que viven sin dárselos nada, ni pensar en ello.

« Solo me inspiran compasion aquellos que gimen sinceramente en esta duda, que la miran como la última desgracia, y que, nada omiten para salir de ella, ocupándose principalmente y con la mayor seriedad en esta averiguacion. Pero considero de un modo muy diverso á aquellos que pasan sus dias sin pensar en este último fin de la vida, y que por la sola razon de que no se encuentran en sí mismos con luces que los persuadan, dejan de buscarlas en otra parte, y de examinar á fondo si esta opinion es de aquellas que el pueblo adopta por una crédula simplicidad, ó de las que, aunque obscuras en sí mismas, tienen sin embargo un fundamento solidísimo. Esta negligencia en un negocio en que se trata de ellos mismos, de su

« eternidad, de su todo, me irrita mas que me
 « enternece, me maravilla y espanta: es para mi
 « un monstruo. No digo yo esto por el celo pia-
 « doso de una devocion espiritual; pretendo por
 « el contrario, que el amor propio, el interes
 « humano, la mas simple luz de la razon, debe
 « inspirarnos estos sentimientos. No es necesario
 « para esto ver mas que lo que ven las personas
 « menos ilustradas.

« No es preciso tener una alma muy elevada
 « para comprender que no se encuentra aqui sa-
 « tisfaccion sólida y verdadera; que todos nues-
 « tros placeres no son mas que vanidad, y nues-
 « tros males infinitos, y que en fin la muerte que
 « nos amenaza á cada instante, nos ha de poner
 « dentro de pocos años, y puede ser dentro de
 « pocos dias, en un estado eterno de dicha, de
 « infelicidad ó de anonadamiento. Entre noso-
 « tros y el cielo, el infierno, ú la nada, no media
 « mas que la vida que es la cosa mas frágil del
 « mundo; y no siendo el cielo ciertamente para
 « aquellos que dudan si su alma es inmortal, no
 « tienen que esperar mas que el infierno ú la
 « nada.

« No hay cosa que sea mas cierta que esto
 « ni mas terrible. Echémosla cuanto queramos de
 « guapos, este es el fin que aguarda á la mas
 « buena vida del mundo.

« En vano apartan su pensamiento de esta eter-
 « nidad que les espera, como si por no pensar en
 « ella pudiesen aniquilarla. Ella subsiste á pesar
 « suyo, se acerca; y la muerte que la ha de abrir
 « la puerta, los pondrá infaliblemente dentro de
 « poco tiempo en la necesidad horrible de ser, ó
 « aniquilados, ó infelices para una eternidad.

« He aquí una duda de una consecuencia ter-
 « rible, y ya es seguramente un mal grandísimo
 « estar en esta duda; mas al menos, cuando se
 « está en ella, es una obligacion indispensable in-
 « quirir la verdad. Asi el que duda y no la busca,
 « es á un tiempo muy injusto y muy desgracia-
 « do: y si en tal estado se halla tranquilo y sa-
 « tisfecho, si hace profesion de él, en fin, si se
 « jacta, y en tal situacion si en ella misma halla
 « motivos de gozo y vanidad, no encuentro tér-
 « minos para calificar una criatura tan extrava-
 « gante.

« ¿Dónde se pueden adquirir ó tomar estos

« sentimientos? ¿Qué motivo de gozo se encuentra en no esperar mas que miserias irremediabiles? ¿Qué materia de vanidad en verse rodeado de impenetrables obscuridades? ¿Qué consuelo en no esperar jamas consolador?

« El reposo en esta ignorancia es una cosa monstruosa, y cuya estupidez y extravagancia es necesario hacer conocer á aquellos que pasan así su vida, haciéndoles ver lo que pasan en ellos mismos, para confundirles con la vista de su locura. Porque he aquí como discurren los hombres, cuando se determinan á vivir en esta ignorancia de lo que son, y sin buscar ilustracion alguna.

« Yo no sé quien me ha puesto en el mundo, ni que cosa es el mundo, ni lo que yo mismo soy. Me hallo en una terrible ignorancia de todas las cosas. Yo no sé que es mi cuerpo, ni mis sentidos, ni mi alma: y esta misma porcion ó parte de mi, que piensa lo que yo digo, y que hace reflexion sobre todo y sobre si misma, no es mas conocida que lo demas. Yo veo estos asombrosos espacios del universo que me encierran, y me encuentro pegado á un

« rincón de esta vasta extension, sin saber porque estoy colocado en este lugar mas bien que en otro, ni porque el poco de tiempo que se me ha dado para vivir, se me ha asignado en este punto, y no en ninguno otro de la eternidad toda que me ha precedido, y de toda la que me ha de seguir. Yo no veo mas que infinitos por todas partes que me tragan como un átomo, y como una sombra que no dura mas que un instante sin esperanza de vuelta. Todo lo que yo conozco es que he de morir muy pronto; y lo que más ignoro es esta misma muerte que no puedo evitar.

« Como no sé de donde vengo, tampoco donde voy; y solo sé que saliendo de este mundo caigo para siempre, ó en la nada, ó en las manos de un Dios irritado, sin saber á cual de estas dos condiciones he de pertenecer eternamente.

« He aquí mi estado lleno de miseria, de flaqueza y obscuridad. De todo esto concluyo que yo debo pasar todos los dias de mi vida sin pensar en lo que me debe suceder, y que nada tengo que hacer mas que seguir mis in-

«linaciones sin reflexion ni inquietud, haciendo todo lo que es necesario para caer en la «desgracia eterna, caso que lo que se dice sea «verdad. Tal vez podria encontrar en mis dudas alguna ilustracion; mas yo no quiero tomarme este trabajo, ni dar un paso para buscarla; y tratando con menosprecio á los que se afanan en esto, yo quiero ir sin prevision ni temor á tentar y probar un acontecimiento tan grande, y dejarme llevar dulcemente á la muerte, en la incertidumbre de la eternidad de mi futura condicion.

«A la verdad es gloria de la Religion tener «por enemigos hombres tan irracionales, y es «tan poco arriesgada para ella su oposicion, «que sirve por el contrario al establecimiento «de las verdades principales que ella nos enseña. Porque la fe cristiana tiene por principal «objeto establecer estas dos cosas, la corrupcion de la naturaleza y la redencion de Jesu «cristo. Así que, si ellos no sirven para mostrar la verdad de la redencion, por la santidad «de sus costumbres, sirven al menos admirablemente para mostrar la corrupcion de la natu-

«raleza, por unos sentimientos tan desnaturalizados.

«Nada hay que importe tanto al hombre «como su estado; nada le es tan temible como «la eternidad. Así no es natural se encuentren «hombres indiferentes á la pérdida de su ser, y «al peligro de una eternidad de miseria. Se «manifiestan muy otros con respecto á las demas cosas; temen hasta las mas pequeñas, las preven, las sienten, y aquel mismo hombre que pasa dias y noches rabioso y desesperado por la pérdida de un empleo ú alguna imaginada ofensa de su honor, es el mismo que sabe va á perderlo todo por la muerte, y sin embargo vive sin inquietud, sin turbacion ni tristeza. Esta extraña insensibilidad hácia las cosas mas terribles, en un corazon tan sensible á las mas leyes, es una cosa monstruosa, es un encanto incomprendible y un letargo sobrenatural.

«Es contra la naturaleza que un hombre encerrado en un calabozo, sin saber si está dada «su sentencia, y no teniendo mas que una hora «para saberlo; pero siendo suficiente esta, si

« sabe que se ha dado para hacerla revocar, emplee aquella hora, no en informarse si está dada la sentencia, sino en jugar y divertirse. « Este es el estado en que se encuentran las personas de que hablamos, con esta diferencia, « que los males de que se ven amenazados son muy distintos de la simple pérdida de la vida, « ó un suplicio pasagero, que es lo que el preso temeria. Sin embargo ellos corren sin cuidado al precipicio, despues de haber puesto cualquier cosa delante para estorbar que sus ojos le vean, y se burlan de aquellos que se lo advierten.

« Así no solo prueba la verdadera Religion el celo de aquellos que buscan á Dios, sino tambien la ceguedad de los que no le buscan, y viven en esta horrorosa negligencia. Es indispensable que haya un extraordinario trastorno en la naturaleza del hombre, para que pueda vivir en este estado, y mucho mas para hacer alarde de él. Porque aun cuando tuviesen una plena certeza de que nada tenian que temer despues de la muerte, mas que volver á la nada : ¿ no sería este un motivo de deses-

« peracion mas bien que de vanidad ? ¿ No es pues una locura inconcebible, no estando seguros, gloriarse de vivir en esta duda ?

« Y sin embargo es cierto que el hombre ha llegado á desnaturalizarse tanto que en esto mismo halla su corazon una semilla, un principio de gozo. Este reposo brutal entre el temor del infierno y la nada, parece tan agradable que, no solo los que están verdaderamente en esta duda desdichada se glorian, sino que, aun aquellos que no lo están, tienen por glorioso y recomendable fingir se hallan en ella. « Porque la experiencia nos hace conocer que la mayor parte de ellos es de este último género ; « hombres que se ponen una máscara, y no son tales, cuales quieren parecer. Han oido decir que las bellas maneras del mundo ; el gran tono, consiste en contrahacer así el atollado. Esto es lo que llaman haber sacudido el yugo ; y la mayor parte no lo hacen mas que por imitar á otros.

« Mas por poco sentido comun que les haya quedado, no es difícil hacerles conocer cuanto se engañan buscando la estimacion por este

« camino..... Si pensasen en ello seriamente,
 « verian.... que nada es mas á propósito para
 « atraerles el menosprecio y la aversion de los
 « hombres, y hacerles pasar por personas sin
 « talento y sin juicio. Y en efecto, si se les pide
 « cuenta de sus sentimientos, y de las razones
 « que tienen para dudar de la Religion, dirán
 « cosas tan débiles, tan triviales, que mas bien
 « persuadirán lo contrario. Esto es lo que les
 « dijo un dia muy al caso cierta persona. Si con-
 « tinuais discurriendo de este modo, les decia,
 « en verdad que me convertiréis. Y tenia razon;
 « porque ¿quién no se horrorizaria de convenir
 « en sentimientos y opiniones con personas tan
 « despreciables?

« Asi aquellos que fingen estos sentimientos
 « son muy desgraciados, violentando su natural
 « para hacerse los hombres mas impertinentes.
 « Si les duele en el corazon de no tener mas lu-
 « ces, que no lo disimulen. Esta declaracion no
 « debe ser vergonzosa. Solo hay vergüenza en
 « no tenerla. Nada prueba mas una debilidad
 « extraordinaria de talento, que no conocer cual
 « es la desgracia de un hombre que no cree en

« Dios. Abandonen pues estas impiedades á
 « aquellos que son tan mal nacidos que son ver-
 « daderamente capaces de ellas; sean al menos
 « hombres de bien, si no pueden todavia ser cris-
 « tianos; y en fin conozcan que no hay mas que
 « dos clases de personas que puedan llamarse
 « racionales: ó aquellos que sirven á Dios de
 « todo su corazon; porque le conocen, ó los que
 « le buscan de todo su corazon, porque todavia
 « no le conocen'.

La mayor parte de los indiferentes no permanecen tales sino porque se figuran mostrar una superioridad gloriosa de razon, menospreciando á la ventura las opiniones y sentimientos vulgares. Se avergonzarian de tener algo de comun con el pueblo, aun la esperanza; y he aquí lo que les impide examinar los fundamentos de su fe. Pero, es necesario confesarlo: ¡Cuán miserable es la vanidad que se alimenta de la ignorancia! Tanto los defensores de la Religion, como sus enemigos están de acuerdo sobre su importancia. Es tan evidente este punto que

ningun incrédulo dogmático lo disputa. ¿En qué pues, aquel que no tiene mas ciencia que un insensato ; *qué me importa!* podrá ser superior al cristiano, cuya creencia, determinada por pruebas positivas, se apoya en un conjunto de hechos y consideraciones, que para ser comprendidas exigen al menos aplicacion, talento y el trabajo de reflexionar ?

Sea lo que fuere, el indiferente, tan incapaz de negar cosa alguna como de afirmarla, se duerme entre estas dos dudas : es posible que la Religion sea verdadera ; es posible que sea falsa. Despues de haber formado estas dos proposiciones contrarias, su poderosa razon, en vez de deducir las consecuencias y pesar su valor, se para y reposa en la dulce contemplacion de su fuerza y grandeza.

Podrian desde luego advertir que, aun antes de toda discusion y exámen, estas dos proposiciones generales no ofrecen, ni en mucho, el mismo grado de verosimilitud. Porque no hay persona que no vea que, si la Religion cristiana fuese falsa, su existencia prolongada por diez y ocho siglos, la victoria que ha conseguido sobre

las opiniones, las costumbres, las leyes, las pasiones, los hábitos y usos de tantos pueblos diversos y rivales, el imperio que no ha dejado de ejercer sobre los talentos mas penetrantes y las cabezas mas reflexivas, seria el fenómeno moral mas extraordinario é inexplicable que jamas pudo verse ni oirse. Error en efecto maravilloso, que no seduce menos una razon fria y severa, que una alma sensible y las imaginaciones mas ardientes ; que se apodera del hombre y de todos los hombres, combatiendo sin cesar sus apetitos, error que favorece y apresura los progresos de la verdad en todos los ramos de los conocimientos humanos ; error del cual nacen virtudes innumerables, hasta entonces desconocidas ; error en fin que sucediendo á las especulaciones tan celebradas y sin embargo tan estériles de la filosofia antigua, y propagándose súbitamente por todo el universo conocido, y en el siglo mas ilustrado, rectifica todas las ideas recibidas, purifica todos los principios, perfecciona los métodos del ræiocinio, crea, y no digo mucho, las ciencias intelectuales y fisicas, logra abolir todas las preocupaciones enemigas

del hombre, santifica las costumbres y suaviza las leyes, une los pueblos con vínculos sagrados, pone el amor donde no habia mas que odio, protege á un tiempo al poderoso y al flaco, el gobierno y el súbdito, tempera la dominacion, afirma la obediencia, y produce por su efecto propio y necesario, la perfeccion del órden social.

Con todo, yo permito que se tenga por igualmente dudosas, la falsedad de la Religion cristiana y su verdad. No tengo necesidad para demostrar con evidencia la locura de los indiferentes, mas que de sus propias máximas, y me basta desenvolver esta proposicion que ellos admiten: es posible que la Religion sea verdadera; porque esta sola proposicion encierra todas las siguientes:

Es posible que haya un Dios remunerador y vengador.

Es posible que mi alma sea inmortal.

Es posible que el soberano Ser haya revelado á los hombres verdades que no pueden comprender perfectamente aquí abajo, y les haya impuesto obligaciones, cuya razon no perciben claramente.

Es posible que yo esté obligado rigorosamente á creer estas verdades, y á practicar estas obligaciones.

Es posible que si yo creo y obro, goce de una felicidad infinita y eterna, por premio de mi obediencia.

Es posible finalmente, que si me niego á obrar y creer, sea eternamente castigado con suplicios horrosos.

No, no temo afirmar que, permanecer voluntariamente en esta duda terrible, complacerse en ella, desechar la esperanza de una felicidad infinita, y entregarse de propósito y con conocimiento (si la Religion es verdadera como se confiesa puede serlo) á unos tormentos, cuya idea sola hiela de horror la imaginacion; es un delirio inexplicable, una demencia, un furor que no tiene nombre. Porque, aun suponiendo nuestros intereses presentes en contradiccion con los futuros, y la necesidad de sacrificar unos ú otros, todavía no se debería, obrando prudentemente, dudar en la eleccion. Obsérvese que se presentan aquí la eternidad por un lado, y por el otro un momento apenas perceptible,

una sombra, menos que esto, *el sueño de una sombra*, dice Pindaro.

Cuando pues esta vida fugitiva no fuese, para el hombre religioso, mas que un padecer continuo, y para el indiferente un placer sin mezcla de disgusto; aquel sufrimiento pasajero, este placer que huye, no podrian balancear un instante á los ojos de la razon, la consideracion poderosa de la eternidad. Cualquiera que, antes que perder un deleite pasajero, prefiere exponerse á ser desgraciado para siempre, merece serlo, y no tiene derecho mas que al menosprecio que inspira toda pasion ciega y brutal.

Cuando se considera desde una cierta altura, los objetos en que se ejercita de ordinario la actividad del espíritu humano, asombra la estrechez del círculo en que voluntariamente se encierra, y que tan poca cosa pueda divertir su curiosi-

Ἐπάμφοι, τί δέ τις; τί δ' οὐτίς;
Σκῆς ἕναρ ἀνθρώποι.

PINDAR. *Pyth.* VIII, *epod.* v.

El autor del *Methnevi*, poema persiano, llama este mundo *Fantasma de un sueño*; es con corta diferencia lo que dice Pindaro.

dad, y burlar el deseo infinito de conocer que le devora. No sé, haya cosa alguna que mas haga conocer la miseria del hombre, que esta facilidad asombrosa de contentarse y pagarse de algunas distracciones frívolas, teniendo una capacidad inmensa para la verdad. El la ama naturalmente; un instinto irresistible le obliga á buscarla sin descanso: ella es su fin, su reposo y su felicidad; y nada hay con todo eso que pueda hacer sus veces. Yo no hablo ni del pobre pueblo sumergido en los trabajos del cuerpo, ni del rico que se agita en el vacío de los placeres: hablo si de aquellos que recibieron del cielo además de los sentimientos nobles una condicion independiente. ¿Qué pensais que ocupa habitualmente su pensamiento? ¿El ser eterno, las leyes inmutables que ha establecido? ¡Ay! No; ellos pasarán su vida en combinar palabras, en estudiar las relaciones de los números, las propiedades de la materia; nada mas se necesita para saciar y satisfacer estas inteligencias poderosas. ¿A qué hablar de Dios á este sabio que llena el mundo con la fama de su nombre? ¿Cómo quereis que os escuche? ¿No veis que en este instante tiene

todo su talento ocupado en la descomposicion de una sal que hasta ahora ha resistido al análisis? Esperad á que haya hecho conocer al universo un nuevo ácido: entonces tal vez se os concederá hablarle del Ser infinito que ha creado, como jugando, el universo y cuanto en él se contiene. Este otro compone una historia, un poema, una pieza de teatro, una novela ú romance, de lo cual se figura que depende su gloria: no le turbeis, es preciso que se apresure, porque la muerte se acerca; ¡y qué dolor tan sin consuelo no sería, si llegase antes de haber dado la última mano á su reputacion! Es verdad que no conoce su propia naturaleza, el lugar que ocupa en el órden de los seres, su destino futuro, lo que puede esperar ni lo que debe temer; no sabe si hay un Dios, una verdadera Religion, un Cielo, un infierno; mas ya ha mucho tiempo que tomó su partido sobre todas estas cosas; no se inquieta, ni piensa en ellas; dice, esto no está claro; y partiendo de este principio, obra como si fuese evidente que estos dogmas no son mas que desvarios.

Si pudiésemos libramos del infierno, no pen-

sando en él; encontraria yo una razon á esta indolencia prodigiosa. Mas por el contrario, no pensar en él, es el camino mas seguro para ir en derechura. Este es el mismo delito que Dios castiga allí y con mucha justicia, apartar el espíritu de la verdad y ser indiferente para con ella; porque si bien se mira, se verá que esta pretendida indiferencia no es en el fondo mas que odio.

En esto apelo sin temor á la experiencia general, apelo á la conciencia misma del indiferente: ¿no es verdad que siente una repugnancia extrema hácia todo lo que le recuerda la Religion, sus amenazas y promesas? ¿No es verdad que interiormente quisiera fuese falsa? ¿No es verdad que siempre ha huido la ocasion de instruirse, por un secreto temor de verse convencido ú al menos turbado por las pruebas numerosas en que ella se apoya? ¿No es verdad que se contrista é irrita siempre que, en una de estas disputas que no se pueden evitar en todas ocasiones, se presenta en favor del Cristianismo, un argumento, al cual nada puede replicar que sea digno de atencion? ¿No es verdad que por el contrario,

las objeciones que se oponen contra aquel, le regocijan, y tanto mas vivamente, cuanto mas embarazosas y fuertes aparezcan? ¿Y qué otra cosa es todo esto, mas que odio á la verdad, y por consiguiente odio á Dios, que es la verdad suprema? ¿Hay pues motivo para sorprenderse de que el Señor aleje de sí á los que le aborrecen? ¿Qué otra suerte podian prometerse estos desventurados?

No se debe buscar la causa de una disposicion tan deplorable, en otra parte que en el orgullo y en la corrupcion del corazon. El hombre aborrece toda sujecion, y la Religion enfrena todos sus apetitos. Cansado de su austero yugo, trata de romperle ú al menos de huirle el cuerpo. Amontona al rededor suyo distracciones, se aturde, se embriaga en placeres y sofismas, para sofocar con menos remordimiento la verdad que le importuna; al modo que un asesino, nuevo en su profesion, se embriaga antes de cometer el homicidio. Su indiferencia para con los dogmas nace de su aversion á las obligaciones; si no temiese estas, admitiria gustosamente aquellos; pero sabiendo que no se puede sepa-

rar la regla de la fe de la de las costumbres, busca la independenciam de las acciones en la de los pensamientos. Desea dudar y duda; quiere á todo precio no creer, y su razon trabaja incesantemente en aniquilarse á si misma: lo que es un verdadero suicidio moral, mil veces mas criminal que el que solo destruye el cuerpo.

Que el bruto, privado de reflexion, viva y muera sin inquietarse por lo futuro, nada tiene de extraño; porque esta indolencia es condicion suya natural y necesaria. Mas lo que confunde y asombra, é inspira tal horror que no quedan palabras para expresar tan profunda degradacion, es, ver al hombre, dotado de facultades incomparablemente mas nobles, capaz de elevarse á la idea de Dios y abrazar lo infinito con su pensamiento, sus deseos y esperanzas, precipitarse de esta altura á la condicion vil de las bestias, imitarlas no conociendo como ellas mas que necesidades y apetitos, y envidiarlas hasta la nada en que han de caer, renunciando á la herencia inmortal que le señaló el Criador.

La indiferencia ciega pues, es, sin contra-

dicción, el estado de mas envilecimiento en que una criatura racional puede caer. El único caso en que el hombre prudente podria permanecer indiferente sobre la Religion, seria aquel en que no tuviésemos ningun interes en saber si era verdadera ó falsa, ni medio de asegurarnos. En otros terminos, es necesario, como observa M. de Bonald, que los indiferentes supongan, que no hay en la Religion, considerada en general y en todas sus diferencias, ni verdadero ni falso; ó que si lo hay en la Religion como en cualquiera otra cosa, el hombre no tiene medio alguno para distinguirlos, ó que en fin la Religion, sea verdadera, sea falsa, es igualmente indiferente al hombre.

« La suposición, » continúa el mismo autor, « de que todas las religiones son indiferentes, no se puede sostener en buena filosofía. No hay filosofía sin un primer principio, causa de todos los efectos físicos y morales; así como no puede haber aritmética sin una primera *unidad*, madre de todos los números; ni geometría sin un primer *punto*, del que nacen líneas, superficies y sólidos. ¿Y cómo es posible suponer

« que no hay verdadero ni falso en religiones opuestas entre sí, pero que sin embargo son en todo la relación verdadera ó falsa de Dios al hombre y del hombre á su semejante, la razón del poder, la regla del deber, la sanción de las leyes, la base de la sociedad, cuanto hay verdadero y falso en todo cuanto los hombres tocan con su razón ó sus pasiones; cuando hay verdadero y falso en todo, aun *en la ópera*, y hasta en los objetos mas frívolos de nuestros conocimientos y de nuestros deleites? ¿Y si hay verdadero y falso, orden y desorden en las diferentes religiones consideradas en general, es posible suponer en buena filosofía que aquel Ser, que es la inteligencia y la verdad suprema haya rehusado á los hombres, que son tambien seres inteligentes, capaces de conocer y elegir, de amar y aborrecer, todo medio de distinguir lo verdadero de lo falso en las relaciones que tienen con él? Entonces, ¿para qué les habria dado este ardor desmedido de conocer, y les habria permitido descubrir las relaciones que tienen hasta con las cosas insensibles? Y si el hombre puede distinguir el

« bien y el mal en las diversas religiones, ¿cómo se ha de suponer que pueda quedar indiferente á la verdad y al error aquel que no debe serlo en cosa alguna, y en quien la indiferencia es el carácter mas marcado de la estupidez? »

Estas cortas observaciones del filósofo mas profundo que ha aparecido en Europa despues de Malebranche, hacen ya ver muy claramente lo absurdo que son los únicos principios en que pueda fundarse la indiferencia de religiones. Sometiendo de nuevo estos principios á un exámen riguroso y por partes, esperamos dejar sin excusa alguna, á la credulidad que los adopta y á la mala fe que finge adoptarlos. Para esto ni aun necesitamos de talento: el arte es algunas veces necesario para revestir el error de las apariencias de la verdad; pero ¿se quiere restituir á esta su resplandor? Basta apartar el velo con que pretendian cubrirla.

Para que el lector siga cómodamente y con fa-

¹ Sur la Tolérance des Opinions, par M. de Bonald. *Spéculateur français au XIX^e siècle*, tom. IV, pág. 72, 73.

cilidad la discusion, conviene tenga de antemano una idea clara y distinta, que conozca el fin á que se dirige, y la senda que le ha de llevar á él. He aquí en pocas palabras, lo que nos proponemos establecer, y el orden con que lo estableceremos.

Se dice que la Religion, verdadera ó falsa, es indiferente para el hombre, y nosotros probaremos que, supuesta la existencia de una Religion verdadera, esta Religion es de infinita importancia para el hombre, ya sea considerado individualmente, ya sea en sociedad con sus semejantes y con Dios: de donde se sigue que hay un interes infinito en cerciorarse si hay en efecto una verdadera Religion, y por consiguiente hay, ó es, infinita locura mantenerse con respecto á esto en la indiferencia. Para aclarar nuestros principios, aplicándolos á una Religion conocida, supondremos además, que el Cristianismo es esta Religion verdadera, cuya importancia se pretende mostrar.

Se dice que todas las religiones son indiferentes en sí mismas; y nosotros probaremos que ninguna

religion es indiferente en sí, ó que en toda religion hay bien ó mal, verdad ó error; que existe ó hay necesariamente una Religion verdadera, es decir, una Religion de una verdad ó de una bondad absoluta, y que no hay mas que una sola, de donde se deduce la obligacion de abrazarla, si es posible reconocerla,

Se dice que, si existe una Religion verdadera, no tiene el hombre medio alguno para discernirla de las falsas; y nosotros probaremos que en todos tiempos, los hombres han tenido un medio fácil y seguro de reconocer la Religion verdadera, de lo que resulta que la indiferencia no solo es un estado contrario á la razon, sino tambien criminal.

Cada uno sin duda quedará constituido juez, para decidir por sí, de la fuerza de las pruebas que vamos á desenvolver y aclarar. A nadie disputamos este derecho natural. Mas cualquiera que rehusase examinar los fundamentos de la indiferencia, no podría contarse entre los indiferentes dogmáticos. Se colocaría, por solo esto, en el número de aquellos insensatos quienes, queriendo á todo trance confundir los terrores de

la conciencia con la repugnancia de la razon, temen mirar cara á cara la verdad, y se forman contra ella un triste baluarte de tinieblas, débil defensa para los remordimientos.

CAPITULO II.

IMPORTANCIA DE LA RELIGION CON RESPECTO AL HOMBRE.

La felicidad es el fin natural del hombre: él desea irresistiblemente ser dichoso; pero muy á menudo la razon incierta y las pasiones ciegas le extravian y llevan lejos del término á que aspira con un ardor tan vivo. El bruto sometido á leyes

invariables llega con seguridad á su destino. Ningun error, ningun afecto desordenado le separa del fin que le señaló naturaleza; y la muerte, de la cual no tiene ni prevision ni terror, viniendo en el momento en que la decadencia de los órganos no le dejaria recibir mas que sensaciones dolorosas, es aun para él un beneficio.

No sucede así al hombre: habiendo nacido inteligente y libre, para gozar de la felicidad, es necesario que la busque, que se aplique á discernirla de lo que no es mas que la imágen, y que su voluntad la elija libremente; y nunca se aleja mas de ella que cuando, como el animal, no obedece mas que á sus apetitos. Las nobles facultades que degrada, vengando sus derechos ultrajados, le hacen sentir y conocer muy pronto, por la amargura que derraman en sus placeres, que hay para él otra ley que la de los sentidos.

La felicidad de las criaturas consiste en su perfeccion, y cuanto mas se allegan á esta, mas se acercan á aquella. Hasta tanto que llegan, se las ve agitadas, inquietas, porque todo ser que no ha alcanzado la perfeccion que le es propia, ó que no es todo lo que puede y debe ser, está

como de paso y busca el lugar de su descanso, semejante á un viagero que, perdido por regiones extrañas, busca con ansia su pátria. Y es digno de notarse que todos los hombres, dominados sin advertirlo por el sentimiento de esta verdad, unen constantemente á la idea de felicidad, la de descanso, que en sí mismo no es otra cosa que aquella paz profunda, inalterable, de la cual goza necesariamente un ser que ha llegado á su perfeccion, y que S. Agustin llama con admirable propiedad *la tranquilidad del orden*. La Escritura para pintar el lugar espantoso del soberano mal, nos habla de él como de una region desolada, *de una tierra de tinieblas y de muerte, de la cual está desterrado todo orden, y en la que un horror eterno habita*¹.

Siendo relativa la perfeccion de las criaturas á su naturaleza, se sigue que ninguna, y el hombre mucho menos, podria ser feliz sino por una perfecta conformidad con las leyes que resultan de su naturaleza. En una palabra, no hay felici-

¹ *Terram miseræ et tenebrarum, ubi umbra mortis et nullus ordo, sed sempiternus horror inhabitat. JOB. x, 22.*

dad sino en el seno del orden; y el orden es la fuente del bien, como el desorden lo es del mal, tanto en el mundo fisico como en el moral, para los pueblos así como para los individuos; y cuando ellos desconocen esta verdad eterna, sigue el castigo de cerca, proporcionado siempre á la gravedad del desorden; y si este es extremo, si un individuo ó un pueblo se hace, por decirlo así, culpable de un delito capital, violando las leyes fundamentales de su ser, la naturaleza inexorable le castiga de muerte.

Mas para conformarse á las leyes del orden, es necesario conocerlas. Luego ninguna felicidad debe esperar el hombre si no se conoce á sí mismo, ni á las criaturas con quienes tiene relaciones necesarias, es decir, los seres sus semejantes; porque no hay relaciones necesarias ó sociedad, sino entre seres semejantes. Y el hombre efectivamente puede conocer á Dios y conocerse á sí mismo, por consiguiente, tambien las relaciones necesarias que le unen á Dios y á los otros hombres, y que se derivan de la naturaleza del hombre y de la naturaleza de Dios. De otro modo seria un ser contradictorio, pues que teniendo

un fin que es la perfeccion ó la felicidad, no tendria medio alguno de llegar á ella.

Y esto muestra claramente cuan absurda es la doctrina del fatalismo. Porque si las acciones humanas fuesen efecto de una necesidad invencible ó necesitadas, todas se dirigirian necesariamente á la perfeccion del hombre, y seria siempre tan feliz, cuanto le es posible serlo. No hay mas que un ser libre que pueda obrar contra las leyes de su propia naturaleza; y ni la desgracia ni el desórden pueden explicarse sino por la libertad.

La naturaleza que es inmutable, porque no es otra cosa que el órden que Dios ha determinado inmutablemente, prescribe al hombre leyes inmutables como ella; leyes necesarias porque son la expresion de relaciones necesarias; leyes fuera de las cuales no se encuentra ni paz ni felicidad, porque fuera de ellas no hay mas que desórden. Nadie puede señalar su origen, ni nombrar su inventor. Se hacen ellas mismas conocer fácilmente por su antigüedad, por ser universales, por un cierto carácter de sim-

plicidad ó sencillez, fuerza y grandeza, que las distingue esencialmente, y las conserva indestructibles en medio de las revoluciones de las costumbres, y las vicisitudes de las opiniones.

No obstante, seducido el hombre por una falsa ciencia, ó arrebatado por las pasiones, trabaja frecuentemente en substituir á esta legislacion natural otra facticia; lo que es lo mismo que pretender mudar su naturaleza y la de todos los seres sus semejantes. Asi, ya sea que, deseando establecerse arbitrariamente en sociedad con Dios, combine dogmas é invente religiones; ya sea que, queriendo establecerse arbitrariamente en sociedad con los demas hombres, combine formas de gobierno é invente constituciones; su vana sabiduría viene á parar en substituir opiniones á creencias, pasiones á obligaciones, y tanto en el Estado como en la familia y en el individuo, pone la agitacion del desórden y la fiebre del libertinage, en lugar de la tranquilidad del órden: siendo de notar que los mayores males que han afligido al género humano, en todas épocas, han nacido de las consti-

tuciones arbitrarias y de las religiones arbitrarias.

La Religion, la moral, la sociedad, son hechos generales como la gravedad; leyes generales é independientes de nuestras ideas, como las del equilibrio. Todo es perdido desde luego que se las considere como puras abstracciones. En este caso es cuando la filosofía delirando, quiere inventarlo todo en materia de política, moral y religion; al modo de un fisiologista que no viendo en la vida y sus fenómenos mas que un sistema arbitrario, pretendiese inventar un nuevo modo de existencia: los estóicos llegaron efectivamente á este exceso de locura, cuando en la imposibilidad de substraerse á las penas del alma, y los padecimientos del cuerpo, hicieron consistir la felicidad, en la insensibilidad á los dolores físicos y morales, insensibilidad que es incompatible con el modo de existir que es esencial al hombre.

La base en que se apoyan las demas teorías

* No comprende á la nuestra ninguna de estas reconvenciones; pues establece por base la Religion verdadera, y conforme á ella forma y dicta sus leyes. (N. D. T.)

del bien soberano ó sumo, imaginadas en tan gran número por los sabios de la antigüedad * tienen fundamentos más débiles todavía; porque vacías de esperanza, solo consideran al hombre en el estado presente, sin hacer caso de su suerte futura: triste y vana filosofía que viene á estrellarse y deshacerse en el escollo de la muerte.

Conocer, amar y obrar, he aquí lo que compone al hombre. De la armonia de estas facultades y de su perfecto desarrollo, resulta la felicidad del individuo; porque es conforme al orden en un grado eminente, ó á la naturaleza de los seres, que sus facultades se desenvuelvan; y porque todo ser, privado de una de sus facultades naturales, ó en el cual esta facultad esté ociosa, por falta de objeto correspondiente á que pueda aplicarse, se halla en un estado contrario á la naturaleza, por consiguiente en un estado de tormento.

El objeto propio de la inteligencia, ó de la facultad de conocer, es la verdad: luego la igno-

* Varron cuenta doscientas ochenta y ocho.

rancia, que es un estado de imperfeccion, y el error, que lo es de desórden, son contrarios á la naturaleza del ser inteligente é incompatibles con la felicidad.

Así como la verdad es el objeto de la inteligencia, lo bueno lo es del amor, y el amor se deriva de la inteligencia, porque es indispensable conocer el bien antes de amarle, y porque el amor no es otra cosa que el goce ó la fruición íntima de la verdad conocida.

La inteligencia pues es el principio del amor; y este, como principio de accion, se dirige á realizar al exterior su objeto, es decir, el bien ó la verdad: está escrito de la Verdad 'suprema, revestida de nuestra naturaleza por efecto de un amor infinito, que *pasó haciendo bien*'.

Pero el hombre activo por sus sentidos, é inclinado por ellos hácia los objetos materiales, dividido así entre dos amores ó dos voluntades que le impelen violentamente en direcciones opuestas, no podría alcanzar ni disfrutar la paz, sin haber establecido antes el órden entre sus

Transiit benefaciendo, Act. x. 58.

facultades, sometiendo los sentidos á la ley de la inteligencia ó de la verdad: el cual órden por lo que hace á sus diversos respectos con las acciones de los seres libres, no es mas que la justicia inmutable: luego no puede haber felicidad sin virtud, ni virtud sin el amor predominante de los bienes intelectuales, ó de la justicia y la verdad.

Destruid esta armonía y dependencia entre nuestras facultades, y en el instante veréis nacer de este desórden un tormento que solo cesará cuando se acabe aquel. El hombre, en el estado de ignorancia vive y obra á ciegas; no sabe ni lo que está obligado á amar, ni lo que puede tener por lícito, ni lo que el órden quiere huya y mire como prohibido; si la ignorancia es total, como en el idiotismo absoluto, se destruye todo amor, acábase toda accion y el individuo muere, á menos que una inteligencia extraña no le conserve. Corrompiendo al amor el error, desconcierta las acciones, y pone al hombre fuera de su lugar en falsas relaciones, y por consiguiente dolorosas, con sus semejantes. Luego que el amor se extravía ó pierde su verdadero objeto, quedando la verdad en el entendimiento, se en-

tabla entre la razon y los apetitos una guerra terrible que asola y desconcierta el alma ; y esto es lo que forma los remordimientos con sus terrores y sus intolerables angustias. Llegando á apoderarse del mando los sentidos ú órganos destinados á servir *, llega á lo sumo el desórden ; todo perece, inteligencia, amor y aun el cuerpo. « Cuando estábamos sometidos á la ley de la carne, » dice enérgicamente aquel libro en el cual está toda verdad, « las pasiones desahregladas, obraban en nuestros miembros, y daban frutos de muerte. »

Es pues la primera condicion de la felicidad, que las diversas facultades del hombre estén convenientemente ordenadas entre si, y que cada una goce de su objeto propio. La segunda, que cada facultad alcance su perfecta extension y ejercicio, ó goce del objeto que la corresponde segun toda la plenitud de su capacidad. Mas,

* Es bien sabida la bella definicion del hombre, dada por M. de Bonald : *El hombre es una inteligencia servida por órganos.*

† *Cum enim essemus in carne, passiones peccatorum... operabantur in membris nostris, ut si uctificarent morti.* Ep. ad Rom. VII. 5.

los deseos son un indice seguro de esta capacidad : como se deja ver claramente en que, el hombre que siente en si mismo un deseo infinito de conocer y amar, porque puede y debe conocer la verdad infinita y amar el infinito bien, nunca se ve atormentado por un deseo infinito de obrar, porque su accion como ser fisico, es natural y necesariamente limitada. El sabio que quiere conocer las leyes de los movimientos celestes, y trabaja y vela para descubrirlos, no piensa en someterlos á su voluntad ; y la razon es, porque su poder para la accion es limitado y su inteligencia no tiene términos.

Sentados estos principios, consideremos la filosofia y la Religion en sus diversos respectos con la felicidad : y comenzando por la filosofia, que se nos diga ¿ cuáles son las verdades que nos ha revelado ? ¿ Cuáles los bienes que nos ofrece y las obligaciones que nos prescribe ? ¿ Qué nos enseña sobre el puesto que ocupamos en el órden de las criaturas, nuestro origen, naturaleza y destino ? ¡ Ay ! Llena de presuncion, pero sin poder alguno, engaña ó envilece todas nuestras potencias. Nuestro espiritu la pi-

de la verdad infinita, que es la única proporcionada á sus deseos, y ella no le presenta mas que dudas, conjeturas vanas y absurdos palpables. Todas las creencias huyen de su presencia; y cayendo como un torbellino sobre el entendimiento humano, echa abajo todos los principios, arranca de raiz todas las ideas, destruye toda esperanza. Los sistemas son tantos en número como los filósofos, y tan vagos y fugitivos como los sueños de la noche. Representémonos un hombre incitado por el deseo de la verdad, que es natural en todas las criaturas inteligentes á buscarla, y que con ayuda de una razon recta, emprende con este designio, el exámen de los sistemas filosóficos. ¡Cuántas obscuridades! ¡Cuántas incertidumbres! ¡Cuántas contradicciones! ¡Qué mar tan inmenso se le presenta, y cuyas riberas nadie hasta ahora ha podido descubrir! Vos á quien engaña la esperanza de encontrar en él algun día el feliz puerto á que aspirais, creed en la experiencia de viageros desengañados, oid la voz de Rousseau: « Consulté á los filósofos, registré sus libros, examiné sus varias opiniones; todos los encontré

« arrogantes, afirmativos, dogmáticos, hasta en su
 « pretendido escepticismo; que nada ignoraban,
 « que nada probaban, y que se burlaban unos
 « de otros; y este punto comun de todos me pa-
 « reció el único en que tuviesen razon. Triun-
 « fantes cuando acometen, son flacos cuando se
 « defienden. Si pesais las razones, solo para
 « destruir las tienen; si contaís los votos, cada
 « uno está reducido al suyo; solo en disputar
 « están acordes' . »

Mas el hombre no ha sido puesto en la tierra, para disputar, los pocos instantes que en ella ha de vivir; está en ella para conocer y obrar, por consiguiente para creer; é infeliz de aquel, á quien la duda abre las puertas del sepulcro.

« Concebí, añade Rousseau, que la primera
 « causa de esta portentosa diversidad de pare-
 « ceres, es la insuficiencia del espíritu humano,
 « y su soberbia la segunda. No tenemos la medi-
 « da de esta máquina inmensa, no podemos cal-
 « cular sus relaciones; no conocemos ni sus pri-
 « meras leyes, ni su causa final; nos ignoramos

' *Emilio*, libro IV.

« á nosotros mismos ; no conocemos ni nuestra
 « naturaleza, ni nuestro principio activo ; apenas
 « sabemos si es el hombre un ser simple ó com-
 « puesto ; por todas partes nos cercan impene-
 « trables misterios, superiores á la region sensi-
 « ble ; creemos tener inteligencia para penetrarlos
 « y solo tenemos imaginacion. Por medio de este
 « mundo imaginario, se abre cada uno una sen-
 « da, que cree es la buena ; mas ninguno puede
 « saber, si la suya conduce á la meta ¹. »

« ¡ Cuán extraña es la condicion del hombre,
 « aspirando con un ardor inexplicable á la posesion
 « de la verdad, sin poder estar seguro nunca de
 « abrazar en lugar suyo la mentira ! Es incapaz
 « naturalmente de alcanzar la certeza, y la duda
 « es para él un suplicio. Sin embargo, observa
 « Pascal, « cada uno debe tomar su partido y su
 « rango, declararse por el dogmatismo ó el pir-
 « ronismo ; pues quien pensase quedar neutral,
 « seria pirrónico por excelencia ; esta neutralidad
 « es la esencia del pirronismo ; y el que no está
 « contra ellos está manifestamente por ellos.

¹ Pensamientos de Pascal, libro IV.

« ¿ Qué hará pues el hombre en tal estado ?
 « ¿ Dudará de todo ? ¿ Dudará si vela, si le
 « punzan, ó le queman ? ¿ Dudará si duda ?
 « ¿ Dudará si existe ? Es imposible llegar á tal
 « extremo : y yo tengo por cierto que jamas
 « hubo un pirrónico efectivo y perfecto. La na-
 « turaleza sostiene la razon débil y no la permite
 « disparatar hasta este punto. ¿ Dirá por el con-
 « trario ; que conoce ciertamente la verdad, este
 « mismo que, por poco que se le estreche, no
 « puede mostrar ningun título, y tiene por
 « fuerza que soltar la presa, y darse por ven-
 « cido ?

« ¿ Quién desembrollará este caos ? La natu-
 « raleza confunde á los pirrónicos, y la razon
 « los dogmatizantes. ¿ En qué pues pararás, ó
 « hombre, que deseas conocer y buscas tu ver-
 « dadera condicion por tu razon natural ? No
 « puedes huir de una de estas dos sectas, ni
 « subsistir en ninguna ¹.

« Formado el hombre para obedecer á las
 « leyes del orden, para vivir en sociedad con

¹ Pensamientos de Pascal, cap. XXI.

Dios, autor y vínculo de todos los seres, para poseer la verdad infinita por la inteligencia, y gozar de ella por el amor, si la pierde, no viendo ya entonces cosa mas grande ni mas perfecta que á sí mismo, comienza á amarse sin medida en lo que tiene mas inútil y mas activo, su pensamiento y sus sensaciones: y, para ir consiguiente en él desorden, despues de haberse escogido á sí mismo para objeto de un amor infinito, se hace centro de todas las cosas, se hace Dios. Así la filosofia es la idolatría del hombre, idolatría funestísima, porque exaltando el egoismo al infinito, rompe todos los vínculos sociales.

Seguramente es el espectáculo mas lastimoso y digno de piedad el que ofrece una criatura débil ignorante, oprimida por la calamidad, que habiendo perdido de vista su verdadero fin, revuelve con furia y obstinacion este fundo inmenso de miseria, para buscar en él su fin y su descanso. Corriendo esta desventurada criatura el árido desierto de la vida, salta de alegría al encontrar los placeres mas viles, como los primeros hombres daban gritos gozosos, cuando

errantes y hambrientos por medio de los bosques, descubrian algunas frutas silvestres, ó los despojos asquerosos de una presa que abandonaron las fieras.

Todas las teorías filosóficas de la felicidad se reducen á los sistemas de Epicuro y de Zenon, combinados y modificados diversamente; y por la razon que ya arriba dijimos, en las acciones y deseos del hombre separado de Dios, por último resultado todo viene á parar en el orgullo ú el deleite. Se ama con un amor infinito en lo que tiene mas íntimo y grande, á saber, su pensamiento y su inteligencia. Pero este amor le atormenta lejos de hacerle feliz, porque, evidentemente, no guardando proporcion con su objeto, y pidiendo sin cesar un alimento nuevo, que rara vez se le da, y que nunca le sacia, obliga al hombre á confesarse á sí mismo su extremada indigencia, y, á pesar de sus repugnancias, se detiene y fija en el conocimiento penoso de su imperfeccion. El deseo de gloria, empleos y honores, la pasion del estudio, el amor de las riquezas, cuando no tienen por fin ulterior los deleites físicos, los enagenamientos y delicadezas

sospechosas de la sensibilidad, todo esto repito, y hasta las virtudes morales puramente no son, si me es lícito hablar así, mas que tentativas del orgullo para alejar de sí este sentimiento doloroso. Se esfuerza á suplir la perfeccion absoluta por una superioridad relativa. Engañado por esta vana esperanza, el hombre trabaja para elevarse sobre sus semejantes en poder, reputacion, ciencia y riquezas; y no hay ventaja por mezquina y ruin que sea aun en lo corporal, en la cual la vanidad no se empeñe en buscar deleites.

Mas llegue á poseer en hora buena todas estas ventajas reunidas, todavia no sale ni podrá salir jamas de esta esfera: su posesion no es otra que la del hombre imperfecto y miserable, y el corazon le pediria muy pronto otros bienes. *Yo he sido todo*, decia el emperador Severo, que habia subido desde las últimas filas y clases del ejército hasta el trono de los Césares, *yo he sido todo, y he visto que para nada sirve todo*. He aquí la sentencia con que puso fin á treinta años de tra-

Omnia fui, et nihil expedit.

bajos y de una ambicion afortunada. Recorred los demas campos de la gloria, preguntad á los filósofos y favoritos de las musas, desde Homero y Plinio el anciano hasta Voltaire y Diderot, y no oiréis otra cosa que llantos amargos y gritos de dolor. El tedio, la zozobra, el disgusto devorarán interiormente estas almas soberbias, cuya felicidad envidia el vulgo insensato: muy parecidos en esto á aquellos dioses del paganismo, á quienes roian los gusanos en sus mismos altares.

Lo mismo sucede en las demas condiciones; porque el orgullo penetra á todas partes. Pueblo, grandes, sabios, ignorantes, todos se fatigan para ser admirados, y elevarse en el concepto de los otros y en su propia imaginacion. Casi todas las vanas ocupaciones de los hombres no tienen otro fin; y únicamente por engrandecer la idea que tienen formada de si mismos, es, por lo que, el uno asola la tierra y el otro pasa su vida estudiando é investigando sus producciones; este se encierra en su gabinete para escribir un libro, y aquel va á hacerse matar á mil leguas de su casa por un pedazo de cinta, que exal-

tándole en su propia estimacion, le distraerá, segun cree, de la memoria importuna de su nada y de su miseria. No tienen otro móvil nuestras opiniones, y ni aun nuestras diversiones mas frívolas. Buscamos en ellas ansiosamente un sentimiento, tal cual sea, de superioridad que nos oculte el de nuestra imperfeccion real: y nuestro orgullo es á un mismo tiempo tan desordenado y pobre, que cualquiera cosa le sirve de alimento, la suerte de una carta, la vuelta favorable de un dado, y, lo que ni aun se puede imaginar sin horrorizarse, la separacion misma de Dios y la pérdida de toda esperanza.

He aquí en lo que venimos á parar, cuando, empeñados en encontrar en nosotros mismos nuestro bien, nos lisonjamos hallarle en la triste contemplacion de nuestra excelencia propia. Y como donde no hay regla ó verdad, todo es exceso y desorden, esta especie de culto intelectual y adoracion que el hombre se tributa, le conduce á un excesivo desprecio de sí mismo. Fatigado de un trabajo infructuoso se abate tanto, cuanto antes habia querido ensalzarse. Desdeña su entendimiento y le degrada hasta

dar la preferencia sobre él al instinto de los brutos. Se queja de que le ha engañado con sus falsas promesas, y buscando en adelante su bien fuera del alma é independiente de ella, se ama á sí mismo en lo que tiene mas ciego, que son sus sensaciones, segun la observacion profunda de san Pablo. « Teniendo el entendimiento obscurecido con espesas tinieblas; separados de la vida de Dios por la ignorancia que produce en ellos la ceguedad de corazon, se abandonan ya desesperados á la impureza y á todas las obras inmundas ».

Pero siendo mucho mayor aqui la desproporcion entre el amor y su objeto, las potencias y los deseos, el hombre nunca es mas miserable que cuando se deja dominar por los sentidos. Todo el ser moral padece entonces, y sucede de repente á la corta y pasajera embriaguez del placer, la turbacion, el remordimiento

Tenebris obscuratum habentes intellectum, alienati á vita Dei, per ignorantiam quæ est in illis, propter cecitatem cordis ipsorum, qui desperantes, semetipsos tradiderunt impudicitia, in operationem omnis immunditiæ. Epist ad Ephes IV, 18. 19.

devorador, y largas y dolorosas angustias.

Ya lo he dicho, los deleites físicos, cuando el hombre, apeteciéndolos por sí mismos, hace consistir en ellos su felicidad, destruyen la inteligencia, el amor y el cuerpo mismo; porque pidiendo á los órganos un bien infinito ó una acción infinita, trastorna las leyes fundamentales de su ser, y quiebra el débil instrumento que se le dió para muy distinto fin.

Los filósofos materialistas que no ven mas que los sentidos en el hombre, tienen una aversión invencible á la castidad; y esto solo basta para probar cuan perniciosa y falsa es su doctrina, aun considerada solo con respecto á la vida presente. Porque antes de ser una obligación moral, la castidad es una ley de conservación impuesta por la naturaleza á todos los vivientes; y si tambien es de obligación para el ser moral, es en parte, porque es una ley para el ser físico. Los animales fuera de algunos cortos instantes destinados á la reproducción son castos por instinto, y sin esto ya ha mucho tiempo se hubieran acabado las especies. Lejos de que la union de los sexos tenga por fin el

placer, este, si se desea y busca como fin, contraría directamente las miras de la natureleza en esta union, y hasta propende y se encamina á alejar del uno al otro sexo, introduciendo costumbres infames, harto conocidas entre los antiguos, y justificadas y aconsejadas por los mismos filósofos. « ¡O qué criatura tan vil y despreciable es el hombre, si no conoce que hay en él alguna cosa celestial que lo eleva ! »

Por poco que quede, no digo de conciencia, de gusto de la virtud, ni de respeto á sí mismo, sino solo de precaucion y de razon, es inaudito que pueda engañarse alguno tanto, que haga consistir la felicidad en una pasión brutal, que conduce tarde ó temprano al último exceso de la miseria y el envilecimiento. Aprenda la juventud fogosa, contemplando las horrorosas consecuencias del desarreglo de los sentidos, á reprimir sus funestos apetitos, que pueden enfrenarse siempre y fácilmente cuando de veras se desea.

El primer efecto, y efecto inevitable de las costumbres y hábitos voluptuosos, es encadenar

las potencias del alma y excluir cualquier otro pensamiento que no sea el de los viles deleites á que se ha esclavizado. El espíritu pierde su vigor y fecundidad, distraído por deseos que nacen y se forman de nuevo en cada instante, y cercado por fantasmas impuros. Todo se altera y descaece; la memoria se pierde, el carácter se debilita y el corazón se endurece. Ya no es posible amar, ni tener compasión, ni derramar las lágrimas deliciosas del enternecimiento. Hasta el semblante se reviste de una expresión dura y desagradable; y con gestos de tedio y de incomodidad continua, abatidos y como muertos, anuncia que se secó de un todo el manantial de los sentimientos dulces, de las emociones puras y de los gozos inocentes. No parece sino que la vida entera se refugia y concentra en los órganos; pero aun estos, destruidos muy pronto por el excesivo uso, hacen venir de tropel los males, enfermedades y dolores. He visto, y jamas podré olvidarlo, algunas de estas desgraciadas víctimas de una pasión devoradora, presentar en la flor de la edad la imagen desagradable de una decrepitud completa. Con la frente calva,

las mejillas mustias y hundidas, el mirar triste y estúpido, el cuerpo trémulo y como encorvado bajo el peso del vicio, sin vida, sin pensamientos y sin amor, en una palabra, horrorosamente abandonado á la disolucion; parece al verlas que se oye á los sepultureros que vienen para llevarse el cadáver.

Hasta tal extremo puede la filosofía degradar á los hombres, y así justifica bien por sus efectos lo que no se ha avergonzado de sostener y defender como un principio incontestable, á saber: que entre el animal y el hombre *no hay mas diferencia que la de los vestidos*¹. Pero aun la parece haberle puesto demasíadamente alto, y para ir consiguiendo, es necesario le haga inferior á las bestias, pues que al fin estas, mas felices que el hombre, no están atormentadas como él por deseos inútiles, y obedecen á leyes inmutables que las conservan y conducen á la perfección propia de su ser. ¡O hombre que hablas con tanto orgullo de tu grandeza y dignidad, baja ya de ese trono que en tu pensamiento te formaste, baja;

¹ *Essai sur les régnes de Claude et de Néron*, tom. 2, p. 140.

la filosofía te le manda: ven á ponerte tras de los animales que no tienen razon, pero que son mas ilustrados y mas nobles que tú; y sáciate, llena con los deleites impuros que ellos te abandonan sin pesar, tus deseos disgustados de Dios!

Los dos sistemas absolutos de felicidad, fundado el uno en el orgullo, y el otro sobre el deleite, se combinan y modifican al infinito, segun el carácter, el temperamento, las preocupaciones y la posicion de cada individuo; y obsérvese de paso, como una nueva prueba del necesario influjo de las doctrinas en las acciones, que los filósofos no varian ménos en sus reglas de conducta que en sus principios especulativos, y que constantemente hay una relacion exacta entre estos principios y estas reglas. Y como el principio mas general de la filosofía es, que no existe principio alguno perfectamente cierto, ó alguna verdad absolutamente incontestable, su regla para la conducta mas general, es que no existe regla alguna ciertamente verdadera, ó absolutamente obligatoria; de modo que siendo todo arbitrario; y no siendo tampoco ya la verdad misma, objeto eternamente subsistente de la inteligencia,

sino una operacion, una produccion abstracta del entendimiento, una propiedad, llamémosla así, individual, las voluntades individuales usurpan el lugar propio de las leyes inmutables del órden: y en este caso el hombre independiente de todo, cortando con sus semejantes, separado de su autor, rey de la nada, que ha creado al rededor de sí, queda dueño y señor absoluto para creer, amar y obrar segun su antojo.

Mas haga lo que hiciere, no puede de modo alguno mudar la naturaleza de las cosas, ni hallar la paz en el seno del desórden. La única obligacion, dicen, es hacerse feliz; y todo al contrario la única felicidad, consiste en la práctica rigurosa de las obligaciones. Reúnanse todos los deleites, déseles toda la diversidad posible, multiplíquense sin término, no tardará mucho en conocerse su insuficiencia y el vacío que nos dejan. Estos frutos de la tierra, incapaces de apaciguar la hambre del corazon, aunque seductores en lo

Dubitandum non est, quin nonquàm possit utilitas cum honestate contendere. Itaque accepimus, Socratem execerari solitum eos, qui primum hæc naturâ coherentia opinione distraçissent. CICER. de Officiis, lib. III, cap. III, n. 11.

exterior, ocultan una secreta y dolorosa amargura. Los deleites y aun los afectos se cansan con mucho dolor y prontitud; y son bien conocidas las quejas y lamentos que arrancaba al grande Bossuet la inconstancia de nuestras amistades fugitivas, *las cuales se van con los intereses y los años*. Lo mismo sucede al ardor que nos arrastra á las ciencias, como tambien á los dulces sueños y encantadoras ilusiones con que nos saboreamos en la juventud. Todo pasa, y no deja tras de sí mas que el disgusto, la ansiedad y *este inexorable tedio que forma el fondo de la vida humana*. Lo que no habemos experimentado todavía, lo que nos es desconocido, se convierte para nosotros en una especie de infinito, que el alma abraza ansiosamente, como un objeto proporcionado á la extension de sus deseos. Pero cuando, y es muy pronto, viene á conocer su error, cuando conoce la limitacion, y descubre lo nada de aquel objeto que la seducia, entonces cesa el encanto y cae en una tristeza profunda; alejando ya de sí hasta la esperanza, se alimenta

¹ BOSSUET.

con un gozo sombrío y melancólico de sus propias angustias y dolor, y busca una imágen del descanso en aquella estupidez que produce un largo padecer. ¡Cuán vano es este recurso! la enfermedad va creciendo, y llegando á su último término, conduce á los infelices en quienes se ha arraigado á un crimen execrable y el único para que no hay perdon, porque es el solo que no conoce el arrepentimiento. Desterrados lejos de la fuente de la verdad y del amor, se libran de una existencia que se les ha hecho intolerable; y privada el alma de todo bien, pretende sepultarse bajo las ruinas del cuerpo, á la manera de un monarca destronado que se sepulta en las de su palacio.

Y no nos figuremos que mezclando artificiosamente los deleites, corriendo sin intermision de uno á otro, sea posible evitar el fastidio, y satisfacer plenamente los deseos. Porque además de que, á ninguno es dado librarse de los innumerables males anexos á la vida presente, como las enfermedades, los pesares, los achaques de la edad, la pérdida de los amigos y parientes, las injusticias, y las ingraticudes; además de que,

las ventajas de la condicion, del talento, del cuerpo y la fortuna, no están en ningun modo á disposicion de la voluntad, existe y hay entre los bienes de la tierra y las necesidades de nuestro corazon tal desproporcion, que no alcanza arte alguno á hacerla desaparecer. Pero sobre todo, aun cuando estos bienes fuesen tan reales como son verdaderamente vanos, no por esto serian mas á propósito, supuesto que todo se termina para nosotros con la muerte, para procurarnos la felicidad á que aspiramos. Siendo como somos unos seres finitos, y por lo mismo esencialmente limitados, incapaces de abrazar de una vez todas las verdades que quisiéramos conocer y todas las perfecciones que deseamos amar, solo podemos por una encadenacion infinita de actos sucesivos, tocar el término á que nos dirigimos, y llegar al fin para que fuimos criados; de lo que se sigue que, siendo indispensable una duracion sin término para el cumplimiento de nuestros deseos, ó el desarrollo y ejercicio perfecto de nuestras potencias, la filosofia, que solo promete al hombre la nada, es tan contraria á su naturaleza, como conforme la Religion que le promete la inmortalidad.

talidad. Y ciertamente, si jamas hubo doctrina desesperada y bárbara, lo es aquella que dice á los hombres condenados por la mayor parte á duros y continuos trabajos, á la indigencia, escasez y abatimiento, en fin á dolores de toda especie: Padece y morid, esta es vuestra herencia y no espereis otra.

Rousseau, á pesar de sus desvarios, tuvo siempre horror á esta filosofia destructora: «Tiemblo,» escribia á un discípulo de Diderot, «tiemblo de veros affligir la Religion con vuestros escritos. Mi querido Deleyre, no os fieis de vuestro talento satirico. Aprended especialmente á respetar la Religion; la humanidad sola os impone este respeto. Los grandes, los ricos, los dichosos del siglo se regocijarian mucho de que no hubiese Dios; pero la esperanza de otra vida consuela de los trabajos de esta al pueblo y al desdichado. ¡Qué mayor crueldad que privarles hasta de esta esperanza!»

Por lo demas, ya hemos visto lo que es en si

Œuvres de Rousseau, Edic. de Paris, 1788, t. XXXI, p. 202.

esta pretendida felicidad de los grandes, ricos, y dichosos del siglo. Se asemeja de lejos á aquellos palacios mágicos que parece se descubren en el horizonte de los mares que bañan las orillas de Nápoles; acercaos, y solo encontraréis vapores condensados, y nubes preñadas de borrascas.

Y no olvidemos que el precio y valor de los bienes no consiste solamente en su naturaleza, sino en su duracion. Nos contenta poco aquello que escapa ó puede escapar en cada instante; y de aquí esa larga anticipacion con la cual el hombre prolonga imaginariamente su existencia en un porvenir indefinido. La misma filosofía, asombrada de este deseo que tienen todos los hombres de perpetuar su ser, y desesperando de vencerle, se ha creído obligada, por condescendencia con una debilidad tan general, á prometernos aquí abajo la inmortalidad*; pero remi-

* Véase CONBORCET, *Bosquejo de una pintura histórica de los progresos del entendimiento humano*. Paris, 1823. Allí expone el sistema célebre de la perfectibilidad del hombre á lo infinito: y anunciando á las generaciones futuras, para cuando no haya ni reyes, ni sacerdotes, luces, virtudes y una felicidad de la

tiendo sin embargo á los siglos futuros la ejecucion de sus promesas consoladoras.

Esperándola se cumple y ejecuta la ley universal. El tiempo, á quien no hay cosa que detenga, acerca su última hora á cada uno; se le avisa al ateo que es necesario morir. ¿Qué es lo que le sucede en este momento? Yo quiero, cosa casi imposible, que haya llegado á sofocar los remordimientos, que ninguna duda inquiete su incredulidad: ¿está por eso libre de los terrores y agonias? Preguntadlo á cualquiera que haya visto á un ateo en la hora de la muerte, no atacado por alguna de esas enfermedades que suspenden las funciones del alma, sino gozando perfectamente de sus facultades morales, y sabiendo que va muy pronto á espirar. La viva imagen de cuanto va á perder ocupa todo el es-

cual no es posible formar idea, promete al hombre la prolongacion indefinida de su existencia en la tierra. En medio de estas locuras, es de mucho consuelo para la fe ver á un filósofo atea precisado á confesar que la felicidad de los seres, consiste en su perfeccion, y que el hombre es llamado á una perfeccion infinita, la que no puede lograr sino con el auxilio de una sucesion indefinida de tiempo. Bien comprendido este solo principio, debe hacer abrace la Religion todo incrédulo que racione.

piritu del moribundo. Tenia inclinaciones, conexiones, costumbres, estaba ligado á la vida por mil vínculos que se rompen de una vez: rompimiento horroroso que separando súbitamente al alma de cuanto amó, la deja sola y herida en un vacío infinito. Aquel abismo sin fondo á que va á descender, aquella obscura soledad, aquel silencio eterno, aquel helado sueño, aquella noche que jamas tendrá aurora, la exclusion y privacion de todo bien, reunida con un deseo invencible del bien estar, todas estas ideas y un tropel de otras no menos desoladoras, pesan sobre esta alma miserable, la agobian, la desconciertan y trastornan, y en fin la despedazan y dan principio á su terrible suplicio. ¿Y qué dirémos de su situacion, por poco que obre en él cualquiera duda sobre los principios que se habia formado? ¿Cómo pintarémos sus ansiedades, su arrepentimiento tardío y casi ahogado por la desesperacion, y aquel mirar consternado que no encuentra por todas partes mas que, lo pasado sin consuelo, y lo porvenir sin esperanza? No, ya no es la nada lo que teme; por el contrario, la llama de todo corazon, pero la llama inútilmente:

la Eternidad sola le responde. Corramos la cortina sobre el resto de esta escena espantosa, y dejemos al infierno sus secretos.

Sin embargo debemos decir para honor y gloria de la fe, son pocas las incredulidades que no vacilan y ceden al aspecto de la muerte. Sea el que fuere el modo con que se ha vivido, se quiere al menos espirar en los brazos de la Religion, y en el seno de sus esperanzas; la razon que titubeaba hasta entonces se fija con la cercania de la eternidad, cuya luz formidable, disipando todas las ilusiones, aumenta el resplandor de la verdad, que únicamente puede entonces hacer desconocer una larga y funesta costumbre de no creer nada, junta con un orgullo ilimitado, lo que es una horrorosa permission de Dios, y el principio de sus venganzas*. El escéptico Bayle

* Se puede formar una lista larga de los incrédulos que han rendido homenaje á la Religion, en el momento de la muerte. Solo citaré algunos de aquellos, cuyos nombres son mas conocidos: Boulanger, Toussaint, Boulainvilliers, el marques de Argens, Montesquieu, Maupertuis, Buffon, Dumarsais, Fontenelle, Damilaville, Thomas, Bouguer, De Laugle, Tressan, Mercier, Palissot, Soulvie, Larcher. Diderot queria confesarse pero le cerraron todos los caminos. *A no haber sido por mi,*

hace esta observacion. « Casi todos los que vi-
 « ven en la irreligion no hacen mas que dudar :
 « nunca llegan á la certidumbre. Viéndose en pe-
 « ligro por la enfermedad, y no sirviéndoles ya
 « para nada la irreligion, toman el partido mas
 « seguro, que es el que promete una felicidad
 « eterna en caso que sea verdadero, y que no ex-
 « pone á riesgo alguno en caso que sea falso . »
 Entonces la vanidad cede al mayor interes. « Si
 « su locura llega á tanto ; » dice Montaigne, « su
 « fortaleza no ; así no dejarán de elevar sus ma-
 « nos hácia el cielo, si les heris el pecho ; y
 « cuando la enfermedad haya calmado el hervor
 « licencioso de su humor alocado, no dejarán de
 « volver en sí y dejarse manejar y dirigir discre-
 « tamente por las creencias y ejemplos públicos.

decia Condorcet, hablando de d'Alembert, *canta la palinodia*.
 Al parecer se tomaron las mismas precauciones contra la *debi-*
lidad de Voltaire, que murió, segun refiere Tronchin, con con-
 vulsiones de rabia, y exclamando con un grito fatal : *Estoy aban-*
donado de Dios y de los hombres. Juan Jacobo, segun las apa-
 riencias, es muy verosímil se quitó á sí mismo la vida. Habia es-
 crito en favor del suicidio y en contra, y acabó autorizándole con
 su ejemplo.

Dictionnaire critique, art. Bion.

« Una cosa es un dogma meditado sériamente, y
 « otra estas impresiones superficiales, las cuales
 « como hijas de la disolucion de un espíritu des-
 « concertado, flotan temeraria é inciertamente
 « en la fantasia. Hombres miserables y sin seso
 « que se empeñan en ser mas malos de lo que
 « pueden. »

Sin embargo es muy cierto que se puede á
 fuerza de perseverancia y de trabajo, llegar á
 corromper la razon lo bastante, para hacerse
 casi imposible la vuelta á la Religion en el trance
 de la muerte. La duda, al principio voluntaria,
 se arraiga luego en el alma, crece en ella y se
 afirma, y ya no es posible arrancarla sino con
 dilatados esfuerzos. El mayor prodigio del poder
 divino es una conversion repentina ; y nada me-
 nos es necesario para lograrla que una suspen-
 sion de las leyes de la naturaleza moral. No creer
 cuando se desea creer, cuando se conoce la
 ventaja y la necesidad, es un castigo de no haber
 creido, por una resistencia criminal de la volun-
 tad, cuando la razon nos llevaba con todo su peso
 hácia la verdad manifiesta. Negándose el enten-
 dimiento pervertido á toda conviccion, la única

doctrina que queda es el escepticismo absoluto*.

« He aquí lo que puede el hombre por sí mismo y con sus propios esfuerzos con respecto al bien y á la verdad. Tenemos una imposibi-

* El ejemplo que voy á citar es tan convincente que me releva de cualquier otra prueba. El célebre médico Barthez (muerto en 1806) estaba cercano ya á su fin. Una persona recomendabilísima que tenía con él relaciones fué á verle, con la esperanza de hacerle aceptar los consuelos religiosos que su situación debía hacerle tan apetecibles. Le encontró como esperaba, triste, sombrío, inquieto. A cada instante se advertía su turbación y angustia que procuraba disimular inútilmente. Su amigo conmovido viéndole padecer le habló de la Religión, único recurso capaz de consolarle. Mas había ya mucho tiempo que la duda estaba en posesión de su alma para que ninguna creencia pudiese ya entrar en ella. « Creer ! dijo Barthez, ya no hay quien crea algo sino los tontos. — Y la materia, los cuerpos. — No sé lo que es eso ni lo que con ello se me quiere decir. — Pero ¿ la conciencia? — Es el fruto de las preocupaciones: si se me hubiesen inspirado otras ideas en mi infancia, ella creería bien todo lo que cree mal, y no me causaría ahora turbación alguna. — ¿ Y qué nada hay cierto? Por ejemplo: ¿ no es mejor no degollar á su padre que degollarle. — Señor, respondió el enfermo, si he de hablar francamente, yo no veo en que principio podamos apoyarnos en buena filosofía para decidirlo: nada sé. — ¿ Al menos las matemáticas no tienen siquiera alguna certeza á vuestra vista? — Yo veo en las matemáticas una cadena de consecuencias perfectamente enlazadas; mas por lo que hace á su base, yo no sé cual es. — ¿ Estais pues seguro de no tener nada que temer? — Nada sé. De allí á pocos días murió Barthez.

« lidad en probar, invencible á todo el dogmatismo. Tenemos una idea de la verdad, invencible á todo el pirronismo. Deseamos la verdad, y no encontramos en nosotros mas que la incertidumbre. Buscamos la felicidad y solo hallamos la miseria. Somos incapaces de no desear la verdad y la felicidad, y somos incapaces de verdad y felicidad... La voluntad jamas da un paso que no se dirija hácia este objeto. Este es el motivo de todas las acciones de todos los hombres, hasta de aquellos que se matan y se ahorcan. Y sin embargo, despues de tan gran número de años, jamas persona alguna sin fe ha llegado á este punto hácia el cual caminan todos continuamente. Todos se quejan, principes, súbditos, nobles, plebeyos, viejos, jóvenes, fuertes, débiles, sabios, ignorantes, sanos, enfermos, de todo pais, de todo tiempo, de toda edad y de toda condicion.

« Una prueba tan larga tan continua y uniforme debería convencernos enteramente de la imposibilidad en que estamos de alcanzar el bien por nuestros esfuerzos. Mas la experiencia no alcanza á instruirnos. Decaido el hombre de su

« estado natural, no hay cosa alguna á que no
 « haya sido capaz de dejarse arrastrar. Luego
 « que ha perdido el verdadero bien, todo igual-
 « mente puede parecerle tal, hasta su misma
 « destrucción, por contraria que sea á la razon
 « y á la naturaleza juntamente... Descaminado
 « visiblemente, siente en sí los restos de un estado
 « feliz de que ha caído, y el cual no puede re-
 « cobrar. Le busca por todas partes con inquie-
 « tud, inútilmente y por medio de tinieblas im-
 « penetrables ».

En efecto es necesario de toda necesidad que el hombre busque su felicidad, y que la busque ó en Dios ó en sí mismo, y en los objetos que le rodean. Si dócil á las lecciones de la Religion ve en Dios su verdadero bien, la virtud, que no es mas que el amor del orden, ó la preferencia que damos á los otros sobre nosotros mismos por Dios, se identifica para él con el amor del bienestar que apetece.

Pero si busca en sí mismo su felicidad, viéndose obligado á hacerla consistir ó en la inteli-

Pensamientos de Pascal, cap. XXI.

gencia ó en el cuerpo, viene á ser infaliblemente esclavo del orgullo ú del deleite; porque el orgullo no es otra cosa que el sentimiento de una alma que se complace en sí misma, y se ama como su propio fin. El efecto pues inevitable de toda filosofia irreligiosa, es el egoismo mas extremoso: luego toda filosofia irreligiosa es por su esencia destructiva del orden y de la virtud; y así como la irreligion lleva á todos los vicios, el hábito del vicio conduce á la irreligion, porque es natural que trate de persuadirse que la felicidad está donde se la busca, y porque cuando el desorden se ha apoderado de los afectos é inclinaciones, la voluntad misma introduce el desorden en los pensamientos, para terminar la guerra dolorosa que reina entre los apetitos y la razon. Si, cualquiera que habiendo creído deja de creer, cede á un interés de orgullo ú de deleite; y en este particular apelo sin recelo á la conciencia de todos los incrédulos*.

* Este carácter duplicado de orgullo y de voluptuosidad se ve de un modo singular en las doctrinas, en las obras, en la conducta y hasta en el tono altanero y decisivo, y desdeñosamente amargo de los filósofos de todos los siglos. llamados con tanta

« ¡O hijo mio! » exclama el autor del Emilio, después de haber establecido los dogmas conso-

razon por san Gerónimo *animales de gloria. Un filósofo dulce y humilde de corazón, y un filósofo casto, serian en efecto el fenómeno moral mas inexplicable; pero nunca nos veremos en el aprieto de explicarlo; la fe comienza donde acaba el orgullo. Siendo la autoridad de Rousseau de tan gran peso, apoyaré estas observaciones con su confesion y con su ejemplo. « Aun cuando « los filósofos, » dice « se hallasen en « disposicion de descubrir la « verdad ¿cuál de entre todos ellos tomaria interes por ella? Cada « uno sabe bien que su sistema no está mejor fundado que los « demas; pero lo sostiene porque es suyo. No hay uno, siquiera « uno, que llegando á conocer lo verdadero y lo falso, no prefiera « la mentira que él ha encontrado á la verdad descubierta por « otro. ¿Dónde está el filósofo que por su gloria no engañaria « deliberadamente al género humano? ¿Dónde está aquel que en « el secreto de su corazón se propone otra cosa que distinguirse? « Con tal que se eleve sobre el vulgo, con tal que eclipse la gloria « de sus rivales ¿qué se le da de lo demas? Lo esencial es pensar « de otro modo que los otros. Entre los que creen es ateo y entre « los ateos creará » (Emilio, lib. IV.) Séneca no se detiene en colocar superior á Dios á su sabio imaginario. Horacio no pide á la divinidad mas que salud y riquezas: por lo demas, él sabrá bien adquirirse por sí mismo la perfeccion moral: *Det vitam, det opes, æquum mihi met animum ipse paro;* y dió la prueba con sus poesías licenciosas. Son bien conocidas las costumbres de los filósofos griegos, sin exceptuar los mas graves; y si cupiese alguna duda en su orgullo, léase á Luciano, que se burla con tanta sal, y que siendo él tambien filósofo, se rie de todo, según la máxima favorita de d'Alembert, y lleva la inmoralidad hasta el último grado de cinismo. No conservamos mas que algunos restos*

ladores de la existencia de Dios y de una vida futura, « ojalá conozcas algun dia de cuanto con-

de los monumentos de la antigüedad; mas lo que nos queda basta para justificar la observacion de Montaigne: « En todas las « clases y escuelas de la filosofia antigua, se verá esto, que un « mismo sugeto publica en « ellas reglas de temperancia, y juntamente escritos de amor y de disolucion. (Essais, lib. III. c. IX.) Pasemos, para abreviar, á los filósofos modernos. El escéptico Bayle abunda en o scenidades groseras. Helvecio, no menos licencioso, añade como Mandeville, la apología directa del vicio. Al uno y al otro se ha aventajado La Mettrie, que parece no hallarse contento sino entre el cieno de las máximas mas disolutas. Voltaire llegó hasta el incomprendible exceso de orgullo de tener zelos del mismo Dios, y disputarle la sabiduria. *Creéis acaso,* decia, y no puedo sin dolor repetir sus palabras sacrílegas *¿Creéis que Jesucristo tuvo mas talento que yo?* Este mismo hombre, además de una multitud de cuentos y folletos obscenos, escribió un poema infame que Condorcet justifica, alaba y celebra, declamando contra *la afectacion de austeridad en las costumbres, y contra el valor excesivo que se da á su pureza.* (CONDORCET, *Vie de Voltaire.* El autor de *l'Histoire des Établissements des Européens dans les deux Indes* se queja tambien amargamente de la importancia que hemos querido dar al libertinage, á un delito tan digno de perdon en sí mismo, tan indiferente por su naturaleza, y tan poco libre por su atractivo. (lib. XIX.) Diderot niega sin rodeos la distincion del bien y del mal, del vicio y de la virtud. « Me parece, » dice, « que si hasta hoy no se hubiese hablado de las costumbres, todavia estaríamos sin saber ni « lo que es virtud, ni lo que es vicio. » (Essai sur les régnés de Claude et de Néron, t. II pag. 84.) « No reconvenir sobre cosa « alguna á los demas, ni arrepentirse de nada: he aquí, » es-

«suelo sirve, despues de descubrir á fondo la
«vanidad de las opiniones humanas y haber
«gustado la amargura de las pasiones, encon-
«trar al fin, tan cerca de nosotros la senda de la

cribia á un amigo suyo « los primeros pasos hácia la sabidu-
«ria. » (*Lettre à M. L^{tes}, Correspondance de Grimm et de Di-
derot*, t. II, pág. 62). No es posible dejar mas á sus anchuras los
delitos. Este patriarca de los ateistas modernos, á quien el solo
nombre de Dios enfurecía, juntando con la teórica la práctica,
consagraba una parte de su descanso á dar á sus contemporáneos,
y á las generaciones futuras, lecciones infames de lujuria por
medio de romances obscenos que componia al intento. Todo el
mundo sabe que á Rousseau lo volvió realmente loco su orgullo.
Segun su opinion se le debian haber levantado estátuas. (*Lettre à
M. de Beaumont*). Y en el mismo libro en que revela con un ci-
nismo desvergonzado las muchas torpezas de una vida deshonrosa,
citando á todos los hombres al tribunal del Soberano Juez, de-
safia á cualquiera de ellos á que diga : *Yo fui mejor que este
hombre.* (*Confessions*, lib. I). Este dicho puesto al frente de
un libro, en el cual parece que la Providencia obligó á Rousseau á
consignar y publicar su propia vergüenza, y desacreditarse por
su propia mano, es lo mas excesivo del orgullo. Despues de haber
citado los maestros seria superfluo hablar de los discípulos, y pre-
sentar una lista que contristaría, de nombres odiosos ó menos-
preciados, comenzándola por el autor horrorosamente inmoral de
la Guerra de los dioses, y acabándola por ese astrónomo gro-
tesco que *poseía*, segun decia él mismo, *todas las virtudes*. Y
por otra parte ¿de qué sirve además desenterrar del cementerio
del olvido estos nombres infectos y podridos, y quién podría re-
solverse á menear este fango?

«sabiduría, el precio de los trabajos de esta vida
«y la fuente de aquella felicidad, de la cual de-
«sesperaban. Todas las obligaciones de la ley
«natural, casi borradas en mi corazon por la in-
«justicia de los hombres, reviven al nombre de
«la eterna justicia que me las impone y que me
«ve cumplirlas. Yo no veo en mí mas que la
«obra y el instrumento del gran Ser, que quiere
«el bien, que le obra, y que hará el mio por el
«concurso de mi voluntad con la suya, y por el
«buen uso de mi libertad : yo me acomodo con
«el orden que ha establecido, seguro de gozar
«yo mismo un día de este orden, y de encontrar
«en él mi felicidad ; porque ¿qué mayor dicha
«ni mas dulce que la de verse en el orden de un
«sistema en el que todo es justo y arreglado?
«Sufriendo el dolor y abandonado á él, le llevo
«con paciencia, considerando que es pasajero,
«y que me viene de un cuerpo que no me per-
«tenece. Si hago una buena accion á solas y sin
«testigo, sé que es vista, y cuento para el mé-
«rito y premio en la otra vida con la conducta
«de esta. Si padezco una injusticia, me digo á
«mí mismo : El justo Ser que todo lo gobierna

« sabrá indemnizarme ; las necesidades de mi
 « cuerpo, y las miserias de la vida me hacen mas
 « soportable la idea de la muerte. Son otras tan-
 « tas ataduras menos que romper cuando será
 « necesario abandonarlo todo. Lo que importa
 « al hombre es cumplir sus obligaciones en la
 « tierra, y así es como olvidándose de si mismo
 « trabaja para si. Hijo mio, el interes particular
 « nos engaña, solo la esperanza del justo es la
 « que no engaña nunca' . »

Se ve pues, que la misma filosofía cuando habla de buena fe, nos advierte que, ni aun en la tierra hay felicidad fuera de la Religion, porque sin ella no hay certeza ni esperanza. « Si quiero instruirme, » decia Maupertuis, « sobre la naturaleza de Dios, sobre la mia, sobre el origen del mundo y su fin, queda confundida mi razon. Si en esta noche profunda encuentro el sistema unico que puede llenar el deseo que tengo de ser feliz ; no debo por esto reconocerlo verdadero? ; No debo creer que aquel

« que me conduce á la felicidad es aquel que no
 « puede engañarme' ? » Pero el hombre depravado por el orgullo es tan extrañamente enemigo de si mismo, que aborrece la única doctrina que da precio y valor á su existencia ; miraria como un triunfo establecer, sobre las ruinas de esta doctrina celestial, errores tan absurdos como desoladores, y tendria no sé que satisfaccion desesperada en asegurarse, si pudiese, á expensas de su razon misma, una miseria sin remedio y sin fin. Y he aqui la razon, porque ha sido necesario que el Cristianismo humillase, aniquilase el orgullo humano para reconciliar al hombre con la felicidad. « Si alguno, » dice el apóstol, « enseña « de otra manera, y no abraza las sanas palabras de nuestro Señor Jesucristo, y aquella « doctrina que es conforme á piedad ; soberbio « es, nada sabe, mas antes flaquea sobre cuestiones y contiendas de palabras: de donde se « originan envidias, rencillas, blasfemias, sospechas malas, altercaciones de hombres per- « versos de entendimiento, y que están privados

« de la verdad », porque están privados de Dios.

En efecto, toda verdad nos viene de Dios, que es la verdad infinita, y donde Dios no está, dice Tertuliano, « no hay verdad alguna. »¹ Dios no está en el entendimiento del ateo, y el ateo si es consecuente repele todas las verdades, no admite ni aun las físicas, y cae en un pirronismo universal. Dios está imperfectamente en el entendimiento del deista; y el deista, indeciso, no tiene ni posee mas que verdades imperfectas, obscuras, que vaguean según el antojo de las opiniones, y son llevadas incesantemente por el torrente de la duda.

Sin embargo, no hay que esperar felicidad mas que en la posesion de la verdad infinita ó

¹ *Si quis aliter docet et non acquiescit sanis sermonibus Domini nostri Jesu Christi, et ei quæ secundum pietatem est doctrinæ, superbus est, nihil sciens, sed languens circa questiones et pugnas verborum, ex quibus oriuntur invidia, contentiones, blasphemæ, suspiciones malæ, conflictationes hominum mente corruptorum, et qui veritate privati sunt. Epist. I. ad Timoth. VI. 3 y sig.*

² *Ubi Deus non est, nec veritas ulla est. De præscrip. ady. hæret. cap. XIII.*

del bien infinito; porque el bien y la verdad son una misma cosa: luego no hay felicidad sino en la posesion de Dios; « y la vida eterna, » dice la Escritura, « es conoceros á vos, que sois solo el verdadero Dios, y á Jesucristo, á quien vos enviasteis. »

Dios es el soberano bien del hombre; luego el ateismo, que, negando á Dios, separa al hombre de la verdad infinita y de toda verdad, no es mas que la privacion absoluta de todo bien ó el sumo mal.

El deismo que admite á Dios sin conocerle, porque niega á Jesucristo, ó al mediador por quien únicamente podemos nosotros conocer á Dios; el deismo que, desconociendo las relaciones necesarias que unen al hombre con Dios y con los demas hombres, establece otras arbitrarias ó no establece ninguna; el deismo que no presenta al entendimiento mas que probabilidades sin certidumbre; que no es mas de una pura opinion, deja al hombre dueño absoluto de sus

³ *Hæc est autem vita æterna, ut cognoscant te solum Deum verum, et quem misisti Jesum Christum. JOAN. XVII. 5.*

pensamientos, amor y acciones, é independiente de toda ley de verdad y de justicia : estado que es contra la naturaleza, estado de desórden, y el mas miserable despues del ateismo á que conduce.

Luego si la felicidad no es una ilusion vana, si nuestros deseos no nos engañan, si no se nos dan al nacer potencias ó facultades sin objeto, si nuestra existencia tiene un fin, como le tienen todos los demas seres, nosotros no podemos evidentemente llegar á este fin sino por la Religion, la cual sola se atreve á asegurarnos que nos hará conocer ciertamente nuestro origen, nuestros destinos, y sola tambien nos promete la posesion del soberano bien y la verdad soberana. Y ciertamente, aun antes de todo exámen, despues de haber recorrido todos los sistemas filosóficos inútilmente, se debe encontrar una gran satisfaccion en saber que nos queda aun esperanza.

Todo en la Religion es infinito, porque todo en ella está lleno de Dios. Hay pues entre ella y nuestras potencias una armonia perfecta; y he aqui porque en todos tiempos, bajo todos los climas, el hombre, llevado naturalmente hácia ella, ha conocido la necesidad de que sus dogmas

le ilustren, le consuelen y vivifiquen sus esperanzas, y de que le dirijan sus preceptos: y cuanto la Religion es mas pura, santa, y por decirlo asi, rigurosa en verdad y justicia, tanto mas poder tiene sobre el hombre ó tanta mas conformidad con su naturaleza; y he aquí la razon única y causa de la inclinacion que observamos en todos los pueblos al Cristianismo, desde luego que se les anuncia. Nosotros no dejamos de sentir esta armonia divina, sino cuando el orgullo ú los sentidos, extraviándonos lejos de nosotros mismos, corrompen, depravan nuestra naturaleza, como lo observa San Agustin apoyado en su propia experiencia. « Reflexionando conmigo mismo, » dice, « sobre el órden y la belleza suprema, probaba yo en vano, ó verdad dulcísima, á elevarme hasta vos, para gozarme en vuestra melodia interior y encantadora. Creado de fantasmas materiales, me arrastraba la voz del error fuera de mí mismo, é iba sumergiéndome con el peso de mi orgullo en un abismo sin fondo. »

Confess. lib. IV, cap. IV.

El hombre quiere gozar de la verdad, y sin medida ni término; nunca se sacia de conocerla y amarla. Sin embargo, nuestro espíritu, abandonado á sí mismo se fatiga, se ofusca y pierde en sus propios pensamientos. Nada abraza en toda su extension, nada afianza con tal firmeza que pueda estar seguro de que la duda no vendrá á arrebatárselo. ¿Quién desatará esta contradicción? ¿Quién dará al hombre el reposo, restableciendo el equilibrio entre sus potencias y deseos? La filosofía prueba á hacerlo. ¿Pero de qué modo? Ya diciéndole que su entendimiento puede abrazarlo todo con sus solas fuerzas, ya persuadiéndole que nada puede alcanzar, y prohibiéndole use de ellas, es decir, negando su naturaleza sin poder con todo aniquilarla, quiere hacerle una bestia ó un Dios.

¡O! No, no es así como procede la Religión para resolver este grande problema. Principió por abrir á nuestra vista la eternidad, á la cual el tiempo sirve de pórtico, y nos enseña en sus profundidades como una cadena infinita de grados, por los cuales elevándose incesantemente nuestra inteligencia, ayudada de una duracion

sin término, sin cesar debe acercarse á la fuente inefable de la verdad eterna. Y la Religión ya desde luego da esta verdad infinita, la entrega á nuestra alma, cuyo alimento y vida es, y que la posee desde la tierra toda entera por la fe y por el amor ó esperanza; porque esta esperanza, como modificacion pasagera y relativa al estado presente de un sentimiento natural é indestructible, no es mas que un amor que cree.

Y se ve aquí claramente la razon del dogma que hace de la fe, la esperanza y el amor otras tantas virtudes, y no como quiera, sino virtudes madres, virtudes *divinas* ó infinitas. La ley que manda creer la verdad infinita, único medio de poseerla aquí abajo perfectamente; esperar y amar el bien infinito, único medio de gozarlo plenamente en la tierra, es la ley esencial del órden, y por consiguiente la ley de la felicidad. Todas las otras leyes se derivan de esta, como la accion se deriva del amor; y sin esta ley fun-

Nos veró omnes, revelatá facie gloriam Domini speculantes, in eamdem imaginem transformamur, á claritate in claritatem, tanquám á Domini Spiritu. Ep. II ad Cor., III, 18.

damental las demas son nulas, quiméricas y contradictorias; la moral no es mas que una palabra y sin significado, y no hay ni crimen, ni virtud.

¡O maravillosa economía de la Religion! Mientras que toda filosofia, comenzando por la ignorancia, quiere que la razon humana, incierta y limitada, sin socorro alguno edifique sobre este fundamento ruinoso, el edificio de la verdad y la felicidad, el Cristianismo, revestido de una autoridad divina, y probándola aun á los sentidos materiales con títulos incontestables, habla á los hombres con la confianza que inspira una certeza perfecta, pone en su entendimiento, desde el primer instante en que se abre, toda la verdad por completo para que sea su luz, su bien y su guia: y aunque todos no la comprendan igualmente, todos igualmente la pueden poseer y amar. La fe borra todas las diferencias intelectuales, ya sean originarias, ya provengan de la educacion, de la condicion ó de cualquiera otra circunstancia accidental; y dando una fuerza infinita á la razon, aun de los niños: porque la une con la razon infinita que es Dios, decide ir-

revocablemente sobre todas las grandes cuestiones que trastornan la cabeza á los filósofos, y la eleva á una altura, desde la cual en la calma dichosa de una conviccion indestructible, ve la sabiduría humana que se agita con inquietud, en medio de incertidumbres desoladoras y de una duda eterna. Así, aspirando todos á una misma felicidad, esta se ofrece á todos; y, lo que es digno de toda atencion, la felicidad, que es su último fin, es tambien su primera obligacion, pues que el amor es el primer precepto, y todos los demas nacen de este¹.

Ya entonces el hombre nada mas tiene que buscar; conoce su lugar en el orden de los seres; conoce á Dios, se conoce á si mismo, y encuentra sin violencia la paz de la inteligencia y el amor en la contemplacion de la verdad inmutable. Nada ignora de cuanto le es necesario ú verdaderamente útil saber; porque se halla ins-

¹ Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazon, de toda tu alma y toda tu voluntad. Este es el mayor y el primer mandamiento, y el segundo semejante es á este: amarás á tu prójimo como á ti mismo. En estos dos mandamientos está pendiente toda la ley y los profetas. MATTH. XXII. 37. 39.

truido en sus obligaciones y destino, y vive tranquilo en cuanto á lo demas. De aquí nace un reposo profundo, un bienestar inexplicable, independiente de las sensaciones, y que no puede ser turbado por cosa alguna, porque tiene su origen en lo interior y mas íntimo del alma, abandonada sin término y en un todo á las manos del Ser grande, esencialmente bueno y omnipotente, que se manifiesta y une por caminos inexplicables á los corazones dóciles á sus impresiones. Ilustrado el hombre por una nueva luz, y apreciando todas las cosas en su verdadero valor, ya no es juguete de las pasiones. La regla invariable del orden determina y modera sus inclinaciones y deseos, y en las vicisitudes inseparables de esta vida pasagera, no ve mas que cortas pruebas, cuyo término y recompensa será una felicidad eterna. Como poco sensible á los intereses viles de la tierra, tiene una abundancia inagotable de sentimientos afectuosos y puros que le estrecha con sus semejantes, le hace padecer con ellos en sus males, le obliga á aliviarlos con todos los sacrificios de una caridad tierna é infatigable; y, sacrificándose por sus

hermanos, es todavía por sí mismo por quien se sacrifica: ¡tan íntima es la union que establece el Cristianismo entre los hombres, y tan poderoso el sagrado encanto de la misericordia! Si las obligaciones que impone la Religion parecen á algunos rigurosas y duras..... ¡Ay! es porque no conocen la uncion que las dulcifica; es porque nunca gustaron sus consuelos, ni el atractivo amable y los gozos deliciosos de la virtud.

Nos hablan de placeres: ¿hay algunos que puedan compararse con aquellos que acompañan la inocencia? ¿No vale nada el estar siempre contento consigo y con los otros? ¿Tan poco importa estar libre de arrepentimientos y del gusano roedor de la conciencia, ó encontrar en aquellos una defensa y asilo seguro contra este? Si; porque las mismas lágrimas de la penitencia tienen en sí mas dulzura que tuvieron las faltas que las hacen correr. En el corazon del verdadero cristiano hay una fiesta continua. Mas goza él en aquello mismo que se niega, que el incrédulo en lo que se permite á sí y disfruta. Es dichoso en la prosperidad, y mas dichoso padeciendo, porque en esto encuentra un medio para

aumentar la felicidad que le espera : y avanza con pasos tranquilos al traves de los campos de la vida, hácia aquella montaña coronada por la ciudad permanente, celestial morada de la paz, de las delicias eternas y de todos los bienes.

El solo anuncio de esta paz inunda con un deleite interminable el alma. El que no la conoce nada ha sentido; puede saber lo que son los placeres, pero ignora lo que es felicidad. Si; yo lo digo y sostengo, el humilde fiel, orando con la sencillez de su corazon, al pie de un altar solitario, experimenta un sentimiento mas delicioso mil veces que los deleites mas vivos de las pasiones. Apenas el filósofo mismo olvida el orgullo de sus vanos sistemas, para entregarse dócilmente al atractivo de la fe, cuando al punto recibe la recompensa prometida á aquellos que creyeren. Encontrándose un dia Juan Jacobo y el autor de *les Études de la Nature*, en el monte Valerio, despues de un paseo campestre, entraron en la capilla de los ermitaños. Rezaban en aquel instante las letanias de la Providencia. Juan Jacobo y su compañero conmovidos por la calma que veían en aquel sitio, y enternecidos

por un sentimiento religioso, se postraron y unieron sus lágrimas con las de los concurrentes. Terminado el rezo se levanta Rousseau y, todo enternecido, dice á su amigo; « Ahora he experimentado yo lo que dice el Evangelio. « Cuando muchos de vosotros se junten en mi nombre, yo estaré en medio de ellos. Hay aquí un sentimiento de paz y felicidad que penetra el alma ». Fundado pues en una experiencia que jamas se desmintió, repitamos sin temor con Montesquieu : « ; Cosa admirable! la Religion cristiana, que parece no tener mas objeto que la felicidad de la otra vida, tambien nos la da en esta ». Así se verifican todos los dias á nuestra vista las palabras del soberano maestro : El que lo dejare todo por mí recibirá el centuplo de lo que dejó, aun aquí abajo; y despues la vida eterna. »

Las doctrinas filosóficas marchitan y desecan la vida; privan al hombre de todo, menos del

¹ Véase *Etudes de la Nature*.

² *Espiritu de las Leyes*, lib. XXIV, cap. III.

³ MATTH. XIX, 29, y MARG. X, 30.

sentimiento de su miseria, y le conducen al sepulcro cercado de inquietud y pesar. Así, ¿cuántos incrédulos no vemos, luego que se desvanece la primera ilusión, envidiar la felicidad de los que creen? Fatigados por sus deseos, consumidos por su tedio, atormentados por su sabiduría vana, ¡Ay! dicen ¡si yo pudiera creer! Conocen que la fe les reanimaría, y suavizaría su alma endurecida. La vista de un cristiano les asombra y confunde. Su calma habitual, su serenidad inalterable, un no sé que de pureza y dulzura, que escapándose del corazón se extiende por las facciones y manifestándose en el gesto, da á su semblante una expresión celestial, los pasma, los encanta y les arranca suspiros involuntarios. Y con todo, ¿qué es lo que ven? algunos signos externos que son indicios débiles de los sentimientos retirados á lo interior del alma. ¡Ay! si pudiesen penetrar hasta el santuario de la conciencia, donde ya la virtud recibe su precio por el contento delicioso que inspira; si pudiesen conocer sola una vez aquella paz perfecta del entendimiento saciado con la verdad infinita, cuya posesión le da la fe; aquella esperanza divina en la cual vie-

nen á extinguirse y terminar todos los deseos de la tierra, y que se lanza sin término ni obstáculo en las profundidades de la eternidad; aquel amor deleitable en que se embriaga sabrosamente el alma; aquel gozo íntimo, inexplicable, que viene del mismo Dios, el cual, si me es lícito explicarme así, conversa y habla familiarmente con su criatura como un amigo con su amigo, se une con ella entregándosele todo entero y por completo, para que le posea, y para ser su bien y su alimento incomprendible!.. ¡Ay! ¿de qué admiración no se verían repentinamente arrebatados, y pesarosos de verse privados de estos bienes inefables; con qué ardor y alegría no se desembarazarían de las fajas y ataduras de una razón imbecil, para llegar por la fe, según la expresión de la Escritura santa, *á la medida del hombre perfecto ó al perfecto conocimiento de Dios en Jesucristo, su hijo*!

En fin, la muerte tan terrible para el incrédulo colma del todo los deseos del cristiano. La

* Epist. ad Ephes. IV, 15.

desea, como S. Pablo, *para estar con Jesucristo*, la desea para comenzar á vivir, *para verse libre del peso de los órganos*, de las ligaduras materiales que le retienen aun sobre esta tierra, donde los deleites puros que goza no son mas que una ligera sombra de la felicidad que espera y principia ya á sentir. ¿Se ha visto jamas un cristiano dar entonces el mismo ejemplo que tantos incrédulos, abjurando su doctrina, arrepintiéndose de haber creído? No, no, en este momento es cuando especialmente conoce todo su valor y precio; y la verdad consoladora brilla á sus ojos con todos sus resplandores. La muerte es el último rayo de luz que entrará á su corazón para herirle suavemente: luz tan viva, que le hará casi imperceptible el paso de la fe á la vision clara de su objeto. La esperanza, agitando su antorcha junto al lecho del moribundo, le muestra el cielo abierto á donde el amor le llama. La cruz que tiene en sus débiles manos, que estre-

¹ *Desiderium habens dissolvi, et esse cum Christo.* Ep. ad Philip. I, 25.

² *Infelix ego homo, quis me liberabit à corpore mortis hujus?* Ep. ad Rom. VII, 24.

cha con sus labios y con su corazón, despertando y vivificando en su espíritu una multitud de ideas de misericordia, le fortifica, le entenece y le anima. Dentro de poco todo se habrá consumado: será vencida la muerte, y el misterio profundo de la libertad se cumplirá. El último desfallecimiento de la naturaleza avisa que ha llegado este instante. La Religión entonces levanta su voz como si hiciera el último esfuerzo de ternura: « Parte, dice, sal, alma cristiana, de este mundo « en el nombre de Dios todo poderoso que te « crió; en el nombre de Jesucristo, hijo del Dios « vivo que por tí padeció, en el nombre del Es- « piritu santo que te se infundió. Al separarte « del cuerpo encuentres un camino abierto hácia « la montaña de Sion, á la ciudad del Dios vivo, « á la Jerusalem celestial, á la innumerable socie- « dad de los ángeles y de los primogénitos de la « Iglesia, cuyos nombres están escritos en el « cielo. Levántese Dios y disipe el poder de las tí- « nieblas, huyan todos los espíritus malignos, y « no se atrevan á tocar una oveja rescatada con « la sangre de Jesucristo. Librete Cristo, muerto « por tí y por tí crucificado, de los suplicios y

« de la muerte eterna ; reconozca este buen pastor su oveja y colóquela en el rebaño de sus escogidos. Veas á tu Redentor cara á cara eternamente , contemples tú y goces siempre presente la verdad desnuda de todo velo en el eterno éxtasis de la felicidad . »

En medio de estas bendiciones el alma elevada hácia Dios rompe sus trabas , y va á recibir el precio de su felicidad y de su amor. Aquí debe callar el hombre porque su palabra se pierde como también el pensamiento: « No, ni los ojos vieron ni los oídos oyeron, ni comprendió el entendimiento humano lo que Dios reservó á los que le aman ». No, no es como un mar que tiene flujo y reflujó, es el inmenso océano que por todas sus márgenes rebosa de una vez: tú, ¡ó Dios mio! exclama un profeta, « eres fuente inagotable de vida y luz, y yo me saciaré en ella cuando vea tu gloria ».

¹ *Commendat. animæ.*

² El piadoso y sabio P. Suarez, cercano ya á espirar decía: *Jamás hubiera yo creído que era tan dulce morir.*

³ *Epist. I ad Corint. II, 9.*

⁴ *Apud te est fons vitæ, et in lumine tuo videbimus lu-*

Concluyamos. Es certísimo que la filosofía, lejos de hacernos felices, es incompatible con la felicidad, porque en lugar de la verdad infinita que nuestra inteligencia desea, ella no la presenta sino errores, incertidumbres y dudas; en lugar del bien infinito á que nuestro corazón aspira, ella no le ofrece sino deleites fugitivos y engañosos, incapaces de satisfacerle; y finalmente porque ella, quitando al hombre toda obligación, anulando todo deber, le constituye en un estado de desorden, y por consiguiente le detiene y fija en un estado de tormento.

No es menos cierto que la Religión da al hombre la felicidad aquí abajo, y le conducirá, si sus promesas son ciertas, á una felicidad todavía mas grande y que no ha de tener fin.

Luego todos los hombres tienen un interés infinito en saber si la Religión es verdadera; deben desear ardientemente que lo sea; y permanecer en esta materia indiferente, es solo probar lo que la Religión enseña por otra parte, á saber,

men. Psalm. XXV, 10. — Satiabor cum apparuerit gloria tua. Psalm. XVI, 15.

que no hay locura tan incomprehensible, ni exceso tan criminal y monstruoso de que no sea capaz el hombre despues de su caída.

O vosotros pues, todos los que engañados con doctrinas funestas, buscáis todavía la felicidad en las ilusiones del orgullo ò los deleites de los sentidos, permitidnos que os digamos estas palabras de uno de los mayores ingenios que ha producido el Cristianismo: « Donde está Dios, allí está la verdad: él está en el fondo de vuestro corazón, pero vuestro corazón se ha alejado de él. Volved, entrad de nuevo en vosotros mismos, allí encontraréis, no lo dudeis, á aquel que os ha hecho. ¿A dónde os precipitais por tantos lugares ásperos y desolados? ¿Porqué pasar y volver á pasar tan de continuo por estas sendas incultas y escabrosas? No está el descanso donde vosotros le buscáis. Buscáis la vida feliz; no está allí: porque ¿cómo esta podría estar donde ni aun vida se halla? »

El que habla así se engañó como vosotros, co-

¹ S. AGUST., *Confes.*, lib. IV, cap. XII, n. 1 y 2.

mo vosotros recorrió largo tiempo, y con increíble fatiga los sombríos laberintos de una filosofía engañosa, y comió el pan amargo del error con el sudor de su frente. Pero cansado ya de errar tristemente lejos de la verdad, lejos de Dios, volvió en sí y gustó la paz. Imitad su ejemplo y recogeréis el mismo fruto. Despues de haber conocido los bienes de la tierra y los del cielo, fué cuando su corazón se desahogaba con estas tiernas expresiones: « ¿Quién desenvolverá los dobles de una vana y falsa sabiduría? ¿Quién escudriñará el fondo de sus entrañas tenebrosas, donde se ocultan tantos secretos vergonzosos? Yo ni aun quiero pasar por ellos mi vista. Solo á vosotras; solo á vosotras me dirijo, ó justicia, ó inocencia, á quienes rodea una luz pura y brillante, y que saciais completamente nuestros deseos insaciabiles. En vosotras se encuentra un descanso profundo, una vida llena de calma inmensa. Aquel que entra en vosotras entra en la plenitud del gozo, y se refrigera deliciosamente en la fuente misma del soberano bien. ¡Ay de mí! En los dias de mi juventud, corriendo de deleite en deleite me alejaba de

« vos rápidamente, ¡ó verdad inmutable! y muy pronto errando al acaso vine á ser para mi mismo una region de indigencia y de dolor ».
 « ¿Y qué otra suerte debia yo prometerme? Vos, Señor, nos habeis hecho para vos, ¡ó Dios mio! y nuestro corazon estará inquieto eternamente hasta que descanse en vos ».

* S. AGUST. *Confes.*, lib. II, cap. X.

* *Ibid.* *Confes.*, lib. I, cap. I, n. 4.

CAPITULO III.

LO QUE IMPORTA LA RELIGION CON RESPECTO A LA SOCIEDAD.

Nadie esperará seguramente que yo me empeñe en probar la necesidad política de la Religión. ¿Una verdad de hecho, tan antigua como el mundo, dejará de ser incontestable, porque despues de seis mil años de un consentimiento unánime, se haya antojado á algunos insensatos

« vos rápidamente, ¡ó verdad inmutable! y muy pronto errando al acaso vine á ser para mi mismo una region de indigencia y de dolor! »
 « ¿Y qué otra suerte debia yo prometerme? Vos, Señor, nos habeis hecho para vos, ¡ó Dios mio! y nuestro corazon estará inquieto eternamente hasta que descanse en vos? »

* S. AGUST. *Confes.*, lib. II, cap. X.

* *Ibid.* *Confes.*, lib. I, cap. I, n. 4.

CAPITULO III.

LO QUE IMPORTA LA RELIGION CON RESPECTO A LA SOCIEDAD.

Nadie esperará seguramente que yo me empeñe en probar la necesidad política de la Religión. ¿Una verdad de hecho, tan antigua como el mundo, dejará de ser incontestable, porque despues de seis mil años de un consentimiento unánime, se haya antojado á algunos insensatos

oponer sus paradojas á la experiencia de los siglos, y sus aserciones al testimonio del género humano? « Mas fácil sería » dice el sabio Plutarco « edificar una ciudad en el aire, que formar un Estado, que no creyese en los Dioses. » Mas sin poner en duda ni un solo instante la necesidad de las creencias religiosas, se puede buscar la razón de esta necesidad; y esto es lo que yo me propongo en este capítulo, en el que intento demostrar que la filosofía, destructora de la felicidad del hombre y del hombre mismo, destruye también la felicidad de los pueblos y aun los pueblos mismos; y que la Religión, que es sola la que conserva al hombre y le conduce á la felicidad, poniéndole en un estado conforme á su naturaleza, es también la sola y única que conserva los pueblos y les conduce á la felicidad, estableciéndoles en un estado conforme á la naturaleza de la sociedad.

Una de las mas peligrosas locuras de nuestro siglo, es figurarse que se constituye un Estado ó se forma una sociedad de la noche á la mañana,

* *Contra Coloten.* — PLUTARC. *Opera*, p. 1123.

como si fuese una manufactura. Las sociedades no se hacen; la naturaleza y el tiempo las forman de mancomun; y he aquí porque es tan difícil que renazcan, cuando el hombre las destruye, oponiéndose la misma acción que destruye á la acción reparadora del tiempo y de la naturaleza. Se quiere crearlo todo instantáneamente, crearlo todo con la imaginación, y fundir en cierto modo la sociedad de un golpe en un modelo ideal, como se funde en un molde una estatua de bronce. Se substituyen en todo las combinaciones arbitrarias del ingenio á los respectos y relaciones necesarias, á las leyes sencillas y fecundas, que se establecen por sí mismas, cuando no se opone obstáculo, por ser condiciones indispensables para la existencia. Cuando llevados de teorías quiméricas comenzamos á trastornar y echar abajo, de nada se duda, porque nada se sabe, en seguida se cree saberlo todo, porque se ha hecho mucho y padecido mucho, y porque después de haber disecado vivos á los pueblos para buscar en sus entrañas los misterios de la organización social, la ciencia debe ser completa, y la sociedad estar

perfectamente conocida. Con esta confianza, en nada se repara, no hay cosa que embarace; se constituye un Estado y se vuelve de nuevo á constituir; se escribe sobre un pedazo de papel: somos monarquía, república, esperando llegar en realidad á ser alguna cosa, sea pueblo, sea nación. Todavía es un problema que está por decidir, saber que tiempo podrá subsistir en este estado una reunión de criaturas humanas. Hay una ley inmutable contra la cual nada puede prevalecer. Toda sociedad que, habiendo salido de las sendas de la naturaleza, se obstina en no volver á ellas, no se renueva sino por la disolución, y no recobra su vigor sino perdiéndolo todo, y muchas veces hasta el nombre de nación. Es indispensable que ella, lo mismo que el hombre, pase por las sombras del sepulcro para volver segunda vez á la vida.

En esto no cabe excepción alguna; y es muy triste pensar que lo que hoy se llama *luces*, es decir, el menosprecio del buen sentido y una curiosidad desmedida de entender plenamente lo que debemos solo creer con firmeza, un deseo altanero de juzgar lo que debemos respetar,

producen infaliblemente este resultado. Como quiera que la Religión y la política abrazan los mayores intereses de los hombres, estos hacen entrar á la parte, primero sus pasiones, y luego con mayor riesgo su razón; porque las pasiones, siempre puestas en acción por lo que es, y deteniéndose en ello, nunca producen, por sí solas, grandes revoluciones; en tanto que la razón, pasando repentinamente de lo que es á lo que se figura debe ser, y no encontrando en las ideas el obstáculo que las pasiones encuentran en las cosas, arruina por su base el orden existente, y todo lo destruye, causando un tedio general hácia todo. « El arte de desquiciar los Estados, » dice excelentemente Pascal, « es trastornar ó mudar las costumbres establecidas, profundizando hasta su origen..... Esto es un juego seguro para perderlo todo¹. » Nada hay que resista al raciocinio y la sociedad mucho menos. Así cuando todo un pueblo se mete á disputar sobre la mejor forma de gobierno, se puede con seguridad pronosticar que no

¹ Pensamientos de Pascal, cap. XXV, n. 6.

conservará por mucho tiempo el suyo, suponiendo que aun lo tenga.

Ahora bien, pues que hay sociedades mas ó menos felices, unas pacíficas y otras agitadas ó inquietas, estas estables y aquellas siempre movibles, sin duda hay una causa de esta diferencia. Vamos á descubrirla, y para esto, sentemos algunos principios sencillos, algunas de aquellas máximas sólidas, arraigadas en los siglos, y que el sentido comun ha deducido inmediatamente de la observacion de los hechos, cuya expresion compendiada vienen á ser; presentando con pocas palabras las lecciones de una dilatada experiencia.

Toda sociedad camina á la perfeccion, porque toda sociedad camina á la felicidad; y esta es para ella como para el hombre *la tranquilidad del orden*. En todas partes que hay desorden hay incomodidad, inquietud, esfuerzo para llegar á un orden mas perfecto. La sociedad para salir de este tormento, cuando lo padece, procura colocarse en su situacion y relaciones naturales, y se echa de ver que lo ha conseguido por la calma interior y la paz profunda de que goza.

Por tanto la Escritura, que propone las verdades mas sublimes bajo de imágenes familiares, para que puedan percebir las los mas escasos talentos, prometiendo al pueblo judáico una felicidad que colmaria plenamente sus deseos, le dice: « Cada uno estará sentado debajo de su viña é higuera, y nadie turbará su reposo ».

El reposo pues, resultado del orden, es, y forma la felicidad de los pueblos, y una sociedad, en la cual reinase un orden perfecto, gozaria de un perfecto reposo; y esto tal vez es la razon oculta de esa indolencia aparente, que los pueblos constituidos imperfectamente notan y echan en cara á ciertas naciones, mas adelantadas que ellos en la civilizacion verdadera. Pero tarde ó temprano llega un tiempo en que provocada la energia de estas naciones *perezosas*, enseña á sus despreciadores sorprendidos á distinguir el noble reposo y descanso de la fuerza, de la baja languidez de la apatía.

La unidad es la esencia del orden, porque el

* Et sedebit vir subtilis vitem suam, et subtilis ficum suam, et non erit qui deterreat. MICA., IV. 4.

objeto del orden es unir, y la misma sociedad, en su nocion, ó segun su definicion mas general, no es otra cosa que la union de criaturas semejantes entre sí. Donde no hay unidad, hay separacion ó division, oposicion, pugna, combate, desórden y desgracias.

Para que haya unidad social es preciso que cada parte esté ordenada con respecto al todo; el individuo con respecto á la familia; cada familia con respecto á la sociedad particular de que es miembro; la sociedad particular con respecto á la gran sociedad del género humano; y este mismo género humano con respecto á la sociedad general de las inteligencias, de la cual Dios es el supremo Monarca.

Si no se sube hasta este principio, la idea misma del orden será contradictoria. Porque no puede haber orden social sin gerarquía social, sin autoridad y sin súbditos, sin el derecho de mandar y la obligacion de obedecer. Mas entre seres iguales no hay naturalmente ni obligaciones, ni derechos, ni súbditos, ni autoridad, ni por consiguiente puede haber orden; y nunca se constituirá sociedad alguna solamente con hom-

bres: es indispensable que el hombre esté primero asociado con Dios para que pueda entrar en sociedad con sus semejantes.

No basta solo esto; todavia no hay orden social, sin el sacrificio de los intereses particulares al de todos; mas no hay razon para este sacrificio, quiero decir, es absurdo pedirlo é imposible obtenerlo, cuando es un hombre el que lo pide á otro, porque nada puede ofrecer en compensacion, y porque este sacrificio que no es otra cosa que la virtud, seria evidentemente la locura mas inconcebible, si no existiese una sociedad mas excelente y duradera donde recibirá la recompensa.

Pues que ni aun se puede imaginar sociedad sin una autoridad que gobierne, y súbditos que sean gobernados, la autoridad y los súbditos son seres necesarios, y existen entre ellos relaciones necesarias. La expresion de estas relaciones se llama constitucion.

La constitucion es perfecta, si expresa perfectamente los verdaderos respectos ú las verdaderas relaciones naturales de los súbditos y de la autoridad, y la sociedad bajo su imperio goza

del grado mas alto de fuerza, de tranquilidad y dicha. Estará por el contrario inquieta y atormentada, si la constitucion expresa ó se forma sobre relaciones arbitrarias, ó que no se derivan necesariamente de la naturaleza de los seres sociales: porque establecer relaciones arbitrarias es constituir el desorden y sembrar calamidades.

Se ve además que jamas existió Estado alguno sin constitucion, pues que en todo Estado existe una autoridad y súbditos ó personas sociales ligadas por relaciones verdaderas ó falsas. Cuando un pueblo pues habla ó trata de formarse una constitucion, comienza por suponer un absurdo, que es que no la tiene. No seria pueblo si no la tuviese, no seria nada. Así formarse una constitucion es cambiar de constitucion, no es llenar un vacío sino crear uno, que no se llenará tan pronto; es dislocar el Estado por su base y hacer una revolucion completa por el gusto de volver á comenzar la sociedad, y salga lo que saliere. Así jamas llega á apoderarse de las naciones sino en su decadencia.

Hay entre las diversas sociedades respectos y relaciones necesarias, cuyo conjunto forma lo

que llamamos derecho de gentes; y las sociedades están mas ó menos tranquilas, son mas ó menos felices en proporcion á la mayor ó menor conformidad que este derecho tiene con el orden inmutable, ó la naturaleza de los seres de que se componen las sociedades.

Finalmente hay relaciones necesarias, públicas y privadas entre los miembros de una misma sociedad. Las leyes son la expresion de las relaciones públicas, ó la regla de las acciones públicas; y las leyes son mas ó menos buenas, mas ó menos perfectas, segun y conforme ellas expresen relaciones mas ó menos perfectas, es decir, mas ó menos naturales ó mas ó menos verdaderas.

Las acciones privadas ó costumbres deben tambien y mas necesariamente, si es posible, estar arregladas por leyes que, penetrando hasta el corazon del hombre, establezcan el orden en sus pensamientos y afectos; porque estos y aquellos son el principio y móvil de todas las acciones humanas,

Constitucion, leyes, costumbres, á esto se reduce toda la sociedad.

Una simple agregacion ó reunion de hombres

viene á ser sociedad luego que se constituye, es decir, por el establecimiento de la autoridad, que es el fundamento necesario de todo orden; y aun en el universo físico no hay orden sino porque está gobernado por un poder inteligente.

Las leyes del derecho de gentes unen esta sociedad desde que nace con todas las demás sociedades, ó con la gran sociedad del género humano, y la ordenan con respecto al todo, cuya parte forma.

Las leyes civiles y criminales, arreglando las acciones públicas, fijan las relaciones públicas de los miembros de la sociedad entre sí, y establecen el orden público.

Las costumbres ó las leyes morales acaban lo que las otras leyes han comenzado, y ponen en orden las acciones más secretas, y las más independientes de la justicia humana, arreglando todo en el hombre hasta los pensamientos y deseos.

El Estado está bien ordenado y la sociedad es feliz cuando la constitución, las leyes y costumbres, concurriendo con perfecta armonía á un mismo fin, son la expresión exacta de las re-

laciones naturales ó necesarias de los seres sociales.

Yo llamo verdades sociales estas relaciones verdaderas ó necesarias. Cuanto más pues participen de la verdad la constitución, las leyes y costumbres de un pueblo, tanto mayor será la felicidad de que este pueblo goze; y la felicidad ó el bien social no será más que la verdad realizada por la constitución, las costumbres y las leyes. Así tanto los pueblos como los individuos no son felices sino por el conocimiento y amor de la verdad, que es el orden ó el bien por excelencia, y por la práctica de las obligaciones que forman parte de esta verdad.

Examinemos ahora el influjo de la filosofía en la sociedad bajo el triple aspecto de la constitución, las leyes y las costumbres; y para llegar á un resultado independiente de toda teoría, en la cual pueda haber disputa, limitémonos á consideraciones que puedan aplicarse á todas las formas de gobierno.

Donde quiera que hay hombres, la naturaleza forma sociedades, y el estado de sociedad no es menos natural al hombre que la existencia, pues

que él no se encuentra ni perpetúa sino en el estado de sociedad. Esto se prueba por los hechos, y se prueba también, si vale hablar así, físicamente por la larga necesidad que tiene el niño de socorros extraños, antes de ser capaz de proveer á su propia conservación.

Así la sociedad, cuyo germen es la familia, nace y se desenvuelve del mismo modo que el hombre y muchas veces á pesar del hombre mismo, cuya acción imprudente, contrariando la naturaleza bajo el pretexto altanero de perfeccionarla ó reformarla, retarda ó detiene los progresos de la sociedad que iba formándose, y altera la constitución, así como los errores de una falsa ciencia, ó las pasiones alteran la de los individuos.

Sin embargo, á pesar de los desórdenes parciales, el hombre subsiste en tanto que respeta las leyes fundamentales de su ser; y la sociedad también subsiste á pesar de los desórdenes algunas veces gravísimos, mientras que la ley fundamental de toda sociedad permanece intacta.

Esta ley es la ley de la autoridad, ley sagrada, y que está tan lejos de haber sido inventada por

el hombre, que ni aun puede comprenderla si la Religión no se la explica.

Esto se ve muy claramente cuando después de haber excluido á Dios y haberse puesto en su lugar, se empeña en constituir la sociedad con sola su razón, con esta razón que por sí no sabe más que dudar y destruir.

La filosofía parte de este principio: Cada hombre naturalmente es dueño absoluto ú soberano de sí mismo, nada debe á nadie, ni nadie le debe á él cosa alguna. Esto supuesto se hace necesario que ella dé por base á la autoridad, ó la fuerza, ó un pacto libre.

Rousseau prueba muy bien que de la fuerza no puede resultar ni derecho ni obligación alguna, y que así se diferencia esencialmente de la autoridad¹. La fuerza es el poder de compeler por violencia; la autoridad es el derecho de mandar. Del derecho de mandar resulta la obligación de obedecer; del poder de compeler por violencia resulta la necesidad de ceder. Media una distancia infinita entre estas dos nociones. Para

¹ Contrato social, lib. I.

confundirlas es necesario trastornar hasta el lenguaje, y decir que el viento que arranca de raíz una encina usa de un derecho, lo pone en ejercicio, y que la encina al caer cumple con su obligación.

La fuerza, que es potencia física, mantiene en el mundo físico el orden, porque obra siempre según ciertas leyes inmutables y sabiamente ordenadas por una inteligencia infinita. La fuerza desordena el mundo moral, porque en las manos de agentes libres é imperfectos, sirve las mas veces para realizar voluntades imperfectas ó desarregladas. Además, tener la fuerza por base del orden social es suponer que el hombre es un ser puramente material, es hacerle inferior á los animales que conocen otra ley distinta de la fuerza, pues que resisten á esta obedeciendo al instinto. Y sin embargo se verá que en último análisis la filosofía no ha podido descubrir otro fundamento de la sociedad, ni dar otra noción del poder ó autoridad.

Ella nos habla con una asombrosa confianza de un pacto primitivo, por el cual, cada uno por su propio interes, ó todos por su particular uti-

lidad ponen bajo ciertas condiciones su soberanía, ó el ejercicio de ella, en las manos de uno solo ú de muchos; y este pacto, si se le quiere creer, es la base verdadera del orden social. Doctrina á la verdad funesta, absurda, degradante si jamas la hubo.

Lo primero, nunca se vió sociedad alguna que comenzase por semejante pacto, y la razon es muy sencilla; y es, que supone al menos un principio de sociedad, ó la reunion de un cierto número de hombres con un lenguaje comun, una habitacion comun y relaciones habituales; cosas imposibles si no existia algun orden entre ellos, y por consiguiente leyes y autoridad encargada de ejecutarlas. Por otra parte, estos hombres que se reunen de una plumada para deliberar sobre intereses comunes, ¿de dónde tomarian las nociones de gobierno, no habiendo tenido hasta entonces alguna? En este caso no solo establecerian la sociedad sino que la inventarian. ¡ Idea extraña! Hacer salir el orden social de una deliberacion, no de salvages, porque

estos están unidos por vínculos sociales, sino de criaturas humanas reunidas por acaso en los bosques, donde ocupadas necesariamente en solas las necesidades físicas, se alimentarían á duras penas de algunas bellotas que escaparon á la voracidad de los animales.

Y si se dice que este pacto, sea ó no explícito, existe de derecho, se supone lo que está en cuestión, y á mas se dice un absurdo; porque la voluntad expresa de los contratantes es de esencia en todo pacto; de otro modo ¿quién arreglaría las condiciones?

Todo pacto incluye tambien esencialmente la idea de una sancion que le haga obligatorio. ¿Y dónde se hallará esta, que es el fundamento necesario de la obligacion moral, y sin la cual no puede darse verdadero contrato? De nada sirve aquí el concurso de las voluntades á que se da tanto valor. La voluntad del hombre no es obligatoria para él mismo: ¿cómo podrá serlo para

riatur ulla institutio. CICER. De Republica, lib. I, cap. XIV. edic. de Paris. Segun el texto inédito, hallado por M. Mai, bibliotecario del Vaticano, tom. I, pág. 72.

otro? Luego el que cede su soberanía ó el ejercicio de ella, en realidad nada cede, pues que puede, y Rousseau lo confiesa, tomar de nuevo lo que cedió; siempre que se le antoje. El que recibe la soberanía nada recibe mas que una facultad temporal, un poder físico de gobernar, que se le puede quitar á cada instante, sin que él esté obligado por condicion alguna, pues que no puede ligarle la voluntad de otro, ni aun la suya. No veo, por lo tanto, que resulte del pretendido contrato social ninguna obligacion, ningun derecho, ni por consiguiente una verdadera autoridad. Yo no veo mas que una dislocacion de la fuerza que queda por último, único árbitro de la sociedad. Si el pueblo tiene mas fuerza, echará abajo al soberano cuando quiera; y todos los partidarios de la soberanía del pueblo le conceden este derecho, que no podrian negarle segun sus principios. Si la fuerza, por el contrario, está de parte del soberano, remachará las cadenas del pueblo segun sus caprichos ó temores, como se hace con un animal feroz, para no ser devorado.

Luego en vez de la tranquilidad del orden, el

supuesto pacto no establece sino un conflicto de voluntades arbitrarias, y, destruyendo la noción del derecho y de la obligación, ó el principio de la obediencia, pone en un estado de guerra la autoridad contra sus súbditos. Cuando la fuerza del soberano prevalece, entra el despotismo; si la del pueblo, la anarquía: y es indispensable que tarde ó temprano una de las dos prevalezca. Es muy violenta cualquiera lucha que tiene por objeto el poder para que dure mucho tiempo; y en tanto que dura, el Estado es víctima de todos los males que pueden oprimir un pueblo. Esto es lo que hace por tantas razones que el despotismo sea preferible á la anarquía; porque esta es el choque de todos los poderes particulares, sobre los cuales cada uno quiere prevalecer; y hasta tanto que uno lo consigue, el desorden es completo y la única ley la destrucción. En este combate terrible de cada uno contra todos, todos perecerían si no fuesen vencidos.

No siendo la soberanía de que puede gozar el hombre, antes del establecimiento de la sociedad, relativa mas que á sí mismo; consiste en no depender mas que de su voluntad; y como la vo-

luntad no puede naturalmente enagenarse, tampoco la soberanía. Mas tan imposible es querer por la voluntad de otro, como pensar por su entendimiento y obrar por sus órganos. Luego cada uno, bajo este aspecto, queda despues del contrato social, lo mismo que estaba antes, es decir, soberano de sí mismo, ó independiente de cualquiera otra voluntad que la suya; y ceder el poder no es ceder su voluntad, ó dejar de ser lo que es; porque esto es imposible, sino únicamente poner su fuerza á la disposición de otro. El depositario pues del poder no es mas que depositario de la fuerza; y conservando su independencia originaria todas las voluntades, en lugar del derecho de ordenar que se ejerce sobre las voluntades mismas, no tiene mas que el poder de obligar por la fuerza, poder que el pueblo, si es mas fuerte, puede quitarle cuando quiera.

Bajo el imperio pues del contrato social, no hay en la sociedad otros derechos, otras obligaciones que la voluntad del mas fuerte. No se atribuye al pueblo el poder soberano, sino porque posee la mayor fuerza física; y esta fuerza es tan ciertamente el único derecho, que el pueblo, dice

Jurieu, *no necesita de razon para validar sus actos, ó como se explica Rousseau, la voluntad general (ó la voluntad del pueblo) es siempre recta*¹. Así las ideas de autoridad, derecho, orden y justicia, van á confundirse y perderse en la idea de la fuerza, ley general y única razon de la sociedad.

Observad además que cuanto se dice del pueblo, debe decirse igualmente de toda parte del pueblo ó de cada individuo; porque la voluntad y la fuerza general no son mas que la coleccion de todas las voluntades y fuerzas individuales; y seria contradictorio que la voluntad y fuerza del pueblo fuesen la única regla y medida de sus derechos, si los derechos de cada individuo no tuvieran igualmente su voluntad por única regla y su fuerza por medida.

Así los partidarios del sistema que examino, parten de este principio para establecer su pacto social. Exigen la adhesion formal de todas las voluntades particulares, adhesion que, no obligando por otra parte sino en tanto que agrade á la voluntad, deja á esta en su independencia pri-

¹ *Contrato social*, lib. II, cap. III.

mitiva, y no constituye orden alguno, que no esté en su mano siempre trastornar, solo porque se la autoje.

Pero no determinándose la voluntad sino en vista de un motivo, ha sido preciso hallar uno que inclinase todas las voluntades sin excepcion á abrazar el pacto social; y como la idea misma de obligacion ó deber es incompatible con el sistema, no queda mas que el amor de si mismo, ú el interes particular; y sobre esta base es, en efecto, sobre la que la filosofia quiere á toda costa fundar la sociedad. Rousseau que adopta esta doctrina, es tanto mas inconsecuente, cuanto en otras partes sienta las máximas contrarias. Si, como él dice, « es tan poco lo que los intereses particulares tienen de comun, que jamas podrá balancear lo que tienen de opuesto¹, » claro es que la sociedad nunca pudo establecerse, ni podrá conservarse por el concurso unánime de las voluntades particulares, ó por el convenio de los intereses particulares; y el sistema que exige este convenio imposible es contrario á la naturaleza

¹ *Emílio*, libro IV.

del hombre, pues que este, por testimonio de Rousseau, « es sociable por su naturaleza ó al menos hecho para serlo ».

Y observad que, así como excluyendo á Dios de la razón del hombre se destruye toda verdad, toda ley moral, toda obligación, toda virtud para no dejar en pie mas que el amor exclusivo de sí mismo, ú el interes personal; del mismo modo, excluyendo á Dios de la sociedad, se destruye toda verdad social, todo poder y autoridad, toda virtud, para establecer en su lugar el interes particular, que viene á ser el único principio de órden tanto en la sociedad como en el individuo.

Cuando estas opiniones funestas llegan á entenderse en un pueblo, cuando se ha persuadido á los hombres que ninguno debe cosa alguna á nadie mas que á sí mismo, que el interes personal es la regla única de la voluntad, que se puede legítimamente todo aquello que se puede impunemente; cuando, en una palabra, la autoridad no es otra cosa que la fuerza, el órden social la fuerza, la moral la fuerza, entonces

¹ *Emilio*, libro IV.

cada uno tantea la suya, y procura acrecentarla sujetándose la de los otros, y la independencia produce en este caso una tendencia universal á la dominacion. La sociedad se transforma en un vasto circo, donde todos los intereses se atacan, combaten furiosamente, ya cuerpo á cuerpo, ya en masa segun la conveniencia de las pasiones. En medio de este desórden el Estado no puede subsistir sino muy corto tiempo; y esto porque un cierto número de intereses particulares se ligan con el interes particular del poder ó autoridad, y oprimen todo el resto; y Rousseau sentia en su corazón el peso de esta verdad, cuando se pregunta al examinar las instituciones de los pueblos antiguos: *¿Qué! ¿la libertad no se conserva sino con el apoyo de la servidumbre?* y con sola una palabra se da á sí mismo esta respuesta terrible: *puede ser*.

Esto que él llama libertad es la ausencia del poder general de la sociedad, ó el reinado mas ó menos libre de todos los poderes particulares. Se ve bien que en este caso cada poder particu-

² *Contrato social*, lib. III, cap. XV.

lar debe tener sus súbditos que el gobierne por sus voluntades particulares, es decir, esclavos: porque la esencia de la esclavitud consiste en la sujecion á la voluntad del hombre; y cualquiera que obedece al hombre solo es esclavo, aun cuando este hombre fuese el mismo. Asi sucede á las naciones, y la teoría de la soberanía del pueblo *excluida la autoridad de Dios y los principios religiosos*, no es mas que la teoría de su servidumbre*. Esto es lo que bajo otro aspecto hacia la esclavitud necesaria en los gobiernos antiguos, y especialmente en las repúblicas. Servia para satisfacer al orgullo de los ciudadanos y mantenerlos en la dependencia, alucinándolos sobre su verdadera situacion ó condicion; ellos se figuraban ser libres, viendo bajo de sí una servidumbre mas profunda.

No hay calamidades que no salgan de una doc-

* En la suposicion hecha de la exclusion de Dios y la soberanía absoluta é individual del hombre. Sin una moral rígida, dicen los sabios editores de la *Miscelánea*, que enseñe al hombre á vencer las inclinaciones criminales, no puede existir la libertad pública ni individual, pues el hombre esclavo de sus mismas pasiones está dispuesto á sufrir el yugo del despotismo. (N. D. T.)

trina que pone los seres sociales en relaciones tales, que no es posible concebir otras mas arbitrarias, y abandona la sociedad al capricho del mas fuerte, como aquellos animales inútiles y enfermos que se echan á los bosques, cuando ya no nos pueden servir. No estando ligado el poder por alguna ley obligatoria, viéndose libre de toda obligacion por despojado de todo derecho, no tiene ni conoce otra regla que su interes ó voluntad; y no siendo todo interes, limitado por necesidad aquí abajo, mas que un interes de orgullo ú de voluptuosidad, el pueblo, como un instrumento vil de la ambicion ó de los placeres de su dueño, se verá reducido á la alternativa, ó de alimentar con su sudor el lujo de un principe afeminado, ó de cebar con su sangre la gloria de un monstruo.

Pero tambien los pueblos tienen su voluntad, su interes, su orgullo mas terrible que el de ningún tirano. De aquí un odio secreto contra el poder que los oprime y humilla, odio que abraza y se extiende desde el poder á todos sus agentes, á todas las instituciones, leyes, y distinciones sociales; y si se les deja un momento conocer su

fuerza, abusarán hasta destruirlo todo y se precipitarán en la anarquía creyendo volar á la libertad.

Así el principio desastroso de que todo poder viene del pueblo, conduce infaliblemente los pueblos, ó á no tener gobierno alguno, ú á tenerlo tirano y opresivo. La doctrina misma que destrona á Dios, destrona á los reyes, destrona al hombre mismo, poniéndole mas bajo que los brutos, y luego que la razon se encarga de gobernar el mundo por si sola, el interes particular, manantial eterno de odios y discordias, viene á ser el único vínculo social. Así como la autoridad no es otra cosa que la fuerza, tampoco la obediencia es mas que la debilidad, porque nunca tiene un interes el orgullo en obedecer. El deseo innato de dominar, comprimido por la violencia se reconcentra, tiene su reaccion y empuja incesantemente los súbditos hácia la rebelion. Estando el poder ó la autoridad vago y errante en la sociedad, una turbulencia sigue á otra y una revolucion á otra revolucion.

La democracia mas desenfadada, que únicamente es la exclusion de todo orden y de toda

ley, ó el gobierno de las pasiones, las irrita en vez de satisfacerlas, y el pueblo, siempre ambicionando, siempre destruyendo, atormentado por deseos y temores vagos, se fatiga en abrir su sepulcro, y busca con ansia el fondo del desorden. esperando hallar en él su reposo. La sombra sola de la autoridad le horroriza; toda desigualdad, toda distincion cualquiera que sea, excita su desconfianza y hiere su orgullo. Honrando con su odio todo lo que se eleva sobre él, todos los géneros de superioridad sin excepcion, castiga inexorablemente los servicios que generosamente se le hicieron, castiga las riquezas, los talentos, el ingenio, la gloria y aun la virtud. Aristides fué desterrado de la ciudad que salvó, porque los Atenienses se fastidiaban de oírle llamar *el Justo*.

¿Cómo es que hay quien se atreva á celebrar una doctrina, ya tantas veces probada por la práctica, y de la cual nunca salieron mas que calamidades y delitos? Mirad esa Grecia tan culta, tan sabia, suponiendo que la filosofia sea la sabiduria, vedla tal, cual nos la pintan sus propios historiadores. No se hablaba en to'a

ella mas que de independencía, y hervian en esclavos sus ciudades y campos, se encadenaban naciones enteras á la estátua de la Libertad. Mas no era bastante vender al hombre, ó darle en cambio de viles animales, los griegos mas virtuosos le degollaban para acostumar la juventud á derramar sangre, y le envilecian para dar lecciones de moral á la infancia.

¿Y lograron al menos estos bárbaros propietarios, cuya principal riqueza consistía en rebaños de criaturas humanas, lograron al menos lo que con tanto ardor buscaban? Se decian y se creian libres, y, en la inconstancia perpetua de sus instituciones arbitrarias, no hacian mas que mudar de yugo, pasar de una tiranía á otra y sufrirla bajo todos sus aspectos, unas veces sujetos á uno solo, otras, y esto era lo mas duro, esclavizados por una multitud envidiosa, insolente y caprichosa.

La historia instructiva de esta nacion célebre no es otra cosa que la historia de los delitos y desgracias. Un odio furioso sublevaba unos contra otros los Estados, y á las guerras exteriores se juntaban las intestinas. Toda la materia de

los escritos de estos historiadores se reduce uniformemente á sediciones, conspiraciones, proscripciones y carnicerías. No se citará una ciudad que no estuviese dividida en muchos bandos, tanto mas encarnizados é implacables, cuanto en una poblacion poco numerosa los odios públicos se convierten en rencores personales. Triunfando cada partido á su vez, hacia sufrir al mas débil la pena y venganza no solo de la presente caida, sino tambien la de los triunfos anteriores; y la condicion mas dulce que podian esperar los vencidos era el destierro, al que siempre acompañaba la confiscacion de bienes. De aquí aquellas crueldades, cuya idea sola nos asombra, y aquellos usos atroces que los legisladores combatieron con otros usos infames. Por manera que habian llegado á tal exceso de indigencia moral, que ya no se hallaba otra cosa que oponer al crimen mas que el vicio.

Entre tanto la razon se desvirtuaba combinando formas de gobierno, y complicando los resortes de la máquina política, con la esperanza de que el orden naceria del equilibrio justo de las fuerzas. En estos cálculos mas vanos todavia

que ingeniosos, nada se tenia menos presente que las pasiones, y se buscaba con mil trabajos en la multiplicidad de contrapesos, ó en la division del poder, una garantía que sirviese al mismo tiempo contra la anarquía y el despotismo; pero dividido este poder, ó estos diversos poderes, no tardaban en hacerse la guerra, y desolaban el Estado por sus interminables discordias. Todo el fruto de tantas precauciones se reducía á prolongar una lucha funesta, y á comprar mas cara una opresion mas dura. Se sufría igualmente la tiranía y además sus venganzas.

Roma fué primero gobernada por reyes, y esta fué la causa de su duracion. La Religion, costumbres y leyes tuvieron el necesario tiempo para arraigarse bajo su autoridad pacífica. No se puede dudar que esta época fuese feliz, porque la historia solo ha conservado una memoria obscura y muy incierta. Bruto, añade Tácito, instituyó el consulado y la libertad¹, es decir,

¹ *Urbem Romam à principio reges habuere. Libertatem et consulatum L. Brutus instituit. Annal., lib. I, n. 4.*

No olvidemos la distancia infinita que hay entre una monarquía hereditaria, moderada, conforme á las leyes fundamentales de una

que se le unió el poder del pueblo, y desde entonces siguió siempre perdiendo¹. Los grandes se esforzaban infructuosamente por contenerlo; el único efecto de su resistencia era dar mas esplendor á las victorias que alcanzaba sobre ellos la plebe. A nada menos aspiraba esta que á realizar el sistema de la igualdad absoluta, que en el fondo no es mas que un sistema de destruccion absoluta; porque despues de haber destruido la sociedad destruyendo las distinciones sociales, las pasiones celosas de las distinciones naturales que la muerte sola puede quitar, destruirian al hombre mismo, y acabarian por establecer sobre un suelo desierto y en el silencio de los sepulcros, la lúgubre igualdad de la nada. Las circunstancias vinieron felicisimamente á favorecer á Roma; porque las naciones vecinas la salvaron haciéndola la guerra. La obligaron á pensar antes que

Constitucion, que reconoce y profesa la Religion verdadera, y una república pagana, gobernada por una aristocracia absoluta y cónsules amovibles. (*N. D. T.*)

¹ « Mientras que quedaron algunos privilegios á los patricios, se los quitaron los plebeyos. » *Espiritu de las Leyes.* lib. XI cap. xvi.

todo en su existencia, y á apoderarse de su territorio. Enviaron colonias, y esto tuvo dos grandes ventajas: reducir el número de los proletarios, y ofrecer un objeto exterior á la ambicion. Si en un principio el orgullo de los Romanos no se hubiese dirigido y vuelto á la conquista, este pueblo en poco tiempo se habria exterminado á sí mismo. Solo la guerra suspendia las disensiones intestinas, y buscando y encontrando la passion del poder fuera del Estado siempre nuevas satisfacciones, Roma estuvo en pie mientras que la tierra le presentó naciones que conquistar. Pero una vez vencido el universo, cada romano pretendió reinar sobre él, y fué trastornado el imperio hasta sus fundamentos por conmociones horribosas. Se habia sostenido contra todos los pueblos, y no pudo defenderse de sí mismo, de su constitucion, ni de la doctrina que le servia de base; y entonces fué cuando se recorrió el velo enteramente, para instruccion eterna de la sociedad, á los secretos espantosos de la independencia absoluta del hombre. Yo no sé qué rencor furioso saliendo impetuosamente de los profundos senos del corazón humano, y arras-

trando tras sí todos los delitos, se apoderó de esta nacion condenada por el cielo á castigarse á sí misma. Sus ejércitos, como esos criminales que padecen el suplicio en el lugar mismo que cometieron el delito, conducidos por la mano de Dios, iban lejos á sufrir su juicio en las mismas regiones que habian devastado: y no hubo rincón alguno del imperio donde la providencia no obligase á estos feroces adoradores de la libertad, á dejar montones de huesos, que fuesen otros tantos monumentos de la sabiduria y felicidad del pueblo-rey.

Pero no era solo en el campo de batalla y en el furor del combate, donde y cuando los conciudadanos caian á los golpes de los conciudadanos. Diariamente se dejaban ver listas sangrientas á las puertas del Senado, en las paredes de los templos, donde se anunciaban á millares los romanos, á quienes mandaba morir el vencedor. Se vió tambien en esta época horrorosa, cederse mutuamente las cabezas de los bandos, la vida de un amigo, de un pariente, de un hermano, y especular sobre las proscripciones. Uniéndose la sed del oro con la sed del poder ó

mando, se vendian los asesinatos y se traficaba con la muerte. Finalmente el imperio rendido y *fatigado ya por tantas discordias*¹ vino á descansar en el seno del despotismo militar, y algunos mónstruos devoraron tranquilamente este pueblo que habia devorado al mundo.

Se establecen nuevos principios con una Religion nueva, que salva la sociedad, haciéndola conocer las verdaderas relaciones del hombre con su autor, y de los hombres entre sí. Las voces tutelares de *derecho* y *deber* adquieren un sentido; la autoridad sucede á la fuerza, y el reinado de Dios, que es el órden por excelencia, sucede al reinado del hombre ó al desórden absoluto. Con el influjo de esta Religion sublime, el género humano caminaba velozmente hácia la felicidad, adelantándose hácia la perfeccion, cuando repentinamente aparecen de nuevo en la sociedad las doctrinas paganas sobre el poder. El espectro ensangrentado de la soberanía individual ó absoluta, invocado por la Reforma sale

¹ *Cuncta discordiis civilibus fessa, nomine principis (Augustus) sub imperium accepit.* TAERT. Annal., lib. I.

del sepulcro, donde le habia desterrado el Cristianismo. Al instante el espíritu de independencia subleva las pasiones contra la autoridad; guerras atroces desolan toda Europa, y la discordia con su encono implacable penetra hasta el seno de las familias. Lutero y sus discípulos justifican la rebelion, la autorizan, la excitan por sus escritos y con sus predicaciones sediciosas. Un no sé qué violento fermenta en lo interior de los corazones, y el fanatismo de la libertad religiosa produce el fanatismo de la libertad política. La Alemania, la Francia, los Países-bajos, Inglaterra y Escocia, sirviendo de presa á los furores de una multitud embriagada en doctrinas antisociales, se cubren de ruinas y nadan en su sangre. Reclaman los pueblos, por primera vez despues de quince siglos, lo que llaman sus derechos, es decir el poder, objeto eterno de los desenfrenados deseos del orgullo; citan arrogantes á los principes, ya hechos mandatarios suyos, ante su tribunal, esforzándose á fundar la democracia sobre las ruinas del órden existente. Vacilan los tronos y llegan á hundirse algunos. El genio de Wiclef agita segunda vez la

Inglaterra, destinada por la providencia para servir de ejemplo á las demas naciones. Se retiró la Religion y abandona este pueblo á las opiniones que le han seducido: y vele aquí ya árbítro de sí mismo. Desaparecen en este momento el orden y la paz, y todas las plagas reunidas inundan esta tierra proscripta. Constitucion, leyes, justicia, humanidad, todo huye, y solo quedan la fuerza y las pasiones. La hacha de los *niveladores* (*levellers*) paseándose en triunfo de un extremo del reino al otro, allanó todas las preeminencias sociales, y hasta la misma dignidad real pereció sobre el cadalso con el mas desgraciado de la familia de los Estuardos.

Así unos mismos errores tuvieron en todos tiempos unos mismos efectos, y pronto veremos una nueva prueba muy digna de memoria. Desde luego que se le dice al hombre, tu razon es la fuente de la verdad, y tu voluntad la del poder; la verdad no es ya otra cosa que lo que lisonjea los apetitos, ni el poder es ya mas que la fuerza, la cual dirigida por el interes particular ó las pasiones, introduce el desorden y la muerte hasta en los últimos elementos de la sociedad;

y sus miembros, hallándose con derechos iguales é intereses contrarios, se destruirian hasta no quedar uno, si por no ser iguales las fuerzas, el mas fuerte no sujetase al mas débil á sus caprichos, convertidos en ley única, único derecho y única justicia. Tal es el resultado necesario del absurdo contrato social soñado por la filosofia, y que en realidad no es mas que una declaracion sacrilega de guerra contra la sociedad y contra Dios. El racionio y los hechos de acuerdo y unánimes lo demuestran; y cualquiera que sepa ver y reflexionar, conocerá que las doctrinas de independencia individual, fuente sangrienta de la discordia y opresion, aboliendo con la nocion de autoridad todos los principios conservadores del orden, la paz, la felicidad y libertad de los pueblos, jamas produjeron ni pudieron producir, bajo todas las formas de gobierno, desde el mas absoluto despotismo hasta la democracia absoluta, otra cosa que tiranos y esclavos, revoluciones y maldades.

No es esto todo. Cuando las relaciones sociales que unen á los hombres en una misma sociedad han sido destruidas ó alteradas, las relacio-

nes que unen los pueblos en la gran sociedad del género humano se destruyen ó alteran igualmente. No se conoce ya otro derecho de gentes que el interes particular de cada nacion, ni otro derecho de guerra que la fuerza. El odio á los demas, fruto del amor exclusivo de sí mismo, anima á los pueblos como á los individuos, y los hace duros, envidiosos y destructores. Esta passion bárbara, que es una modificacion odiosa del orgullo, forma especialmente el carácter de las naciones, en que el principio ateo de la independencia del hombre está públicamente consagrado por instituciones. Esto es tan verdad que Rousseau mira el Cristianismo como poco á propósito para formar ciudadanos, porque inspira un espíritu de dulzura, y desprende de las cosas de la tierra, ¹ es decir, porque substituye el amor universal de los hombres á este patriotismo feroz, tan fatal á la humanidad, passion cruel y violenta, que no hace que los ciudadanos se amen mutuamente, sino que aborrezcan todo lo que no es conciudadano. Juan Jacobo por lo demas está

¹ *Contrato social*, lib. IV, cap. viii.

muy consiguiente. Ha visto clarísimamente que no es posible fundar un gobierno sobre el interes particular, sin que el odio sea su resorte; y tenia además el ejemplo de todas las repúblicas de la antigüedad. La única cosa que podria sorprender, si no conociésemos tanto el orgullo filosófico, sería que Rousseau, conociendo y viendo la consecuencia, no haya vuelto pie atras, horrorizado por tal principio; porque cuando ocurren á la memoria los efectos horrorosos de los odios nacionales en los antiguos, el alma consternada busca por todas partes un refugio contra estos recuerdos espantosos. Nos preguntamos asombrados ¿cómo el hombre ha podido sufrir el sentimiento de tantos males, y hallar el pensamiento de tantos crímenes?

Eran enemigos natos unos de otros los pueblos, nunca estaban en paz, ni gozaban mas que de unas cortas treguas, cuya seguridad solo estaba afianzada, por el interes de guardarlas ó la impotencia de romperlas. No existia entre ellos vínculo alguno de justicia, y un horrible derecho de exterminio era la regla única que reconocia la fuerza. He aquí la verdadera razon de aque-

llos esfuerzos inauditos, de aquellas resistencias prodigiosas que tanto nos asombran. Se peleaba por la hacienda, por la libertad, por la vida, porque todo pertenecía al vencedor¹. ¿Se quiere ver como la filosofía protegía entonces la humanidad? « Los Griegos, » dice Platon, « no destruirán á los Griegos, no los reducirán á esclavitud, no talarán sus campos, no quemarán sus casas; pero harán todo esto con los bárbaros². »

La política de los Romanos, tan injusta como impia, fué mas funesta al mundo que sus armas. ¿Quién no conoce la sentencia del austero Caton, á cuyos ojos todo acto útil á los intereses del Estado era lícito³? Se pudiera decir con mas justa razon *la fe romana que la fe púnica*; tan hábil era

¹ « Una ciudad sin fuerza corría aun mayores peligros. Perdía por la conquista, no solo el poder legislativo y ejecutivo como hoy, sino tambien todo cuanto se conoce bajo el título de propiedad entre los hombres, libertad civil, bienes, mugeres, hijos, templos y hasta las sepulturas. » *Espíritu de las Leyes*, lib. IX, cap. I.

² *De Republic.*, lib. V.

³ Caton no daba su dictámen en el senado sin añadir: *Delenda est Carthago.*

Roma para eludir sus juramentos ó tan osada en violarlos. La ruina de Cartago puede servir de prueba, como tambien el saqueo de las ciudades de Epiro por Paulo Emilio, es un monumento de la dulzura y equidad del senado, cuyas órdenes ejecutaba este cónsul. Obsérvese que estos dos rasgos están tomados de los tiempos mas dignos de la república, y que su historia presenta otros semejantes, ó mas horrorosos, casi en todas sus páginas. Era un sentimiento tan extraño para este pueblo la humanidad que faltaba en su idioma la voz que lo expresa^{*}.

Sola la Religion, suavizando los corazones, ó atormentando las conciencias, ponía algun limite á los furores y devastaciones de la guerra, y defendía de las pasiones y doctrinas del orgullo y del odio, una tradicion débil de misericordia. Cuando ya no quedaba esperanza alguna al vencido, ella le abría sus puertas, y la mortandad se detenía alguna vez al pie de los altares[†].

^{*} *Humanitas* no significa en los autores antiguos mas que política, civilidad, dulzura, agrado, afabilidad.

[†] « Los enemigos que huyen despues de una derrota, salvan la

Seria fácil encontrar sin fatigarse mucho en los tiempos modernos, ejemplos suficientes para confirmar estas observaciones. Hay en Europa un país en el cual se excluyó el influjo de la Religión de la autoridad de sus leyes y gobierno, y desde entonces mas célebre por su orgullo que por la pureza de sus costumbres, parece no conocer otra regla de conducta ni otra justicia política que el interés. Como los Romanos, ha extendido por la fuerza y astucia su dominación opresora sobre regiones lejanas, á las cuales oprime con una sabiduría cruel y una barbarie sabia: reina con aquellos y por las mismas máximas, y acabará como ellos.

Los principios análogos que se extienden por Europa, y se penetran acompañados de una filosofía antireligiosa en casi todos los gabinetes, han hecho retroceder visiblemente el derecho de las naciones, que venia á ser como entre los paganos, sobre poco mas ó menos, el interés armado

* vida si logran abrazarse con una estatua de los Dioses, ó acercarse á una Iglesia. PLUTAR. *De la Superstition, traduct. d' Amyot.*

con la fuerza. Perdida la santidad de la fe pública, los tratados privados de vigor y sancion, se transformaron en simples convenciones humanas, muy semejantes por su naturaleza y efectos al pretendido contrato social. Sucediendo el sistema de las conveniencias propias á la doctrina de los derechos, se destruyeron los términos que separaban las heredades de los pueblos, y las haciendas de los particulares. Así como en el orden moral, unos sofistas envidiosos se cubrían con el sagrado de la naturaleza y sus leyes, para justificar la violación de las propiedades particulares; del mismo modo otros sofistas, autorizándose con las mismas máximas en el orden político, se han hecho dueños de propiedades públicas, provincias y reinos, con el solo pretexto de que así lo exigía la naturaleza. Desde este momento, cada Estado temió ser usurpado de la noche á la mañana por orden de la naturaleza, según la desmedida codicia de sus intérpretes; y la seguridad madre de la paz ha huido

* El autor se refiere sin duda al gobierno republicano que adoptó la Francia, dándole por base el contrato social que impu-

de una tierra abandonada á los caprichos funestos de los hombres. Las naciones no han contado más que con su fuerza para conservarse, y, no siendo suficientes los ejércitos mas numerosos para conseguirlo, los pueblos enteros se han visto obligados á presentarse en campo raso, y pelear por su vida con el encarnizamiento que inspira un interes tan fuerte. La sociedad, bajo el influjo de las doctrinas filosóficas ha vuelto atrás, ha retrocedido hasta el estado salvage, y estos duelos horrorosos de nacion á nacion han llenado de asombro al universo que desde el establecimiento del Cristianismo jamas vió cosa que á esto se pareciese. Nunca llegó á tal extremo el

gna, y excluyendo como él la Religion, que es el fundamento sólido de toda sociedad. Los males todos que oprímieron aquella nacion y trastornaron la Europa, nacieron de este principio. España encontró y la hizo conocer el remedio oportuno, cuando opuso una constitucion que uniendo al influjo de la Religion santa, puesta como base de sus leyes las ventajas civiles, verificó el dicho del mismo Rousseau. « Con los mejores principios la filosofía no puede hacer bien alguno que la Religion no haga mucho • mejor, y la Religion hace muchos que la filosofía no alcanza á hacer. » (*Contrato social*.) El mismo La Mennais, en la pág. 111, admiró y celebró estos efectos gloriosos, hijos de aquella causa. (N. D. T.) Véase tambien la nota V.

arte de oprimir; nunca hubo mas destreza en coger todo el fruto de la victoria. Abrazando con sus tiznados cálculos una avaricia ingeniosa hasta las generaciones futuras, ha sabido hacer cooperen y sean cómplices de sus exacciones el tiempo, el suelo, la industria y hasta las necesidades de los vencidos.

Entre tanto, á la estabilidad y firmeza del orden, á la union antigua y santa que formaba de los pueblos de Europa un solo cuerpo político y casi una sola familia, arraigada como una encina robusta y magestuosa en esta tierra antigua de la civilizacion, ha sucedido repentinamente una movilidad espantosa, un espíritu turbulento de discordia; y sin que nada haya mudado mas que las creencias y costumbres, esta misma Europa ha venido á ser como una gran sucesion que los herederos codiciosos y mas poderosos que las leyes, se disputan unos á otros con las armas en la mano, la devastan, la despedazan y cuyos miserables restos se reparten ensangrentados. Una insaciable avaricia se ha apoderado de los gobiernos, y siendo solo el interes particular el que dispone de los imperios,

se les ha despojado en cierto modo de su existencia moral, y de la dignidad tutelar que tomaban de la noble y verdadera idea de sociedad, para hacer... tiemblo al decirlo... para hacer de ellos una especie de efectos mercantiles, una moneda corriente que está á disposicion y para el uso de los poseedores de la fuerza; y con el fin de dar á este comercio rápido de Estados, seguridades que no dependan de la buena fe de los contratantes, ha intervenido la fuerza para suplir á la falta de justicia, y en el siglo diez y nueve, en el siglo de las luces y de las *ideas liberales*, se ha establecido contra las naciones el decreto de arresto ú mandamiento de prision y confiscacion.

Cuando se llega á este término no se debe celebrar tanto ni los progresos del orden social, ni los de la felicidad, ni los de la libertad.

Incedo per ignes. Se conoce bien que yo apenas puedo tirar algunas pinceladas en un cuadro que cada uno acabará fácilmente por sí mismo. Por otra parte mi fin en esta obra no es tanto presentar un tratado completo de reflexiones, cuanto dar ocasion á que se reflexione. Lo que

dice un autor, sea quien fuere, no es á propósito mas que para cierta clase de talentos; pero si logra de sus lectores un grado de atencion que les obligue á formar sobre la materia que trata, pensamientos que nazcan de ellos mismos, habrá hecho mucho mas que si los hubiera el mismo expresado. Parece que nos pertenece mas una verdad, cuando nosotros mismos la hemos descubierto; porque inspira menos desconfianza y mas adhesion.

No pudiendo la filosofia establecer otra constitucion que la fuerza, ni otro derecho de gentes que la misma fuerza*, tampoco puede establecer otra legislacion que la fuerza, porque no queriendo subir hasta el supremo legislador, y deteniéndose en el hombre, no puede hallar la razon de nuestras obligaciones en voluntades que son iguales é independientes.

Las leyes son la expresion de las relaciones que unen entre sí los miembros de una misma socie-

* Sigue hablando en la suposicion de que se halle excluida la Religion que obliga á reconocer y obedecer las leyes, no solo por temor de las penas, sino por la conciencia. (N. D. T.)

dad. Cuanto mas naturales y perfectas sean las relaciones que expresan, tanto serán mas perfectas las leyes, ó propias para conducir los seres sociales á su fin, que es la felicidad ó *la tranquilidad del órden*. Si las leyes por el contrario, expresan relaciones arbitrarias ó falsas, serán un manantial perpetuo de desórden y desgracia, y llevarán al hombre á la destruccion en vez de conservarle.

Estando las leyes destinadas á arreglar las acciones, son por su esencia obligatorias; de otro modo no serian una regla, serian cuando mas un consejo, á menos que no se las suponga apoyadas por la fuerza; y todavia en este caso no prescribirian obligacion, sino impondrian necesidad.

Luego la nocion de la ley está unida intimamente con la nocion de autoridad; y toda doctrina que destruya la nocion de la autoridad, destruye tambien la de la ley.

Así, los filósofos que separando á Dios de la sociedad, hacen venir ó derivarse el poder ó mando de un pacto dependiente de las voluntades libres de los hombres, ó que, en otros términos, atribuyen al hombre la facultad de crear la autoridad, le atribuyen tambien la facultad de

crear la ley; y esta no es mas que la voluntad del hombre, ó segun la definicion de Rousseau, *la expresion de la voluntad general*, es decir de todas las voluntades particulares de los miembros del cuerpo social*. *Y siendo siempre recta la voluntad general*, las leyes son siempre justas; el pueblo crea la justicia del mismo modo que la ley; ni aun se necesita que sus voluntades sean fundadas en razon, sino en la voluntad; *el pueblo no tiene necesidad de razon para validar sus actos*; puede legitimamente todo lo que quiere, hasta despedazarse y aniquilarse: « porque, » dice Rousseau, « si quiere el pueblo hacerse mal á sí mismo, ¿quién tendrá derecho de impedirlo? »

Al leer estas máximas, fecundas en calamidades y delitos, parece se lee el código del desórden y la teoría de la muerte. Si el caos y el infierno

* Una nacion que como la nuestra ha puesto al frente de sus leyes y como la mas sagrada de ellas la Religion, que reconoce y profesa como única verdadera: siempre arreglará su voluntad á los principios de esta, que son los del verdadero órden social y fuente de la felicidad segun la doctrina establecida. (N. D. T.)

Contrato social, lib. II, cap. XII.

tienen legislacion alguna, sin duda está fundada sobre esta base.

El interes particular, único móvil de las voluntades particulares, cuya coleccion forma la voluntad general, es en este sistema la sola razon en que se funda la ley. Mas si como dice Rousseau « lo que los intereses particulares tienen de comun, no equivaldrá jamas á lo que tienen de opuesto », se sigue que los pueblos vivirían eternamente sin leyes, si fuera necesario que en realidad fuesen *la expresion de la voluntad general*, ó de todas las voluntades particulares sin excepcion. Pero siendo necesarias á los pueblos para subsistir leyes, como tambien un poder ó mando, sean los que fueren, la ley de hecho viene á ser la expresion de la voluntad del poder ó de la voluntad del mas fuerte. No teniendo otro fundamento que la fuerza, tampoco tiene mas seguridad ni garantía que esta misma; y ya no se obedece, sino se cede. Es un interes particular que sofoca y oprime momentáneamente todos los otros. De aquí un manantial nuevo y perenne de odio; porque el hombre aborrece naturalmente todo lo que se opone

á su bienestar, ó lastima su interes personal.

Así todas las verdades sociales desaparecen con la verdad suprema, de la cual son una emanacion. Realizadas por las leyes y la constitucion, producen el orden, la paz y la felicidad, uniendo y estrechando con vinculos de amor las diversas partes del cuerpo social. Mas cuando el error ocupa su lugar, todo padece, todo se desconcierta y divide, y la sociedad cae á pedazos. Un rencor mutuo arma incesantemente los súbditos contra la autoridad, los pueblos contra otros pueblos, y los ciudadanos contra los ciudadanos; y la anarquía existe y obra en todos los miembros del Estado, aun cuando la fuerza conserva en lo exterior una apariencia de orden.

El principio conservador que se halla y conoce en las leyes y creencias de los antiguos, no era inventado por ellos; porque cuanto mas subimos hácia la antigüedad, vemos estas creencias mas puras y mas fuertemente establecidas. Nacian manifiestamente de la tradicion primitiva, herencia comun del género humano. Pero poco á poco alteradas por las pasiones y la razon, se debilitó su influencia con el progreso del tiempo,

y las doctrinas contrarias debieron producir efectos opuestos. Así el espíritu del gobierno en Roma y Grecia, teniendo incesantemente en movimiento el interés personal, obscurecía los principios de justicia, y, ayudado por una filosofía corruptora, acabó borrándolos enteramente de los corazones. A excepción de aquellas épocas de una disolución profunda, las costumbres entre los antiguos eran generalmente mejores que las leyes, porque la Religión que en parte había conservado las verdades esenciales, formó primero las costumbres sin obstáculo, mientras que las leyes, que vinieron después, se acomodaron á la naturaleza del gobierno, y como él no expresaron más que relaciones falsas casi siempre; y esta diferencia explica las contradicciones singulares que se observan en las costumbres mismas; porque lo que había en ellas puro, bueno y generoso, era propio del hombre ilustrado por la Religión; lo que había vicioso, violento, atroz, venía del ciudadano pervertido por las instituciones políticas, y las doctrinas que estas hicieron nacer. Inexplicable sería la duración de los Estados populares, cuyos anales parecen tan glo-

riosos; si no hubiesen tenido fuera del gobierno un principio de conservación; así lo dice claramente Montesquieu: « Roma, era una nave sostenida en la tempestad por dos áncoras, que eran la Religión y las costumbres ».

Las legislaciones de los pueblos paganos, con especialidad en las repúblicas, oprimían al débil. La razón es porque las leyes, siendo la expresión de la voluntad del más fuerte, no tenían ni podían tener otro objeto que proteger sus intereses. La esclavitud oprimiendo la debilidad y flaqueza de la condición, protegía el orgullo del hombre libre; la poligamia y el divorcio oprimiendo la debilidad del sexo, protegían los deleites y caprichos inconstantes del marido; las horribles leyes sobre deudores, oprimiendo la miseria y la hambre, y tal vez la flaqueza de la naturaleza misma, protegían la avaricia de los ricos; el derecho de vida y muerte concedido á los padres sobre sus hijos, oprimiendo la debilidad de la edad, protegía la codicia bárbara y demás pasiones del padre, ó de aquel que era

¹ *Espíritu de las Leyes*, lib. VIII, cap. XIII.

mas fuerte en la familia. Cuando la fuerza vino á concentrarse en una sola mano, cuando no conoció el Imperio mas que un señor y dueño, tampoco quedó en él mas que una sola ley, que fué su voluntad, la cual disponia de trescientos millones de hombres, de sus bienes, libertad y vida, á gusto de sus intereses.

En el instante que los antiguos trataban de legislacion práctica, parece que los abandonaba toda idea de justicia y pudor. ¿Quién no conoce las leyes de los Tebanos y Cretenses, y las instituciones de Esparta? ¿No queria el divino Platon establecer en su República que las mugeres fuesen comunes, y fundar la sociedad en la abolicion de la familia? He aqui el mayor esfuerzo de la razon humana en política, y en el siglo mas bello de la Grecia. Aristóteles pone el latrocinio entre las diferentes especies de caza¹. Y no discurre mal. Cuando se constituye al hombre en guerra contra el hombre, debe permitirse á cada uno haga daño á su enemigo, no hay mas medio para conservarse que destruir. De tal ma-

¹ *De l'Homme*, t. I. secc. IV. nota 27, p. 605. *Quest. sur l'Encyclopédie*, art. *Guerre*.

nera era este el espíritu de los antiguos Estados populares, que Solon cuenta entre las diversas profesiones la de ladron¹. Solo observa que no se ha de robar, ni á sus conciudadanos ni á los aliados de la república. No acabariamos si quisiésemos traer á la memoria todas las leyes y máximas semejantes adoptadas entre ellos. Mas lo que no se debe omitir es, que aun las mas infames han encontrado un número crecido de apolo-gistas entre los filósofos modernos; y algunos han llevado el cinismo de los principios á mayores extremos que los mismos paganos llevaron el cinismo de las costumbres.

Solo un buen sentido es suficiente para ver que una ley inmoral debe tener malos efectos; teniendo ingenio se encuentra tambien que puede tener buenos efectos; el talento que abraza todas las relaciones, juzga como el buen sentido². Montesquieu cuyo ingenio á nadie cedia en viveza, no ha encontrado en pueblo alguno, leyes

¹ *De l'Homme*, t. I. secc. IV. nota 27, p. 605. *Quest. sur l'Encyclopédie*, art. *Guerre*.

² La ambigüedad de las voces francesas *esprit*, *génie*, que significan ya viveza, ya discurso, ya talento é ingenio, hace confuso el sentido de esta proposicion: sin embargo, á mi parecer,

que no haya justificado. Según él, hay siempre en el clima, las costumbres ó la constitucion, algunas circunstancias que debieron determinar al prudente legislador á corromper la legislacion. Su libro, hecho en un todo para el siglo en que apareció, no ha producido en politica alguna utilidad verdadera, y ha contribuido singularmente á debilitar la moral pública.

Toda verdadera legislacion viene de Dios, que es principio eterno del orden, y poder general de la sociedad de los seres inteligentes. Fuera de aquí yo no veo mas que voluntades arbitrarias, y el imperio degradante de la fuerza; hombres que avasallan insolentemente á otros hombres;

quiere decir que es claro, y obvio que una ley mala no puede tener buenos efectos, y esto lo conoce aun el hombre mas rudo, con tal que compare las ideas; pero un talento travieso, con falsos raciocinios hace aparecer bueno lo malo; mas el juicio sólido conoce y ve como el buen sentido natural, porque abraza todas las verdaderas relaciones y efectos de la ley. Así estará mejor traducido: «Basta el buen sentido para ver que una ley inhumana debe producir malos efectos; un ingenio travieso puede figurarse que los tiene buenos con aparentes razones; pero el juicio sólido que abraza todas las relaciones de su objeto, piensa como el buen sentido, esto es, que de una ley mala no pueden nacer costumbres buenas» (N. D. T.)

no veo mas que esclavos y tiranos. El código variable de los intereses se substituye al de la justicia, inmutable como la naturaleza de los seres que debe regir, y que conserva manteniéndolos en sus verdaderas relaciones. Considérense las leyes sacadas, por decirlo así, de aquel manantial divino; y se verá, que inflexibles y severas como la verdad, y sin embargo rebosando un espíritu de dulzura, que consuela y tranquiliza la humanidad, inspiran á un tiempo la confianza y el respeto, el temor y el amor. El hombre puede violarlas sin duda, pero es violando su razon, su conciencia, su naturaleza toda, y renunciando á toda paz y felicidad. Ellas, siempre estables en medio del movimiento de las cosas humanas, se afirman con los siglos, sobreviven á las opiniones, á los sistemas, y reinan sin envejecer jamas, sobre las generaciones, que se suceden y pasan enriquecidas con sus beneficios. Por el contrario, si el interes particular viene á ser el principio de las leyes, al punto vuelven estas á entrar en la clase de aquellos caprichos inconstantes y desordenados que el tiempo lleva con desprecio. Son duras ó afeminadas,

extravagantes y mudables, algunas veces disolutas, crueles siempre como las pasiones, y no subsisten sino engañando el odio con bajas condescendencias, consternando la indocilidad con el terror. Mas ya sea que lisonjeen, sea que aterren, siempre oprimen, y las leyes formadas para adular al pueblo son las mas opresoras constantemente. Cualquiera que aspiraba al favor del populacho romano proponia la ley agraria ó la abolición de propiedades: y en cierta nacion que se cree libre, no ha mucho que cualquiera que queria agradar al pueblo, solicitaba leyes de expoliacion y sangre contra los católicos. El hombre es el mismo en todos paises y en todos tiempos.

Las legislaciones puramente humanas tienen además otro inconveniente terrible, y es, que las leyes protectoras del orden, son las que con mas impaciencia sufre la multitud, porque se dirigen á sostener lo que su interes pretende echar abajo. Ella tolerará las leyes inmorales, porque consagran el desorden, de que se aprovecha mas ó menos; mas no esperando ventaja alguna sus pasiones de las leyes buenas, porque

su objeto es reprimirlas, no encontrará en ellas necesariamente, mas que un obstáculo á sus deseos, y un atentado contra sus derechos. Y como ninguna ley emanada ó que se derive de solo el hombre es obligatoria para otro hombre, será necesario que la fuerza sostenga y proteja la equidad, y arrancar del temor lo que inútilmente se pediria á la conciencia. Cuanto mas profundo sea el pavor, tanto mayor será la sumision, la seguridad pública no tendrá mas fiador que el verdugo, y se proclamará la justicia en nombre de la muerte, por no haber querido proclamarla en el nombre de Dios.

He hecho ver que la filosofia destruye el poder ó autoridad, el derecho de gentes y las leyes ó reglas de las acciones públicas; me queda que probar que tambien destruye la moral ó regla de las acciones privadas.

Lo que ya tengo dicho en esta materia, refutando los diversos sistemas de los indiferentes, me dispensa de una discusion larga. Me bastará observar que la filosofia, por no poder hallar fuera de Dios la razon de las obligaciones, se ha visto forzada á fundar la moral lo mismo que

la sociedad, sobre el interes personal limitado á la vida presente, doctrina subversiva y destructora de toda virtud, segun el dictámen de Bayle y de Rousseau. « Sin la esperanza de los bienes futuros, » dice el primero, « se podrian poner la virtud é inocencia en el número de aquellas cosas, sobre las cuales Salomon pronunció su sentencia definitiva : *Vanidad de vanidades, y todo es vanidad*. Confiar en su inocencia seria apoyarse sobre la caña cascada que hiere la mano del que se sirve de ella ». La virtud pues en buena filosofia no es á propósito mas que para los tontos ; es el resultado de la ignorancia ó de la pobreza de talento, y no debemos ya sorprendernos de ver los progresos del vicio y los delitos seguir con tanta regularidad los adelantos de las *luces*.

Rousseau vió claramente estas consecuencias del ateísmo. « Se ha pretendido establecer la virtud con sola la razon ¿ y qué base sólida se la podrá dar? La virtud, dicen, es el amor del orden : y qué ¿ este amor puede, ni debe

¹ *Diction. crit.*, art. *Brutus*.

« sobrepajar en mí el de mi bienestar? Denme una razon clara y suficiente para preferirlo. « Su pretendido principio no es en el fondo mas que un juego de palabras ; porque tambien yo, yo mismo digo, que el vicio es el amor del orden, tomado en un sentido diferente. Donde quiera que hay sentimiento é inteligencia hay algun orden moral. La diferencia está en que el bueno se ordena con respecto al todo, y el malvado lo ordena todo con respecto á sí. Este se constituye centro de todas las cosas, el otro mide su radio y se mantiene en la circunferencia. De este modo está en orden con respecto al centro comun, que es Dios, y con respecto á todos los círculos concéntricos, que son las criaturas. Si no hay Dios, solo el malvado es el que raciocina, el bueno no es mas que un insensato ».

Ciertamente la filosofia debiera hablar con menos altanería de la razon, cuando *por sola la razon* no puede establecer mas que el crimen ; deberia no ponderar tanto sus beneficios, cuando

¹ *Emilio*, libro IV.

forma de la virtud la herencia de los *insensatos*. Todo su poder consiste en el raciocinio; y en el instante que ella *raciocina*, el hombre que la oye se hace un *malvado*, y entonces, y solamente entonces, es cuando comienza á ser su discípulo verdadero: á cualquiera que permanece *bueno*, le excluye como indigno de recibir sus lecciones, ó incapaz de comprenderlas. Ahora bien, id, y reunid los hombres, dictadles leyes, escribidles leyes, constituciones, códigos; buscad *insensatos* que consientan en *ponerse en orden*, por vuestros intereses, *con respecto al todo*, despues de haberles enseñado que la sabiduría consiste en *ordenar el todo con respecto á sí*. Filósofos, que encumbrais con tanto orgullo, y con tan pomposas frases, la razon del hombre, contais extrañamente con su imbecilidad, ¡ Qué language tan á propósito para persuadirles! « Nadie tiene derecho para mandarte: y á consecuencia re- conoce á tu Señor y dueño. Tu única regla es tu voluntad: por consiguiente obedece á las leyes que la contrarian. No tienes mas obligación, que hacerte feliz sobre la tierra, sin reparar en como: por consiguiente renuncia á

« todos tus intereses, ahoga la voz de tus deseos, y aun la de la necesidad; sé justo sin premio y á tu costa; sométete sin murmurar á privaciones durisimas, á la miseria, al trabajo, al dolor y á la hambre. Nada debes esperar despues de esta vida: por consiguiente obra como si esperases otra, respeta religiosamente el orden establecido contra ti, sé voluntariamente nuestra victima, y te pagaremos el servicio con un profundo desprecio. » Filósofos, dad gracias al inventor de la horca, porque á él solo debeis el fundamento y la sancion de vuestra moral.

Mas para que nadie pueda sospechar que Rousseau ha exagerado, quiero presentar las consecuencias que él atribuye al ateismo, deducidas metódicamente de este error monstruoso por el espíritu mas frio, y el razonador mas hábil que hasta hoy ha combatido la creencia unánime del género humano. Oigamos á Espinosa.

« Yo no entiendo otra cosa por el derecho natural que aquellas leyes por las cuales conce-

« bimos que cada ser está determinado natural-
 « mente á existir y obrar de cierto modo: los pe-
 « ces, por ejemplo, están determinados por la na-
 « turaleza á nadar, y los grandes á comerse los
 « pequeños; he aquí porque el agua pertenece
 « á los peces, y los grandes se comen á los pe-
 « queños por derecho natural. De aquí se sigue
 « que cada ser tiene un derecho soberano á todo
 « lo que puede. Y en esto no admitimos ningun-
 « na diferencia entre el hombre y los demas se-
 « res, ni entre los hombres dotados de razon y
 « aquellos que no la conocen. Así mientras que
 « los hombres viven bajo el imperio de sola la
 « naturaleza, el que no conoce todavía la razon,
 « ó el que no ha adquirido el hábito de la virtud,
 « vive segun las solas leyes de su apetito, con
 « igual derecho que aquel que arregla su vida á
 « las leyes de la razon: es decir, que así como
 « el sabio tiene un soberano derecho á todo
 « aquello que su razon le dicte, ó el derecho de
 « vivir segun las leyes de la razon; del mismo
 « modo el ignorante, ó el hombre apasionado,
 « tiene un soberano derecho á todo aquello á que
 « sus apetitos le llevan, ó el derecho de vivir se-

« gun las leyes de sus apetitos. Luego el dere-
 « cho natural no está determinado en cada hom-
 « bre por la sana razon, sino por los deseos y
 « el poder. Cada uno, considerado bajo el solo
 « imperio de la naturaleza, tiene el soberano
 « derecho de desear todo aquello que ilustrado
 « por la sana razon, ó arrebatado por las pasio-
 « nes, juzga le es útil; y puede licitamente apo-
 « derarse de ello, sea á fuerza abierta, sea por
 « astucia ó por cualquier otro medio, y por con-
 « siguiente tener por enemigo á cualquiera que
 « quisiese impedirle satisfaga sus deseos. De don-
 « de se sigue que el derecho natural, bajo el cual
 « todos los hombres nacen y viven comunmen-
 « te, nada prohíbe mas que lo que no se desea
 « ó lo que no se puede; y permite los odios, los
 « pleitos, la cólera, el fraude, y absolutamente
 « todo lo que excita nuestros apetitos. Así la
 « fuerza es la que determina en cada uno el de-
 « recho natural, y ninguno puede estar cierto y
 « seguro de la fe de otro, mientras que no tenga
 « mas fiador que su promesa, pues que cada
 « uno por el derecho natural puede obrar con
 « dolo y astucia, y los pactos no obligan sino

« por la esperanza de mayor bien , ó el temor
« de mayor mal. »

Constituyendo la sociedad por sola la razón , sin la intervencion de Dios , no queda mas recurso que no reconocer otra autoridad , otro derecho , ni otra ley que la fuerza , dirigida por el interes particular ó las pasiones ; y cuando se pretende formar y constituir las costumbres por sola la razón , sin la intervencion de Dios , es tambien indispensable no reconocer mas ley ni mas derecho que la fuerza , dirigida por el interes particular ó por los *apetitos* : esto quiere decir , que en uno y otro caso se da al hombre la soberania absoluta é individual sobre si mismo ; y es muy de admirar que Rousseau no haya visto que su doctrina del contrato social , no es mas que el puro ateismo aplicado al órden social , y que haya adoptado en política los principios , cuyas consecuencias desecha con horror en la moral. Esto proviene sin duda de que , queriendo establecer una teoría rigurosa de la sociedad , se

¹ *Tractat. theolog. polit.*, cap. XVI. *De jure uniuscujusque naturali et civili*, pág. 85.

ha visto obligado á seguir hasta donde le arrastraban sus máximas , por consiguiente hasta el ateismo , el cual no es mas que un deismo riguroso.

¿ Pero qué sociedad podrá conservarse , cuando los derechos de cada uno no tengan mas regla que sus deseos , ni otros limites que su fuerza , á la cual tambien se dan por añadidura el fraude con el dolo ? ó mas bien ¿ cómo concebir en la noción de sociedad una reunion de seres ó criaturas humanas , enemigas naturales las unas de las otras , é incesantemente ocupadas en hacerse daño mutuamente ? En esta anarquía horrible de voluntades contrarias y de intereses opuestos , de fuerzas é intereses desiguales , el amor de si mismo se confunde con el odio á los otros ; y el hombre , sujeto á la ley sola de sus apetitos , independiente de toda autoridad , y libre de toda obligacion , asi como el pueblo soberano , no tiene necesidad alguna de razon para legitimar sus actos : basta que quiera y pueda ; con estas dos condiciones todo le es permitido. El campo , la casa , la muger de mi vecino , su vida misma me pertenecé por derecho natural , si yo la deseo , si soy el mas fuerte.

La naturaleza no prohíbe al hombre mas que, lo que físicamente le es imposible alcanzar; el término de su poder ó de sus apetitos lo es tambien de sus derechos. ¿ Tiene hambre de su semejante? Si tiene el poder físico puede comer su carne y beber su sangre, con tan poco escrúpulo como se comería un pedazo de pan ó bebería un vaso de agua de la fuente. * Y, ni aun se vislumbra en medio de este conflicto de pasiones la posibilidad consoladora de la paz, ni siquiera una tregua, pues que ningún pacto es obligatorio, cada promesa puede envolver un lazo pérfido, y finalmente, porque ninguno está ligado sino por su interés. Por consiguiente á dios Estado, familia, union y seguridad. El hombre temblará horrorizado al encontrar otro hombre, que será mas terrible á sus ojos que el caiman del Ganges ó el tigre de Zara. Si alguna vez el

* Esto parecería una exageracion, si la filosofía no hubiese deducido por sí misma esta consecuencia horrible de sus principios. En una obra publicada en 1791, Brissot establece sin rodeos el derecho de comer carne humana (*droit d'entropoplagie*). Se atribuyen al mismo autor dos obras: *Teoría del robo*, y *Apología del robo*. Valiente filósofo era el tal Brissot!

instinto une casualmente dos individuos de diferente sexo, satisfecho su apetito se mirarán con horror, y el mas débil se apresurará á huir temiendo ser devorado.

Si la filosofía pues llegase á establecer enteramente su reino sobre las ruinas de toda Religión, destruiría la sociedad; acabaría con el género humano, y realizaría la nada, que forma el fondo de sus doctrinas. Mas para ceñirnos ahora á lo que nos enseña la experiencia sobre su influjo en las costumbres, contemplemos los siglos filosóficos. ¡ Qué olvido tan profundo de todas las obligaciones! ¡ Qué insolente menosprecio de la virtud! Declarados el orgullo y el deleite el solo y único móvil de las acciones humanas, dan á luz una avaricia desenfrenada, que es un síntoma triste é infalible de la extincion del sentido moral. Cuando se apodera de un pueblo la sed del oro, se puede firmemente asegurar que se precipita á la barbarie. Aun las ciencias no sirven para otra cosa que para conducirle con mas velocidad, porque ellas nada conservan por sí mismas, y determinando su tendencia al bien ó al mal, las doctrinas reinantes, apresuran con

su propio movimiento el curso de las costumbres que las arrastran, hasta que vienen á sepultarse en un mismo abismo con las instituciones, las leyes y la sociedad toda. Entre tanto todo lo que hace la felicidad de los hombres reunidos, la concordia y la paz, la union doméstica, la dulce confianza, la amistad fiel, la tierna compasion, la seguridad mutua desaparecen. Ya no se siente, se calcula. Las combinaciones bajas del interes reemplazan los movimientos generosos del corazon. Un duro egoismo ahoga hasta los sentimientos de la naturaleza; porque el que á nadie ama mas que á sí mismo, nunca será amado. Pequeños y grandes, ricos y pobres, apresurándose todos igualmente á gozar, devoran con furor una existencia de un momento. El matrimonio sin fidelidad ni firmeza es una sociedad pasajera del deleite, que el capricho forma y que el capricho desbarata. El adulterio y el divorcio, que es un adulterio legal, destruyen la familia por sus cimientos. Lo que queda viene á ser una carga tal, que hay pocos hombres que tengan valor para soportarla. De nada sirve para aligerarla, permitir á la avaricia del padre calcule lo que le

tendrá de costo la vida del hijo abandonado á su discrecion; todavia es mas oneroso el ser padre con este horrible derecho, y el vicio casi solo tiene á su cargo el poblar el Estado.

« En Atenas, » dice Montesquieu, « el pueblo excluyó del número de los ciudadanos á los bastardos, para lograr una mayor porcion de trigo, del que les habia enviado el rey de Egipto¹. » Esto puede dar una idea del número de bastardos, y por consiguiente del estado de las costumbres en esta ciudad que tanto se admira.

Los Griegos con sus instituciones filosóficas habian comenzado por quitar el pudor á la virtud; filosofando siempre, llegaron hasta perder el pudor del vicio mismo. Enseñóles la filosofia desórdenes que la naturaleza no permite ocurran á los animales, en el mayor arrebató y furor de sus sentidos.

Cuando las doctrinas materialistas, que reducen la moral al interes particular, se introducen en un pueblo, su primer efecto, por lo comun, es turbar el órden político, y dividir los ciudadanos,

¹ *Espíritu de las Leyes*, lib. XXIII, cap. vi.

exaltando desmedidamente el deseo de dominación. Todo el mundo quiere mandar, y nadie quiere obedecer; se disputan rabiosamente el mando, y el Estado despedazado sucumbiría á las facciones, á no ser que, degradadas poco á poco las almas, y maduras en fin para sufrirlo todo, no se postrasen voluntariamente á los pies del despotismo; porque los elementos de la esclavitud se preparan en la anarquía, y cuando esta llega á ser mas completa, aquella que la sigue es mas profunda.

Es muy notable este duplicado efecto de la depravacion de costumbres por la impiedad, que consiste en irritar el orgullo de los hombres, en términos de hacérseles odioso el gobierno mas dulce, y apagar de tal manera en ellos el noble sentimiento de su dignidad, que nada se les hace intolerable, nada hay que los inquiete ni asombre en la tiranía mas feroz. El que no se tiene en mas que una bestia, tampoco lleva á mal ser tratado como ella, y se consuela facilmente con tal que se le deje la vida y los deleites brutales. *Panem et circenses*, gritaban los Romanos en tiempo de los Césares. Un poco de pan mojado en sangre es todo

lo que pedia á sus amos aquel pueblo tan civilizado y valiente, que habia conquistado el mundo.

En el principio de las sociedades, los pueblos peleaban por la vida; de aquí es que entonces las guerras son casi siempre atroces: pero la humanidad recobra su imperio en el tiempo de paz. Esta, por el contrario, es mas cruel en las naciones corrompidas que la guerra misma. La codicia y el orgullo producen como un espíritu general de barbarie fria y meditada, la que, segun las circunstancias rompe y se hace conocer unas veces en las costumbres del pueblo, y otras en la política de los gobiernos.

Los conocimientos, dice Montesquieu, hacen á los hombres dulces. Esto es falso. Considérese á los Romanos bajo el imperio de Augusto. Sin que nos metamos en la exposicion de los niños, ni en los espectáculos sangrientos del circo, no podemos formar hoy una idea de lo que era la suerte de los esclavos en este pueblo, heredero universal de los conocimientos y vicios del género humano. Estos infelices, á quienes se escaseaban hasta los alimentos mas groseros, fuera del tiempo del trabajo, vivian encadenados en el

campo, en una especie de subterráneos infectos, donde apenas penetraba el aire. Abandonados al capricho de un amo avaro y de unos sobrestantes crueles, se les oprimía con toda especie de trabajos, que con todo eran menos duros que los caprichos crueles de sus tiranos. Estaban encadenados por los grandes á las puertas de los palacios, como bestias despreciables¹. En estando enfermos ó si llegaban á viejos, se les enviaba á morir de hambre en una isla del Tiber². Algunos Romanos los hacían echar vivos en sus viveros para engordar las murenas³. En fin la muerte había de tener parte en todas las diversiones de aquel pueblo. Para dar mas aire de verdad á las representaciones trágicas, degollaban á uno en la escena, se veía en ella á Hércules quemado vivo, y á Orfeo despedazado por osos que hacían el papel de las bacantes. En fin ¿qué sé yo? el hombre había llegado á ser tan vil y despreciable á los ojos del hombre, que se mataba para ale-

¹ OVID. *Amor.*, lib. I, eleg. VI, y SUTTON. *De claris Rhetoribus*.

² SUTTON. *In Claudio*, pág. 75. Paris, 1610.

³ SENEC. *Quæst. natur.*

grar los festines, ó para pasar el tiempo, sin que ni aun se hiciese alto, ni ocurriese un escrúpulo. Nunca hasta este siglo brillante de la filosofía y las letras, se había pensado en sacrificar víctimas humanas al fastidio.

Pero he aquí otra cosa tal vez mas increíble. Euforion de Calcida⁴ refiere que, entre los Romanos, se ofrecían algunas veces cinco minas de recompensa al que se aviniese á dejarse cortar la cabeza, por manera que la suma ofrecida se había de entregar á los herederos, y muchas veces, añade el mismo autor, muchos concurrentes que lo pretendían se disputaban la muerte á este precio. Júzguese en vista de esto de la angustia y miseria de aquellas familias, cuyos miembros se sacrificaban así, para librar á los otros de los horrores de la hambre, y de la atrocidad de un pueblo, en el cual la indigencia se hallaba redu-

⁴ *Apud Athen.*, lib. IV, cap. XIII.—*Sunt qui propter luxuriam sectantur otium, seque vendendos præbent ad eadem. Hic se venundat pauper, dives emit occisores; horum deinde testes futuri sedent, et gladiatores inter se singulari certamine nullam ob causam committuntur, nec auxiliaturus accedit quisquam.* TATIAN. *Contr. Græc. prat.*, pág. 161.

cida á mendigar la preferencia en estos contratos execrables. Se encontraban hombres que compraban caro el deleite de ver un homicidio; y no se hallaban que fuesen sensibles á las dulces ternuras de la piedad.

¿Y qué diremos de los excesos, de los caprichos é invenciones sutiles y horrorosas de la dissolution, convertidos ya en costumbres públicas en aquellos siglos abominables? El pensamiento mismo se resiste á recordarlos ni aun vagamente*. Sucede á ciertos vicios enormes, lo que á aquellos grandes criminales que la ley horrorizada manda conducir al suplicio con las caras cubiertas de un velo fúnebre.

Parecen inexplicables tanta corrupcion y barbarie; y sin embargo es evidente que el corazon humano abriga sus semillas, que producirian si no lo impidiera la Religion. Sembrad en este terreno infecto las doctrinas de la nada, recogeréis muy pronto la muerte y todos los delitos. Si; yo lo diré sin miedo, aunque atraiga contra mí los

* *Non vulgò nota placebant gaudia, non usu plebeio trita voluptas, dice Petronio.*

clamores y anatemas de los numerosos partidarios de la sabiduria de moda, lo diré, porque ya no es tiempo de callar nada, la irreligiosa filosofia, cuyo principio es el orgullo, hace á los hombres crueles necesariamente. El hombre que quiere ser superior á los otros, y recrearse con esta superioridad, se complace en someterlos á sus caprichos; y cuanto mas bárbaros y desordenados son estos, tanto mas grandes parecen la dependencia é inferioridad de los seres que domina y sujeta. De aquí los mónstruos de atrocidad y de libertinage; de aquí los juegos del circo y las submersiones de Nantes; y como quiera que la accion de dar la muerte es el acto mas grande de superioridad que el hombre puede físicamente ejercer sobre otro hombre, de ahí es, que el orgullo ú amor de si mismo produce el amor del homicidio, y el hombre destruye á su semejante por un efecto del mismo sentimiento que hace que el niño encuentre gusto en quebrar sus juguetes.

Y si las doctrinas filosóficas, ó las costumbres que ellas engendran, dominan en el Estado, ó tan solo en una parte de sus miembros conside-

rable, todo el pueblo, como si fuese un solo hombre se ve arrebatado fuera y lejos del orden, por sistemas de orgullo y codicia. Independencia por dentro y dominacion por fuera, tal es el objeto de los deseos de todos, y el delirio de todos los espíritus. No se conoce ya mas grandeza ni otra prosperidad, que la gloria que acompaña á las conquistas y las riquezas que son su fruto. El frenesí de las armas y la fiebre del oro agitan y consumen los pueblos. La ciencia de gobernarlos, ciencia que es toda moral, se pierde, y en su lugar entra el arte material de administrar, á expensas y con perjuicio de lo que constituye la estabilidad, el vigor y la felicidad real de los imperios. Toda la política se reduce á las rentas transformadas en un vil agiotage, al comercio, las manufacturas y los ejércitos, porque el dinero es toda la felicidad de los Estados y el cañon toda su fuerza. Las naciones, ansiando y afanando por gozar, cierran los ojos á lo pasado y futuro, y atormentadas al parecer por el presentimiento de su fin, no ven mas que lo presente y se apresuran á devorarlo. So color de acelerar la circulacion de las riquezas, es decir,

para dar mas energía y movimiento á los deseos, á los temores, á las esperanzas, y á todas las pasiones y vicios, se favorece cuanto es posible los progresos del lujo; se adelanta hasta tender lazos á la codicia; se multiplican los espectáculos, las mugeres públicas, las ruinosas loterías y las casas de juego; bancas criminales y horrorosas, en las cuales la misma inocencia va, arrastrada por una debilidad imprudente, bajo la proteccion de la autoridad pública, á contraer una deuda fatal que con mucha frecuencia se cierra sobre el cadalso ú con el suicidio. La moral y la conciencia caen en tan desmedido menosprecio que, hasta se tiene á menos y se teme el pronunciar sus nombres; y si se presenta alguna de estas cuestiones tan grandes como sencillas, que la justicia inmutable ha decidido, por decirlo así, desde la eternidad, no espereis que su voz se haga oír ni sea escuchada; se tratarán sus máximas de escrúpulos, tal vez de escándalo, y entre el usurpador opulento y su víctima desfallecida, no verá la sabiduría del siglo mas que intereses que quiere asegurar, y quejas que se propone y desea ahogar. Así, mientras que la verdadera po-

lítica, aquella que establece y conserva, es una equidad excelsa y soberana, ó la ciencia del orden aplicada al gobierno de las naciones, la política filosófica, mezquina, reducida y rastrera como los intereses materiales que considera únicamente, no conoce otra virtud que la destreza ó sagacidad, ni mas delitos que las pérdidas ó atrasos, porque toda se reduce á una especulación de gloria ó de dinero.

Las ciencias, que son vano alimento del orgullo, podrán dar una luz momentánea; pero su resplandor durará poco. ¿No las hemos visto en toda la tierra seguir constantemente los progresos de la civilización, nacer, extenderse, estancarse, y apagarse con ella? Como una imagen pálida y descolorida de las verdades fecundas que vivifican la sociedad, brillarán por un instante á la manera de un vago meteoro sobre el horizonte del mundo moral desolado, para desaparecer muy pronto y para siempre.

El cultivo de las ciencias exige, además de cierta estabilidad en el orden político, una fortaleza de alma y constancia de aplicación que son incompatibles con la movilidad de las insti-

tuciones, y las costumbres afeminadas de un pueblo materialista. La voluntad y la codicia acaban y gastan las pasiones, porque los apetitos no son pasiones; por consiguiente, acaban con las letras, las ciencias, las artes, y no dejan actividad para otra cosa mas, que para aquello que se refiere á la necesidad ó los deleites del sentido. Y esta es la razon oculta de la preferencia que la filosofía da en su aprecio á las ciencias físicas sobre las morales. Esta preferencia se echará de ver hasta en la educación; y si hay una educación pública en el pueblo que suponemos, estará infaliblemente dirigida segun las máximas que le dirigen á él mismo, y por el espíritu que le anima; espíritu de orgullo que da la mayor importancia á una futil instrucción, propia para alimentar la vanidad sin reprimir los apetitos del corazón; espíritu afeminado, del que resultará una indulgencia homicida para con los desórdenes de las costumbres, ó hágase lo que se hiciere para refrenarlas con consideraciones puramente físicas, una corrupción lenta, mil veces mas desastrosa por sus consecuencias que la ignorancia, la cual á pesar de tantas pon-

deraciones, no merece ni tanta lástima ni tanto miedo; porque á hombres que están destinados la mayor parte á pasar esta vida triste y pasajera en trabajos continuos, solo es indispensable el conocimiento de Dios y de las obligaciones que nos impone. El que sabe esto sabe lo bastante para ser feliz y hacer dichosos á los otros. Lo poco que el hombre puede saber además de esto, no sirve frecuentemente mas que para corromperle, y casi siempre para atormentarle; *et qui addit scientiam, addit et laborem.*

A proporcion que la verdad desaparece de la constitucion, de las leyes, de las costumbres, se debilita el Estado, se apaga su vida, y llega un momento en que es necesario de toda necesidad, ó que todo perezca ó que todo se renueve. Los pueblos ne se conservan ni reaniman sino por las creencias. Alejándose de Dios, se acercan á la nada, dominio propio de todos los seres limitados, y que forma su única propiedad. He aqui porque Maquiavelo, que al parecer no tenia un espíritu débil, ni era fanático, abandona sin titubear á la execracion universal á aquellos que, echando abajo la Religion, destruyen la socie-

dad. « Hombres infames y detestables, » asi los llama, « destructores de reinos y repúblicas, « enemigos de las virtudes, de las letras y de « todas las artes que honran al género humano, « y contribuyen á su prosperidad ».

Leibnitz, horrorizado veia hace mas de un siglo multiplicarse en Europa esta raza de hombres, que nunca dejan de aparecer cuando el cielo quiere descargar sobre los pueblos algun castigo grande, y este profundo observador anunció desde entonces los desastres de que hemos sido víctimas y testigos. Sus palabras tan asombrosas, si nos referimos al tiempo en que escribia, merecen mucho mas la atencion, ahora que..... ¡O dolor! los acontecimientos las verificaron tan completamente.

« Los discípulos de Epicuro y Espinosa figurándose libres y desembarazados del temor importuno de una providencia vigilante y

« Sono infami e detestabili gli uomini destruttori delle religioni, dissipatori de' regni e delle repubbliche, inimici delle virtù, delle lettere e d' ogni altra arte che arrechi utilità e honore alla humana generazione. MACCHIAV., lib. 1. de' Discorsi. »

« de un porvenir amenazador, sueltan la rienda
 « á sus pasiones brutales, y emplean su talento
 « en seducir y corromper á los demas; y si son
 « ambiciosos y de un carácter un poco duro,
 « serán capaces de poner fuego á las cuatro par-
 « tes del mundo, solo por divertirse y holgarse.
 « Yo he conocido algunos de este temple, que
 « ya han muerto.

« Yo veo que opiniones muy semejantes, se
 « van insinuando poco á poco en el espíritu de
 « los hombres del gran mundo, que dirigen á
 « los demas y de quienes dependen los nego-
 « cios, é introduciéndose en los libros de moda,
 « disponen todas las cosas para la revolución
 « general de que Europa se ve amenazada.—Se
 « ridiculiza á aquellos que cuidan del público:
 « y cuando algun hombre bien intencionado ha-
 « bla de lo que vendrá á ser la posteridad, res-
 « ponden : *ahora como ahora, y entonces como*
 « *entonces*. Pero puede ser que estas personas
 « experimenten los males que creen destinados
 « á otros. Si no nos corregimos de esta enfer-
 « medad epidémica de los espíritus, cuyos efec-
 « tos comienzan ya á hacerse visibles, si sigue

« aumentándose, la providencia corregirá á los
 « hombres por medio de esta misma revolucion
 « que ha de nacer de ella †.»

Nació en efecto esta revolucion : no hay en el mundo entero quien lo ignore. Los golpes dados en Europa á la sociedad y á la Religion, resueñan todavía en este instante en las playas de América, y hasta en el fondo de sus inmensos bosques ensangrentados. Si ; han sido castigados los hombres, ni aun el orgullo se atreverá á negarlo : han sido castigados, como nunca lo han sido hombres; ¿pero se han enmendado? Si miro á mi al rededor, veo la rebelion contra Dios, pintada en unas frentes cicatrizadas apenas de la herida que hizo en ellas el rayo de las divinas venganzas. Si pongo el oido, oigo blasfemias altaneras y risas mofadoras. Todavía Dios es un escándalo para aquellos que habian jurado aniquilarle. Y no penseis que han perdido la esperanza ó abandonado el designio de destronarle. Si subsiste todavía un resto de fe, si la tierra es esclava de la esperanza, solo es porque se ha

† *Nouveaux Essais sur l'Entendement humain.*

atacado mal al cielo. Pagados de esta idea y llenos de ella, reúnen á nuestra vista y vuelven á anudar los rotos hilos de su vasta conjuración. Invocando ruidosamente y llamando del polvo del sepulcro las primeras cabezas de la guerra sacrilega que han determinado prolongar, se lisonjean de que sus espectros trastornarán segunda vez el mundo. ¡ Y qué ! ¿ no hemos visto aun bastantes maldades , suficientes desgracias ? ¿ No deben estar ya hartos , por insaciables que sean , de calamidades y delitos ? Contemplad esta Europa , poco ha tan floreciente , y ahora tan profundamente miserable , que no se encuentran otras expresiones para pintar sus dolores que estas de un profeta : *Toda su cabeza es una llaga , y su corazon un gran desfallecimiento* *. Feliz sería y felicísima , si este desfallecimiento no hubiese degenerado en un entorpecimiento incurable , y si este no la conduce despues de nuevas crisis , al postrero y último sueño.

Mas sea cual fuere el resultado de esta revolución memorable , hagamos por aprovecharnos

* ISAIAS, I, 5, segun el hebreo.

de algunas de las instrucciones que ella encierra. Nos cuestan demasiado caro para que al menos no tratemos de sacar algun fruto.

Existia, hace treinta años una nacion gobernada por una raza antigua de reyes , segun una constitucion , por unas leyes , que con mas justa razon que las de los Romanos antiguos , se podian haber creído bajadas del cielo , tan sabias , tan bienhechoras , tan favorables á la humanidad eran *. Esta nacion célebre por su franqueza , su dulzura y sus luces , por su amor á sus monarcas y á la Religion á quien debia catorce siglos de gloria y de felicidad , florecia en paz en medio de la Europa , cuya envidia excitaba , y cuyo ornamento era por la belleza y justa hermosura de su legislacion , por la politica noble de sus costumbres y modales , y por los admi-

* Aquella misma constitucion y leyes pudieron mejorarse conforme á los adelantos y luces de la verdadera politica que es inseparable de la Religion , si no se hubiera pretendido desterrar esta de la sociedad , del Estado , de la familia y aun del corazon. La misma monarquia francesa confirma hoy esta verdad con su ejemplo , bajo un gobierno constitucional , sin que encuentre otros obstáculos que los resabios que dejaron aquellos tiempos de impiedad y anarquía. (N. D. T.)

rables y famosos modelos de todo género, con que las letras, las ciencias y artes la habian de mancomun y á porfia enriquecido. Era feliz por dentro y respetada por fuera, su fama extendida en todas partes, la atraía los homenajes de las regiones mas lejanas, y el universo admiraba en ella la reina de la civilizacion.

Tal era el pueblo que escogió Dios para dar al género humano una leccion terrible y grande. De repente, opiniones nuevas y nuevos deseos, á la voz de algunos sofistas, se apoderan de este pueblo deslumbrado. Se fastidia y disgusta de sus creencias y de las doctrinas tutelares que tan alto le elevaron. Tentado por el fruto del árbol de la ciencia, quiere salir de su condicion, y ser semejante á Dios, á quien sola y únicamente pertenece y de quien dimana toda autoridad y soberanía. Pronto este atentado recibe su castigo, como el del primer hombre, por una sentencia irrevocable de muerte, que el culpable ha de ejecutar por si mismo.

La muerte de una sociedad es la extincion de toda verdad social; por consiguiente todas las verdades sociales abandonan de una vez esta na-

cion proscripta, y la entregan á si misma sin protector y sin reglas, como aquellos pueblos perdidos sin remedio, de quienes decian los antiguos: *Sus Dioses han huido.*

De la verdad nace el amor que produce y conserva: y esta nacion, poco ha tan amante, ahora sin verdad, se ve ocupada prontamente de un espíritu horroroso de odio, que la anima é impele á su propia destruccion.

Cansada de toda autoridad y hasta del mismo Dios, la razon humana emprende constituir sin él la sociedad y hasta la Religion; porque la filosofia no solo se arrogaba y atribuía la autoridad, ó el derecho de imponer leyes políticas á los pueblos, sino tambien el sacerdocio, ó la funcion de arreglar sus creencias y su culto. « *Vos sois el sacerdote de la razon* », escribia d'Alembert al viejo de Ferney. Y no se mire este dicho como una expresion insignificante ó sin consecuencia. La idea que enuncia no es mas que una deducion rigorosa del principio de que partía, ó en que estribaba la filosofía; pues,

Lettre de d'Alembert à Voltaire, del 15 de diciembre 1764.

desde luego que ella lo sometia todo, hasta el mismo Dios, á la razon del hombre, era preciso que este viniese á adorar su razon, quiere decir, llegase hasta á adorarse á si mismo, ó declarar con un acto solemne, que nada conocia superior á si mismo: porque el culto público es la declaracion de la creencia pública; y cuando un pueblo no cree ya cosa alguna, su culto es una declaracion pública del ateismo ú de la incredulidad.

Mas consideremos los progresos, y, por decirlo asi, la filiacion lógica de los acontecimientos. Se proclamó la independencía absoluta del hombre; y sus derechos, compendiados todos en esta sola palabra, vinieron á ser el único dogma político y religioso: en este caso necesariamente no se ve en la antigua Religion del Estado, en su símbolo y culto, mas que un atentado sacrilego contra la razon del hombre. Se trata á Dios de usurpador; y cualquiera que se declara á su favor tomando partido en la guerra que existe entre Dios y el hombre, y en la cual de nada menos se trata que del imperio, se hace á una vez culpable del crimen de lesa magestad di-

vina, negando la independencía absoluta ó la divinidad de la razon, y del crimen de lesa magestad humana, atacando la independencía absoluta del hombre. Debe pues sufrir la pena capital como impío y como rebelde*. Todo cuanto pertenecia á la Religion proscripta, como sus ministros, bienes, instituciones, usos y aun los nombres que ella habia consagrado; en una palabra, todo cuanto recuerda ó trae á la memoria al Dios enemigo, debe perecer, todo, hasta sus templos é imágenes; así como á la vuelta de un

* Digo la pena capital como impío; porque quien niega á Dios, es castigado con la muerte, ó separado eternamente de la sociedad de Dios, que es la vida, porque es la verdad: *Ego sum veritas et vita.* (JOANN. XIV, 6.) Este castigo dice una relacion necesaria con el delito, ó es una ley inmutable de la justicia; y porque esta ley revelada al hombre es eminentemente conforme á su razon. luego que él se pone en lugar de Dios, para siempre separa de su sociedad, ó castiga con muerte á cualquiera que rehusa, ó se niega á conocerle por Dios; y esto se vió en los antiguos imperios de Oriente, y en Roma en tiempo de los emperadores, como tambien en Francia cuando reinó el ateismo. Pero Dios, como es un Ser eterno, no castiga á sus vasallos rebeldes, hasta que han entrado en la sociedad eterna, y hasta entonces da lugar y espera el arrepentimiento; mientras que el hombre, ser de un dia, ni aun espera hasta la tarde, que puede ser no vea, y se da prisa á dar la muerte antes de recibirla él mismo.

monarca legitimo se rompe y desmenuza la estatua del tirano. Asi en el calor de esta guerra asombrosa del hombre contra Dios, se trató hasta de destruir los libros en que se conservaban, exponian y defendian los derechos del soberano Ser. Esto no era todavía mas que una consecuencia justa de las máximas reinantes, y solo la imposibilidad de una destruccion completa, fué la que impidió que el fanatismo filosófico diese á Europa el mismo espectáculo que en otro tiempo habia dado en Egipto el fanatismo musulmán.

Muchas veces habia ya visto el mundo el escándalo de la apoteosis individual del hombre: mas este sinnúmero de Dioses, criados por la adu'acion ó la supersticion, no eran entre los paganos, sino hombres que habian venido á ser mas perfectos, porque los habian hecho inmortales; y aun entonces la tradicion conservaba la creencia de un Dios supremo, elevado eminentemente sobre todas estas divinidades subalternas. Hay ahora mucha diferencia, porque la filosofia diviniza al hombre en abstracto, ó á la humanidad concebida bajo su nocion propia, excluyendo todo

ser superior. El hombre se adora como hombre; y encontrando en su orgullo y en sus deseos el carácter de lo infinito, los escoge naturalmente por objeto directo de su culto. Adora su orgullo con el nombre de razon y bajo el emblema del deleite, porque este, ó la independenciam desenfrenada de los apetitos, no es otra cosa, si me es permitido expresarme así, mas que el orgullo de los sentidos, así como el orgullo es el deleite del entendimiento. Y como no hay vicio ni delito alguno que no salga necesariamente de estas dos pasiones, madres de todos ellos, cuando el hombre no reconoce mas autoridad, mas ley, ni mas Dios que su razon; para representarla dignamente, fué preciso buscarse todos los vicios y delitos personificados en un mismo ser vivo, y este simulacro horroroso se encontró en las pocilgas de la prostitucion. Y en efecto, ¿qué imágen mas perfecta del error absoluto que destruye toda verdad, que el desórden profundo que destruye toda virtud, que acaba con el hombre, con la familia y con la sociedad? ; Leccion para siempre memorable! La razon humana, cuyos beneficios, anunciados de antemano con tanto aparato, de-

bian transformar la tierra en una morada de paz y felicidad, esta razon tan poderosa llega en fin á reinar; se proclama su divinidad, y sus altares son ruinas, sus himnos cánticos de proscricion, sus sacerdotes verdugos, su culto la muerte, y la nada la esperanza de sus adoradores.

Hay en las doctrinas una virtud oculta, cierta fuerza secreta ó perniciosa ó benéfica, la cual no se percibe sino por sus efectos: y esto solo prueba que al hombre no toca escoger sus creencias, sino recibirlas de aquel que no puede engañarse, ni querer engañar; porque si el juicio de la razon sola decidiese, el hombre casi siempre engañado por falsas apariencias, ó por los sofismas de su espíritu; pereceria mil veces, victima de sus vanos raciocinios, antes de llegar á descubrir las verdades propias de su naturaleza, y necesarias á su conservacion, pues que ellas le pasan y confunden, aun cuando las conoce con certeza y las cree con entera fe. Materia es esta, que á quien sabe da mucho que pensar: el instrumento de un suplicio atroz, la cruz, elevada en medio de los pueblos, contiene la efusion de sangre é inspira al hombre una dulzura celestial. Se echa abajo la

cruz, y en su lugar se presenta á la adoracion pública un simbolo de la voluptuosidad; corre á rios la sangre en el momento, un furor nunca visto se apodera de los corazones, y los primeros sacrificios ofrecidos al idolo obsceno, son hecatombes de victimas humanas.

Hay verdades y errores que son á un tiempo mismo religiosos y politicos, porque la Religion y la sociedad tienen un mismo principio que es Dios, y un mismo término que es el hombre. Asi un error fundamental en Religion lo es tambien en política, y reciprocamente. Si pues existiese un error destructor del poder y autoridad en la sociedad religiosa, este error, el mas general que podemos imaginar, deberia ser igualmente destructor del poder ó autoridad en la sociedad política; y esto se ve en efecto, palpable en la historia de la revolucion francesa. En virtud de su independecia se levanta el hombre contra Dios, y se declara *libre é igual* á él; en virtud del mismo derecho, el súbdito se levanta contra la autoridad, y se declara *libre é igual* á ella. A nombre de la *libertad*, se echa abajo constitucion, leyes, todas las instituciones politicas y religio-

sas; á nombre de la *igualdad*, queda abolida toda gerarquía, toda distinción religiosa y política. Clero, nobleza, magistratura, legislación, Religión, todo cae de una vez, y hubo un momento en que todo el orden social se encontró concentrado en un solo hombre. En tanto que este *hombre-poder*, mediador entre Dios y el hombre en la sociedad política, como el *Hombre-Dios* es mediador entre Dios y el hombre en la sociedad religiosa; en tanto, digo, que este hombre existió, no había por que desesperar, y el orden, por decirlo así, concentrado en él, podía manifestarse con el tiempo, y volver á aparecer en lo exterior, por el solo acto de su poderosa voluntad. Esto se sabía, y resuelta su muerte desde este instante, fué como la última ruina que debía consumir y eternizar todas las otras. Desde el deicidio de los judíos, nunca se había cometido un crimen mas enorme; porque el asesinato mismo de la inocencia no puede comparársele. Cuando Luis XVI subió al suplicio, no fué solamente un mortal virtuoso que sucumbió á la rabia de algunos malvados, fué la autoridad misma, viva imágen de la Divinidad de que dimana, fué

el principio del orden y de la existencia política, fué la sociedad toda quien pereció.

Y ciertamente no se pudo dudar, cuando se vió colocar el derecho de rebelion en el número de las leyes fundamentales del Estado, y consagrar la *insurreccion* como la *obligacion mas santa*. Nunca en el transcurso de las edades precedentes, pueblo ninguno había llegado á este prodigioso exceso de delirio, á protestar al frente y principio de su constitucion contra toda especie de gobierno: este absurdo incomprensible estaba reservado al siglo de la razon.

Entonces sobre las ruinas del altar y del trono, sobre los huesos del sacerdote y monarca, comenzó el reinado de la fuerza, el reinado del odio y el terror: cumplimiento horroroso de esta profecía: « Se arrojará impetuosamente un pueblo entero contra si mismo, hombre contra hombre, vecino contra vecino, y se tumultuarán el niño contra el viejo, la plebe contra los grandes; porque opusieron su lengua y sus invenciones contra Dios: » Seria necesario pedir al

Et irruet populus, vir ad virum, et unusquisque ad

infierno su language, como algunos mónstruos le usurparon sus furores, para pintar esta escena espantosa de desórdenes y maldades, de disolucion y carniceria, esta confusion impura de doctrinas, este choque confuso de todos los intereses y de todas las pasiones, esta mezcla de proscripcion y de fiestas inmundas, los gritos blasfemos y los cantos siniestros, el ruido sordo y continuo del martillo que demuele y de la hacha que hiere tantas victimas, aquellas disonancias horribles y aquellos bramidos de alegría, anuncio lúgubre de una vasta mortandad, tantas ciudades viudas, tantos rios cubiertos de cadáveres, tantos templos y pueblos reducidos á cenizas, en fin, tantos asesinatos y deleites obscenos y vergonzosos, con tantas lágrimas y sangre.

« Si el mundo, » habia dicho Voltaire, « estuviese gobernado por ateos, seria mejor estar bajo el imperio inmediato de aquellos seres infernales que nos pintan encarnizados en sus

proximum suum: tumultuabitur puer contra senem, et ignobilis contra nobilem.... quia lingua eorum et adinventiones eorum contra Dominum. ISAI. III. 5. 8.

« victimas ». » Gobernaron la Francia ateistas; y en el espacio de algunos meses amontonaron en ella mas ruinas, que un ejército de Tártaros habria podido dejar en toda Europa á los diez años de invasion. Jamas, desde el principio del mundo fué dado al hombre tal poder para destruir. En las revoluciones ordinarias el poder se disloca, pero descende muy poco. No fué así cuando triunfo el ateismo. Como si hubiese sido indispensable, que bajo el imperio exclusivo del hombre, todo tomase un carácter particular de envilecimiento, la fuerza, huyendo de los nobles y de los miembros altos del cuerpo social, se precipitó á las manos de sus partes mas bajas, y su orgullo, que de todo se ofendia, nada perdonó. No el nacimiento distinguido, porque ellos habian salido del fango; no las riquezas, porque las habian envidiado por mucho tiempo; no los talentos, porque la naturaleza se los habia negado; no la ciencia, porque se conocian profundamente ignorantes; no la virtud, porque estaban cubiertos de crímenes; ni finalmente el

Homélie sur l'Athéisme.

crimen mismo, cuando anunció alguna especie de superioridad. Empezar anivelarlo todo era empeñarse en aniquilarlo todo. Así, gobernar vino á ser lo mismo entonces que proibir, confiscar y volver á proibir. Se redujo á sistema la muerte hasta en las pequeñas poblaciones; y acabando con decretos lo que se habia comenzado con puñales, fueron exterminadas clases enteras de ciudadanos; se echó abajo con el divorcio el fundamento de las familias; se embistió hasta con el principio de la poblacion, concediendo premios públicos al libertinage*.

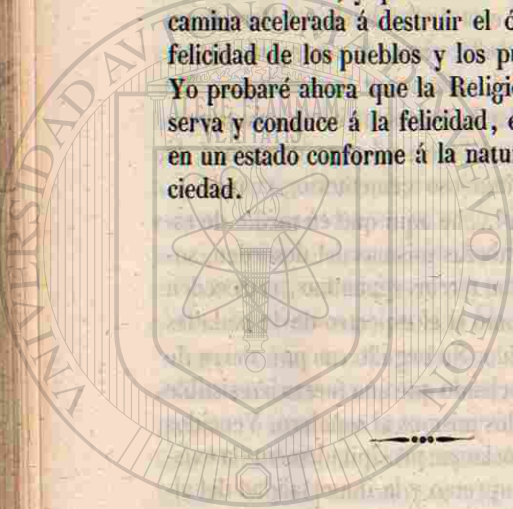
Entre tanto el odio al orden, considerándose demasiado estrecho en este vasto teatro de destruccion, rompió sus barreras y fué á amenazar á todos los soberanos de Europa sobre sus mismos tronos. Tuvo el ateismo sus apóstoles y la anarquía sus *Seides*. La guerra convertida en guerra

* La sabiduría de los Legisladores de 1795 juzgó á las mugeres públicas ó como ellos las llamaban las *doncellas-madres* (*les filles mères*), tan útiles al Estado que se propuso asignarlas pensiones sobre el erario. Consideraban sin duda en ellas las *sacerdotisas de la razon*: y para conservar la Divinidad, se trataba de dotar su culto.

de salvages, se decretó no hacer prisionero alguno. Se estremeció el honor del soldado y se negó á cumplir esta orden bárbara. Pero fuera del campo de batalla, ni aun la niñez pudo desarmar la rabia, ni enternecer los verdugos. Me canso de recordar horrores tan incapaces de perdon. Presentaba Francia cubierta de ruinas, la imágen de un inmenso cementerio, cuando... ¡cosa espantosa!... he aquí que en medio de estas ruinas; las cabezas mismas del desorden, sobrecogidas de un terror repentino, retroceden asombradas, como si el espectro de la nada les hubiese aparecido. Su orgullo cae por tierra de improviso, conociendo que una fuerza irresistible les arrastra á ellos mismos al sepulcro. Vencidos por el terror, proclaman precipitadamente la existencia del Ser supremo y la inmortalidad del alma; y puestos de pie sobre el cadáver palpitante de la sociedad, llaman á grandes gritos al Dios que solo puede reanimarla.

Yo me detengo aquí; ¿qué puedo añadir á este ejemplo eternamente memorable? El raciocinio, la autoridad, la experiencia están de acuerdo pues para demostrar que la Divinidad es lo pri-

mero y mas necesario á las naciones , y la razon de su existencia , y que toda filosofia irreligiosa camina acelerada á destruir el órden social , la felicidad de los pueblos y los pueblos mismos. Yo probaré ahora que la Religion sola los conserva y conduce á la felicidad, estableciéndolos en un estado conforme á la naturaleza de la sociedad.

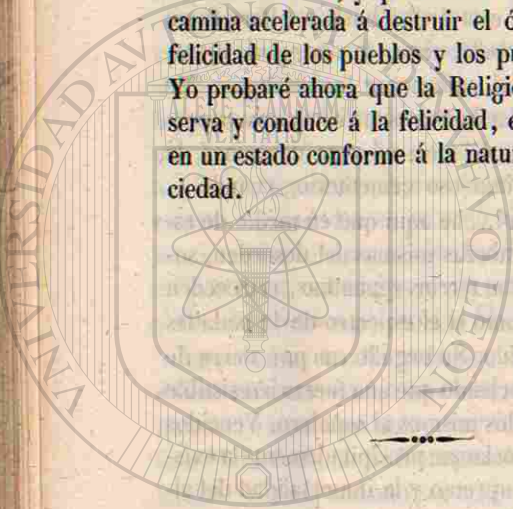


CAPITULO IV.

SIGUE LA MISMA MATERIA.

Oigamos ahora como pensaban los antiguos sabios : « La falta de conocimiento del verdadero Dios es para los Estados la mayor calamidad ; y el que trastorna la Religion , echa por tierra el fundamento de toda sociedad huma-

mero y mas necesario á las naciones , y la razon de su existencia , y que toda filosofia irreligiosa camina acelerada á destruir el órden social , la felicidad de los pueblos y los pueblos mismos. Yo probaré ahora que la Religion sola los conserva y conduce á la felicidad, estableciéndolos en un estado conforme á la naturaleza de la sociedad.



CAPITULO IV.

SIGUE LA MISMA MATERIA.

Oigamos ahora como pensaban los antiguos sabios : « La falta de conocimiento del verdadero Dios es para los Estados la mayor calamidad ; y el que trastorna la Religion , echa por tierra el fundamento de toda sociedad huma-

« na¹. Es la misma verdad la que enseña, que si
 « Dios no ha presidido al establecimiento de una
 « ciudad; y que si ella no ha tenido mas que un
 « principio humano, no puede escaparse de los
 « mayores males. Es preciso pues tratar, por
 « todos los medios imaginables, de imitar el ré-
 « gimen primitivo; y confiándonos á lo que hay
 « en el hombre de inmortal, debemos fundar
 « las casas lo mismo que los Estados, consa-
 « grando como leyes las voluntades de la su-
 « prema Inteligencia. Si un Estado está fun-
 « dado en el vicio y gobernado por hombres
 « que hollan la justicia, no le queda algun medio
 « de salud². — Las ciudades y naciones mas
 « adictas al culto divino han sido siempre las mas
 « duraderas y sabias; así como los siglos mas
 « religiosos han sido siempre los mas distingui-
 « dos en talento³. »

Estas máximas de una razon sublime pertene-
 cen especialmente á la escuela de Sócrates, la

¹ PLAT. *De Legib.*, lib. X. tom. VIII, edic. Bip. p. 180 y 181.

² *Ibid.*

³ XENOPHON. *Memor. Socrat.*, I, 4 y 1.

menos corrompida de las antiguas de filoso-
 fía, porque las tradiciones primitivas se ha-
 bían conservado en ella mejor, y en mayor nú-
 mero.

Los filósofos mismos que en nuestros dias han
 querido adquirirse una triste gloria, impugnando
 la Religion, no han reconocido menos por la
 mayor parte, su necesidad, á riesgo de pasar
 juntamente por malos ciudadanos y hombres per-
 versos, pues se esforzaban á destruir una insti-
 tucion mas útil que todas, é indispensable segun
 su mismo testimonio. « Buscad, » dice Hume,
 « un pueblo sin religion; si le hallais, estad se-
 « guro que en muy poco se diferenciará de las
 « bestias¹. » Y Voltaire: « Los hombres nece-
 « sitaron siempre un freno, y do quiera que hay
 « una sociedad es necesaria una religion; las
 « leyes son un freno para los crímenes públicos
 « y la Religion para los ocultos². » Ya he citado
 este dicho de Rousseau. « Jamas se fundó Es-
 « tado alguno que no tuviese la Religion por

¹ *The natural history of Religion.*

² VOLTAIRE. *Sur la Tolérance.*

« base ¹. » A este hombre le arrastraba no solo la razon, sino tambien el corazon, al Cristianismo, al que solo resistia por orgullo, y se irritaba contra la Religion, por aquellos mismos motivos que le inspiraba aquel profundo odio, que se nota en sus escritos, á la sociedad civil. Mas luego que sus pasiones calman, vuelve la verdad á recobrar su imperio sobre su espiritu. Así se ve que en el *Emilio*, habla con complacencia, y se dilata en ponderar los efectos felices de la Religion en la sociedad. Es tan interesante y á propósito el pasage, que aunque largo quiero copiarlo todo entero; tanto mas, cuanto me importa mucho apoyarme cuanto me sea posible en las concesiones de los contrarios.

« Uno de los mas familiares sofismas del partido filosófico es, oponer un pueblo supuesto de filósofos buenos á otro de cristianos malos; como si fuese mas fácil formar un pueblo de filósofos verdaderos que de verdaderos cristianos. Yo no sé si entre los individuos será

¹ *Contrato social*, lib. IV, c. viii.

« mas fácil encontrar al uno que al otro; pero me consta que en tratándose de pueblos, abusarán de la filosofia sin Religion, del mismo modo que los nuestros abusan de la Religion sin filosofia; y esto, á mi parecer, hace variar mucho el estado de la cuestion*.

« Bayle ha probado muy bien que el fanatismo es mas pernicioso que el ateismo, y esto es indisputable**; mas en lo que él no se ha metido, sin que por eso deje de ser verdad, es, que el fanatismo, aunque sanguinario y cruel, es sin embargo una pasion grande y fuerte, que eleva el corazon del hombre, le hace menospreciar la muerte, y le da un re-

* Hay además esta diferencia esencial que la filosofia tiene una tendencia directa al desórden, y conduce á él por su propio efecto á cualquiera que ratiocina y es consecuente, mientras que, por el contrario, la Religion tiene una tendencia directa á la virtud, de manera que no se puede ser á un mismo tiempo vicioso y fiel sin contradiccion; y de aquí nace que el vicio incline y lleve á los hombres á la incredulidad.

** El mismo ateismo se encargó, no ha mucho en Francia, de refutar las pretendidas pruebas de Bayle, *indisputables* según el juicio de Rousseau; y pocos habrá hoy en mi concepto, que se vean tentados del deseo de ver una nueva refutacion, al mismo precio.

« sorte prodigioso que solo necesita dirigirse
 « mejor, para producir las virtudes mas subli-
 « mes; cuando la irreligion en vez de esto, lo
 « mismo que en general el espiritu razonador y
 « filosófico apega al hombre á la vida, le afe-
 « mina, envilece las almas, concentra todas las
 « pasiones en la bajeza del interes particular, en
 « lo vil y despreciable del Yo humano, y mina
 « así sordamente los verdaderos cimientos de
 « toda sociedad; porque lo que los intereses
 « particulares tienen de comun es tan poco, que
 « nunca balanceará lo que tienen de opuesto.

« Si el ateismo no hace derramar la sangre
 « de los hombres *, es menos por amor á la
 « paz que por indiferencia hácia el bien; de cual-
 « quier modo que vayan las cosas, poco le
 « importa al pretendido sabio, con tal que él
 « quede descansado en su gabinete. Sus princi-
 « pios no hacen matar los hombres, pero estor-
 « ban que nazcan, corrompiendo las costum-
 « bres que los multiplican, haciéndoles perder
 « el amor á su especie, y reduciendo todos sus

* La ha derramado y á torrentes: esto sí que es *indisputable*.

« afectos á un secreto egoismo, tan funesto á la
 « población como á la virtud. La indiferencia
 « filosófica se parece á la tranquilidad del Es-
 « tado, bajo el despotismo; esto es, la tranqui-
 « lidad de la muerte que es mas destructora aun
 « que la guerra misma.

« Así el fanatismo, aunque mas funesto en sus
 « efectos inmediatos, que lo que se llama hoy
 « espíritu filosófico, lo es mucho menos que
 « este en sus consecuencias. Por otra parte es
 « muy fácil ostentar pomposas máximas en los
 « libros; mas la cuestion es saber si son propias
 « de la doctrina, si se deducen de ella necesari-
 « amente; y esto es lo que hasta aquí no se ha
 « visto con claridad. Resta saber tambien si la
 « filosofía á sus anchuras, y sobre el trono sujeta-
 « ria y dominaria su amorcillo á la gloria, su
 « interes, su ambicion y demas pasioncillas del
 « hombre, y si pondria por obra esta humanidad
 « tan dulce que nos pondera tanto con la pluma
 « en la mano *.

« En fuerza de los principios, la filosofía no

* Lo que quedaba por saber en tiempo de Juan Jacobo, es

« puede hacer bien alguno que la Religion no
 « haga todavía mejor que ella, y la Religion hace
 « muchos mas que la filosofia no podria hacer.

« Por lo que toca á la práctica es cosa distin-
 « ta; pero todavía es necesario examinar. Nin-
 « gun hombre sigue en un todo su Religion ,
 « cuando tiene alguna: esto es verdad*: la mayor
 « parte tiene muy poca, y esta no la siguen en
 « todo; esto tambien es verdad**: pero al fin
 « algunos tienen una y la siguen, al menos en
 « parte, y es indudable que por los motivos de
 « Religion ó por respecto á ellos, dejan frecuen-
 « temente de obrar mal, y practican virtudes y
 « acciones laudables, que sin estos motivos no
 « harian.... Todos los delitos que se cometen en

bien sabido ahora; y en punto de experiencia, nada nos falta para nuestra ilustracion.

Se refiere el autor á los males que ocasionó á la Francia la aplicacion de las teorías filosóficas. (N. D. T.)

* En cierto sentido, sí: porque es verdad que ningun hombre es absolutamente perfecto; mas fuera de esta restriccion, me parece que Fenelon y Vicente de Paulo seguan muy bien su Religion.

** El mismo Rousseau va á decir un poco mas abajo lo contrario.

« el clero, como tambien fuera de él, no prue-
 « ban que la Religion es inútil, sino que hay
 « muy pocos que tengan Religion.

« Nuestros gobiernos modernos deben incon-
 « testablemente al Cristianismo la solidez de su
 « autoridad, y que sus revoluciones sean menos
 « frecuentes; tambien él los ha hecho menos
 « sanguinarios: esto se prueba por los hechos,
 « comparándolos con los gobiernos antiguos.
 « Luego que se ha conocido mejor, la Religion,
 « detestando el fanatismo, ha dulcificado mas
 « las costumbres cristianas. Esta mutacion no es
 « obra de las letras, porque por todas partes
 « donde ellas han brillado, no por eso se ha res-
 « petado mas la humanidad: las crueldades de
 « los Atenenses y Egipcios, la de los empera-
 « dores de Roma y de los Chinos lo atestiguan.
 « ¡ Cuántas obras de misericordia no ha produ-
 « cido el Evangelio! ¿ Cuántas restituciones y
 « reparaciones, no ha obligado á hacer la confe-
 « sion entre los católicos? ¿ Entre nosotros,
 « cuántas reconciliaciones y limosnas no vemos
 « al acercarse el tiempo de comunión? ¿ El ju-
 « bileo de los Hebreos cuánto no disminuía la

« avaricia de los usurpadores? ¿Cuántas miserias
 « no evitaba? La fraternidad legal estrechaba
 « toda la nacion; no se veia en toda ella un
 « mendigo, como ni se ve hoy entre los Turcos,
 « cuyas fundaciones piadosas son innumerables.
 « La hospitalidad en ellos, por principio de Re-
 « ligion, se extiende hasta los enemigos de su
 « culto.

« Los mahometanos dicen, segun Chardin,
 « que despues del exámen que seguirá á la re-
 « surreccion universal, todos los cuerpos pasa-
 « rán un puente llamado *Poul-Serrho*, que está
 « sobre el fuego eterno, puente, añaden, que
 « se puede mirar como el tercero y último exá-
 « men, y como verdadero juicio final, porque en
 « él es donde se verificará la separacion entre
 « buenos y malos.

« Los Persas, sigue Chardin, están muy infa-
 « tuados con este puente, y cuando alguno pade-
 « ce tal injuria que por ningun camino ni tiempo
 « puede esperar satisfaccion, su último consuelo
 « es decir: *¡ Bien! por el Dios vivo que me la
 « pagarás doble en el último dia; no pasarás el
 « puente Poul-Serrho, sin que me hayas dado an-*

« *tes satisfaccion; me agarraré de tu ropa, y te
 « sujetaré por las piernas. He visto muchas per-
 « sonas distinguidas y de todas profesiones que,
 « temiendo no gritasen contra ellos haro al pasar
 « este puente temible, pedian perdon á aquellos
 « que tenian de ellas alguna queja: y esto me ha
 « sucedido cien veces á mi mismo. Sugetos de
 « calidad que me habian obligado á hacer por
 « su importunidad cosas, que no hubiera que-
 « rido, venian al cabo de algun tiempo, cuando
 « pensaban se me habria pasado ya el disgusto
 « y me decian; *Yo te suplico, halal bechon ant-
 « chisra*, quiere decir, *hazme este negocio licito ó
 « justo*. Algunos, hasta me hicieron regalos y
 « obsequios, por tal de que les perdonase, de-
 « clarando que lo hacia de buena gana; y la cau-
 « sa de esto no es otra que la creencia en que
 « están, de que no pasarán el puente del infierno,
 « sin que antes hayan satisfecho en un todo á
 « aquel á quien incomodaron.*

« ¿ Podré yo creer que la idea de este puente
 « que repara tantas iniquidades, no las evita nun-

¹ *Foyages de Chardin*, t. VII, pág. 50.

« ca? ¿Que, si se quitase á los Persas esta idea,
 « persuadiéndoles que no hay tal *Poul-Serrho*,
 « ni cosa que se le parezca, donde despues de
 « la muerte los que fueron oprimidos se verán
 « vengados de sus tiranos, no es claro que aco-
 « modaria mucho á estos, y les libraria del cui-
 « dado de contentar á aquellos infelices? Luego
 « es falso que el intentar persuadirles lo contra-
 « rio no seria una doctrina perniciosa; luego no
 « seria verdadera.

« Filósofo, tus leyes morales son muy her-
 « mosas, pero hazme el favor de mostrarme su
 « sancion. Deja un instante de batir el campo,
 « y dime claramente que es lo que tu pones en
 « lugar del *Poul-Serrho*. »

Por poco que creamos importen la paz y segu-
 ridad pública, la moderacion y firmeza del go-
 bierno, las buenas costumbres y la virtud, no
 podemos dudar de la importancia de la Religion.
 Pero yo quiero hacer conocer mas vivamente es-
 ta importancia, de la cual formariamos una muy
 imperfecta y baja idea, si, contentándonos con

¹ *Emilio*, libro IV, nota 50.

mirar la Religion solo por el aspecto de sus be-
 neficios en cierto modo secundarios, no la con-
 cibiésemos además, subiendo hasta la primera
 causa de tan felices efectos, como al único y
 necesario fundamento de todo orden social.

El orden en su nocion mas amplia, es el con-
 junto de las relaciones que se derivan de la natu-
 raleza de los seres; y estas relaciones son ver-
 dades reales pues que existen independientes de
 los pensamientos del espíritu que las considera.
 Toda verdad viene de Dios, porque él *es el que*
es, quiere decir, el Ser por excelencia, sin res-
 triccion ni límites, ó la verdad infinita; y cuan-
 do determinó producir, ó dar ser á las cosas, la
 creacion toda no fué mas que una manifestacion
 magnífica de una parte de las verdades que en-
 cierra el Ser divino. Estando estas verdades li-
 gadas entre si por relaciones necesarias en el
 pensamiento de Dios, su voluntad al realizarlas
 en la produccion exterior, ha realizado por el
 mismo hecho estas relaciones inmutables que
 constituyen el orden. Establecido este por la vo-
 luntad de la Inteligencia suprema ó el Poder so-
 berano del Criador, el mismo poder le mantiene,

continuando ya en crear á cada instante los seres, ya en manifestar algunas de las verdades existentes eternamente en Dios, y sus relaciones del mismo modo eternas: y reinaria un órden perfecto en el universo, si la voluntad no inteligente de los seres libres no le turbase muy frecuentemente por un ciego abuso de una fuerza ciega, que empleada en realizar el error, ó *lo que no es*, camina por esto mismo á destruir *lo que es*, ó á manifestar la nada.

El poder pues, ó la voluntad de la Inteligencia suprema, es el medio general del órden, así como la fuerza, dirigida por voluntades libres no inteligentes, es el medio general del desórden:

Levantad una pared fuera de su nivel, cae, porque hay falta de verdad en las leyes de su construcción, ó falta de inteligencia en el arquitecto. Otro tanto sucede en la sociedad. El hombre trastornaria el universo, si pudiese someterle á su acción, porque solo conoce imperfectamente las leyes que mantienen el órden en el mundo físico; y cuando ignora ó no quiere conocer las leyes que conservan el órden en el mundo moral, cuando no se conoce ó se conoce mal á sí mismo, su fuerza se dirige á destruir, porque quiere colocar los seres bajo falsas relaciones, ó que son contrarias á su naturaleza. Quiere lo que la *Inteligencia* no puede querer, es decir, cosas imposibles, absurdas y contradictorias.

y la sociedad humana, que se compone de seres libres sujetos al error, está dividida entre estas dos potencias, una que pretende destruir y la otra que procura conservar.

Mas la filosofía por un desconcierto y trastorno de ideas, hasta ahora nunca visto, se afana por fundar la sociedad en el principio mismo del desórden. Negándose á reconocer otra inteligencia que la razón del hombre, no puede constituir otro poder que la fuerza: y el género humano, sometido á esta potencia destructora, pereceria si no acudiese pronto la Religión á su socorro.

« La Religión, » dice excelentemente Mr. de Bonald, « pone en órden la sociedad, porque so-

Desear el bienestar es un sentimiento natural en todos los hombres; pero no todos ven igualmente en que consiste su bienestar. El que le busca en el desórden no tiene luces. Si tuviese un talento algo mas ilustrado comprenderia que, fuera del órden no puede haber felicidad, pues que ni aun hay vida. El desórden pues, es producido por *voluntades libres no inteligentes*. El Ser infinitamente inteligente, es esencialmente bueno, feliz, perfecto; y la perfeccion de las criaturas libres, así como su felicidad, consiste en que conformen estas su voluntad con la de aquel.

« la ella da la razon del poder ó autoridad, y de las obligaciones. »

¿ Qué es en efecto el poder en la sociedad, sino el derecho de mandar, el cual trae anexa ó supone la obligacion de obedecer? Mas el que manda está sobre el que obedece, y de tal manera está sobre él, que no puede imaginarse superioridad mayor; porque esta no importa solo una simple diferencia de naturaleza. El ángel por su naturaleza está mas alto que el hombre, sin embargo el hombre nada debe rigorosamente al ángel. Qué se revista un ángel de forma sensible, y aparezca en la tierra, ¿ qué razon hay para obedecerle? Yo no veo, ni por una parte derecho, ni por la otra obligacion. Todo ser criado está en una independencía natural de todo otro ser criado; y si viniere el mas excelso de los espiritus celestiales, por sí solo, y sin otro título que su voluntad, á dictar leyes al hombre, y sujetarle á su dominio, yo no veria en él mas que un tirano, y en sus súbditos esclavos. ¿ Qué sucede pues cuando el hombre por sí mismo se

¹ *Le Divorce considéré au XIX^e siècle.* Disc. prélim., p. 42.

atribuye el imperio sobre el hombre, su igual en les derechos, y muchas veces superior en razon, en luces y virtudes? ¿ Puede darse una pretension mas inicua, mas insolente, una esclavitud mas ignominiosa? Ciertamente, yo no temo decir con Rousseau: « Es necesaria una larga alteracion de sentimientos y de ideas, para poderse resolver á tomar por amo á un semejante suyo. » Y sin embargo el mismo Rousseau se ve obligado, para constituir filosóficamente la sociedad, á imponer al hombre el yugo del hombre, y someterle al imperio de la fuerza ciega y brutal. No debemos espantarnos de que, consiguiente á este resultado de sus principios, la sociedad civil le haya parecido contraria á la naturaleza². Luego que confundió la independencía con la libertad, la ausencia de todo poder y de toda obligacion, es decir, de todo orden, debia ser á su vista el estado mas perfecto, ó el estado natural del hombre. Mas

¹ *Contrato social*, lib. IV, cap. VIII.

² « Todo aquello que no está en la naturaleza, tiene sus inconvenientes, y la sociedad civil mas que ninguna otra cosa. » *Contrato social*, lib. III, cap. XV.

teniendo el orden y el poder ó autoridad que le conserva, una relacion necesaria con la inteligencia, Juan Jacobo llegó hasta el extremo de sostener *que el hombre que piensa es un animal depravado*, consecuencia rigorosamente justa del error en que se apoya su sistema. Así el orgullo proclama la independencía del hombre, y, desde luego es necesario que el hombre sea, ó esclavo vil de la fuerza en la sociedad, ó esclavo todavía mas vil de sus apetitos, y apenas igual á las bestias en lo interior de los bosques, su morada comun. A la verdad es extraño se encuentren almas tan bajas que se complazcan en el cieno de las doctrinas filosóficas, ó espíritus tan débiles que se dejen seducir. Pero es bueno, decia Pascal, que haya mucha gente de esta en el mundo, para que se vea que el hombre es muy capaz de las opiniones mas extravagantes, y de los sentimientos mas desnaturalizados.

¡ Cuánta grandeza brilla en los pensamientos de la Religion, comparados con estas máximas envilecedoras! ¡ Cuán sencilla y profunda es su doctrina! ¡ Cuántas luces reparte en la sociedad! Y ¡ cuánto ensalza al hombre, sin lisonjear su or-

gullo! Ella no le dice : tú no tienes otro dueño y señor que á tí mismo, porque de este modo sería esclavo de cualquiera que se dignase dominarle. Pero le dice : « El único ser que tiene « sobre tí un poder legitimo y natural, es el Ser « infinito que te ha criado, te conserva, y dis- « pone soberanamente de tus destinos. Su volun- « tad es tu ley única; y tu felicidad, como tam- « bien tu libertad, consiste en conocerla y « someterte á ella. Ser libre es caminar sin obstá- « culo á su fin; el tuyo es la perfeccion; obe- « dece pues, y serás libre. Tú te conservarás en « tus verdaderas relaciones, que designan el « lugar que te compete : tu razon no dependerá « sino de la Inteligencia suprema, ni tu voluntad « mas que de las leyes inmutables á que el mismo « Todopoderoso está sometido. »

Se ha hablado con mucho énfasis de independencía individual; mas esta ficcion orgullosa no es mas que el velo con que se cubre una servidumbre irremediable. Luego que la filosofia quiere establecer la simple apariencia del orden, al instante se hace necesario que el hombre obedezca; y ¿ á quién? á su semejante : es preciso

que ceda y se humille á la voluntad de su igual cuando en contra de esto tenemos, que el hombre es tan grande que solo Dios tiene derecho de mandarle : ¡O noble vasallo que solo depende del Eterno ! Comprenda pues el hombre lo que es ; y si dominado por las pasiones , se siente muy débil todavía para elevarse á una plena obediencia de las leyes emanadas del supremo poder que gobierna todos los seres criados , conozca al menos que esta obediencia , que es su mas precioso y glorioso derecho , constituye sola la libertad verdadera , y suspire por el momento de adquirirla .

Un autor célebre que conocia tan poco el Cristianismo como la sociedad , se ha atrevido á decir que los cristianos verdaderos fueron hechos para ser esclavos ¹ . Es verdad que este mismo creia que los antiguos Griegos y Romanos eran libres . No vió que la libertad , que es independiente de la forma de los gobiernos , es relativa solamente á la naturaleza del poder . Pues que queria hablar del Cristianismo , ¿por qué no con-

¹ *Contrato social* , lib. IV , cap. VIII .

sultó al menos el Evangelio , *ley perfecta de libertad* ² , como le llama un apóstol ? Habria leído en el estas palabras , que pasman de admiracion á cualquiera que sabe penetrar su profundidad : *La verdad libraros ha* ³ : *Cristo nos hizo libres* ⁴ : *Donde está el espíritu de Dios , allí hay libertad* ⁵ . En efecto , como ya lo he hecho ver , cuando Jesucristo apareció en el mundo , el hombre en todas partes era esclavo del hombre . Para verse libre de esta dura esclavitud , era preciso oyese esta excelsa verdad , que fué , en todos sentidos para la sociedad , *la buena nueva de salud* : *Todo poder viene de Dios* ⁶ . Entonces el poder , identificándose con la autoridad del mismo Dios , establecido sobre una base indestructible , inspiró amor y respeto . El hombre pudo obedecer sin dejar de ser libre , ó mas bien se vió libre porque obedeció . Y así es como los cristianos lo en-

² *Epist. Jacob. I. 25.*

³ *Cognoscetis veritatem , et veritas liberabit vos.* JOAN. VIII , 32 .

⁴ *Christus nos liberavit.* Ep. ad Gal. IV , 51 .

⁵ *Ubi autem spiritus Domini , ibi libertas.* Epist. II ad Corinth. III , 17 .

⁶ *Non est enim potestas nisi à Deo.* Epist. ad Rom. XIII , 1 .

tendieron desde su principio, como lo atestigua Tertuliano. Por su resistencia á adorar las imágenes de los emperadores, se les trataba de rebeldes y enemigos de César: ¿Qué respondió su apologista? « No; no es entre nosotros, sino en medio de vuestras propias filas, donde se han de buscar los traidores, aquellos que prodigando al emperador las adulaciones mas bajas de la esclavitud, traman secretamente conjuraciones contra él, y no asisten á las solemnidades que se celebran en su honor, sino para profanar el gozo público con deseos delincuentes, y cambiando en su corazón el nombre del príncipe, pronosticar la esperanza de otro reinado¹. Por lo que hace á nosotros, que jamas tuvimos parte en rebelion alguna, si con todo eso, se duda todavia de nuestra sumision y religioso amor para con el emperador, sépase que es necesario respetemos en él la eleccion del Dios que adoramos, y el soberano

¹ *Non ut gaudia publica celebrarent, sed ut vota propria jam edicerent in aliena solemnitate, et exemplum atque imaginem spei suae inaugurarent, nomen principis in corde mutantes.* Apolog. adv. Gent. cap. XXXV.

« que él nos ha señalado... En cuanto á lo que se nos manda, yo consiento en dar á César el nombre de señor, con tal que no se me obligue á tenerle por Dios. Fuera de esto en lo demas soy libre. Yo no tengo otro amo que el Dios todopoderoso, y eterno que lo es tambien de César². »

Se ve salir ó nacer de esta idea sublime del poder, que es el fundamento único de toda obligacion moral, el órden conservador de la sociedad con todos los deberes. « De este modo la autoridad se justifica, la obediencia se enoblece, y el hombre al mismo tiempo debe temer, mandar y honrarse con obedecer³. » La justicia desarma la fuerza, y el imperio noble de la conciencia reemplaza la tiranía vil de las pa-

¹ *Sed quid ego amplius de religione atque pietate christianá in imperatorem, quem necesse est suspiciamus ut eum quem Dominus noster elegit? Et meritò dixerim, noster est magis Cæsar, à nostro Deo constitutus... Dicam planè imperatorem Dominum: sed quando non cogor ut Dominum Dei vice, dicam. Cæterum liber sum illi; Dominus enim meus unus est. Deus omnipotens et æternus, idem qui et ipsius.* Apolog. adv. Gent. cap. XXXIII y XXXVII.

² *Le Divorce considéré au XIX^e siècle.* Disc. prel., p. 94.

siones excitadas por los intereses. ¿Qué digo yo? La Religion al paso que concentra los intereses particulares en el interes comun, los hace concurrir á la conservacion del órden, enlazando la vida futura con la presente, y desasiendo al hombre de los bienes pasajeros que con tanto afan busca. Substituye al odio que engendran las doctrinas filosóficas, un espíritu general de benevolencia mutua y de amor; y este es el carácter distintivo del Cristianismo. Todo respira en él el amor de Dios y de los hombres; el amor es el fondo de todos sus preceptos; el amor es toda su ley en compendio. No amar es lo mismo que no ser cristiano; es desterrarse á sí mismo del reino de Jesucristo, que es sociedad de amor, para entrar en la sociedad del odio, cuyo monarca es el ángel soberbio. El Cristianismo no solo obedece al poder, sino que le ama porque viene de Dios y le representa en la sociedad; y este amor que se eieva desde los súbditos y sube hasta el poder, vuelve á bajar, en cierto modo, bajo la forma de toda suerte de beneficios, desde el poder hasta los súbditos, y viene á ser la prenda mas segura de la estabilidad de

los gobiernos y felicidad de los pueblos. Se unen por una confianza poderosa, de la cual nace una seguridad, adhesion y desprendimiento mutuo, por manera que se les puede justamente aplicar aquella sentencia profunda del Evangelio: *vuestra fe os ha salvado* ¹.

Asi se establece y conserva para la felicidad de los hombres y tranquilidad de los Estados, el culto sagrado del poder, que Tertuliano con su lenguaje enérgico llama *Religion de la segunda magestad*. Y el mismo principio que pone órden en la sociedad constituyendo el poder social, concierta y ordena las familias constituyendo el poder doméstico. Estos dos poderes semejantes, porque la familia no es mas que una sociedad corta; desiguales, porque la sociedad es una gran familia, ó la reunion de todas las familias particulares, no son una y otra mas que el poder mismo de Dios, *de quien toda paternidad trae su nombre*, segun la expresion de S. Pablo, quiere decir, su autori-

¹ *Fides tua te salvum fecit.* MARC. X, 52.

² *Hujus rei gratiã flecto genua mea ad Patrem Domini nostri Jesu Christi, ex quo omnis paternitas in caelis et in terrã nominatur.* Epist. ad Eph. III, 14 y 15.

dad; porque bajo la ley de la verdad y el orden, nada hay arbitrario; ni aun las palabras, por razon de que es preciso expresen relaciones verdaderas ó falsas; y observemos tambien de paso, porque cambia el lenguaje con las máximas, y se desnaturaliza con las ideas. Así como, pues, el poder paterno es el poder social en la familia, el poder social es el poder paterno en la sociedad: y aqui se ve la razon de la inmortalidad del poder y al mismo tiempo de su dulzura en los pueblos cristianos.

Enlazar el poder con los súbditos, y estos entre sí, no es mas que el principio de los beneficios del Cristianismo. El espíritu de amor que este inspira no se estanca, permítaseme expresarme así, en la frontera, como el patriotismo duro y exclusivo de los antiguos. Jesucristo mandando ame el hombre al hombre no distingue al compatriota del extranjero; no exceptua aun nuestros enemigos, ni aquellos que nos persiguen y maldicen: de modo que por esta admirable universalidad de amor, su doctrina no se dirige menos á unir los pueblos entre sí, que los miembros de una misma sociedad, ó, diré mejor, quiere formar una sola sociedad de todos los pue-

blos. « El mundo, » decia, hace mil seiscientos años, el autor de la *Apologia contra los gentiles*, « el mundo todo, no es á nuestra vista mas que una vasta república, patria comun del género humano¹. » ¿Habrà quién se admire de que estas máximas y sentimientos tan extraños para los paganos todo lo hayan mudado, derecho politico, derecho de guerra, leyes y costumbres?

¿A quién debemos sino es al Cristianismo esta civilizacion admirable de Europa, de la que no se encuentra modelo en la antigüedad? Admite esto tan poca duda, que el autor de la *Historia filosófica de los establecimientos de los Europeos en las Indias*, conviene en ello formalmente, al menos por lo que toca á los pueblos del norte. En todas partes donde se introduce el Cristianismo produce los mismos efectos; y en el instante que se retira, entra la barbarie á reemplazarle. Civilizó hace tiempo una parte del Africa y del Asia: quince siglos despues convirtió en hom-

¹ *Unam omnium rempublicam agnoscimus, mundum.* Apolog. adv. Gent. cap. XXXVIII.

² *Histoire philosophique des établissemens des Européens dans les Indes*, tom. II, pág. 258. edic. de 1785.

bres á los antropófagos del nuevo mundo; y por las maravillas que se le vió obrar en el Paraguai, se puede juzgar lo que sería hoy la América toda con su influjo, si una política cruel y falsa no hubiese arrancado á la Religión en su niñez estos pueblos, que con la autoridad del cielo y la dulzura de una madre, conducía al órden por la senda de la verdad. Mientras que la filosofía armada de fuerza y ciencia, y disponiendo como soberana de veinte y cinco millones de hombres y de sus bienes, en un país rico y fértil, no ha podido llevar á efecto mas que la anarquía, la miseria y todos los males; algunos pobres sacerdotes, penetrando con una cruz de madera en la mano, regiones incultas, habitadas por salvages feroces, crearon en ellas con el solo poder de la verdad y virtud, una república tan perfecta que la imaginacion nunca se la pudo figurar semejante en sus mas halagüenos desvaríos. Cualquiera al verlos juzgaría eran algunos afortunados hijos de Adán, que escapados de la maldicion que hirió á toda su descendencia, gozaban en paz de la inocencia y felicidad que sigue á esta en los jardines deliciosos de Eden. Quiso Dios que al

menos una vez obrando la Religión sin obstáculo sobre un pueblo, le formase por sí sola al estado social, á fin de mostrar con una prueba grande é incontestable, que todas las verdades realmente útiles al hombre, y toda la felicidad de que le permite gozar aqui abajo su condicion, están encerradas en sus dogmas y preceptos.

Mas si pasamos á considerar el Cristianismo en una escena mas vasta, ¿qué fuerza para la conservacion no dió á los gobiernos, especialmente en los países donde, como en Francia, el principio religioso adquirió mas vigor y perfeccion? Este reino formado por obispos, segun la observacion de Gibbon, ha durado catorce siglos, sin que su forma de gobierno haya padecido alguna alteracion esencial; y veriamos todavía este antiguo gobierno en pie y floreciente, si para echarle abajo, no se hubiese comenzado por quitarle el apoyo de la Religión, que le habia fortalecido con tanta solidez. Y ciertamente no habrá quien diga que, durante la dilatada sucesion de reinados, y bajo la autoridad tutelar de setenta y seis reyes, cuyo cetro pacífico protegió á nuestros antepasados, y los guió por la

senda de la civilizacion, hayan tenido los pueblos que quejarse de las mutaciones obradas en el orden social, ni hayan adquirido derecho alguno para menospreciar esta armonía dichosa y magnífica de la autoridad y obediencia, de las leyes y el amor que recibieron del Cristianismo, y que se acomoda á toda clase de gobierno.

He citado mas arriba lo que acerca de esto dijo el autor del *Emilio*: no es menos formal el testimonio de Montesquieu. «Mientras que los príncipes mahometanos no paran de dar la muerte y recibirla, entre los cristianos la Religion hace á los príncipes menos tímidos, y por consiguiente menos crueles. El príncipe cuenta con sus súbditos, y los súbditos con el príncipe. ¡Cosa admirable! la Religion cristiana, que al parecer no tiene otro objeto que la felicidad de la otra vida, también nos hace en esta dichosos.

«La Religion cristiana ha sido la que á pesar de la extension del imperio y el vicio del clima, ha impedido que el despotismo se establezca en Etiopia, y ha llevado al centro del Africa las costumbres y las leyes de Europa.

«Considérense por una parte las carnicerías continuas de los reyes y gefes griegos y romanos, y por otra la destruccion de pueblos y ciudades causada por estos mismos: á Thimur, á Gengis Khan, que han devastado el Asia: y verémos que debemos al Cristianismo, ya en el gobierno cierto derecho político, y ya en la guerra cierto derecho de gentes, á que la naturaleza humana no podría mostrarse suficientemente agradecida.

«A este derecho de gentes se debe que la victoria entre nosotros deje á los pueblos vencidos cosas tan grandes como la vida, la libertad, las leyes, los bienes. y siempre la Religion, cuando no nos cegamos¹».

La Religion cristiana que manda al hombre vea en todos sus semejantes, hermanos, es incompatible con la esclavitud; así ha acabado de abolirla donde quiera que se ha establecido².

¹ *Espiritu de las Leyes*, lib. XXIV, cap. III.

² «Plutarco nos dice, en la *vida de Numa*, que en el tiempo de Saturno no había ni amos ni esclavos. El Cristianismo ha resucitado esta edad en nuestros climas.» *Espiritu de las Leyes*, lib. XV, cap. VII.

Pero cuando los intereses de acuerdo con las doctrinas, alimentaban entre los pueblos una enemistad implacable; cuando no se reconocia otro derecho de guerra que el terrible del exterminio, reducir á la esclavitud, era hacer un favor; por degollar no se dejaba de obrar con toda justicia, y la misericordia pagana se reducía á contentarse con hacer esclavos: ¡contemplándose todavía felices los vencidos, cuando la avaricia los libertaba de la espada con las cadenas!

Después de una victoria sangrienta obtenida por Germánico contra los Germanos, algunos de estos infelices subiéndose á lo alto de los árboles, buscaban entre sus ramas un asilo contra el furor de los Romanos: *Era una diversion el pasarlos con flechas*, dice con una sangre fría que horroriza, el grave Tácito; *admotis sagittariis per ludibrium figebantur*¹. El primer libro solo de sus anales contiene muchos rasgos no menos atroces, referidos con la misma indiferencia. En medio de la noche cae el ejército romano de improviso sobre los Marsos, sepultados en un pro-

¹ *Annal.* lib. II, cap. XVI.

fundo sueño, de resultas de una fiesta en la cual se habian abandonado á toda clase de excesos. « César, » continua el historiador, « divide en cuatro cuerpos las legiones ansiosas, para que alcanzase mas la devastacion. Un espacio de cincuenta mil pasos fué asolado con el fuego y el hierro: ni la edad ni el sexo inspiraron compasion: se arrasaron por tierra los edificios sagrados y profanos, entre otros un templo llamado *Taufana*, muy célebre en aquellas naciones. Por parte de los Romanos no se derramó ni una gota de sangre, hiriendo el soldado á su salvo á unos enemigos medio dormidos, desarmados ó errantes á la ventura¹. » Se tomaron de nuevo las armas al año siguiente, y Germánico, dice tambien Tácito, « conjuraba á los soldados pidiéndoles se encarnizasen en la matanza: ¿Qué necesidad tenemos de cautivos? No acabaremos esta guerra sino exterminando todo el pueblo hasta el último hombre². »

¹ *Annal.*, lib. I, cap. II.

² *Orabatque insisterent cædibus: nil opus captivis, solam*

Jamas olvidemos esto, la filosofía antigua, tan abundante en especulaciones estériles, ni siquiera pensó en levantar su voz en favor de la humanidad. No se hallará un filósofo que haya tenido otra idea del derecho de gentes que la que acaba de presentar en acción Tácito, ni que haya reclamado la abolición del derecho de esclavitud, ni aun formado el más simple deseo. ¡La sabiduría humana contemplaba sin compasión ni sorpresa la opresión del hombre, insensible también por su parte á su degradación, y sepultado estúpidamente en su vil y baja miseria. ¡ Cosa maravillosa ! era necesario que la sabiduría misma de Dios descendiese á la tierra, no digo solo para librar al género humano de las calamidades que le oprimían, sino para darle esperanza, para inspirarle el deseo de verse libre.

La guerra ha sido en nuestros días el texto común de las declamaciones filosóficas, y nunca hubo ni más guerras, ni que fuesen más des-

inter necem gentis finem bello fore. Ibid., lib. II, cap. XXI.

structoras que en el siglo en que unos filántropos necios han declarado todas las guerras injustas. El Cristianismo no declama; exhorta á la paz, y la establece por sus máximas, quitando las causas de discordia; y cuando el cuidado de su conservación obliga á los pueblos á recurrir á las armas, señala por primera ley de los combates la humanidad. La Religión penetra hasta el campo de batalla para desterrar de allí el odio y la inexorable codicia, para contener el abuso de la fuerza, para dulcificar la victoria, y cubrir al débil con su protección inviolable*. No pu-

* La historia ofrece un ejemplo singular de la diferencia que habia en esta materia entre las doctrinas paganas y la evangélica; y nos enseña á bendecir la Religión, que substituyó á los usos atroces consagrados por el derecho de guerra entre los Romanos, un espíritu de dulzura, y si puedo explicarme así, delicadezas y ternuras de humanidad, que hasta entonces eran desconocidas. Se habia visto á Constantino después de sus primeras victorias, abandonar á las bestias feroces los gefes enemigos que habia hecho prisioneros. Algunos panegiristas paganos celebraron desmedidamente esta barbarie. Pintaban con satisfacción este triunfo, en que un emperador realizaba la magnificencia de los juegos y la diversion del pueblo, con la carnicería ó matanza de los enemigos en el circo. Luego que el Cristianismo principió á iluminar su alma, un orador hizo también mención de estas

diendo contener la espada , embota su punta , y derrama tambien bálsamo en las heridas que ha hecho.

No quiere decir esto que la historia de las naciones cristianas no se haya manchado algunas veces con horriblos rasgos de barbarie. ¿Pero, qué ganaria la filosofia si nos los opusiese? Prueban contra ella misma y no contra nosotros; porque siempre fueron efecto, ó de un error expresamente condenado por la Religion, ó del menosprecio de sus máximas, el cual en el fondo, como lo haré ver muy pronto, no es mas que una verdadera incredulidad. Ciertamente sería muy extraño se pidiese cuenta al Cristianismo de las maldades que provienen del olvido de su doctrina, y que se negara que hace á los hombres dulces , misericordiosos , compa-

« mismas victorias contra los Francos; pero nada dice de su suplicio. Entonces Constantino prometia á sus soldados una suma de dinero por cada enemigo que le trajesen vivo. » *Des Changemens opérés dans toutes les parties de l'administration de l'Empire romain, sous les régnes de Dioclétien, de Constantin, et de leurs successeurs, jusqu'à Julien.* Por J. Naudet, tom. II, p. 54.

sivos, porque en dejando de ser cristianos , se hacen duros y crueles.

Obsérvese además que las devastaciones , las mortandades, de que los anales antiguos ofrecen tan frecuentes ejemplos, eran de esencia del derecho de guerra , tal como ellos le concebían ; mientras que entre nosotros , estos actos de un sumo rigor son una violacion de este mismo derecho : asi no se puede disputar que en los pueblos cristianos son infinitamente mas raros ; y el profundo horror que inspiran prueba cuanto se ha mudado el espíritu general.

No es menos completa y feliz la revolucion que la Religion cristiana ha hecho en la legislacion , el derecho político y el de gentes. La ley no es ya la expresion de la voluntad del mas fuerte; no tiene ya por objeto proteger intereses particulares , sino establecer la justicia , que es el interes supremo de todos ; y no siendo la justicia otra cosa que el orden que Dios manda, de aqui es que la ley, bajo el imperio del Cristianismo, es la expresion de la voluntad del poder, y desde luego hay obligacion de someterse á ella , como á la voluntad de Dios mismo : por-

que el que resiste al poder, resiste á Dios ¹.

Así todas las verdades sociales dimanar de esta grande y primera verdad, *todo poder viene de Dios*; y el principio fundamental del derecho político lo es también, del mismo modo, de la legislación. Se obedece á las leyes por la misma razón que se obedece al poder; y la doctrina que afirma y tempera el poder, afirma igualmente la autoridad de las leyes, y las dulcifica y perfecciona.

No se admira bastante la sabiduría y hermosura de las leyes cristianas. Ellas expresan tan perfectamente las verdaderas relaciones de los seres sociales, que su misma conformidad con nuestra naturaleza nos impide admirarlas. Cuando cada cosa es lo que debe ser; solo una reflexión atenta sobre ellas puede causarnos sorpresa. La sencillez del orden oculta á nuestros ojos su grandeza. El entendimiento se detiene al contemplar los gobiernos artificiales, como la vista se fija más en las obras complicadas por el arte.

¹ *Qui resistit potestati, Dei ordinationi resistit. Epist. ad Rom. XIII, 2.*

La vista de un ser vivo no causa en nosotros impresión alguna; pero si se nos presenta un automata, al instante nos pasmamos de admiración. Las antiguas legislaciones se dirigian á oprimir al débil, las nuestras no dejan género alguno de flaqueza á que no señalen protección; y esto no nos sorprende por causa de la armonía perfecta en que están la conciencia y la ley. Sin embargo es cierto que solo la Religión ha podido dar á las leyes, y puede sola conservarlas, este carácter noble y consolador. Al punto que nos desentendemos de su autoridad, todo se desploma, todo se confunde; las verdades más claras se hacen problemáticas, y el orden inflexible é inmutable es desterrado desdeñosamente al dominio indeterminado de las opiniones. ¿Qué cosa hay más evidente que la igualdad natural de los hombres? Pues con todo eso la razón, por espacio de más de veinte siglos, ha fundado la sociedad sobre la esclavitud de una parte de sus miembros, y ni aun la ocurrió fuese posible abolirla. La humanidad debe este gran beneficio al Cristianismo: este solo, el mismo Dios, es quien ha querido que el hombre fuese

libre, y para que lo lograrse ha sido necesario que tuviese fe en la libertad. El raciocinio, lejos de dársela, hubiera remachado para siempre sus cadenas, pues que raciocinando sobre el órden social, el mismo Rousseau establece en un pasage que ya he citado, la necesidad de la esclavitud. Si pensaba así en Francia, y en el siglo diez y ocho de la era cristiana, ¿créese que en Roma bajo el gobierno republicano, le hubiera inspirado el paganismo opiniones mas generosas?

Donde no hay familia no hay que esperar estado: la poligamia y el divorcio, que es la peor especie de poligamia, destruye la familia, oprime á la madre, oprime al hijo, é introduce la anarquía en la sociedad doméstica. Por tanto la Religion sola ha proclamado la indisolubilidad del vínculo conyugal; y aun despues de haber conocido el principio y haber observado por largo tiempo sus admirables efectos, la razon ilustrada con las luces del Cristianismo, pero negando su autoridad, ha juzgado que era bueno convertir el matrimonio en un contrato temporal, como si fuese una especie de arriendo que pudiese deshacerse en

el momento que se antojare, solo con la condicion de repartir los hijos, como podria hacerse con los animales que hubiesen nacido en un rebaño unido por convenio en determinado tiempo. Y obsérvese que al mismo tiempo que se daba á la muger derecho para repudiar su cabeza, se concedia á los súbditos el de repudiar su gobierno, tan íntima es la conexion que hay entre el poder político y el doméstico.

¿Puede imaginarse un delito que repugne mas á la naturaleza, que el asesinato de un hijo por su padre, ni una costumbre mas bárbara que la exposicion y abandono de estas inocentes criaturitas, condenadas por las pasiones á nacer para no vivir nunca? No obstante, las leyes de casi todos los pueblos antiguos permitian la exposicion y muerte de los hijos, y aun hoy es universal este uso en una gran parte del globo: dejad que la razon filosófica pese el *pro* y el *contra*, calcule las obligaciones de los padres, el interes del Estado, sobrecargado con una poblacion embarazosa, el interes del mismo niño, á quien se le ahorran tantos trabajos, y tal vez delitos, abreviándole una vida, en la que al fin pierde

muy poco; y mucho me engañaré yo, si la razón, fundada en estas consideraciones y otras mil parecidas, por poco que el interes aguce su sutileza sofística, no llega hasta ver en este asesinato el ejercicio de un derecho legítimo y aun un acto de humanidad. Y no se me acuse de recurrir á suposiciones odiosas y sin verosimilitud; porque pueblos enteros han aplicado á la vejez estos racionios que yo acabo de aplicar á la infancia, y en el fondo no se diferencian de aquellos, con que Rousseau pretende justificar su conducta cruel con los tristes frutos de su libertinage. Demos gracias eternas al Cristianismo, que ha hecho del niño, que era un ser vil á los ojos de la política, y frecuentamente una carga insupportable á la avaricia, un ser sagrado á los ojos de la Religión. Cuantos hay que insultan esta Religión santa y la deben tal vez la vida. ¿Quién sabe si, á no ser por ella, unos padres desnaturalizados no les habrían arrojado luego que nacieron á la corriente de un río, como lo practican los Indios, ó abandonado por la noche, como lo hacen los Chinos, en un camino público, para que les devorasen los animales, ó por la mañana

les llevasen en un carro entre el cieno ó inmundicias de las calles? Sepan los que se creen sabios porque todo lo desprecian, y profundos porque no alcanzan las verdades mas sencillas, que el bautismo salva mas niño en las naciones cristianas que hombres destruye la guerra. Sin embargo la filosofía no verá en el bautismo mas que una supersticion ridicula y absurda, y le veréis reirse de esta institucion sublime, que aun considerada bajo un punto de vista puramente político, seria todavía un beneficio inapreciable y una obra la mas perfecta de humanidad.

La dulzura y equidad de nuestras leyes criminales, su inflexibilidad santa, las infinitas precauciones del legislador para evitar en su aplicacion equivocaciones funestas, son tambien otros efectos del espíritu establecido por el Cristianismo. El solo ha enseñado al hombre á respetar al hombre; la filosofía lo mismo que el paganismo, no enseñan mas que á menospreciarle, y esto es lo que hizo decir á Tertuliano, reconviendo, y echando en cara á los que perseguian á los discipulos de Jesucristo, el desprecio feroz que hacian de la humanidad: ¡O hombre! ¡ó

ser tan grande! ; si tu supieses conocerte! *. El hombre en efecto se conocia entonces tan poco á sí mismo que se avaluaba á precio de dinero : se compraba ó vendia como el mas vil ganado ; y fué necesario para abolir este tráfico infame, que Dios mismo fuese vendido en treinta dineros. Esta venta execrable fué el tratado de nuestro rescate *.

* *Tu homo, tantum nomen, si intelligas te!* Apolog. adv. Gent., cap. XLVIII.

* En el tiempo de la conquista de América por los Españoles, cubriendo la Religión con su manto los pueblos vencidos, protegió con todo su poder su libertad. Los protestantes y los mismos filósofos han alabado la conducta del clero católico en esta ocasión. (Véase á ROBERTSON, *Historia de la América*, y M. de Humboldt). El solo en esta época memorable se interesó por la humanidad y defendió sus intereses con valerosa perseverancia, de la avaricia de los conquistadores. Y nótese aquí mismo cuán de acuerdo están los hechos con los principios establecidos en este capítulo y en el precedente. En todas aquellas partes que la política, guiada por el interés particular, obra por sí sola, los infelices naturales ó indígenas fueron oprimidos, encadenados y destruidos en poquísimos tiempo. Donde por el contrario se les ha puesto en manos de la Religión, recibieron de ella estos dos grandes bienes, la civilización y libertad. En cuanto á la esclavitud de los negros nunca la aprobó la Iglesia; la toleró, porque la esclavitud mas bien se opone al espíritu de la Religión cristiana, que se prohíbe formalmente por sus leyes. Preparaba poco á poco

Las leyes paganas, no menos bárbaras que las costumbres, se divertían y jugaban con la vida de los hombres de un modo tan indiferente como espantoso. Si sucedía en Roma que un ciudadano fuese asesinado, se hacia morir á todos sus esclavos: ¿Era su amo el acusado? se les atormentaba. Si la ley habia olvidado ú no previsto algun capricho del príncipe ó del pueblo, se remediaba con duplicado crimen, como lo refiere la historia, hablando del asesinato de la hija de Seyano. Convengamos en que esto nada se parece á las obligaciones sagradas que la Religión

la abolición en las colonias, dulcificando la suerte de los esclavos; formándolos para el estado social, y cultivando con esmero en estos hijos tardíos las facultades y virtudes, cuya manifestación y práctica habian de anunciar en ellos la edad oportuna de la emancipación. La Religión ni la naturaleza hacen cosa alguna atropelladamente. Va disponiendo aquella las mutaciones debidas, las verifica por caminos dulces y grados insensibles. He aquí la senda de la sabiduría. La filosofía vino á desconcertar de repente esta marcha prudente: proclamó ruidosamente la libertad de los negros, sin precaución alguna, sin prevision; sin examinar si estos hombres, á quienes repentinamente daba la libertad eran capaces de ser libres. ¿Y qué sucedió? Qué ha resultado? El incendio de las colonias, el asesinato de los colonos, una anarquía completa y la guerra de exterminio.

impone á nuestros reyes : « Yo juro, » este es el juramento que exige de ellos antes de ungir su frente con el oleo santo : « Yo juro guardar y hacer guardar justicia y misericordia en todo juicio, para que Dios todopoderoso y misericordioso tenga tambien misericordia de mi. » Todo se encuentra reunido en estas palabras ; la equidad severa y la mansedumbre cristiana, la obligacion y su razon, el precepto y su sancion.

Uno de los caracteres de la Religion es no ponerse jamas á razones con los hombres. Dice á las sociedades del mismo modo que á cada uno de sus miembros : *Haced esto y viviréis.* Ninguna cosa puede darse que sea mejor que este método ; pero no conviene mas que á Dios. Solo la Verdad suprema tiene derecho de prescribir con autoridad lo que hemos de creer, y la soberana Justicia el de imponer leyes que obliguen sin exámen. Y como los pueblos no viven sino por las creencias, y el órden no se mantiene sino con el auxilio de las leyes, se sigue, que nin-

* *Hoc sitc et vives.* LUC. X, 28.

guna sociedad puede subsistir sin un poder divino, bajo el cual se humillen todos los espíritus y todas las voluntades. El hombre, reducido á no tener otro medio de conservacion que su facultad de discurrir, pereceria en un tiempo cortisimo : y lo mismo sucede á las naciones. El discurso se pierde y titubea, luego que la autoridad deja de sostenerle. El se pone entonces á disposicion de las pasiones, que le dan su fuerza, en un todo destructora. ¿ Qué sucederia por ejemplo, si se dejase el derecho de propiedad á disposicion de la razon ? ¿ Qué no diria esta, y qué no ha dicho para probar su nulidad é injusticia ? Filósofos, dejémonos de palabrotas y de frases hinchadas, responded clara y sencillamente : ¿ con qué título quereis mas bien poseer vuestro campo, y qué garantía os parece mas segura, ó la ley que dice : *Tu no desearás la casa de tu prójimo, ni su campo, ni nada que le pertenezca,* ó los racionios de Raynal, Diderot y Rousseau, sobre el origen y fundamento de la propiedad ?

Las buenas costumbres acaban y perfeccionan

* *Deuteron.* V, 21.

la obra de las buenas leyes. *Quid leges sine moribus vane proficiunt?* decian los mismos paganos. ¿ De qué sirve que se escriban las leyes del orden en el código, si el amor á ellas no está grabado por la Religion en los corazones? Por otra parte las leyes se limitan á condenar ciertos delitos; pero no mandan virtud alguna. La Religion se ha reservado esta parte sublime de la legislación, que todo lo arregla en el hombre, hasta sus deseos mas secretos y sus mas pasajeros afectos. ¿ Cuántos delitos no escapan á la justicia humana? ¿ Cuántos otros no se ve obligada á tolerar? La Religion no tolera ningun desorden: prohíbe hasta un pensamiento malo; nos manda aspirar á una perfeccion infinita: *sed perfectos como lo es vuestro padre celestial.* Y, ¡ cosa maravillosa! al mismo tiempo que abate el orgullo humano con la sublimidad de sus preceptos, reprime todo sentimiento de presuncion en el justo, mostrándole incesantemente virtudes nuevas y superiores que debe adquirir, y anima la con-

¹ *Estote ergo vos perfecti, sicut et pater vester caelestis perfectus est. MATTH. V, 48.*

fianza del pecador, abriendo al arrepentido el inmenso seno de la misericordia divina. Muy al contrario de la filosofia, que priva á la virtud hasta de la esperanza, la Religion quita la desesperacion al mismo crimen.

¿ Habrá hombre alguno de tan empedernido corazon, que nunca se haya enternecido al ver la hermosura de la moral evangélica? ¡ Cuánta pureza y profundidad en sus preceptos! ¡ Cuánta perfeccion en sus consejos! ¡ Qué amor tan tierno á la humanidad! ¡ Qué dulzura tan amable y qué uncion tan penetrante en la sencillez de sus máximas! ¡ Cuán derechas van al alma, y como conmueven la conciencia! Se puede quebrantar esta divina ley, pero ¿ quién, á no haber perdido todo sentimiento bueno, se atreverá á disputar su excelencia? La paz y felicidad son sus frutos. Ella une, consuela, evita ó repara los males de la naturaleza y de la sociedad. Bajaria el cielo á la tierra, ó en esta viviriamos como en el cielo, si los hombres quisiesen observándola consentir en ser felices.

Y ved aquí lo que hace el Cristianismo para obligarlos á serlo. No presenta á su vista una

imágen abstracta, un fantasma ideal de virtud, que tal vez admirarian sin resolverse á imitarlo: les ofrece la virtud misma, la perfeccion viva en la persona del Dios-Hombre; y despues para dar á sus preceptos una sancion de infinita fuerza, abre á los pies del crimen el abismo tenebroso del infierno, region desolada de dolores y de eternos suplicios, y muestra á la virtud en lo alto de los cielos, el inmortal premio que la espera. Ninguna recompensa, ningun castigo limitado seria digno de la justicia y bondad de Dios, ni suficiente para retener al hombre en el órden, pues que ni aun la esperanza del soberano bien, y el temor del sumo mal, alcanzan muchas veces á vencer las ilusiones de sus sentidos, y el fuego arrebatado y ciego de las pasiones.

Es pues incontestable en esto, como en todo lo demas, la superioridad eminente del Cristianismo sobre la filosofia. En los labios de esta, la palabra *deber ú obligacion* no tiene significacion alguna: y desafio á todos los filósofos juntos á que me den una definicion inteligible. Mas cuando la consiguiesen, cuando llegasen á convencer la razon de la realidad de la virtud ¿qué vendrá á

ser esta virtud desprovista de toda sancion, sino un simulacro vano? ¿Y dónde encontrarían motivos que determinasen á seguirla y fuesen bastante fuertes para obligarme á sacrificárselo todo, hasta mi felicidad? Yo oigo la Religion, y la comprendo, cuando me habla de penas y recompensas eternas; veo allí un motivo, un interes de infinita consecuencia; así mi razon aprueba y mi corazon se mueve. ¿Pero donde está el cielo de la filosofia? ¿dónde está su infierno? ¿dónde la palma inmortal que guarda para los discípulos de la virtud? Que nos la muestre; y entonces puede ser que trabaje para merecerla. Pero que no piense seducirme con quimeras. ¿Qué viene á ser el desprecio con que me amenaza, si me dejo llevar de mis apetitos? ¿Qué bien verdadero es el que podrá quitarme? ¿En qué puede la opinion agena hacer daño á mi ser? ¿Me quitará la salud, las riquezas, la sensacion del deleite, la independenciam? El desprecio es nada, si yo llego á menospreciarlo; y aun cuando fuese tan débil que pudiese algo conmigo, ¿quién me quita el escapar de él, como lo hacen muchos, ocultando mis acciones y deleites

viciosos con el velo espeso del misterio. Mas ocultándolos á los demas hombres, no por eso me los ocultaré á mi mismo, será pues preciso comprarlos á costa de remordimientos. Esto es algo mas grave, sin embargo veamos. Yo doy de barato que en los sistemas filosóficos, la conciencia no sea una preocupacion; ó que yo no haya podido vencerla; siempre es cierto que, puesto yo entre un deleite que deseo, y el remordimiento que temo, la eleccion del delito ú de la virtud es un negocio de pura sensacion. Si el deseo puede mas, sucumbo; y resistiré por el contrario, si el temor es mas vivo que el deseo. Ahora bien, cítese una pasion, la cual, no teniendo que temer otro castigo, se contenga solo por la simple aprehension del pesar que ha de tener por haber violado las leyes abstractas del orden.

No; no puede la filosofia imponer al vicio mas que frenos débiles é insuficientes, asi como tampoco puede proponer á la virtud sino premios quiméricos. ¿Qué es lo que me promete? Un nombre que no estoy seguro de poder gozar, un susurro vano de reputacion, que los sabios des-

precian, y que no puede consolar ni aun de un solo infortunio de la vida. Y ni aun esto; ¿quién me sale fiador de esta promesa? ¿Quién me asegura de que la virtud, por el contrario, no atraerá sobre mí insultos, menosprecios, odios y persecuciones? ¿Seria yo el primero que ha cogido este triste fruto de su fidelidad por obligaciones penosas y dificiles? En este caso se me ofrece en recompensa, la alegría que acompaña el buen testimonio de sí mismo. ¡Qué irrision! La alegría de la pobreza, de la hambre, de la sed, de las enfermedades y tormentos del cuerpo, y de los dolores del alma, la alegría de las prisiones y suplicios, y en fin la de una miseria sin esperanza.... No encuentro cosa alguna que poder comparar á esta alegría extravagante, si no es aquella otra, que dicen debe resultarnos de la estéril contemplacion del orden, que contradice y quiebra nuestros apetitos bajo de sus leyes inflexibles. ¿Y qué importa la hermosura de una máquina al infeliz descuartizado y deshecho por sus ruedas?

Sin embargo estos son los motivos mas fuertes que ha podido hallar la filosofia, para apar-

tar á los hombres del crimen y llevarlos á la virtud. No sabiendo en que principio estribar para exigir de ellos el sacrificio de su interes, sacrificio que constituye propiamente la virtud, le ha ocurrido sostener que la virtud no es otra cosa que este mismo interes*. Esto seria verdad,

* « Todas las cuestiones tocantes á la moral tienen siempre en nuestro mismo corazon una solucion pronta, que las pasiones nos impiden seguir algunas veces; pero que nunca consiguen destruir; y la solucion de todas estas cuestiones, viene á terminar siempre con mas ó menos rodeos, en un tronco comun, que es nuestro interes bien entendido, principio de todas las obligaciones morales. » (D'ALEMBERT. *Éclaircissement sur les élém. de Philos.*, tom. V *des Mélanges*, pág. 6.) Me admiro de que teniendo talento haya quien pueda proferir tamañas tonterías. ¿Cómo mi interes, que con nadie tiene relacion mas que conmigo, puede imponerme obligaciones para con los demas? No creo se hayan nunca encontrado dos ideas menos conciliables. Lo mismo importaba sostener francamente como Diderot, que nuestra única obligacion es hacernos felices; esto al menos se comprende. Pero sea lo que fuere en el fondo de la máxima de d'Alembert, considérense las consecuencias. Lo primero, ¿quién sale por fador de que la generalidad de los hombres sabrá siempre conocer bien su interes, en el sentido en que este interes es el de la sociedad toda, y depende de todas las relaciones que pueden existir entre sus miembros? ¿Cuántos conocimientos, luces y experiencia, cuántas reflexiones, qué profundidad y sagacidad de espíritu no se necesita para abrazar objetos tan diversos, examinarlos, compararlos y deducir en cada circunstancia reglas

si el desempeño y cumplimiento de nuestras obligaciones nos hiciese siempre actualmente fe-

para conducirse debidamente en cada posicion? La moral pues no seria mas que para los filósofos, cuando mas. En efecto, pues que *nuestro interes bien entendido es el principio de todas las obligaciones morales*, no habria alguna obligacion moral para aquellos, á quienes una causa, cualquiera que fuese, ponía fuera del estado en que deben entender bien su interes. Si se engañan, seria una desgracia; pero no un delito. Hay mas; el pícaro que cree conocer bien su interes al robarme, lejos de merecer que esto se le afee, por el contrario es digno de elogio, y cumple escrupulosamente su obligacion, tal cual la conoce. No; me dirán, se engaña, y debia raciocinar mejor. ¿Y quién os ha dicho que puede? Además, ¿qué derecho os asiste para pretender que en lo que le toca y pertenece á él, prefiera vuestro juicio al suyo? ¿Cómo le probaréis que entendeis mejor que él sus intereses? ¿Nuestro interes, que no es otra cosa que nuestra felicidad no depende de nuestro modo de pensar y de sentir? Temeis la infamia; él la desprecia. Le mostrais la horca: ¿y qué, todos los ladrones se ahorcan? Uno de los elementos de su cálculo es la probabilidad de robar impunemente. Pero dando este mal ejemplo, se expone á ser imitado algun dia á costa suya. Sea en hora buena, este es un peligro que corre; pero ¿por qué ha de preferir la certeza de no ser jamas robado, por no tener qué, al peligro hipotético de perder una parte de lo que adquirió por esta via? Lo peor que puede sucederle es volver al estado miserable en que queriais permanecer. Entre tanto, algo ha gozado; y como mirando solo á la vida presente, este es su *interes bien entendido*, el robo hecho con las debidas precauciones, es evidentemente para él, una obligacion moral.

lices. Entonces los hombres, que no pueden engañarse en lo que sienten, serian virtuosos por la misma necesidad que les obliga á desear su bienestar. Pero está muy lejos de suceder así, y la Religión, riquísima en verdades, nunca tiene necesidad de mentir, ni teme advertir terminantemente á sus discípulos. « Si nuestras esperanzas, » les dice S. Pablo, « se limitan á esta sola vida, somos mas miserables que todos los hombres* »

El interes de un cristiano es ganar el Cielo, cueste lo que costare de penas y trabajos en esta vida: mas el que no espera otra, no tiene mas que un interes que es hacerse dichoso en esta, de cualquier modo. ¡Y qué felicidad mas extravagante puede proponerse al hombre, que la de resistir incesantemente á sus deseos é inclinaciones, y hasta las urgencias de la naturaleza; la de sacrificarse en todas ocasiones sin esperanza de premio á la dicha, y por el bien de otro! ¡Qué! ¿Es el interes del pobre carecer de lo ne-

* *Si in hac vita tantum in Christo sperantes sumus, miserabiliores sumus omnibus hominibus. Epist. I ad Cor. XV, 19.*

cesario, cuando puede apoderarse de una parte de lo que sobra al rico? Le ahorcarán si roba. Ya entiendo: el interes de vivir debe poder mas con él, que el de matar su hambre. Luego si estuviese seguro de evitar el suplicio, quedando solo el segundo interes, este determinaria una obligacion contraria. De modo que, quitese el verdugo, y se mudó la moral; él es el padre de todas las virtudes. Sin embargo, por mucho que se haga, este poderoso moralista no podrá alcanzar á todo. La mayor parte de los vicios que arruinan sordamente la sociedad, ó turban su armonia, como son la ambicion, codicia, egoismo, ingratitud, dureza de corazón, envidia, odio, calumnia, libertinage, no son de su jurisdiccion. No pondrá á cubierto de la seduccion á vuestra hija, ni á vuestra muger. Esté en mi mano en el ardor de una pasion violenta satisfacerla en secreto con la certeza de que jamas se descubra: ¿dirá nadie que mi interes ordena rehuse obstinadamente el deleite que se me ofrece? ¿Será tambien mi interes el que me hará renunciar á mis hábitos y costumbres, comodidades, bienes, patria, familia, á cuanto puedo amar

mas, por la utilidad de mis semejantes, ó del Estado á que pertenezco? Hasta ahora no se ha observado, al menos no ha llegado á mi noticia, que en estos casos diversos, las virtudes de los incrédulos, comparadas con las de los cristianos, hayan tenido ú tengan un carácter de superioridad tan relevante, que acredite mucho el principio del interes personal. ¿Y cómo es posible encontrar en este interes la razon del mayor sacrificio que la sociedad puede pedir á sus miembros, y que el hombre puede hacer por otro hombre, el sacrificio de su existencia misma? Todos nuestros intereses presentes se encierran en el interes primero y principal, que es la vida. El que la da, nada se reserva, ni aun la esperanza. Antes pues de aspirar á la virtud, cuyo último grado es este sacrificio, busque la filosofia en el seno de la nada, un interes que valga mas en si que todos los demas; que nos muestre en el fondo del sepulcro, en medio de aquel polvo frio y aquellos huesos áridos que nunca han de reanimarse, el precio que ha de recompensar el desprendimiento mas sublime.

Con sofismas no se destruye la realidad de las

cosas. Se pretenderá confundir los intereses particulares con el interes comun; pero será inútilmente, porque habrá siempre entre ellos una oposicion que no podrán vencer todos los racionios del mundo. En mil casos exigirá el interes comun que yo desfallezca en la miseria, que consuma mis fuerzas y salud, para que otros cojan el fruto; que yo sofoque mis deseos, apetitos y afectos, que padezca en fin y muera: y hasta que se me pruebe que la miseria, el padecer, la muerte son en si mismos bienes preferibles á las riquezas, á los deleites y á la vida, tendré por falso, por evidentemente falso, que el interes particular, separado del temor de los castigos y de la esperanza de las recompensas futuras, sea regla de las obligaciones, y fundamento de la moral. Si hubiese una region en la cual esta doctrina se hallase universalmente recibida, reinaria en ella una confusion horribilísima en vez del orden, y seria preciso huir de esta tierra desventurada, donde el crimen sin remordimiento dominaria arrogantemente con nombre de virtud.

¿Queréis dividir en bandos y parcialidades á los hombres, encender entre ellos el odio, exal-

tar el egoismo, la codicia, todas las pasiones? Pues no hay mas que hacer, que poner en juego el interes personal. Por el contrario, ¿deseais unir los miembros de la familia y del Estado, crear la dulce concordia, la humanidad tierna? Pues haced que cada uno, olvidándose de si mismo, se sienta, por decirlo asi, existir en otro, y no conozca mas interes que el de todos. Este es el espíritu del Cristianismo, y desde que hay pueblos, ninguno ha subsistido sino por la participacion mas ó menos abundante de este espíritu y de las verdades en que estriba. Su total extincion en un pueblo seria la entera extincion de la vida misma de este pueblo, asi como de su perfecto conocimiento y extension, resulta en las naciones la mayor fuerza de vida.

Es una inclinacion natural en el hombre sacrificarlo todo á sí mismo, porque él naturalmente se prefiere á todo. Luego el principio del interes particular y el de las obligaciones son esencialmente opuestos, y cualquier ser, que no conociese mas regla de estas que su interes, seria insocial esencialmente; porque la renuncia y abandono de sí mismo en los miembros de cual-

quiera sociedad, es la primera condicion de la existencia de esta sociedad. Asi la Religion, que es una sociedad entre Dios y el hombre, se funda en el mutuo don ó sacrificio de Dios al hombre y del hombre á Dios, y la sociedad humana se funda igualmente en el don mutuo ú sacrificio del hombre al hombre, ó de cada hombre á todos los hombres; y el sacrificio es de esencia en toda sociedad verdadera. La doctrina evangélica acerca de la renuncia y abnegacion de sí mismo, tan extraña para el sentir comun de los hombres, no es mas que la expresion de esta verdad, ó la promulgacion de esta gran ley social. He aquí porque en las naciones cristianas la idea de *renuncia y desprendimiento de sí mismo* y de *consagracion* se ve unida á toda funcion pública: idea sublime, que la Religion nos ha hecho tan familiar, que apenas llama nuestra atencion. Gozamos desdeñosamente de los beneficios del Cristianismo, como de los de la naturaleza: cuanto mas grandes, multiplicados y continuos, menos nos llaman la atencion y menos nos mueven.

Sin embargo, si queremos conocer la diferencia que hay entre nuestro estado social y el pre-

cedente, oigamos á Jesucristo mismo : mas verdades hay en una sola de sus palabras, que en los discursos de todos los filósofos juntos.

« Jesus, dirigiéndose á sus discípulos, les dice :
 « Sabeis que aquellos que parece mandan sobre
 « las gentes, ejercen potestad sobre ellas, y sus
 « principes las dominan. »

Así, por un lado se ve la apariencia, y, por decirlo así, la sombra del poder, y en realidad la dominacion de la fuerza, *videntur principari...* *dominantur*; y por el otro la esclavitud, *potestatem habent ipsorum*; carencia ú ausencia de autoridad, ciega violencia, sumision trémula y servil, y nada de obediencia : he aquí la sociedad pagana.

« Mas, » continua el Salvador, « no es así entre vosotros, antes el que quisiere ser el mayor, será vuestro criado, y el que quisiere ser el primero entre vosotros, será siervo de todos. Porque el hijo del hombre no vino para que se le sirva, sino para servir y dar su vida en redención por muchos. »

Jesus autem vocans eos, ait illis : Scitis quia hi qui vi-

Aquí todo se muda : el mando establecido por interes y utilidad de todos viene á ser una carga, y la obediencia un derecho. Reinar es servir, y el primer servidor de los pueblos es el soberano : cuanto es mayor que los demas tanto tiene de mas laborioso su *ministerio*; y entre tanto que no hay un miembro de la sociedad, que no tenga derecho para ser *servido*, solo él, despojado del privilegio de la obediencia, sacrificándose como el hijo del hombre á la felicidad de los otros, vive en medio de la libertad general esclavo del orden y de la felicidad pública. He aquí la sociedad cristiana.

El espíritu de sacrificio ú de amor combate y pelea en ella sin descanso, y con ventajas proporcionadas al grado de fe, contra el principio destructor del inte. es particular. El absoluto abandono de este viene á ser como el alma de

dentur principari gentibus, dominantur eis : et principes eorum potestatem habent ipsorum. Non ita est autem in vobis, sed quicumque voluerit fieri major, erit vester minister : et quicumque voluerit in vobis primus esse, erit omnium servus. Nam et filius hominis non venit ut ministraretur ei, sed ut ministraret, et daret animam suam redemptionem pro multis. MARC. X. 42.

nuestras instituciones religiosas y políticas; y nada hay en los Estados, ni durable, ni verdaderamente social mas que lo que descansa y se apoya en esta base. La abnegacion de sí mismo es la primera condicion de todas las grandezas cristianas. No todos pueden ni saben soportar este peso. La dignidad real, como imágen y origen de todos los poderes conservadores del órden social, comienza en la desnudez del pesebre, se ejercita y crece en los trabajos, fatigas y vigiliass, recoge de paso algunas palmas, algunas aclamaciones pasajeras, á las que siguen muy pronto gritos de muerte y maldiciones, angustias y agonías en el huerto de las olivas, torturas y afrentas en el pretorio, finalmente agobiada bajo el peso de la cruz, ciñendo su cabeza una corona de espinas, va á espirar, bendiciendo á sus verdugos, sobre la montaña que corona el valle de Topheth.

Es propio de talentos escasos y cabezas limitadas admirar y ponderar las debilidades de los individuos y, ni aun mirar, ni conocer el espíritu general de las instituciones. Todo cuanto se echa en cara y afea á la nobleza, al clero, no

tiene mas fundamento que este. Pero muéstrennos en la antigüedad alguna cosa que sea comparable á esta consagracion hereditaria de ciertas familias y clases de ciudadanos al servicio de la sociedad, en las funciones mas elevadas del sacerdocio, guerra y magistratura; consagracion tan completa, sacrificio tan perfecto del hombre á su semejante, que nada se exceptua, ni el descanso, ni los gustos y satisfacciones domésticas, ni la hacienda, ni la vida. ¿Se quiere conocer, por un solo hecho, la mutacion que en esta materia la Religion ha causado en las ideas? El severo Bruto desangraba las provincias á mano armada con usuras horribles, sin que su reputacion padeciese lo mas minimo. Entre nosotros cualquier hombre público que se hubiera dejado dominar por el vil interes personal, no ha mucho, se habria visto cargado de la execracion pública, y despreciado como el mas miserable.

Hemos visto la filosofia venir, establecido el Cristianismo, á introducir en la sociedad toda especie de desórdenes y delitos, y nadie se ha sorprendido, porque nada se concibe mas fácilmente que el paso del bien al mal, ó la deprava-

cion del corazon humano ; esta es una inclinacion de la misma naturaleza. Diez y ocho siglos antes de esta época , el Cristianismo que venia tras de la filosofia , habia introducido en la sociedad todas las virtudes , y no se vió jamas prodigio igual , ni que pasmase mas al mundo ; porque el paso del mal al bien , aquel esfuerzo con que los pueblos se elevan desde el seno de la disolucion y anarquía universal á la perfeccion del órden , es visiblemente superior á la naturaleza. Asi los paganos al pronto , nada pudieron comprender de la moral cristiana. Contemplaban sorprendidos y casi escandalizados , este desinteres sublime , union perfecta , caridad compasiva , severidad dulce de costumbres , que tan extraordinaria y notablemente contrastaban sus propios vicios. La virtud era para ellos como un misterio horrible. Una inquietud interior les alejaba de los discipulos de Jesucristo , de aquella sociedad tierna , de cuya infancia nos da la Escritura en pocas palabras una idea tan maravillosa : « La multitud de los creyentes no tenia mas que un corazon y una alma : ninguno de ellos llamaba suyo lo que tenia , sino que todo era comun

« entre ellos » . » Pasmado y aturdido el mundo con semejante espectáculo , se sobresaltó ; y en su inquietud la razon , destituida de fe , no podia alcanzar á tan sublime elevacion ; los hombres pues no conociendo mas móvil de las acciones humanas que el interes , se vieron forzados á imputar á los cristianos delitos ocultos para poder explicar sus virtudes públicas. Para refutar estas acusaciones indignas , é indicar á los paganos la fuente y origen de las virtudes que calumniaban , fué en parte para lo que Tertuliano publicó su admirable Apo'logia.

« ¡ O Jueces que presidis en los tribunales , los que visitais las cárceles cada dia para juzgar los reos !... alegamos por testigos los mismos proc sos , el mismo decreto de la condenacion donde se refieren los títulos de los crímenes de los condenados , en que se dice : muera este por matador , aquel por ladron corta bolsas , este por sacrilego ú violador de doncellas....

« *Multitudinis autem credentium erat cor unum , et anima una : nec quisquam eorum , quæ possidebat , aliquid , suum esse dicebat , sed erant illis omnia communia.* Act. IV. 32. »

« mirese pues estos registros y procesos, y véase, si se hallará allí sentencia contra algun cristiano acusado, ú condenado por alguno de estos delitos. ¿Decid si cuando os presentaron algun cristiano preso os lo entregaron con apellidos de adúltero, ó de ladrón, ó si en el examen le habiais hallado delito de los que cometen los delincuentes gentiles, sino solamente el nombre de su profesion que entre vosotros es crimen? De los vuestros las cárceles hierven: vuestros son los que suspiran en las minas: de los vuestros se engordan las bestias: los que hacen trato ú tienen por su grandeza valientes esgrimidores para las fiestas, de las fieras alimentan rebaños de malhechores gentiles. Allí no se halla cristiano alguno, sino porque lo es; que si entró por otro crimen, no entró cristiano, que lo deja de ser bueno cuando comete delitos ».

« Pero diréis: ¿ es posible que entre tantas sectas, solamente en la de los cristianos se halla

¹ TERTULL. *Apolog. adv. Gent.*, cap. XLIV, traduccion del Illmo. Manero.

« la enseñanza verdadera y la inocencia de la vida? ¿Qué maravilla, si esta ilacion es necesaria? La necesidad de esta consecuencia nace de la calidad del legislador y de la observancia de sus profesores. Enseñónos Dios esta ley, y como revelada detan perfecto maestro, perfectamente la deprendimos y perfectamente la guardamos con toda fidelidad, como mandatos que de ninguna manera pueden ser menospreciados por la atencion cuidadosa y penetrante con que nos atiende el Autor de ella. A vosotros os enseñó la ley de la inocencia, el crédito humano, y os obliga á guardarle el terreno señorio; y por esto, ni la enseñanza puede ser llena, ni la transgresion cumplidamente temida. Tanta prudencia tiene un hombre para establecer una ley buena, como tiene autoridad para obligar á que se guarde, y asi tan fácilmente la ley se engaña, como la autoridad se desprecia.

« Sino véase cual ley es mas llena de perfeccion, mas cumplida de inocencia: ¿La que dice no mates, ó la que manda no te enojés? ¿Cuál dispone con mas perfeccion, la que pro-

« hibe el adulterio , ó la que refrena tambien una
 « concupiscencia solitaria de los ojos , la que
 « prohíbe las malas obras , ó la que detiene tam-
 « bien las malas palabras ?... ¿ La que manda
 « no hacer injurias , ó la que no permite vengan-
 « zas ? Aunque tambien queria acordaros , que
 « estas leyes en que parece se enseña esta parte
 « de inocencia no nacieron de vuestra prudencia ;
 « que de la ley divina se copiaron , que fué el
 « ejemplar primero....

« Pero ¿ cuánta autoridad tienen las leyes hu-
 « manas ? Pues las mas veces aun en los delitos
 « manifiestos y probados se escapan los malhe-
 « chores por la intercesion , ó por la fuga ; y al-
 « guna vez se abalanzan al delito , atraidos del
 « deleite , ó del forzoso empeño en consideracion
 « de la brevedad del castigo , pues no pasa de la
 « muerte.... Pero nosotros que vivimos siempre
 « á la vista de aquella divina centinela que des-
 « balija los mas ocultos secretos del pecho , y que
 « antevemos la pena eterna con que castiga , no
 « tenemos otro refugio , sino acudir á la inocen-
 « cia de la vida ; porque ni podemos inventar
 « fuga de la vista de una ciencia tan llena , que

« alcanza el mas oculto y alejado retiro de los
 « pensamientos , ni podemos despreciar el cas-
 « tigo en consideracion que es leve , ó no du-
 « rable ; porque la intension de la pena es suma :
 « la duracion sempiterna ; y asi tememos no al
 « juez que juzga á los que temen á Dios , sino á
 « aquel á quien debiera temer el procónsul . »

Si la filosofia conoce otros motivos mas pode-
 rosos , indíquelos. Sino retírese y deje á la Re-
 ligion reinar pacíficamente en la sociedad , en
 que sola ella establece y mantiene el órden. Diga
 el orgullo lo que quiera , es muy flaca la mano
 del hombre para sostener el cetro del mundo
 moral. Nunca ni por la voz de la razon , ni bajo
 el imperio de las leyes humanas , se vieron nacer
 virtudes semejantes á las que Tertuliano va á
 pintarnos en el siguiente cuadro.

« No administramos ningun bien con excep-
 « cion de personas ; que es hacer por nosotros
 « obrar de manera , que no se pretenda ni pre-
 « mio ni alabanza de los hombres , sino que se

¹ *Apolog. adv. Gentes.* , cap. XLV , traduccion del Illmo. Ma-
 nero.

« espere de Dios tan solamente, que es el cobrador y remunerador de la bondad indiferente....
 « La mala voluntad, las malas obras, las malas palabras, los malos pensamientos, igualmente nos los prohíbe que la ley, respecto de cualquier estado de personas.... »

« Los que deben amar los enemigos ¿á quién pueden aborrecer? Los que no se pueden desagraciar (que sería igualarse con la venganza la injuria) ¿A quién pueden ofender?

« De esta benignidad tan desusada en la naturaleza, á vosotros que como jueces ejecutais nuestras vejaciones, os alego por testigos.
 « ¿Cuántas veces sois con nosotros crueles, parte por recreo de vuestra inclinacion feroz, parte con pretexto del cumplimiento de las leyes? ¿Cuántas veces el vulgo alborotado, sin orden vuestra nos ha invadido por su motivo con piedras y con fuego? ¿Cuántas en las fiestas ó furias bacanales nos acometió el vulgo con tanta ferocidad, que no perdonando ni á los cristianos muertos, impiamente los ultrajan,

¹ *Apolog. ad. Gentes. cap. XXXVI. trad. del Illmo. Manero.*

« y estando ya cadáveres arraigados en la tierra, deshechos con la putrefaccion, los arrancan, los despedazan, los arrastran sacándolos del descanso de la sepultura, del asilo de la muerte? Con tan inhumanos tratamientos, decid, ¿si se descompuso jamas en algun cristiano la paciencia? Decid, ¿si conspiró á la venganza alguno? ¿Decid si condenásteis á nadie, de estos animados á morir, por venganzas intentadas del agravio? Y no se piense que el no desagraciarnos es por falta de armas ó valor; que si nos faltaran fuerzas, no faltaran unas rajuelas de tea para tomar larga venganza en una noche, abrasando la ciudad, cuando fuera lícito al cristiano pagar un agravio con otro. Pero vaya lejos de nosotros tal error que la Religion divina se venga con fuego humano, y que el cristiano resista al tormento que lo prueba....

« Si los cristianos son hombres de hielo para las honras y dignidades, no necesitan de ir al senado, ni á otra junta á pretender tumultuosamente cargos, apadrinados con la violencia de los votos.... no pueden turbar la fiesta de

« los espectáculos; porque igualmente renunciamos estas fiestas, como su origen supersticioso, y las acciones con que se celebran. ¿Qué puede esperar nuestro deseo en las cuádrigas del circo? ¿Qué tienen que oír nuestros oídos en las torpezas del teatro? ¿Qué tienen que ver nuestros ojos en la atrocidad con que las fieras despedazan hombres en la arena? ¿Qué tiene que depender nuestra atención en la vanidad de las acciones del Xisto? * ¿En qué os ofendemos por presumir hay otros deleites más gustosos que vuestros juegos?....

« Nuestra congregación es un cuerpo de miembros unidos con el conocimiento de un Dios, con la unión de una doctrina, y con la consideración de una esperanza. Juntámonos todos en una compañía y congregación, y allí, como con mano armada, juntos en escuadrón cerrado, le ponemos á Dios cerco con nuestras oraciones. Es grata á Dios esta fuerza. Rogamos también á Dios por los emperadores; por

* Xisto ú estadio, segun la observacion del Illmo Manero. (N. D. T.)

† Apolog. adv. Gentes. . cap. XXXVIII.

« sus ministros, por las potestades, por el estado del siglo, por la paz de todos, y por la retardación del juicio final. En esta junta tenemos conferencia de la sagrada Escritura y se dan avisos y advertencias segun el accidente del tiempo, y los negocios, y con consejo se determina. Allí con las voces de la santa Escritura apacentamos la fe, levantamos la esperanza, arraigamos la confianza....

« En esta congregación presiden presbíteros ancianos, que alcanzaron esta honra, no por precio, sino por el testimonio de sus méritos, que aquí el honor no se compra, sino con costumbres. Y si en el arca se pone algún dinero, no es tributo del honor, ni precio con que la dignidad cristiana se compre ó se redima, sino voluntarios donativos de los congregantes, que cada uno da una monedilla cada mes, ó cuando quiere, ó cuando puede, ó de la manera que quiere, que la donación es graciosa. Esta suma es el depósito de la piedad que de allí se saca, no para gastos de banquetes, ni para bebidas desordenadas, ni para voluntarias glotonerías, sino para sustentar y enterrar

« pobres : para alimentar niños y niñas huérfa-
 « nos de padres y de hacienda ; para viejos que
 « no pueden salir de casa : para los que pade-
 « cieron naufragio : para los presos de las cárce-
 « les : para los desterrados á las islas , y para los
 « condenados á las minas por causa de religion
 « tan solamente. Todos estos son ahijados que
 « cria la Religion porque su confesion los sus-
 « tenta.

« Pero tambien esta demostracion de grande
 « amor la notan con murmuracion algunos. *Mi-
 « rad*, dicen , *como se aman entre si* : admiranse,
 « porque ellos recíprocamente se aborrecen. *Mi-
 « rad como cada uno está aparejado á morir gus-
 « tosamente por el otro* : extrañando, porque ellos
 « mas dispuestos están para matarse. Tambien
 « nos calumnian por el nombre de hermanos con
 « que nos tratamos, y no por otra razon, segun
 « creo, sino porque entre ellos todos los nom-
 « bres de parentesco no son demostraciones de
 « amor, sino voces de cumplimientos afectados.
 « Hermanos vuestros somos tambien nosotros
 « por derecho de la naturaleza ; que esta es la
 « comun madre de los hombres, aunque vosotros

« no pareceis hermanos de hombres , siendo
 « hombres sin humanidad. ¿ Cuánto mas digna-
 « mente se llaman y son hermanos aquellos que
 « conocieron á un mismo Dios por padre : que
 « bebieron un mismo espíritu de santidad : que
 « esperan una misma herencia ; que nacieron de
 « un mismo vientre de la ignorancia ciega :
 « que al nacer , con el repentino reflejo, to-
 « paron pavorosamente con la luz de la ver-
 « dad ? Por eso por ventura nos tienen por her-
 « manos menos legítimos , porque de nuestra
 « hermandad no se han compuesto tragedias, ó
 « porque la hacienda que entre vosotros deshace
 « la hermandad, entre nosotros la establece y
 « corrobora : y es asi que los que tenemos las
 « almas, y los corazones unidos, no rehusamos
 « unir y comunicar los bienes.

« Entre nosotros, todos los bienes son comu-
 « nes, sino las mugeres. En esto solo rompemos
 « la compañía, en que solamente la guardan los
 « gentiles, los cuales no solamente usurpan las
 « mugeres ajenas, sino que pacientísimamente
 « brindan con las propias á sus amigos, por el
 « ejemplo, creo de sus sapientísimos antepasa-

« dos Sócrates griego y Catón romano. Estos comunicaron á sus amigos las mugeres con quienes se casaron con deseo de tener hijos en el matrimonio, para que ellos los engendraran en adulterio. Yo no sé, si en esto venian ellas de mala gana. ¿Qué estimacion hacian de la castidad maridos que así baldonaron de ella? ¡O ejemplo de la sabiduría de Atenas! ¡O gravedad de la severidad romana! El filósofo y el censor, instrumentos y terceros en la prostitucion de sus mugeres* »

Tertuliano pintando así las virtudes cristianas tan sublimes, tan humildes, tan puras y tiernas, apela á cada instante al testimonio de los mismos paganos. Les provoca intrépidamente y desafía á que le desmientan, si ha dicho cosa alguna, que no conste y esté públicamente averiguada*. En nuestros mismos días la filosofía no atrevién-

* *Apolog. adv. Gent.*, cap. XXXIX.

* La idea que tenían los paganos, formada de la pureza de las costumbres cristianas, contrasta de un modo notabilísimo con la depravacion de las suyas, como se ve en las actas del martirio de Santa Afra, que fué quemada viva en el año 304, durante la persecucion de Diocleciano en Ausburgo de Retia. El juez llamado Gaio, sabiendo que Afra habia vivido hasta entonces desordena-

dose á poner en duda una verdad de hecho, que atestigua toda la historia, ha procurado servirse

damente, la dijo: « Sacrifica á los Dioses; vale mas vivir, que morir en los tormentos.

« AFRA. — He sido una gran pecadora antes de conocer á Dios, pero no aumentaré los delitos que he tenido la desgracia de cometer, haciendo lo que exigis de mí.

« GAIO. — Vé al templo y sacrifica.

« AFRA. — Jesucristo es mi Dios: siempre le tengo á mi vista. Sin cesar le estoy confesando mis pecados, y porque soy indigna de ofrecerle un sacrificio*, deseo sacrificarme á mí misma por la gloria de su nombre, para que este cuerpo que tantas veces he manchando se purifique en los tormentos.

« GAIO. — Yo sé que eres una prostituta... Vaya, sacrifica, porque de ningun modo, puedes aspirar á la amistad del Dios de los cristianos.

« AFRA. — Nuestro Señor Jesucristo ha dicho que habia bajado del Cielo para salvar los pecadores. El Evangelio refiere, que permitió á una muger mundana como yo, que le regase los pies con sus lágrimas, y que la perdonó sus pecados. Lejos de desechar á los pecadores, hablaban familiarmente con ellos y comia á su mesa.

« GAIO. — Sacrifica, para tener muchos amantes, que te harán rica.

« AFRA. — Yo renuncio para siempre á semejante ganancia. Yo he tirado todo lo que tenia y habia adquirido por ese medio. Nuestros hermanos pobres no han querido aceptarlo, por mas

* Los pecadores mientras duraba la penitencia canonica, no podian asistir á la celebracion de los santos misterios. Oraban á la puerta de la Iglesia por la parte de afuera, durante la misa.

de ella para explicar naturalmente la propagacion rápida del Evangelio. Por no confesar que el establecimiento del Cristianismo ha sido obra de Dios, se ha visto obligada á reconocer y confesar que enseña, produce y practica virtudes divinas.

Por espacio de treinta siglos, testigo el hombre de las miserias inseparables de la condicion humana, ni aun habia pensado en socorrer á sus hermanos afligidos. No se encuentra en la antigüedad ni aun sombra de una institucion á favor

« que les dije que se lo daba para que rogasen por mí á Dios ».

« GAIO. — Jesucristo no te admitirá, ni mirará como cosa suya. Es inútil que le mires como tu Dios; una prostituta, jamás pudo llamarse cristiana. »

« AFRA. — Lo confieso, no merezco tal nombre; pero Jesucristo me ha hecho la gracia de admitirme en el número de los que creen en él, etc. »

Vies des Saints, trad. de l'anglais par Godescard. tom. VII, pág. 121, 122. edic. de Versailles.

« Véase *Gibbon's history of the Decline and Fall of the roman Empire.* »

« La Iglesia segun el rigor de la antigua disciplina no queria recibir, ni aun para alivio y consuelo de los pobres, las ofrendas de los pecadores públicos, ó el dinero adquirido por caminos ilícitos. Véanse *CONSTITUC. APOST. lib. IV, v. VI.* »

de los infelices: ni la filosofía ni el paganismo enjugaron nunca una sola lágrima. Aunque la compasion sea un sentimiento natural, y tal vez por lo mismo que lo es, el raciocinio la aleja y nos separa de ella. Séneca la llama el *vicio de una alma débil*. No te lamentes con los que lloran: es uno de los preceptos de Marco Aurelio, y la doctrina comun de los estóicos. *El sabio*, dice Virgilio, *no se compadece ni se duele de la indignidad ajena. Neque ille, aut doluit miserans inopem, aut invidit habenti.* ¡Cuánto dista este frio egoismo de la caridad cristiana! ¡Qué! ¿tan sensible es el hombre á los dolores de otro, que sea preciso endurecerle contra ellos, empapando su alma en doctrinas bárbaras? Por el contrario, el milagro mayor del Cristianismo es enternecerle á vista de males que no son suyos, ni le tocan: y esto á lo menos no podrá negarse, porque se viene á los ojos de todos, aun cuando no logre mover todos los corazones. Venid, seguid los pasos de la Religion de amor, contad si es posible los beneficios que derrama á manos llenas sobre los hombres, y las obras de misericordia que inspira y que sola ella puede recompensar. En

una peste que arrasó en el tercer siglo parte del Imperio, los paganos abandonando sus amigos y parientes, no pensaron mas que en ponerse á cubierto del contagio con la fuga. Los cristianos tan cruelmente perseguidos entonces, cuidaron de todos los enfermos así fieles como idólatras, y se vengaron de sus enemigos como se vengan los cristianos, inmólandose por ellos. ¡Cuántos ejemplos de esta especie no presenta la historia de la Iglesia! Los discípulos de Jesucristo fatigaban con sus beneficios á sus mismos detractores. « ¿No es vergonzoso para nosotros, » escribia el emperador Juliano á Arsacio, pontífice de Asia, « que los Galileos mantengan además de sus pobres los nuestros? »

El Cristianismo no degenera con la vejez. Están llenos sus anales de los servicios de toda especie que ha hecho á la humanidad en todas las edades. El mismo espíritu de amor que produjo tantos prodigios en los primeros tiempos, los produce iguales todos los dias entre nosotros, ¿Quién no se enternece al acordarse de aquellos religiosos españoles, que corrían las calles de una

ciudad apestada*, tocando una campanilla, para que advertidos de su venida los vecinos, pudiesen reclamar sus socorros generosos? casi todos murieron mártires de este sacrificio heróico.

Pero dejemos los hechos particulares, con que podríamos llenar innumerables volúmenes: no hablemos de los Borromeos, de los Belzunce, ni de aquel Vicente de Paulo, que en tiempos de calamidad alimentaba provincias enteras, cuya caridad inmensa se extendía mas allá de los mares, hasta las playas de Madagascar y los bosques de la nueva Francia, y que parecía haber tomado á su cargo aliviar por sí solo todas las miserias humanas, hombre prodigioso que ha forzado nuestro siglo á creer en la virtud; no consideremos mas que los establecimientos durables, y los beneficios generales y permanentes de la Religión. ¿Quién sino ella edificó estos asilos solitarios de la inocencia y del arrepentimiento, que los pueblos aprenderán de dia en dia á echar de menos, aquellos retiros apacibles de la desgracia, aquellos soberbios palacios para la

* Málaga.

miseria*? En el primer momento que la filosofía dominó, no supo mas que destruirlos. Nada ha perdonado la razón humana de cuanto había creado la fe en favor de la humanidad. ¿Y con cuánta profusión no había multiplicado el Cristianismo estas instituciones tiernas y tan eminentemente sociales? Igualaba su número, casi infinito, al de nuestras miserias. Aquí la hija de Vicente de Paulo visitaba al anciano enfermo, y al tiempo mismo que le hablaba del cielo confortándole, curaba sus llagas asquerosas; ó transformada por la ternura de su caridad en madre, sin dejar de ser virgen, acaloraba en su regazo al niño expósito. Allí la hermana hospitalaria asistía, consolaba al enfermo, y se olvidaba á sí misma para prodigarle día y noche los servicios mas repugnantes y molestos. Mas allá el religioso de San Bernardo estableciendo su morada en medio de las nieves, acortaba su vida para salvar la del viagero perdido en la montaña. En otras partes hubierais visto al hermano

* Hace alusion el autor á los hospicios, casas de misericordia, etc. destruidos en Francia por la Convencion. (N. D. T.)

de la *buena muerte*, junto al lecho del moribundo, empleado en hacerle dulce el último trance, ó al hermano *sepulturero* enterrando sus despojos mortales. Al lado de aquellos valientes caballeros, de aquellos *soldados rezadores*, que casi solos, protegieron por largo tiempo á Europa contra la barbarie musulmana, se descubria al padre de la Merced, rodeado como un triunfador de cautivos que había, no encadenado, sino redimido, exponiéndose á mil peligros y á fatigas increíbles. Sacerdotes, religiosos de todas órdenes, rompiendo con virtud sobrehumana los vínculos mas caros, se iban con grande gozo, á regar con su sangre regiones lejanas y salvages, sin otra esperanza, sin mas deseo, que arrancar de la ignorancia, del crimen ó la infelicidad, hombres que les eran desconocidos. El laborioso benedictino despues de haber fecundado con su sudor nuestras colinas incultas, nuestros arenales estériles, retirado á su celdilla, desmontaba el campo no menos árido de nuestras antiguas leyes é historia. Ni la educacion, ni el púlpito, ni las misiones, ni ninguna obra útil era forastera á un jesuita. Su celo todo lo abrazaba y

para todo alcanzaba. El capuchino humilde recorría incesantemente las campiñas para ayudar á los curas en sus santas funciones, bajaba al fondo de los calabozos, para decir palabras de paz á las víctimas de la justicia humana; y semejante á la esperanza, cuyo ministro era, acompañando hasta su último suspiro al infeliz que iba á morir, participaba de su agonía, reanimaba su valor abatido, y le fortificaba igualmente contra los terrores del suplicio, y contra los del remordimiento. Sus manos compasivas no se desasiaban del desventurado que habian recibido al pie del tribunal inflexible del hombre, hasta haberle puesto ante el tribunal del Dios piadoso.

¿Mas queréis que vuestros ojos contristados por esta escena dolorosa descansen y se detengan en un espectáculo tan dulce como halagüeño? Contemplad al hermano de las escuelas pías enseñando á los niños los elementos de las letras, la doctrina de las ciencias, y la más preciosa de las obligaciones, hablándoles de Dios con unción, y preparándoles á la felicidad, haciéndoles virtuosos. Nunca olvidemos esto, la Religion es la educacion única del pueblo. Sin la Religion nada

sabria, nada especialmente de lo que importa mas á la sociedad que sepa, y á él mismo saber. Ignoraria así sus obligaciones como su destino; vegetaria como un tronco en medio de las academias, universidades y gimnasios en un embrutecimiento feroz, y cien veces peor que el estado salvaje. La Religion le civiliza; alimenta al pobre con la verdad, del mismo modo que le sustenta con el pan; le ilustra, ensancha su inteligencia; y el último de sus parvulitos, mas verdaderamente filósofo que alguno de los presumidos sabios que no conocen otra guía que su razon, confundiria con su Catecismo en la mano esa razon altanera, con la sublimidad de sus lecciones. Muy digno era de una filosofia materialista persuadirse que la educacion del pueblo se perfecciona, substituyendo evoluciones á las instrucciones, y poniéndole entre las manos una piedra muda en lugar de aquel libro, solo capaz de darle tan eminentes é importantes lecciones.

No acabaria, si me empeñase en recordar, aunque fuese sumariamente, los servicios hechos á la sociedad por el clero católico. ¿Qué hermoso pensamiento fué ciertamente el de colocar al lado

de los ministros inexorables de las leyes, á los ministros sagrados de la humanidad y las costumbres, y hacer que la misericordia fuese una funcion pública! Entrad en el seno de las familias, preguntad á sus miembros, y os dirán lo que deben á esta admirable institucion. ¡Cuántas enemistades pacificadas, cuántos esposos, parientes, y conciudadanos reconciliados, víctimas arrancadas al vicio, perjuicios reparados, maldades evitadas, penas consoladas, miserias secretas remediadas! ¿Sabeis lo que es un sacerdote, ó vosotros, á quienes solo este nombre irrita ó hace reir de menosprecio? Pues sabed que un sacerdote es por obligacion el amigo, la Providencia viva de todos los desgraciados, el consolador de los afligidos, el defensor de cualquiera que no tiene defensa, el apoyo de la viuda, el padre del huérfano, el reparador de todos los desórdenes y males que engendran vuestras pasiones y vuestras doctrinas funestas. Su vida toda no es más que un dilatado y heroico sacrificio por la felicidad de sus semejantes. ¿Cuál de vosotros consentiria en trocar todos los gustos domésticos, las satisfacciones, todos

los bienes que los hombres buscan con tanta ansia, por trabajos oscuros, obligaciones penosas, funciones cuyo ejercicio lastima el corazon y molesta los sentidos, para no recoger frecuentemente otro fruto de tantos sacrificios, que el menosprecio, la ingratitud y el insulto? Aun estais vosotros sepultados en un profundo sueño, y ya el hombre, *toda caridad*, anticipándose á la aurora, ha vuelto á dar principio al curso de sus obras benéficas. Ya ha consolado al pobre, visitado al enfermo, enjugado las lágrimas del infortunio ú hecho correr las del arrepentimiento, ha instruido al ignorante, ha fortalecido al flaco, y fortificado la virtud en muchas almas turbadas por el huracan de las pasiones. Despues de un dia, empleado todo en tales beneficios, viene la noche, pero no el descanso. A la hora en que el deleite os llama á los espectáculos y diversiones, corren con mucha prisa á buscar al ministro sagrado: un cristiano está cercano á sus últimos instantes; va á morir, y tal vez de una enfermedad contagiosa; no importa, el buen pastor no permitirá espire su oveja, sin dulcificar sus agonias, sin rodearla de todos los con-

suelos de la esperanza y de la fe, sin orar á su lado al Dios que murió por ella, y que en este mismo instante la da en el sacramento de su amor, una prenda segura de la inmortalidad.

He aquí al sacerdote; vedle aquí; no tal, cual juzgando por algunas excepciones escandalosas, gusta y quiere vuestra aversion figurársele; sino tal, cual real y verdaderamente existe y se ve en medio de nosotros. Sí, la Religión es hoy día lo mismo que fué en su origen. Hay menos cristianos; pero los cristianos no se han mudado. Las virtudes mas puras, virtudes dignas de los primeros siglos honran todavía el Cristianismo. No quiero alegar mas prueba que esas asociaciones piadosas, esos establecimientos útiles que un celo activo é ilustrado forma todos los días á nuestra vista. Cuantos hombres y mugeres de todas condiciones, cuantos jóvenes tambien, recatándose de todos para obrar el bien, conforme al precepto del Evangelio, dedican á buscar la infelicidad y remediarla, todo el tiempo que vosotros perdeis en diversiones frívolas, ó que tal vez empleais en insultar la Religión santa que les inspira este desprendimiento prodigioso. No los

conoceis, ya lo sé: pero se les conoce muy bien en los hospitales, en las prisiones, en los rincones oscuros en que la indigencia que han socorrido les bendice. La *señora de la caridad* no ha olvidado el camino que conduce á la habitation del pobre; y si vosotros no la encontráis jamas, preguntaos á vosotros mismos la razon.

Mejor será que yo la diga, porque conviene mucho que se sepa; es porque vuestros discursos frios y vuestra filantropía apática no se dirigen, ni trabajan mas que para destruir en su último principio todo sentimiento de humanidad. Cuando el Cristianismo empieza á debilitarse en un pueblo, al punto se ve á este embarazado, sin saber que hacerse con la desgracia, conspirar contra todos los que padecen. Se inventan mil pretextos para excusarse de socorrerlos. Dar limosna á un mendigo, es favorecer la vagancia, la ociosidad. ¿Tiene hambre? ¿está desnudo? — Que trabaje. — Pero, señor, es un viejo.... — En toda edad hay algo en que emplearse. — Es un niño. — ¡Ah! cuidado con que no esté ocioso, los hábitos viciosos deben combatirse y desterrarse cuanto antes. — Es una madre car-

gada de una numerosa familia. — Así lo dice, ¿pero será verdad? Antes pues de gratificarla con algun ochavo magníficamente, es necesario informarse; pero no alcanza el tiempo. Este otro desea tener trabajo, lo busca y no lo encuentra: — Eso es, porque no lo busca con gana; bien, pensaremos en ello; y entre tanto no se da nada por no causar mal ejemplo. Regla general: todo el que pide, por el mero hecho se hace sospechoso; escuchar á esta gente es perjudicar al buen orden, hacerles daño á ellos mismos; y fomentar la mendicidad.

Sin recurrir por el pronto al mismo expediente que Galerio, que mandó reunir en barcas, y sumergir todos los mendigos de su imperio, una dulce filosofía logra con corta diferencia el mismo fin, con sus sabios sistemas y benéficas instituciones*. Llama en su auxilio todas las

* No sabemos el estado de los hospicios en Francia, á los que hace alusion el autor, pero sí que los de España gozan quanto es posible de todos los alivios de la caridad en lo moral y fisico: virtud que no es otra cosa mas que lo que la verdadera filosofía llama humanidad, elevada hasta el supremo grado de perfeccion. (N. D. T.)

ciencias fisicas, para arrancar á la naturaleza el secreto de algun alimento tan vil, que la misma avaricia pueda darlo sin pena á los necesitados: y para calcular con precision la medida de fatiga, el grado de necesidad último, mas allá del cual muere el hombre, si no se le socorre: ¡tanto teme el lujo en la conmiseracion y limosna! Feliz todavia, feliz el miserable, si no tuviese que gemir y lamentarse mas que por esta asistencia derisoria: pero no se para aquí. Para evitar á los afortunados del siglo la vista importuna de los miserables, se les destierra de la sociedad, se levantan espesas murallas entre los suspiros del pobre y los oidos del rico, se quita la libertad á los que ya habian perdido todos los demas bienes, se trata como delincuentes á aquellos cuyo único delito es padecer; y todavia habrá quien se atreva á celebrarnos esta inhumanidad horrible como la obra mas perfecta de la administracion. ¡Ay! ya que sois indiferentes, al menos no seais bárbaros tambien: abrid vuestros calabozos filantrópicos: nada temais, los desventurados que encierran no os pedirán, ni aun las migajas de pan que caen de vuestras me-

sas suntuosas; no os pedirán ni aun la vida, porque esto sería pedirlos demasiado: lo único que os piden es, que los dejéis morir dejando caer sus últimas miradas sobre aquellos lugares que los vieron nacer, sobre los campos que cultivaron para vosotros, y que no los alimentaron á ellos: lo que piden solamente es, lo que la naturaleza concede á todas las criaturas y vosotros mismos no negais ni aun á los animales.

Entre tanto, oídlo de boca del gran Maestro: hagais lo que hiciéreis, *habrá siempre pobres entre vosotros.* Habrá siempre pobres para estorbar que el hombre se endurezca; para turbar el reposo funesto de la opulencia, para despertar en el fondo de los corazones la piedad y misericordia; habrá siempre pobres, para que haya siempre virtudes. En fin habrá siempre pobres, seres que padezcan, para representar la raza humana tan doliente en sí misma, tan pobre, que un solo movimiento de orgullo en un hijo de Adán es un prodigio eternamente inexplicable para la razón.

¶ Semper pauperes habetis vobiscum. MATTH., XXVI: 11.

Mas si siempre ha de haber pobres, tambien habrá siempre una Religion que los consuele. He recordado solo una parte de sus beneficios; son tan grandes como conocidos é indisputables. ¿Cómo es posible que una Religion que tanto favorece á la humanidad tenga enemigos entre los hombres? ¿Cómo puede explicarse porque tanto amor no alcanza á desarmar su odio? ¡Ay! lo que excita y promueve este odio es la hermosura, la perfeccion misma de la ley evangelica. Las severas obligaciones que impone aterran las pasiones; y se niega, no se quiere conocer el bien que hace por no practicar el que manda.

No hay sofisma alguno mas usado y comun, que el que quiere hacer responsable al Cristianismo de los delitos que se cometen en los pueblos cristianos. Ha habido guerras con pretexto de Religion; luego la Religion manda derramar sangre. Hay latrocinios, asesinatos, luego la Religion no reprime unos ni otros. Hay malos sacerdotes; luego la Religion no es mas que una capa con que el clero cubre sus desórdenes. Pero decidme, ¿pensais que la moral es una quimera, un origen y manantial de calamidades? Si así lo

creéis, ya entiendo porque acusáis la Religión. Mas si no lo pensáis, responded vosotros mismos á vuestra objecion; de otro modo, si así no lo haceis, yo la haré valer con mucha mayor fuerza contra la moral.

Seguramente es probar una escasez muy rara y extremada de talento, repetir con ingenuidad declamaciones olvidadas de puro viejas y que hacian reir de lástima á Montesquieu. Véamos con cuanto desden confunde y oprime al sofista Bayle. « Decir que la Religión no es un motivo que reprime y contene el mal, porque no lo reprime siempre, es decir que tampoco las leyes civiles son un motivo que reprime. Es discurrir muy mal contra la Religión, reunir en una grande obra una larga enumeracion de los males que ha producido, sin hacer otro tanto con los bienes que ha hecho. Si yo quisiera contar todos los males que han producido las leyes civiles en el mundo, como tambien la monarquía y el gobierno republicano, diria cosas horribles ».

Espritu de las Leyes, lib. XXIV, cap. XI.

¿ De qué no abusan los hombres? Abusan de los alimentos destinados á sustentarlos, de las fuerzas que se les dieron para obrar y conservarse; abusan de la palabra, del pensamiento, de las ciencias, de la libertad y de la vida; abusan del mismo Dios. ¿ Hemos por esto de decir que estas cosas son perniciosas? ¿ Será preciso decir que no hay bueno mas que la nada?

Las guerras, muertes y maldades todas, á que sirvió de pretexto el Cristianismo, tan lejos están de poder atribuirsele, que, para quitar todo el efecto, hubiera sido suficiente dar un poco mas de energía á lo que se asigna por causa. Con algunos grados mas de fe, hubiera triunfado la virtud con la Religión.

¿ Qué viene á ser un ladrón, un asesino, un avaro, un sacerdote desapiadado ú de perversas costumbres? Es un hombre sin fe, ó de una fe débil y flaca, pues que esta cede á la pasión que debiera domar; es un rebelde á quien la Religión condena á muerte, si él no se condena á sí mismo por el arrepentimiento; es un incrédulo ú dogmático ú práctico, un ateo consecuente, ó el cristiano mas inconsecuente. No se comete

pues en el mundo, ni un solo delito, del que no tengamos derecho para pedir cuenta á la incredulidad. Ella sola es la que todos los produce, hasta aquellos que con tanta arrogancia echa en cara al Cristianismo: ella es la que dió el ser á la Saint-Barthelemy*, y movió el puñal de Ravailac**.

En el punto pues que ponemos á parte las preocupaciones y sofismas, no queda en propiedad á la Religion, ni la pertenecen más que sus beneficios. Ella sola ordena la sociedad, dando la razon del gobierno y de las obligaciones, perfeccionando las leyes, purificando las costumbres, uniendo todos los miembros del cuerpo social con vínculos de amor. ¿Habrà quién niegue la importancia de una institución tan benéfica y necesaria? Y si esta se conoce y confiesa; ¿con qué motivos se podrá justificar la indiferencia

* En la noche del 24 de agosto (S. Bartolomé) de 1572. Catalina de Medici hizo por sus instigaciones que su hijo Carlos IX, entonces rey de Francia, mandase degollar los protestantes en todo su reino. Peciéron como treinta mil de estos infelices. (Nota del Editor.)

** Asesino de Enrique IV. rey de Francia. (Ibid.)

apática, en que muchos afectan mantenerse con respecto á una doctrina, de la cual dependen la felicidad del hombre y la de los pueblos... añadomas, y la gloria exterior de Dios. ¿Por qué suponiendo la existencia de una Religion verdadera, esta, que es el único medio de sociedad entre Dios y el hombre, es tambien, como lo haremos ver en el capítulo siguiente, el medio que ha escogido Dios para manifestar sus perfecciones y gloria exteriormente, y para establecer el orden en la sociedad de los seres inteligentes, cuyo monarca es. Violar pues este orden es uno de los mayores delitos que puede cometer un ser inteligente; y exponerse á violarlo, por no querer saber con certeza y asegurarse si existe, es tan espantosa locura que yo no encuentro términos para designar y calificar á la criatura que fuere capaz de ella.

Ahora pueblos, oidme y atended á mis voces: desde el abismo de desgracias en que os ha precipitado vuestra confianza crédula en una falsa sabiduría, madre del desorden y la muerte, escuchad la Religion que os clama: venid á mí, ó vosotros todos los que os fatigais trabajando in-

fructuosamente para renacer, vosotros que succumbis bajo el peso de las instituciones humanas y de las doctrinas de la nada; naciones moribundas, venid á mí; abandonad esos médicos falsos y engañadores que os prometen la fuerza, y no saben mas que agotar la poca que os queda en convulsiones dolorosas. Venid, apresuraos, mirad que el tiempo insta: cada día la vida se debilita y amortigua en vosotros, gana la corrupcion y se adelanta, la disolucion está para consumarse; muy pronto ya no seréis mas que un cadáver infecto, venid á mí, y yo os reanimaré: *Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos* ¹.

¹ MATTH., XI. 28.

CAPITULO V.

LO QUE IMPORTA LA RELIGION CON RESPECTO A DIOS.

Supuesto que existe una Religion verdadera, quiero hacer ver cuan injuriosos son á Dios, y delincuentes en el hombre la violacion de sus preceptos, y el menosprecio de sus dogmas.

Arranquémonos y huyamos del imperio de los

fructuosamente para renacer, vosotros que succumbis bajo el peso de las instituciones humanas y de las doctrinas de la nada; naciones moribundas, venid á mí; abandonad esos médicos falsos y engañadores que os prometen la fuerza, y no saben mas que agotar la poca que os queda en convulsiones dolorosas. Venid, apresuraos, mirad que el tiempo insta: cada día la vida se debilita y amortigua en vosotros, gana la corrupcion y se adelanta, la disolucion está para consumarse; muy pronto ya no seréis mas que un cadáver infecto, venid á mí, y yo os reanimaré: *Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos* ¹.

¹ MATTH., XI. 28.

CAPITULO V.

LO QUE IMPORTA LA RELIGION CON RESPECTO A DIOS.

Supuesto que existe una Religion verdadera, quiero hacer ver cuan injuriosos son á Dios, y delincuentes en el hombre la violacion de sus preceptos, y el menosprecio de sus dogmas.

Arranquémonos y huyamos del imperio de los

sentidos, cerremos los ojos, y apartemos un instante nuestra alma de las impresiones de los objetos exteriores, los cuales llenándola de vanos fantasmas, la apartan de la contemplacion de las realidades intelectuales y la hacen olvidar hasta su propia naturaleza, extraviándola y perdiéndola en el mundo corpóreo, que es la pátria pasajera y fugitiva de las ilusiones que nos engañan sobre nuestro ser verdadero, obligaciones y destino. Comprendamos que los órganos no son el hombre, que la creacion material no es mas que la sombra de una creacion mas noble, que las sociedades de la tierra solo son una imágen débil, una dependencia relativa á nuestro estado presente, de la gran sociedad de todas las inteligencias, cuyo monarca es Dios; sociedad perfecta y eterna, á la cual el hombre debe pertenecer, y pertenece en parte desde aqui bajo, pero en la cual, no se le señalará fija é irrevocablemente su asiento, que en calidad de *ser libre* ha de escoger por sí mismo, hasta tanto que, despojado ya de la librea mortal, habrá dejado de pertenecer á esta sociedad mixta, donde exige el orden sea probado pasageramente. Compren-

damos que esta última sociedad tampoco consiste en la reunion de los cuerpos, y combinacion de intereses materiales; que ella no es sociedad verdadera, sino cuando sus miembros, unidos por leyes relativas á su naturaleza inteligente, obedecen al poder supremo que rige y gobierna todos los seres inteligentes, pues que no existe verdadera sociedad mas que entre las inteligencias; y esta es una de las razones porque la sociedad humana se disuelve, cuando el hombre, materializándose, no pone en la sociedad mas que su cuerpo, su accion y sus necesidades fisicas. Comprendamos finalmente, que si el Criador ha establecido un orden lleno de sabiduría y magestad en la coleccion de los seres materiales, si los ha sometido á leyes propias de su naturaleza y de las cuales pende su conservacion, es un absurdo pensar que no existe un orden determinado por Dios en la sociedad de las inteligencias, abandonadas sin reglas ni leyes á los destinos que se formarian ellas mismas. Esto repugna á la sola y simple luz de la razon. Todo cuanto es y existe está ordenado. La existencia simultánea de muchos seres semejantes encierra en su nocion

la de ciertas relaciones naturales entre estos seres, y por consiguiente la idea de orden; y de aquí nace que destruyendo el orden natural entre los seres, se destruyen los seres mismos.

Para que se conciba mejor todavía la importancia del orden en la sociedad de las inteligencias, y el delito que se comete violándole, es preciso saber que, desde la eternidad, el Ser soberanamente perfecto, amándose á sí con un amor infinito, gozaba en su inmenso reposo de una felicidad ilimitada; y que cuando resolvió crear, no debiendo nada á nadie fuera de sí, pues que nadie existía sino él, no pudo proponerse mas que un fin relativo á sí mismo, es decir, su gloria ó la manifestacion de sus perfecciones infinitas.

Mas, manifestar sus perfecciones, era manifestar su ser, producir fuera de sí, á lo exterior una imágen viva; y el hombre en efecto, fué creado á la imágen y semejanza de Dios. Participando, aunque en un grado finito y limitado, de todo su ser, fué, y tuvo como Dios poder, inteligencia y amor: pudo conocer la verdad,

amar el bien, y realizarlo en el exterior por sus actos.

Y para que esta semejanza con el Ser soberano fuese mas perfecta, quiso Dios que el hombre, concurriendo libremente á sus designios, se hiciese en cierto modo por su propia voluntad, su imágen, arreglando el uso de las facultades con que le habia enriquecido, conforme á las relaciones inmutables ó leyes eternas, que ponen, si me es lícito decirlo así, que ponen orden en Dios mismo.

Le reveló pues cuanto era necesario que conociese de sus leyes; y la Religion, vínculo de union entre Dios y el hombre, como su nombre mismo lo indica, no es otra cosa que esta legislacion sublime é inmortal.

Cualquiera pues que la quebranta degrada al mismo Ser eterno, al menos cuanto está á su alcance, le priva de una parte de su gloria, introduce el desorden en la sociedad de las inteligencias, se rebela contra la autoridad y poder que la gobierna: crimen tan grande, que solo Dios podria no juzgarlo inexpiable.

Mas indispensablemente es necesario que este

crimen ó sea expiado, ó sea castigado; porque así es como, á pesar de la culpable oposicion del hombre, los designios de Dios se cumplen y se restablece el órden. « La pena rectifica el desórden: que se peque es un desórden, mas ser castigado cuando se peca, es la regla. Volveis pues por la pena al órden de que os habeis separado por la falta cometida. Mas pecar impunemente, es lo sumo del desórden: esto sería el desórden, no del hombre que peca, sino de Dios que no castiga. Este desórden nunca se verificará, porque Dios no puede estar desareglado en nada, siendo él mismo la regla. Como esta regla es perfecta, recta perfectamente, y en ningun sentido ni modo torcida, todo lo que no está arreglado y conforme á ella, está quebrado y separado de ella, y sentirá el esfuerzo de la invencible é invariable rectitud de la regla. »

Antes pues de alejar de sí desdeñosamente la Religion, aprenda el hombre y procure cono-

¹ BOSSUET. *Méditations sur l'Évangile*, tom. I, pág. 51. edic. en-12.

cerla. El despreciar es fácil, es un deleite que la ignorancia proporciona á poca costa al orgullo: pero importaria mucho, extendiendo la vista algo mas lejos, mirar las consecuencias de este desprecio, y pensar lo que se ha de responder al supremo Legislador, cuando nos pedirá cuenta. No basta reirse, ni está con esto hecho todo: tambien Dios se reirá, dice la Escritura, *irridebit et subsannabit eos*¹. Pero en aquel dia formidable que será el dia de su justicia, la criatura rebelde, contemplando clara y manifestamente el órden que ha violado y herido, y admirándole desesperada, le conocerá de tal modo conforme á su naturaleza, que será para ella menor tormento concurrir y contribuir á él por su suplicio, que turbarle, si posible fuese, por el goce injusto de la felicidad que mereció perder.

¿De qué sirve engañarse? ¿Qué ventaja resulta? ¿Qué vale este corto adormecimiento que se logra solo á fuerza de sofismas que embriagan é infatúan sin convencer, comparado con aquella vigilia terrible que le ha de suceder y á la cual

¹ *Psalm.*, II, 4.

nada ha de seguir eternamente? Sin embargo habrá quien se tranquilice con unos motivos tan frívolos, que me avergüenzo de referirlos. Una criatura soberbia envileciéndose por orgullo, buscará la independencia en el fondo de la baja-za, y lisonjeándose á fuerza de vileza, de escapar de la vista del soberano Ser, intentará atravesar clandestinamente el mundo moral, como esos oscuros vagabundos que la policia no conoce ó desprecia. Hasta en la humildad hipócrita de su lenguaje, se reconoce el espíritu de rebelion y la aversion á la regla. Dice: « Qué es el hombre con respecto á Dios? ¿Cómo ha de poder la criatura ofender al Criador, siendo tan infinita la distancia que los separa? ¿Qué importan al Eterno los homenages estériles, ó los locos insultos de un ser que dura un dia? ¿Qué sus pesamientos, sentimientos y acciones? Débiles mortales, dejad de atribuir al Altísimo vuestras ideas mezquinas. Dios, no lo dudeis, es muy grande para bajarse hasta el hombre, y el hombre muy pequeño para elevarse hasta Dios. »

¡O inteligencia degradada! ¿es esta toda tu excusa? ¿es este el fundamento de tu seguridad

estúpida en el olvido de tus obligaciones? ¡El Ser que te ha criado es muy grande para haberte criado para si! Es muy perfecto para que se ocupe en la perfeccion de su obra! ¡Dios es muy superior á ti, para irritarse de que tu te prefieras á él, y de que tu voluntad se oponga á su voluntad soberana! ¡Dios es muy sabio para haber establecido ningun orden entre sus criaturas inteligentes, para haberlas prescripto leyes, para exigir que ellas las observen! Al darte el ser te ha dicho: Yo te erio para que me adores, ó para que me ultrajes, como mejor te parezca; para que me ames ó para que me aborrezcas, segun se te antojare; la verdad, el error, el bien, el mal, todo en tí me es indiferente: tu existencia aislada con nada tiene conexion en mis consejos; ¡produccion vil de mis manos, tu no mereces fije en tí mis miradas: ¡quitate de mi vista, sal de mi pensamiento, y el tuyo sea tu ley, tu regla y tu Dios!

Qué cosa tan extraña es desentenderse de toda obligacion para con el Criador, por las mismas razones que prueban mejor, lo uno la importancia de estas obligaciones, y lo otro cuan delincuente se hace el hombre quebrantándolas. Os

negais á adorar á Dios, ¿y por qué? porque es muy grande, muy perfecto, es decir, muy digno de que se le adore. Rehusais obedecer á Dios, ¿y por qué? porque es muy poderoso, muy sabio, es decir, porque tiene muchos derechos á la obediencia. No quereis amar á Dios, ¿y por qué? porque es muy justo, muy santo, muy bueno, quiere decir, muy amable. No; yo no me espanto ya de que teniendo preparadas respuestas tan perentorias, esperéis tranquilamente el juicio formidable que decidirá de vuestra suerte eterna.

Buena prueba es de la degradacion original del hombre, que estas extravagancias hallen lugar en su espíritu. Pero aun cuando fuesen otras tantas verdades incontestables, es preciso hacerle ver, que todavía no puede deducir algun motivo sólido, para tranquilizarse en el estado de independencia absoluta en que procura colocarse. Porque la Religion nos enseña, que entre Dios y el hombre hay un Mediador, que reuniendo en sí la naturaleza divina y humana, llena el espacio inmenso que nos separa del Ser primero y da á nuestros homenajes unidos con los suyos,

á nuestras obras unidas con las suyas, un valor infinito. Desde luego se desvanecen como sombra todos los pretextos fundados sobre la nada del hombre para dispensarse de tributar á Dios el culto que exige de nosotros. Nuestra natural flaqueza, que parecia desterrarnos para siempre lejos del Ser infinito, sirve tambien para hacernos comprender la enormidad del crimen que cometemos, violando las leyes de una sociedad que ha establecido Dios por caminos tan maravillosos.

Nosotros sabemos, y basta la sola analogía para hacernos juzgar que hay puras inteligencias mas perfectas que el hombre, y miembros, como él, de esta sociedad excelsa cuyo vinculo es el Mediador. Pero no nos es permitido conocer plenamente la vasta gerarquía de los seres espirituales, ni el conjunto de las leyes que los gobiernan. Hay entre ellas algunas únicamente relativas á un estado muy diferente del nuestro, para que Dios haya querido descubrirnoslas. Nos ha repartido la medida precisa y exacta de luces, de que necesitamos en nuestra condicion presente; pero nada mas. Concediendo al hombre todo lo que es necesario para llegar á su fin, le niega

todo lo que solo serviría para satisfacer su vana curiosidad. Porque además de que la fe, para ser meritoria, debe estar mezclada con tinieblas, y parecerse según la expresión del apóstol, á *una lámpara que alumbra en un lugar obscuro*, hay un orden de conocimientos de que no es capaz nuestra naturaleza aquí abajo, y en los mismos conocimientos á que podemos alcanzar, hay cierto grado de claridad que, lejos de sernos útil, vendría á sernos peligrosísimo, y desconcertaría completamente la economía de los designios de Dios con respecto á nosotros. Nuestra libertad y nuestra misma existencia dependen de esta mezcla de luces y obscuridad. Si concibiésemos toda la grandeza del alma humana, sin descubrir al mismo tiempo las perfecciones infinitamente más excelsas del soberano Ser, arrebatados sin poderlo resistir de una admiración desordenada de nosotros mismos, caeríamos al instante por el orgullo, como el ángel rebelde. Y si Dios, descorriendo repentinamente el velo, nos permitiese contemplar una débil parte de su gloria, transpor-

• B. PETRI. Epist. II, 1, 19.

tada el alma, rompería y quebraría sus órganos, cuya flaqueza no podría resistir la impetuosidad de sentimientos que esta vista excitaria en ella.

Se ve pues que las leyes generales de la Religión se modifican según la naturaleza de los diferentes seres que ella une, y conforme á los diversos estados en que estos seres pueden encontrarse. Así el hombre, que es un ser mixto tiene obligaciones relativas á su doble naturaleza y á su presente condición; y como él no se conserva, ni sus potencias se desenvuelven sino en el estado de sociedad, Dios tuvo cuidado de establecer una sociedad depositaria de las leyes destinadas á arreglar el uso de estas potencias, ó á poner en orden al hombre todo, tanto por lo que toca á sus pensamientos, como á sus afectos y acciones: sociedad espiritual y visible al mismo tiempo, porque el hombre es espíritu y cuerpo; sociedad una, porque la Religión es una; sociedad universal, porque la Religión es universal; sociedad perpetua, porque la Religión es perpetua; sociedad santa ó perfecta, porque está gobernada por leyes perfectas, bajo la autoridad de un Monarca perfecto.

Cualquiera que se separa de esta sociedad fundada por el Mediador y gobernada por él, no teniendo derecho alguno al beneficio de la mediación, pierde y está privado de todo derecho de comunicar con Dios. Le usurpa la gloria que queria sacar de los homenajes de su criatura, divinizados por su union con los del Mediador, y se presume y declara muy grande para necesitar de la mediación del Hombre-Dios para unirse al Ser infinito. Se hace Dios él mismo; oponiendo su razon á la razon divina, que ha juzgado necesaria la encarnacion para establecer esta asombrosa sociedad del hombre y de su Autor. Desecha y desprecia la señal mas brillante de amor que ha podido darle el Todopoderoso. Desdeña sus beneficios, se rebela contra sus voluntades, turba la armonía de la creacion y obliga al Eterno, principio inmutable de todo bien, á ver el mal en el mismo lugar en que habia querido realzar una imagen de sus perfecciones. Aquellos que suponen á Dios insensible á tal ultraje, se han formado una idea de él muy extraña ciertamente. Cuanto mas perfecto es, tanto mas su naturaleza se opone á la indiferencia. Odia so-

beranamente el desorden; lo-aborrece tanto como el hombre su destruccion; con la diferencia de que este aborrecimiento en el hombre es un sentimiento ciego y limitado, mientras que el odio del desorden, mandado en Dios y dirigido por su infinita sabiduria, es tan infinito como ella.

Ahora bien, abrazando la Religion todas las leyes á las cuales debe el hombre obedecer, abandonarla, es abandonar de una vez todas las obligaciones; es romper á un tiempo todos los vinculos de la sociedad de las inteligencias, es constituirse en el estado mas completo y horroso de desorden en qué puede ponerse una criatura libre. *El cielo y la tierra pasarán*, antes que un delito tan enorme pueda quedar impune; porque el trastorno de la naturaleza fisica, y la aniquilacion misma del universo, serian un mal infinitamente menor que la violacion de una sola regla de la justicia.

La poca importancia y valor que se aparenta dar á la Religion, proviene de que no se la conoce; y la mayor desgracia es que se cree conocerla, porque se ha oido hablar mucho, por haber hablado mucho cada uno de por sí, sin

tener de ella otra idea que la que se formó por casualidad, bajo el influjo de mil preocupaciones, y de otros tantos intereses opuestos á la verdad como hay de pasiones. Si se comprendiese solamente que la Religión es en el mundo moral el único medio para establecer y conservar el orden, se podría sin duda aborrecerla, como se puede aborrecer á Dios; pero no se despreciaría. No sería menos grave y enorme el delito de aquellos que la quebrantan, pero sería menos insensato y estúpido. Escogerían como el ángel soberbio entre el bien y el mal, con conocimiento. No se extendería la perversión de la voluntad hasta la razón. Espantarían y horrozarían con su audacia desesperada, pero no excitarían esta lástima humillante, que inspira su desden imbecil é insensato.

Sepan pues que Dios, creando al hombre á su imagen, quiere decir, capaz de conocerle, amarle, y de obrar libremente, no habiéndose propuesto otro designio que manifestar sus perfecciones, ha querido que las leyes inmutables de su sabiduría fuesen la regla de estas potencias, ó, ha querido establecer en el hombre, ser

semejante á él, el mismo orden que en sí mismo.

La Religión llena con excelencia este importante fin; y lo primero que hace es poner orden en los pensamientos del hombre, arreglandolos por la ley eterna de la verdad. Ella le enseña á conocerse, á conocer al Mediador que le une á Dios, y á Dios mismo; de manera que posee implícitamente todas las verdades, pues que posee á Dios que es el principio de ellas. No quiere decir esto, que abrazando en un todo al soberano Ser, se pueda formar una noción exenta y libre de obscuridades. Solo á Dios pertenece el conocerse así. Viéndose tal, cual es en sí, y según todo lo que es, por un solo acto de su poderosa inteligencia, no es para sí mismo mas que un gran pensamiento; y confundiéndose, en algún modo, todas sus perfecciones en la idea inmensa del ser, que es la mas positiva de todas las ideas, el mismo tampoco puede definirse sino por esta sublime afirmación: *Yo soy el que soy.*

Mas por lo mismo que la inteligencia humana es limitada, nada percibe con esta perfecta claridad. Lo que ella ignora obscurece mas ó menos lo que conoce; porque teniendo cada parte

relaciones necesarias con el todo, es preciso conocer el todo para conocer perfectamente la menor de sus partes. De aquí nace que la razón nada comprende plenamente. Una luz débil y vacilante señala apenas ó hace ver algunos contornos, algunos ligeros rasgos de los objetos que considera. En el punto que quiere penetrar la naturaleza íntima, se oponen á sus miradas espesas sombras, y la impelen hácia aquella ignorancia de que pretendía salir. He aquí su condición tan triste como irremediable, cuando se ve reducida á buscar lo verdadero con sus solas fuerzas. Incapaz de afirmar y de negar, vacilando perpétuamente á gusto de las probabilidades contrarias en el vasto mar de la duda, no será esta ciertamente la que afirmará el pensamiento del hombre, hasta hacerle tan inmóvil é inalterable como el pensamiento de Dios: y sin embargo esto es indispensable, para que nuestra inteligencia sea verdaderamente la imágen de la inteligencia divina, tan infinita en extension como en certeza. ¿Quién acudirá pues al socorro de esta inteligencia débil? ¿Qué mano poderosa la levantará á tal altura? ¿Quién pondrá ¿ó

hombre! en tus labios trémulos aquella palabra que debes pronunciar con igual firmeza y seguridad que Dios mismo: *El es el que es?* Será la Religión: ¿y cómo? No penseis que ella vaya locamente á cargar la razón con el peso de la verdad infinita que no podría soportar. No; pero suplirá con la fe la flaqueza de inteligencia. Después de haber probado su autoridad divina, mandará al hombre que crea lo que no puede todavía comprender, y pondrá el mismo orden que existe en las ideas de Dios, en sus creencias, que han de ser infinitas en su objeto, y de certeza infinita, pues que se apoyan en un testimonio divino: y como unas mismas verdades son conocidas de todas las inteligencias por una misma fe, hay sociedad entre ellas, y el gran Ser que las ha criado para sí.

El vínculo esencial de esta sociedad es el Mediador, por quien únicamente conocemos á Dios: *Nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo, quisiere revelarsele*. Nosotros no po-

¹ *Nemo novit Patrem, nisi Filius, et cui voluerit Filius revelare.* MATTH. XI, 27.

driamos encontrar en nosotros mismos esta idea sublime que encierra el infinito. ¿Qué digo yo? No encontramos en nosotros mismos ni una sola verdad; todas nos vienen de fuera; la razón no es otra cosa que la capacidad de recibirlas, reconocerlas y combinarlas; y á causa de nuestra doble naturaleza, es preciso, para que nos sean perceptibles, que ellas se revistan de una forma sensible, que se encarnen, por decirlo así. La palabra viene á ser como el cuerpo, que nos hace visibles las ideas; se borran de nuestro espíritu cuando se borra su expresion. No debemos pues sorprendernos de no conocer á Dios mismo sino por su *Palabra* ó su *Verbo*; ni de que esta *Palabra* inmaterial, queriendo comunicársenos, sin alterar nuestra naturaleza, se haya revestido de ella: *Y el Verbo se ha hecho carne y ha habitado entre nosotros*; porque en el orden establecido, era necesario que fuese cuerpo para hablar á nuestro entendimiento. La sabiduría eterna sin dejar de ser lo que era, se ha puesto en relacion

¹ *Et verbum caro factum est, et habitavit in nobis. JOAN., 1, 14.*

con el hombre, siendo tambien lo que él es; y la union de la Divinidad con la humanidad en la persona del Verbo, representa rigurosamente la union que ha venido á establecer entre Dios y el humano linage. *Yo he venido*, dice el mismo Hombre-Dios, *á traer al mundo la verdad*, ó segun la expresion notable del Evangelio, *para darla testimonio*, es decir, no para hacerla comprender al hombre perfectamente, lo que es imposible, sino para declararle cual es ella, y lo que es: *El que ama la verdad me oye*¹. De este modo, ocupando la certeza del testimonio el lugar de la certeza de evidencia, ha podido el hombre, sin mudar de naturaleza, poseer plenamente la verdad infinita; *ha podido hacerse hijo de Dios*, ó entrar en sociedad con él, porque la familia es la imágen y elemento de toda sociedad: y todo esto libremente, porque aun cuando el espíritu no sea libre para rehusar su asenso á la evidencia, la voluntad lo es siempre para *escuchar* ó no un *testimonio*, para admitirle ó desecharle; y así

¹ *Ego in hoc natus sum, et ad hoc veni in mundum, ut testimonium perhibeam veritati: omnis qui est ex veritate, audit vocem meam. JOAN., XVIII, 37.*

es tambien como el hombre creyendo, sin ser forzado á ello, por una evidencia intrinseca é invencible, rinde voluntariamente á Dios un homenaje digno de él; la verdadera adoracion en espíritu y verdad, que consiste en reconocer la dependencia infinita en que está nuestra razon de la divina, con una sumision perfecta á su palabra.

No bastaba sin embargo haber promulgado la verdad, era tambien necesario proveer á su conservacion, porque su reino debe ser eterno; era preciso preservarla de todo vicio ó mezcla de error, y hacerla accesible y de fácil conocimiento á todos los hombres por un camino análogo á su naturaleza. Jesucristo, ó el Mediador llenó maravillosamente este grande objeto; y en el medio que escogió se admira al mismo tiempo, lo uno, el profundo conocimiento del hombre que solo puede pertenecer á un ser sobrehumano, y lo otro, aquel hermoso carácter de unidad, particularmente propio de las obras de Dios. Y en efecto; ¿qué hace? ¿Escribe su doctrina en un libro? ¿Se empeña en fortalacerla con tales y tantas pruebas de razon, que el espíritu humano se vea en la imposibilidad de rehusarla su adhe-

sion y consentimiento? He aquí, sin duda, lo que un filósofo hubiera tratado de hacer. ¿Pero quién no ve, que, atendida la flaqueza de nuestro espíritu, esto hubiera sido abrir un campo mas vasto á las dificultades, y que, dirigiéndose así á la razon del hombre, y autorizándole desde luego para no admitir sino lo que concibiese plenamente, se habria levantado una barrera invencible entre él y el Ser incomprendible? Jesucristo, desdeñando todos los apoyos vanos de las opiniones humanas, desciende hasta el fondo de nuestra naturaleza, para cimentar en él, el fundamento de la perpetuidad de la Religion. Conserva la verdad en el pensamiento del hombre, como el pensamiento mismo se conserva por la palabra transmitida; y para asegurar su transmision, une con vínculos exteriores é indisolubles á aquellos que ha unido interiormente por la misma fe; les constituye en sociedad, bajo un gobierno cuya cabeza es él mismo, en una palabra, funda su Iglesia. Enviado por su Padre, envia él tambien á su tiempo pastores, que reviste de su autoridad: *Id y enseñad á todas las naciones; y sabed que yo estaré con vosotros to-*

dos los dias hasta la consumacion de los siglos. Y asi como él decia de si mismo: *El que me ha enviado es veraz, y yo digo al mundo lo que oí*²; asi tambien dirán estos pastores: *El que nos ha enviado es veraz; y nosotros decimos al mundo lo que le hemos oido á él.* Como simples testigos deponen de lo que han oido á su maestro, y su testimonio no es otro que el de Jesucristo, que les ha prometido *estar con ellos todos los dias, sin alguna interrupcion*; del mismo modo que, el testimonio de Jesucristo es el de Dios que le ha enviado y dice de él: *Este es mi hijo muy amado: oídle*³. y por esto añade Jesucristo: *Quien á vosotros oye, á mí me oye; y quien á vosotros desprecia, á mí me desprecia; y quien á mí me desprecia, desprecia á aquel que me envió*⁴. Para

¹ *Euntes docete omnes gentes.... et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus, usque ad consummationem sæculi.* MATTH. XXVIII, 19, 20.

² *Qui me misit, verax est: et ego quæ audivi ab eo, hæc loquor in mundo.* JOAN. VIII, 26.

³ *Hic est filius meus carissimus: audite illum.* MARC. IX, 6.

⁴ *Qui vos audit, me audit: et qui vos spernit, me spernit. Qui autem vos spernit, spernit eum qui misit me.* LUC. X, 16.

entrar en sociedad con Dios, ó segun la expresion del Evangelio, *para hacerse Hijo suyo*, es pues indispensable recibir la verdad de la Iglesia, que la enseña, tal cual la ha recibido de Jesucristo, como Jesucristo la recibió de su Padre: recibirla con confianza, *fide*, porque este es para nosotros aqui bajo el único medio de poseerla; y la mas ligera duda seria una injuria á la autoridad infinita que la atestigua. Salid de aqui, haced que la razon intervenga para juzgar si ha de admitir ó desechar los dogmas que Dios nos ha revelado, al punto el inmenso y magnifico edificio de la Religion transportado fuera de su propio cimiento, y estribando en esta frágil base, se hunde á plomo y oprime y destruye con sus ruinas la razon presuntuosa, que se habia creído capaz de sostenerle.

Siéndonos forzoso oír á la Iglesia, y apoyándose el orden de la sociedad espiritual sobre su testimonio, el de Jesucristo, y el de Dios, hay tres grados correspondientes de desorden, ó tres grandes delitos contra la verdad: porque se la puede atacar negándola, ya sea en el testimonio de la Iglesia, ya sea el de Jesucristo, ya

sea el del mismo Dios; negaciones que constituyen los tres sistemas generales de error, expuestos y combatidos en el principio de esta obra.

El primero, que es la heregia, consiste, segun la fuerza de la misma palabra, en *elegir ó escoger* entre las verdades reveladas, aquellas que mejor contentan la razon, desechando las otras ó como inútiles, ó como dudosas, ó como errores ciertos. Pero desde luego que se rehusa escuchar la Iglesia sobre un punto, ya no hay motivos para escucharla en ninguno. Su autoridad es indivisible como su testimonio, el que le recusa en parte le recusa en un todo. Créase lo que se crea, nada importa; la fe está desde entonces apagada; porque en lugar de someter su juicio á la ley de la verdad, se somete la verdad á su propio juicio. Por esto se trastorna todas las relaciones de la sociedad espiritual, se convierte la razon que debe obedecer, en autoridad que debe mandar; se trabaja por substituir la certidumbre de la evidencia á la certidumbre del testimonio; y transformando así la Religion en pura opinion, se destruye el fundamento mismo de las verdades que se pretende conservar; lo

que hace decir al apóstol: *el que quebrantare un solo punto de la ley, toda la ley quebranta*¹: principio del mismo modo verdadero, ya se aplique á las costumbres, ó ya sea á la doctrina.

La heregia pues trastorna toda la economia de la mediacion. El herege negándose á creer por el testimonio de los enviados de Jesucristo, niega su autoridad y su mision. Se erige en juez árbitro del medio que el Mediador debió escoger para hablarle, y, por una consecuencia inevitable, se hace tambien juez de su palabra. Poniéndose sobre la Iglesia, se pone tambien sobre su cabeza, sobre el Hombre-Dios. Y como en realidad todo cuanto sabe de él, no ha podido saberlo sino por la Iglesia, por su tradicion y monumentos escritos; de ahí es que, dejando de creer á la Iglesia, sucede muy pronto, si es consiguiente, que llega á no creer tampoco en el Mediador mismo, á negar su autoridad, su mision y su existencia; y este es el segundo sistema general de error, ó el deísmo.

¹ *Quicumque autem totam legem servaverit, offendat autem in uno, factus est omnium reus.* B. JAC. Epist., II. 10.

Así como el herege no admitiendo la intermediación del cuerpo pastoral que enseña, quiere establecerse en relación inmediata con el Mediador, el deísta, desechando la mediación del Verbo encarnado, quiere establecerse en relación inmediata con Dios: tal es el carácter esencial de su doctrina. Niega el testimonio del Mediador, por quien solo conocemos á Dios, del mismo modo que el herege niega el testimonio de la Iglesia, por la cual sola conocemos al Mediador. Así va creciendo el desorden en el pensamiento del hombre, y esta imágen infiel de la Divinidad, dejando de reflejar sus perfecciones, se desfigura mas y mas. Porque pretender conocer á Dios de otro modo que por su Verbo, es querer conocerle como el mismo no se conoce; es querer, separándole de su sabiduría substancial, mutilar su esencia, y trasladar á él nuestra tenebrosa razon, para aclarar y ver los restos de su ser. Así en este caso se nos convierte todo él en una duda inmensa. Lo vemos cercado de misterios tan impenetrables, que no sabemos ni lo que es, ni si existe: «No es negocio de poca monta,» dice Rousseau, «conocer en fin que

« existe; y cuando hasta aqui hemos llegado, « cuando nos preguntamos. ¿Quién es? ¿Dónde está? Se confunde y se descarría nuestra inteligencia, y no sabemos qué pensar . . . »

Mas para que se comprenda todavía mejor hasta que punto es insensata la pretension de unirse á Dios, y conocerle por la pura razon, obsérvese que nosotros no conocemos de este modo ser alguno espiritual. ¿Cómo nos aseguramos de la existencia del alma en los demas hombres, sino por la comunicacion de pensamientos? ¿Y no nos seria en un todo desconocido el pensamiento de otro, sino fuese revelado por la palabra? Sin esta revelacion, nuestra alma eternamente solitaria viviria en una ignorancia absoluta, ó sin conocimiento alguno de los seres que la son semejantes. Ahora bien, si es necesario que el hombre hable al hombre para ser conocido por el hombre, ¿cómo conoceria á Dios, si Dios no le hablase? Buscando pues inútilmente al Ser infinito en su razon, incapaz de formar por si sola esta idea inmensa, acaba el deísta por negar á

Emílio, lib. IV.

Dios, á quien no comprende: y este es el tercer sistema general de error ó el ateísmo.

Hasta aquí el hombre conservaba algunos rasgos, aunque débiles, de semejanza con su Autor: el ateísmo acaba de borrarlos. Todos los fundamentos de la certidumbre, derribados de una vez, se hunden. Una noche profunda cubre el entendimiento; la razón titubeando entre tinieblas no sabe á que atenerse, y se sepulta en el escepticismo absoluto. Perdiendo á Dios, pierde el hombre todas las verdades. Este es el último término del desorden en el ser inteligente.

Temblemos á vista de este desorden: es mas horroroso todavía que podría ser el caos de la naturaleza, si apagándose el astro del día, se hallase repentinamente sepultada en una obscuridad impenetrable.

¿Quién podrá concebir la desgracia de una criatura sin Religión y sin Dios? Pero sobre todo, ¿quién podrá formar idea de la gravedad de su delito? Sectarios, deístas, ateos, no digáis: ¿Cómo hemos de ser culpables en nuestro engaño, buscando sinceramente la verdad? Porque esto mismo es acusar á Dios, es suponer en él

voluntades contradictorias, es decir que, mandando al hombre creer la verdad le niega los medios de conocerla. Ni la ignorancia ni el error son un crimen en sí, una y otro pueden ser involuntarios. Ninguno pues es delincuente porque no sabe ó porque se engaña: y por esto mismo, porque el hombre ignora naturalmente, y se engaña con una facilidad tan lastimosa, es por lo que no ha querido Dios hacer dependa de su razón, sino de su voluntad, el conocimiento de las verdades necesarias. Todo lo ha concertado, todo lo ha dispuesto de manera que un testimonio de una autoridad infinita se las atestiguase en todo tiempo. Por tanto su voluntad resistiéndola, sin excusa, se ha hecho culpable de un crimen infinito, cuyo principio es un orgullo ilimitado.

Calvino, ¿dime con qué fundamento niegas tú la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, que la Iglesia toda cree y atestigua? — Fundado en mi razón que no puede comprender este misterio. — Luego el testimonio de los apóstoles y de sus sucesores, con quienes prometió Jesucristo *estar todos los días hasta la consumación de los*

tiempos, deberá ceder á tu razon individual; y será preciso que la Iglesia, esta Iglesia, á la cual llama S. Pablo *columna y fundamento de la verdad* ¹ haya mentido, porque tú no comprendes.

Rousseau, ¿dime con qué fundamento niegas tú la revelacion y el Mediador? tú que has dicho: « Los hechos de Sócrates, en los que nadie pone duda, están menos atestiguados que los de Jesucristo ². » — Fundado en mi razon que no puede comprender la necesidad de la revelacion ni los dogmas revelados por el Mediador ³. — ¿Segun eso el testimonio de tantos millones de cristianos, que han creído con pruebas de hecho, el testimonio mismo del *hijo de Maria, cuya vida y muerte son de un Dios* ⁴, deberán ceder á tu razon individual; y será preciso que Jesucristo, el Verbo encarnado ⁵, haya mentido, porque tú no comprendes!

¹ *Ecclesia Dei vivi, columna et firmamentum veritatis* Epist. I ad Tim. III. 15.

² *Emilio*, lib. IV.

³ *Ibid.*

⁴ *Ibid.*

⁵ *Qui credit in Filium Dei, habet testimonium Dei in se.*

Diderot, ¿dime con qué fundamento niegas tú la existencia de Dios, comprobada por la tradicion universal del género humano? — Fundado en mi razon que no puede comprender á Dios. — ¿Segun eso el testimonio unánime de los pueblos, que atestiguan de siglo en siglo un hecho revelado anteriormente, deberá ceder á tu razon individual, y será preciso que todo el género humano y el mismo Dios hayan mentido, porque tú no comprendes!

Luego es claro que el orgullo, un orgullo desmedido y al que nada amedrenta, es el crimen del ateo, del deista y el sectario. Al menos implícitamente todos tres niegan el testimonio de Dios, se declaran mayores y mas perfectos que él, erigiéndose en jueces de su palabra: verdadera idolatria de la razon humana, cuya última declaracion y confesion pública hemos visto en el culto de la Diosa Razon.

Al punto que se desconoce la regla, es indis-

Qui non credit Filio, mendacem facit eum: quia non credit in testimonium quod testificatus est Deus de Filio suo. JOAN. Epist. I, v. 10.

pensable llegar hasta este extremo; falta todo medio para detenerse; el principio arrastra, y cuanto mas vigor y rectitud tenga el espíritu, mas se ha de extraviar. Es una de las maravillas del Cristianismo, que no solamente nos ofrece la verdad; sino que nos asegura la posesion, y la defiende en el hombre contra el hombre mismo. Esto solo bastaria para probar la verdad de la Religion cristiana; porque el hombre no tiene en sí medio alguno para resistirse á sí mismo: lo que remedia la flaqueza de la naturaleza, es evidentemente superior á la naturaleza misma.

Pero Dios no se ha acercado al hombre por caminos tan admirables, para dejarle luego libre en alejarse de él. Si no tiene porque arrepentirse de sus dones, es, porque bien sean admitidos ó bien menospreciados, sabe sacar de ellos gloria, ya sea coronándolos con el último don que es el de la bienaventuranza eterna, ya sea alejando y desechando á su tiempo á los que le han desechado. Será la recompensa de haber amado aquí bajo la luz, poseerla y gozarla eternamente en su origen: *In lumine tuo vide-*

bimus lumen ¹. Mas á aquellos que la aborrecen y se complacen en las tinieblas de su inteligencia; ¡ó Dios! que les reservais, sino aquellas tinieblas horrosas, de que está escrito: *illi habrá llantos y rechinamientos de dientes* ².

En segundo lugar la Religion ordena los afectos del hombre; arregla su amor del mismo modo que su inteligencia, enseñándole á proporcionarle al grado de perfeccion de los seres; y siendo asi tambien el hombre bajo un nuevo respecto, imágen de Dios, acaba de formar en sí esta maravillosa semejanza, para la cual resolvió crearle el Todopoderoso.

Aquí tambien el Cristianismo se eleva sobre las doctrinas humanas, tanto quanto la sabiduria divina es superior á la nuestra. Cuánta profundidad en efecto no se encuentra en este precepto tan sencillo al parecer: « Amarás al Señor
« tu Dios con todo tu corazon, con toda tu alma,
« y todas tus fuerzas: este es el primero y el
« máximo precepto. El segundo es semejante á

¹ *Psalm. XXXV, 10.*

² *Ejicientur in tenebras exteriores: ibi erit fletus et stridor dentium. MATTH. VIII, 12 y XXII, 13*

« este : Amarás á tu prójimo como á ti mismo ». El hombre, semejante á Dios, debe ser amado con un amor semejante á aquel que debemos á Dios, pero no con un amor igual : porque ha de reinar entre estos dos amores la misma distancia que hay desde una imágen á su modelo. Con una palabra nos enseñó Jesucristo, llamándonos á nuestro origen, cuya grandeza es el título mismo de nuestra dependencia. « Estos dos mandamientos encierran en sí toda la ley y los profetas, » quiere decir, que abrazan á una vez la sociedad presente y la eterna, cuya entrada vino á abrirnos el Mediador, anunciado por los profetas.

Dios, infinitamente perfecto ú soberanamente amable se ama á sí mismo con un amor infinito : y esta es la ley del orden que debe regir al hombre, como rige al mismo Dios. Es indigno de él

¹ *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et ex tota animá tuá, et ex omnibus viribus tuis, et ex omni mente tuá. (LUC. X, 27.) — Hoc est maximum et primum mandatum. Secundum autem simile est huic : Diliges proximum tuum sicut te ipsum. MATTH. XXII, 38, 39.*

² *In his duobus mandatis uniuersa lex pendet, et propheta. MATTH. XXII, 40.*

todo amor limitado. El es el bien por excelencia, el bien sin medida, el único bien, y por consiguiente el único fin á que deben dirigirse todos nuestros deseos y todos nuestros afectos. Debemos amarle mas que á todas las cosas, mas que á nosotros mismos, ya por causa de nuestra imperfeccion, y ya tambien porque no siendo nosotros nuestro bien para nosotros mismos, si nos amamos como debemos, debe este amor ilustrado dirigirse hácia Dios, y detenerse y fijarse en él por el interes mismo de nuestro bienestar. Es necesario que nosotros nos amemos en él, como él se ama en nosotros; que nada amemos sino por él, y que le amemos á él mismo como él se ama. ¡O profundo misterio! porque ¿dónde encontrará el hombre, siendo tan flaco y pobre, el amor infinito que debe á Dios? ¿Cómo se desquitará de esta deuda inmensa? La naturaleza desfallecida solo puede conocer su impotencia. Sin embargo ¡ó hombre! cobra valor : lo que á ti es imposible, es fácil á Dios: ¹ ¿No

¹ *Quæ impossibilia sunt apud homines, possibilia sunt apud Deum. LUC. XVIII, 27.*

te hallabas naturalmente en igual impotencia de conocerle? Te ha enviado á su Hijo y tú le conoces plenamente por la fe. Este Hijo divino, unido á su padre, te enviará el Espíritu que los une, para remediar tu flaqueza: ¹ y así como conoces á Dios por su Verbo, le amarás por su amor. Uniéndose á ti este amor substancial, divinizará tu amor, le revestirá del carácter de infinito, que es solo el que puede hacerle digno de Dios. Entrarás así también en la sociedad inmortal de los verdaderos adoradores, que adoran al Padre en espíritu y verdad; ² es decir, por su Verbo, que es verdad, ³ y por su Espíritu que es amor: porque la verdad se ha realizado por Jesús, ⁴ y el amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones por su espíritu que se nos ha dado. ⁵

El segundo mandamiento es semejante al pri-

¹ Spiritus adjuvat infirmitatem nostram. Epist. ad Rom. VIII, 26.

² Venit hora, et nunc est, quando veri adoratores adorabunt Patrem in spiritu et veritate. JOAN. IV, 23.

³ Christus est veritas. JOAN. Epist. I, V, 6.

⁴ Gratia et veritas per Jesum Christum facta est. JOAN. I, 17.

⁵ Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum sanctum qui datus est nobis. Epist. ad Rom. V, 5.

mero: *Amarás á tu prójimo como á ti mismo.* Siendo todos los hombres iguales por naturaleza, ó igualmente perfectos, tienen derecho á un amor igual. Seria una violacion del orden la preferencia que cualquiera de ellos se tomase, no estando fundada en ninguna superioridad de naturaleza. He aquí el principio de ese sentimiento sublime que se llama humanidad, sentimiento nacido del Cristianismo, y que extiende á todo el género humano el amor que cada hombre se tiene á sí mismo.

No quiere decir esto que la Religion destruya los afectos de familia, ni el noble amor de la patria; por el contrario convierte en obligacion la inclinacion natural; la fortifica arreglándola, y estorba degenerare en pasion exclusiva y desastrosa, subordinándola á esta gran ley general: deben preferirse todos á algunos, la patria á la familia, el género humano á la patria, y la sociedad eterna á la sociedad presente.

« Es perfecto el orden, » dice Bossuet, « si se ama á Dios mas que á sí mismo, á sí mismo

ritum sanctum qui datus est nobis. Epist. ad Rom. V, 5.

« por Dios, al prójimo no por sí mismo, sino como á sí mismo por Dios. » En esto se encierra toda virtud.

El amor sin regla es egoismo, esto es, una preferencia absoluta de sí mismo á sus semejantes y á Dios. El amor arreglado por las solas leyes de la sociedad presente, es humanidad, ó amor igual de todos los hombres, á causa de la igualdad de la naturaleza. El amor arreglado por las leyes de la sociedad eterna, es caridad; sentimiento de un todo divino, pues que no es otra cosa que el amor mismo de Dios al hombre.

Dios ha amado al hombre hasta dar su hijo unico, para ganarle la vida eterna. ² El hombre pues debe amar al hombre, hasta sacrificarle todo, y aun la vida, para procurarle esta vida inmortal.

Y como ella no es otra cosa que la posesion de Dios, ó del soberano bien, el hombre nada debe amar, ni aun á sí mismo, sino con miras

¹ *Méditations sur l'Évangile*, tom. 1. pág. 473. edic. en-12.

² *Sic enim Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret: ut omnis, qui credit in eum, non pereat, sed habeat vitam æternam.* JOAN III, 16.

hacia este último fin. Todo cuanto le separa de él es un mal y debe aborrecerlo, todo cuanto solo tiene relacion con una existencia pasagera, no es un bien verdadero, y el orden inflexible le prohíbe apegar á él su corazon. « El tiempo es corto », dice el apóstol, y la naturaleza nos lo repite todos los dias; y todos los dias la muerte con mano de hierro graba sobre mil tumbas esta grande leccion: « El tiempo es corto: lo que resta es, que los que tienen mugeres, sean como si no las tuviesen: y los que lloran, como si no llorasen: y los que se alegran, como si no se alegrasen: y los que compran, como si no poseyesen: y los que usan de este mundo como si no usasen, porque pasa la figura de este mundo. »; Infeliz de aquel que viciase su amor, dejándole perderse y encenagarse en este mundo que pasa! porque cuando dentro de poco haya

¹ *Tempus breve est: reliquum est, ut et qui habent uxores, tanquam non habentes sint: et qui flent, tanquam non flentes: et qui gaudent, tanquam non gaudentes: et qui emunt, tanquam non possidentes: et qui utuntur hoc mundo, tanquam non utantur: præterit enim figura hujus mundi.* Ep. 1 ad Cor., VII, 29, 31.

pasado, ¿ qué quedará á esta alma miserable, sino un vacío infinito y en una separacion eterna de Dios, la imposibilidad eterna de amarle?

El mismo principio que desordena nuestra inteligencia, desarregla tambien nuestro corazon. El orgullo ú desconcierto de la razon, por el cual nos queremos hacer superiores á todo, produce la concupiscencia, ó el desarreglo del amor, por el cual nos amamos á nosotros mismos mas que á todas las cosas; primero mas que á nuestros semejantes, y luego mas que á Dios; Exceso extraño! Pero así sucede. El hombre llega á tributarse un culto exclusivo de amor, y un culto igualmente excesivo de admiracion. Pagado de su propia excelencia, se ama sin regla ni medida; y al punto, juzgando de los bienes y males con respecto á su naturaleza corrompida, llama bien todo lo que lisonjea su orgullo y sus sentidos, y mal todo lo que los molesta. La gloria, riquezas y deleites, aun los mas vergonzosos, he aqui lo que esta criatura inmortal buscará como su fin; y con los ojos fijos sobre un metal vil, el oido ansiosamente atento á un ruido vano de reputacion, decidirá en sí misma,

que hay mas perfeccion ó bien real, en este ruido que la embriaga, ó en aquella pieza de oro que codicia, que en el Criador de los mundos y la fuente eterna de todo bien. ¡ Y Dios podría ser insensible á tal ultraje! ¡ Aquel, á quien el orden obliga á querer ser amado como el se ama, aceptaria, ó los desechos del amor que las pasiones saciadas le abandonan con desden, ó la indiferencia, ó el odio! No; esto tambien es engañarse demasiado. El que desprecia el soberano bien, no debe prometerse ni esperar sino el soberano mal. No hay gracia, ni perdón para este crimen que los encierra todos. *Al que habla contra el Hijo del hombre puede perdonársele su culpa*, porque puede todavia volver á la verdad por el amor: *pero el que habla contra el Espíritu santo*, el que se endurece obstinadamente contra el amor mismo; este queda sin recurso ni esperanza; porque ¿ quién podrá hacerle volver en sí, habiendo resistido juntamente á la luz de la verdad, y á las inspiraciones del amor? Dios mismo nada puede ya sobre él; ha agotado el poder y la misericordia del Ser infinito; y su pecado que envuelve en sí

una oposicion total de la voluntad al órden, *no le será perdonado, ni en este siglo, ni en el futuro*¹.

Finalmente la Religion ordena las acciones del hombre, y por eso prescribe ciertas obligaciones exteriores, y prohíbe los actos contrarios. El hombre está en relacion con sus semejantes y con Dios. El órden en las acciones que dicen relacion á Dios se llama culto; en las que la tienen con nuestros semejantes, se llama moral ó virtud.

Las acciones son determinadas por el amor; y este por el conocimiento del bien ó de la verdad. He aquí la razon porque la moral y el culto toman entre los sectarios un carácter vago como sus creencias, y propenden como ellas á la destruccion; son indiferentes á los ojos del deista que, no sabiendo lo que se cree, permite

¹ *Quicumque dixerit verbum contra Filium hominis, remittetur ei: qui autem dixerit contra Spiritum sanctum, non remittetur ei, neque in hoc saeculo, neque in futuro. MATTH., XII, 32.*

Se entiende habla el autor de la impenitencia final, que es consecuencia necesaria de la dureza del corazon en el órden regular. Solo un milagro de la gracia puede evitarla. (N. D. T.)

no creer nada, y por consiguiente no amar cosa alguna; y vienen á ser para el ateo, que no cree mas que á sí, ni ama á nadie mas que á sí, la moral horrorosa del interes personal, y el culto monstruoso del orgullo y la voluptuosidad.

El hombre, compuesto de dos substancias, debe á Dios el homenaje entero de su ser; ó hablando el lenguaje profundamente filosófico del Catecismo, debe conocer á Dios, amarle y servirle; conocerle con su pensamiento, amarle con su corazon, y servirle con sus sentidos. La necesidad pues de un culto exterior se deriva de la naturaleza del hombre, ser inteligente y fisico. Un culto puramente espiritual es el culto de los puros espíritus; es el culto de los ángeles; pero no el hombre, que, por un efecto de la union intima de alma y cuerpo, no puede entrar en sociedad, sea con Dios, sea con sus semejantes, sino por medio de los órganos. « El culto, » dicen, « que Dios pide es el del corazon. »¹ ¿Quién quita que se diga del mismo modo: « Las virtudes que Dios exige son las del corazon » , y

¹ *Emilio, libro IV.*

concluir de aquí, que amando al prójimo se cumple toda obligacion y justicia? ¿Qué compasion! como si el amor no se manifestase necesariamente con actos exteriores. El que ama al hombre le sirve, y del mismo modo, el que ama á Dios le sirve. El culto consiste en acciones como la virtud; y así como cada uno debe concurrir con su accion en las sociedades politicas á la conservacion del orden, de donde resulta la felicidad del hombre, cada uno debe tambien concurrir con su accion en la sociedad religiosa, á la conservacion del orden, de que resulta la gloria de Dios: y á la manera que el culto exterior es una relacion que se deriva de la naturaleza del hombre, así el culto público es una relacion que se deriva de la naturaleza de la sociedad.

Sin embargo la ignorancia no dejará de reirse, con solo oír el nombre de culto, por puro menosprecio: sin ver que él es quien conserva las creencias y alimenta el amor. Todo lo que ella descubre en esta manifestacion sublime de la fe, á lo mas, son prácticas molestas y pueriles, y ceremonias extravagantes. Filósofo, riéte cuanto quieras de nuestras *genuflexiones* y de nues-

*tros ademanos*¹, pero luego que te rias, dinos ¿qué seria hoy del género humano si no se hubiera arrodillado delante de la cruz? Compara con tu culto interior que consiste en *ejercitarse en contemplaciones sublimes*², el culto cristiano, que consiste en ejercitarse en sublimes sacrificios; cuenta las virtudes que han hecho nacer tus coloquios solitarios con el Eterno³, y las que todos los dias produce una sola mirada sobre la imágen de su Hijo.

Mas la Religion nos manda elevar todavia mas alto nuestras consideraciones. Ni aun basta admirar esta maravillosa unidad en el plan, esta correspondencia íntima que enlaza los dogmas y el culto tan estrechamente como el alma humana se une al cuerpo; de manera que habiéndonos dado la verdad por un medio exterior, ó por la palabra, la gracia ó el amor tambien se nos ha dado por medios exteriores ó por los sacramentos: es preciso además concebir que el culto, en su todo magnífico, no es mas que la rea-

¹ Emilio, libro IV.

² *Ibid.*

³ *Ibid.*

lizacion exterior de la verdad infinita y del amor infinito, el don mutuo, el sacrificio efectivo de Dios al hombre y del hombre á Dios, ó la consumacion y complemento de su sociedad. Y en efecto, yo veo sobre nuestros altares la Verdad infinita realmente presente en la persona del Verbo encarnado, aunque oculta bajo las apariencias de pan, simbolo de la vida que ella nos comunica, al modo que el mismo Verbo estaba oculto bajo el velo de la naturaleza humana; yo veo á este Verbo hecho carne, dándose al hombre á quien redime con su sangre, y alimentándole al mismo tiempo con su cuerpo inmolado por él, con su verdad, con su amor, y con toda su divinidad, para divinizarle á él mismo, y prepararle á una union, no mas real, pero si mas íntima, mas deliciosa y mas durable. Así el amor infinito de Dios se manifiesta por una accion infinita, y este misterio no me es tan incomprendible como me lo sería la Religion sin él.

Por su parte el hombre asociado al sacerdocio eterno de Jesucristo¹, el Hombre-Pontifice, mi-

¹ Tu es sacerdos in æternum secundum ordinem Melchise-

nistro é imágen del Pontifice-Dios, realiza en lo exterior la verdad y el amor infinito, por la produccion del Verbo encarnado sobre el altar, produccion prodigiosa, que nos hace participantes de la omnipotencia divina, y que la Iglesia, en su lenguaje tan asombrosamente profundo, expresa con el término absoluto de *accion*, porque en efecto ninguna otra accion puede compararse con esta accion infinita que se ejerce sobre Dios mismo.

El hombre realiza tambien la verdad infinita por la profesion pública de la fe; y el amor infinito que el Espíritu santo le inspira por los actos públicos de adoracion, obediencia y anonadacion; por el completo sacrificio de su ser y de su razon por la fe; de su corazon por el desasimiento de los bienes perecederos; de sus sentidos por las prácticas de mortificacion que la ley manda ó aconseja. Así es como cumple el precepto y ama á Dios con todo su entendimiento, todo su corazon y toda su fuerza; porque su fuerza

dech. Psal. CIX. 4. — JOAN. XII. 54. — Epist. ad Hebr. V. 6, y VII. 47. — Pontifex factus in æternum. Ibid. VI. 20.

ó sus sentidos no obran sino para manifestar su amor. « El mayor esfuerzo del amor es dar su vida por aquel á quien se ama »: este es el último, el perfecto sacrificio, y tambien el medio necesario para llegar á una union perfecta con Dios. Y he aqui lo que viene á ser la muerte para un cristiano, el último acto del culto infinito que debe al soberano Ser. Aquí tambien se hace notar la estrecha correspondencia del orden de la naturaleza con el orden sobrenatural: ¿ Pero se quiere ver la Religion triunfar de la naturaleza misma, y subordinarse el orden de la sociedad presente al orden de la sociedad eterna? ¿ Se quiere ver, si puedo explicarme así, una redencion todavía mas asombrosa que la del género humano? Contemplad á los mártires. Dios ha muerto por salvar al hombre; y cuando es necesario que el hombre perezca, ó que la verdad, el amor, en una palabra, Dios perezca en él, el hombre á su vez muere por salvar á Dios.

Espíritus débiles y apocados que venis á estre-

¹ *Majorem hac dilectionem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis.* JOAN. XV. 15.

llaros contra las piedras del altar, entended ahora esta sentencia: *Tú adorarás al Señor tu Dios, y á él solo servirás*¹. Los homenajes exteriores, la oracion, todos los actos del culto son inseparables de la adoracion del espíritu. El amor por necesidad se ha de manifestar al exterior; y es inútil que, *sacudiendo el yugo de Dios, y rompiendo los vinculos* de su sociedad os atrevaís á decir: *Non serviam!* Contra vuestra voluntad y á pesar vuestro será preciso servir: *serviréis á vuestros deseos y pasiones*²; los convertiréis en dioses³; porque todo lo que anteponeis á Dios es Dios para nosotros: les tributareis el culto que negais al Todopoderoso. Os adorareis á vosotros mismos en vuestra razon altanera y en vuestro orgullo insensato, *in omni colle sublimi*: os postraréis delante de vuestros vicios; erigireis en templos las oscuras guaridas de la prostitucion, *sub omni ligno frondoso tu prosternaberis*

¹ *Dominum Deum tuum adorabis, et illi soli servies.* LUC. IV. 8.

² *Servientes desideriis et voluptatibus variis.* Epist. ad Tit. III. 5.

³ *Quorum Deus venter est.* Epist. ad Philip. III. 19.

meretrix : *serviréis*, y no como quiera, sino baja y vilmente, como un pueblo envilecido sirve al tirano que casualmente lo domina, hasta tanto que, arrebatados inopinadamente por *el impetuoso torrente de la justicia* ², vayais tambien para siempre, lejos de la eterna fuente del amor y del soberano bien, á servir sin esperanza, en las regiones desoladas del odio, y en el imperio del sumo mal.

Del precepto de amar al prójimo como á sí mismo por Dios, dimanán todas las leyes de la moral y de la sociedad. Este solo precepto pone orden en las familias, en el Estado, y entre los pueblos; porque estos tienen entre sí las mismas relaciones, y están sometidos á las obligaciones mismas que los individuos. La perfecta observancia de este precepto convertiría la sociedad presente en una imagen perfecta de la sociedad eterna, de la cual un dia hemos de ser miem-

¹ *A sæculo confregisti jugum meum, rupisti vincula mea, et dixisti: Non serviam. In omni enim colle sublimi, et sub omni ligno frondoso, tu prosternaberis meretrix. JEREM. II. 20.*

² *Et revelabitur quasi aqua judicium, et justitia quasi torrens fortis. AMAS. V. 24.*

bros. Nótese que en efecto esta plena observancia no es mas que el sacrificio completo que hacemos de nosotros mismos por los otros; sacrificio que constituye propiamente la virtud, como el sacrificar los otros á sí mismo constituye el crimen. Luego la virtud misma es un verdadero culto que el hombre rinde á Dios en su imagen; y como Jesucristo vino en calidad de *rey* ¹, no para ser servido, sino para servir ², Jesucristo *inmolado desde el principio del mundo* ³, es, todo junto, y en una union perfecta, en su eterno sacerdocio, sacrificador y víctima; cada miembro del cuerpo cuya cabeza es, ó de la sociedad espiritual que él ha establecido, asociado á su reinado para servir, á su sacerdocio para inmolarse, es del mismo modo sacerdote y víctima: *Vos regale sacerdotium* ⁴. Mas si la virtud es un culto real, el crimen es una real idolatria,

¹ *Dixit illoque ei Pilatus: ergo rex es tu? Respondit Jesus: Tu dicis, quia rex sum ego. JOAN. XVIII. 37.*

² *Filius hominis non venit ut ministraretur ei, sed ut ministraret, et daret animam suam in redemptionem pro multis. MARC. X. 45.*

³ *Qui occisus est ab origine mundi. Apoc. XII. 8.*

⁴ *Epist. I B. Petr. II. 9.*

ó una adoracion sacrilega que el hombre se tributa á sí propio, inmolando el órden á sus pasiones, y declarando que estas deben ser servidas por seres semejantes á Dios: y así como el mayor acto de virtud, ó el último esfuerzo de amor hacia los otros, es sacrificar su vida por ellos, así también el mayor crimen, ó el último exceso del amor desarreglado de sí mismo, es, sacrificarse á sí la vida de otro; y si el Verbo encarnado no quiso inútilmente se dijera de él: *He aquí al hombre*, todo asesinato es un Deicidio.

Aplíquese ahora estas consideraciones al por menor de las obligaciones, ya sea domésticas, ya sociales; y se verá que, sin la Religion, todo es desórden, porque todo órden es relativo á Dios. En nuestros pensamientos es el órden conocerle; en los afectos amarle, en nuestras acciones servirle, ya sea inmediatamente, por el ejercicio del culto establecido por el Mediador en la sociedad religiosa, ya sea mediatamente, por el ejercicio de las virtudes morales, ó del culto que tributamos á su imagen en la sociedad política. Porque nosotros nada debemos al hombre

en cuanto hombre; y Dios solo es el principio y término de todas las obligaciones. Esto se ve muy claro en el Evangelio, cuando anunciando aquel día terrible en que todo el linage humano comparecerá delante de él, para oír su última sentencia, el Hombre-Dios promete recompensar las obras de amor, y castigar las contrarias, no precisamente porque se habrá hecho bien ó mal al hombre, sino porque haciéndole bien ó mal, este bien ó mal se ha hecho al mismo Dios: *Quamdiu fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis.... Quamdiu non fecistis uni de minoribus his, nec mihi fecistis*¹. Fuera de esto, no veo ni crimen ni virtud; y nada menos se necesita que estas palabras para explicarme las que siguen: « Venid benditos de mi padre.... Apartaos de mi malditos.... y estos irán á las penas eternas y los justos á la vida eterna ».

He aquí lo que es la Religion con respecto á Dios, y lo que es con respecto al hombre. Guida-

¹ MATTH. XXV. 40. 45.

² Venite, benedicti Patris mei.... Disceditis á me maledicti.... et ibunt hi in supplicium æternum: justi autem in vitam æternam. MATTH. XXV. 34. 41. 46.

do con no engañarnos; no es ella un sistema sometido á nuestro juicio, sino una ley á la cual debemos someter nuestros corazones. Así la primera voz que se hace oír en la aparición del Hombre-Dios, impone silencio al sentido humano, revelando el secreto del orden que el Mediador viene á establecer: *Gloria á Dios en los cielos, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.*¹ Oigamos con atención: *Gloria á Dios*: este es el objeto principal, la primera causa de la Encarnación; porque Dios no obra sino por sí mismo. Si envía á su Hijo al mundo es para hacer resplandecer su gloria, para manifestar su ser, dar testimonio á la verdad, y extender el reino del amor: he aquí la misión del Verbo hecho carne. Mas ¿acaso se dirigirá á la razón? No, sino á la voluntad; porque no depende de la razón el comprender, pero sí depende siempre de la voluntad, creer lo que está atestiguado por el testimonio de una autoridad suficiente; depende de la voluntad amar el bien y obedecer las leyes del orden:

¹ *Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bonae voluntatis. Luc. XI. 14.*

Paz á los hombres de buena voluntad. Aquellos escucharán y atenderán á Dios en su enviado, y le glorificarán por su fe, por su amor y sus obras, cuya voluntad será buena, estará exenta de la corrupción del orgullo, que es principio de todo mal, y que inclinarán su corazón á creer, amar y obedecer, en vez de atormentar su razón con el deseo de comprender; ó mas bien, aquellos cuya razón ilustrada comprenderá que es soberanamente racional creer sin comprender, cuando Dios habla para revelarnos verdades tan elevadas, que solo él puede perfectamente comprenderlas. *Paz á estos hombres de buena voluntad*; paz, es decir, sociedad, unión con Dios, fuera de quien no hay paz para ser alguno inteligente: *paz sobre la tierra*, por el goce íntimo del orden que la Religión establece en sus pensamientos, afectos, y acciones. Lo que turba la paz de la inteligencia es, el combate del error contra la verdad, del error que nace de la razón orgullosa, contra la verdad que conocemos por el testimonio del Verbo: obligando á la razón á someterse, dándole la fe por regla, la voluntad pone fin al combate. Lo que turba la paz del corazón, es el combate

de la carne contra el espíritu, ¹ del amor desareglado de nosotros mismos contra el amor de Dios, que su espíritu excita en nosotros: cediendo á sus impresiones, consumando el sacrificio de todo nuestro ser á su Autor, la voluntad pone fin al combate. Lo que turba la paz de la sociedad, es el combate perpetuo del interes de cada uno con el interes de todos: sometiendo las pasiones á la obligacion, ó á la ley que manda sacrificarse por sus hermanos, la voluntad pone fin al combate. Digamos pues otra vez: *Paz en la tierra á los hombres de buena voluntad, y en el cielo la sociedad eterna de la gloria: satiabor cum apparuerit gloria tua.* ²

Pero á los hombres cuya voluntad pervertida no quiere oír la palabra divina, amar el bien infinito, ni obedecer el orden inmutable, está destinada una guerra, y guerra eterna, primero

¹ *Caro enim concupiscit adversus spiritum: spiritus autem adversus carnem: hæc enim sibi invicem adversantur.* Epist. ad Galat. V. 17.

² Psalm. XVI. 43.

consigo mismos: todos sus pensamientos armados los unos contra los otros se atacan, chocan y se destruyen hasta no quedar uno; y su inteligencia devastada, se asemeja en su espantosa soledad, á una ciudad silenciosa, sombría, y ensangrentada, en la cual bandos encarnizados y furiosos no dejaron ser con vida. Guerra en su corazon, atormentado por inquietudes, devorado por deseos, corroido por los remordimientos. Guerra en la familia, en el Estado, hecho presa miserable de las disensiones y anarquía, trastornado, quebrantado y deshecho por continuas conmociones. Guerra entre los pueblos, que unos á otros se devoran, como se devora un pedazo de pan. ¹ En fin, guerra con Dios, separacion de su sociedad, odio mutuo, rebelion impia del hombre contra su Autor, á quien procurará aniquilar para ponerse en lugar suyo; guerra hasta el dia reservado para el triunfo del orden, en el cual el Eterno, extendiendo su brazo, y apoderándose de sus débiles enemigos, les hará sen-

¹ *Devorant plebem meam sicut escam panis.* Psal. XIII. 14.

tir y conocer, en su consternacion profunda, la terrible y espantosa verdad de esta sentencia que se ha de cumplir como todas las suyas: *¡Cuán horrible es caer entre las manos del Dios vivo!*

Hemos hecho ver que la Religion, si hay una verdadera, es de una importancia infinita para el hombre, para la sociedad, y para el mismo Dios; y con esto hemos destruido uno de los fundamentos de la indiferencia dogmática. Para acabar de reducir á polvo la base en que se apoya, probaremos que existe en efecto una Religion verdadera, que no hay mas que una, que ella es el único medio de salvacion para todos los hombres, y que tambien todos los hombres pueden conocerla y discernirla fácilmente de las religiones falsas. Pero antes, conviene investigar como, en nuestra presente condicion, llegamos al conocimiento cierto de la verdad. Tratemos entre tanto de excitar y promover en nosotros el amor á esta verdad santa, porque solo el amor da precio

¹ *Horrendum est incidere in manus Dei viventis. Epist. ad Hebr. X. 31.*

á la verdad. Aun cuando á fuerza de trabajo llegásemos á descubrirla, no amándola, no sería todavía mas que una estéril opinion filosófica. Mas nosotros, como Pascal, « no pensamos que toda la filosofia merezca una hora de trabajo ».

¹ *Pensamientos de Pascal.*

FIN DE LA SEGUNDA PARTE Y DEL TOMO SEGUNDO.



NOTAS

DEL TRADUCTOR.

NOTA I (pág. 2). — « Sin embargo tarde ó temprano llega una época en que el lujo deprava y corrompe las costumbres, y la filosofía la razón. »

He aquí una prueba de la necesidad que tienen los

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gobiernos de mirar como su primera obligacion la conservacion de las doctrinas establecidas; porque las doctrinas influyen lo mismo en la direccion y tranquilidad de los espíritus, que las leyes en la direccion y buen orden de los individuos: y si se necesita mucho tinó y premeditacion para formar leyes nuevas, se necesita mucho mas todavía para restablecer las doctrinas, cuando se echan por tierra las que contenian la movilidad de los espíritus, impelidos siempre por una fuerza innata á la curiosidad é innovacion. En tanto que las superioridades morales van á una, quiero decir, en tanto que los talentos que ilustran las naciones y ejercen su imperio sobre las opiniones están de acuerdo para sostener las doctrinas que están bajo su proteccion y forman su poder, todo camina en orden; porque están unidos los espíritus por las ideas; y las leyes adquieren vigor por la conciencia, y sumision por las luces que difunden. Si la filosofia ó sabiduria humana, que tanto tiempo ha lucha con la sabiduria religiosa pudiese triunfar, sin poner doctrinas fijas en lugar de las que destruyese, no dejaria otra idea dominante que la del odio y menosprecio mas absoluto y general de todo lo establecido, sin distinguir lo bueno de lo malo, lo necesario y útil de lo viciado, ni la Religion misma de los abusos que falsamente se la imputan, y ella misma condena. En todos tiempos, los que consi-

guieron apoderarse de los espíritus mudaron mas completamente la faz del mundo que los conquistadores mas afortunados: y aun estos no hicieron grandes cosas, sino uniendo á la fuerza material el arte de apoderarse de los espíritus. En fin téngase siempre presente esta verdad tan comprobada en lo moral como en lo político y aun físico por la experiencia. « Es un privilegio funesto del mal; que sus progresos sean rápidos y sus efectos prontos, á manera de una peste que en el instante que ataca, hiere y mata; cuando por el contrario las instituciones buenas solo obran lentamente como la naturaleza, y por una accion casi insensible sobre la moral de los pueblos. Diez y nueve siglos ate tiguán el estado de perfeccion á que elevó el Cristianismo la civilizacion de Europa y de un nuevo mundo; y la Francia ha presentado en esta última época el ejemplo del término horroroso á que conducen velozmente las variaciones que la falsa filosofia pretende en las doctrinas religiosas. »

NOTA II (pág. 5). — « Y la que ha producido un Marat. »

Juan Pablo Marat nació en 1774 de padres calvinistas en Beaudry, en el pais de Neuchâtel en Suiza: des-

pues de haber estudiado algunos principios de medicina, se hizo charlatan y herbolario; mas no alcanzándole estos recursos para salir de la miseria, procuró adular bajamente á los grandes, cuyo azote fué despues, para obtener siquiera una mirada; á fuerza de instancias logró que le nombrasen albeitar de las caballerizas del duque de Artois. A los principios de la revolucion atacó á todos los que ocupaban un lugar eminente en sus periódicos titulados *el Publicista Parisiense*, y *el Amigo del Pueblo*; en ellos exhortaba todos los dias al asesinato, al pillage y la rebelion con una audacia singular y sin ejemplo. Incitaba á los soldados á que quitasen la vida á sus gefes, á los pobres contra los ricos y á los patriotas á la venganza. Fué el primero que abrió el consejo de los asesinatos de setiembre, proponiendo á Danton desocupase de un modo pronto las prisiones, y el medio que propuso fué incendiarlas. Se acomodó á la propuesta de inmolar en ellas mismas á tantos infelices, lo que se verificó degollando en el solo espacio de tres dias 4423 victimas.

La misma asamblea procuró inútilmente poner término á sus furioses. Cuando fué diputado á la Convencion se presentaba siempre en ella con pistolas. Reclamaba y pedia constantemente prisiones sobre prisiones y carniceria sobre carniceria, denunciando sucesivamente á todos los diputados de la Gironda y

la mayor parte de los ministros y generales. Fué acusado por Barbaroux de que excedia á los deseos de los verdugos y asesinos mas exaltados, llegando al extremo de pedir todavía 300,000 cabezas: contestó Marat friamente que esta era su opinion. « Si; » prosiguió, « el pueblo debe quitar la vida á todos los partidarios del antiguo régimen y reducir todos los miembros de la Convencion á la cuarta parte, » y acabó desafiando á que le estorbasen con decretos, penetrar lo porvenir como un verdadero amigo y guia del pueblo. Carlota Corday libró la tierra de este mónstruo en 14 de Julio de 1793. Sus parciales le honraron con el triunfo; pero la Francia indignada rompió sus bustos, le desenterró, y arrojó sus huesos en un albañal. Se le aplicaron entonces estos versos.

Corpore cum fædo, species est fædior oris.
Fædum pectus habet, fædius ingenium.

Compárese ahora con S. Vicente de Paulo á Marat, atendiendo solo, si se quiere, al bien que aquel hizo á la humanidad en lo político.

NOTA III (pág. 78 en la nota). — « Un filósofo dulce y humilde de corazón, y un filósofo casto

« serian en efecto el fenómeno moral mas inexplicable. »

Mucho antes que S. Gerónimo les llamase *animales de gloria*, á vista y presencia de Marco Aurelio, protector de los filósofos y que hacia profesion de tal, les hablaba así un apologista cristiano, confundiendo con gracia á estos maestros presuntuosos de todas las ciencias y virtudes. « Pues que 'sois incapaces « les dice (*Tatia*, pág. 157) « de llegar á concebir por vosotros mismos estas cosas, aprendedlas al menos oyéndonos. Os « jactais de no temer la muerte y menospreciar las « riquezas; sin embargo estaís tan lejos de contentaros « con una vida pobre, sencilla y frugal que muchos « de vosotros obtienen del Emperador, pensiones de « seiscientos escudos: y me parece tienen razon, aun- « que no sea mas que para no dar lugar á que crea « el mundo que poblan y nutren su gran barba sin « utilidad alguna... » Poco despues añade: « ¿Qué es « lo que tienen vuestros filósofos que sea tan grande « y maravilloso? Lo que yo advierto mas extraordinario es que olvidan y descubren uno de sus hombres, afectando no cubrir mas que el otro con la « capa; que dejan crecer coanto pueden el pelo, que « cuidan y conservan mucho la barba, que traen uñas

« tan grandes como los grifos de las bestias, y que con « todo este aparato publican que de nadie necesitan; « sin advertir que les es indispensable un tundidor para « que les adobe las alforjas, un tornero para hacer el « baston, un sastre que haga sus vestidos, un buen « cocinero para saciar su glotonería, gentes ricas que « provean á todos estos gastos; y sin embargo oiréis á « este gran filósofo declamar en presencia de todo el « mundo con tal autoridad y confianza como si fuese « irrepreensible. Si se le hace algun daño se venga por « sí mismo, y paga con injurias á aquellos que no « quieren darle lo que pide; O admirable filósofo! » San Agustin describe así la arrogancia de estos animales de gloria: *Suam sapientiam buccis crepantibus ventilantes qui etiam dicere ausi sunt hominibus; nos sequimini, sectam nostram tenete.* Tract. 45, in Joan.

NOTA IV (pág. 94). — « Encontrándose un día Juan Jacobo y el autor de *les Études de la Nature*, en el monte Valerio, despues de un paseo campestre, entraron en la capilla de los ermitaños. »

Estos ermitaños solo se ligaban con votos simples: ®

y el libro de su regla interesa por la sencillez y candor con que está escrito. Daban acogida á los enfermos y á los hombres del siglo que querían consagrarse por algunos dias al retiro. Si la grandeza buscaba entre ellos alguna vez consuelo á sus pesares, la filosofía encontraba allí remedio á sus disgustos. Bernardino de Saint-Pierre, que es el autor de los *Estudios de la naturaleza*, citado por La Mennais, termina su narracion añadiendo que despues dijo á Rousseau. « Si Fenelon viviese, seriais catolico. » A lo que respondió como fuera de sí, y con los ojos arrasados de lágrimas « Oh! Si Fenelon viviese, yo pretenderia ser su lacayo para hacerme digno de ser su ayuda de cámara. »

NOTA V (pág. 111).— « Pero tarde ó temprano llega un tiempo en que provocada la energía de estas naciones perezosas, enseña á sus despreciadores sorprendidos á distinguir el noble reposo y descanso de la fuerza, de la baja languidez de la apatía. »

Alude M. de La Mennais á la noble energía y constancia con que España resistió al yugo de Bonaparte, y despertó con su ejemplo á las demas naciones, pro-

vocándolas á deshacer este coloso, hijo de la revolucion francesa y tirano de su madre, de la que quiso servirse para esclavizar al universo. No creo habrá español alguno que niegue que el primer grito general de patriotismo fué inspirado, y luego sostenido constantemente, por la Religion; siendo de notar que la primera provincia, que nos imitó en Europa fué el Tirol, cuya unanimidad en los sentimientos religiosos la inspiró iguales esfuerzos á los nuestros y casi las mismas voces? Y echaron de menos acaso estos pueblos heróicos, las lecciones subversivas de una filosofía falsa, para elevarse á tanta gloria? Oigamos á la junta suprema en el momento mas crítico que se vió la nacion, al publicar su manifiesto de 28 de octubre de 1809, convocando para el inmediato Marzo, las Córtes extraordinarias que opusieron una barrera invencible á aquella usurpacion, y afianzaron la libertad de la patria y el decoro del trono con su sabia Constitucion. Espero se me dispense sea algun tanto prólijo al trasladar este monumento, recuerdo honroso de nuestros peligros y constancia, y modelo de nuestra literatura en estilo y lengnage.

« El pueblo Español en cuyo seno se habian cono-
« cido, primero que en otro alguno de los modernos,
« los verdaderos principios del equilibrio social, aquel
« pueblo que gozó antes que nadie las prerogativas y
« ventajas de la libertad civil, y supo oponer á la arbi-

« trariedad la valía eterna que la ha señalado la justicia,
 « no debía mendigar de otro ninguno máximas de pru-
 « dencia y prevision política, y pudo contestar á estos
 « imprudentes legisladores, que para él no eran leyes
 « los artificios de los intrigantes, ni los mandatos de
 « los tiranos...

« Pensaban nuestros enemigos haber sembrado en-
 « tre nosotros el mortifero gérmen de la anarquía, y
 « no advirtieron que el seso y la circunspeccion espa-
 « ñola eran todavía mas poderosos, que el maquiave-
 « lismo frances...

« El nombre de vuestras Córtes ha sido siempre
 « para vosotros el antemural de la libertad civil, y el
 « trono de la magestad nacional. Nombre pronunciado
 « antes con misterio por los eruditos, con recelo por
 « los políticos, con horror por los tiranos; pero que
 « desde ahora debe significar en España la base indes-
 « tructible de la monarquía, la columna mas segura
 « de los derechos de Fernando VII y de su familia,
 « un derecho para el pueblo, y para el gobierno una
 « obligacion.

« No se compensaría con menos esta resistencia mo-
 « ral... Estas batallas que se pierden, estos ejércitos
 « que se destruyen, estos pueblos que se incendian, sin
 « que por eso dejen de presentarse nuevas batallas,
 « crearse nuevos ejércitos, y volverse á enarbolar el

« estandarte de la lealtad sobre las cenizas y escom-
 « bros que los enemigos abandonan; estos soldados
 « que se dispersan en una accion y vuelven á presen-
 « tarse en otra; estas gentes que casi despojadas de
 « cuanto tienen, vienen á sus hogares á partir los mi-
 « serables restos de su haber con los defensores de la
 « pátria; este concierto de gemidos tristes y desespe-
 « rados, y de cantos patrióticos; esta lucha en fin de
 « ferocidad y barbarie de una parte, de resistencia y
 « constancia indomable de la otra; todo presenta un
 « conjunto tan terrible como magnifico, que la Eu-
 « ropa contempla atónita, y que la historia escribirá
 « con letras de oro algun dia, para admiracion y ejem-
 « plo de la posteridad.»

¿Qué español no se complace al ver tan dichosa-
 mente cumplido este pronóstico, y tan generosamente
 premiados aquellos heroicos sacrificios con una Con-
 stitucion sabia, que no solo libertó entonces la pátria,
 sino que olvidada desgraciadamente por espacio de
 seis años se ha levantado mas gloriosa, recomendada
 por una experiencia que ha hecho mas conocida la ne-
 cesidad de abrazarla como único medio de salvacion.
 Crezca nuestro amor á ella y al generoso monarca que
 nos asegura su observancia, recordando los sacrificios
 de que fué fruto y premio.

Así los exponía la Junta suprema al poner en ma-

nos de los representantes de la nacion el poder y autoridad que antes habia ejercido. « Ya estais reunido, ó « Padres de la pátria, y reintegrados en toda la plenitud de vuestros derechos, al cabo de tres siglos « que el despotismo y la arbitrariedad os disolvieron « para derramar sobre esta nacion todos los raudales « del infortunio y todas las plagas de la servidumbre. « Frutos de la opresion mas vergonzosa, y de la tiranía mas injusta, son la agresion que hemos sufrido « y la guerra que mantenemos. Las Juntas provinciales que supieron resistir y rechazar al enemigo en el « primer ímpetu de su invasion, depositaron en la « Junta suprema la autoridad soberana, que momentáneamente ejercieron, para dar unidad al Estado « y reconcentrar su fuerza... Juzgad de la grandeza de « nuestros esfuerzos por la enormidad de los males « que los han precedido. Cuando el mando se puso en « nuestras manos, nuestros ejércitos á medio formar « estaban desnudos y desprovistos de todo; el erario « sin fondos, los recursos inciertos y lejanos. El déspotá de la Francia, valiéndose del reposo en que entonces se hallaba el Norte, precipitó sobre la península el poder militar que le obedece, el mayor y el « mas fuerte que se ha conocido en el mundo. Sus « legiones mas aguerridas, mejor pertrechadas, y sobre todo mas numerosas, arrollaron por todas par-

tes, aunque bien á su costa, á nuestros ejércitos « faltos todavia de destreza y confianza. Una nueva « inundacion de bárbaros, que llevaron la desolacion « por todas las provincias que ocuparon, fué el resultado de aquellos reveses: y las llagas mal cerradas « de nuestra desgraciada pátria volvieron á abrirse dolorosamente, y á verter sangre á raudales. Perdió « el Estado con esta ocupacion la mitad de sus fuerzas; y cuando la Junta, precisada á salvar el honor, « la independenciam y la unidad nacional de la impetuosa invasion del tirano, se refugió á Andalucia; « una division de 30,000 hombres se habia ya dirigido á las murallas de la inmortal Zaragoza para « sepultarse en sus ruinas... nuestras fuerzas han « combatido despues con éxito ya infeliz, ya afortunado, pero siempre con bizarría y con gloria... « nuestra intencion ha sido siempre de libertar á nuestro desgraciado rey de la esclavitud, de conservarle « un trono para el cual ha hecho tantos sacrificios el « pueblo español, y de que este sea libre, independiente y feliz. Nosotros desde nuestra instalacion le « prometimos una pátria: nosotros hemos decretado « la abolicion del poder arbitrario al anunciar el establecimiento de nuestras Cortes: nosotros en fin las « hemos congregado en esta augusta Asamblea. Tal « es, ó Españoles, el uso que hemos hecho de la auto-

« ridad y poder ilimitado que se nos confió; y cuando
 « vuestra sabiduría haya establecido las bases y forma
 « del Gobierno mas á propósito para la independencia
 « y bien del Estado, nosotros resignaremos el mando
 « en las manos que vuestra eleccion señale, contentos
 « con la gloria de haber dado á los Españoles la digni-
 « dad de una nacion legalmente constituida. ¡ Que de
 « esta reunion solemne y magnifica salgan las gran-
 « des medidas, la energia y la fortuna! ¡ que sea un
 « volcan inmenso, inextinguible, de donde se dilate á
 « torrentes el amor de la patria á vivificar todos los
 « ámbitos de esta vasta monarquía, á abrasar los áni-
 « mos en aquella consagracion, en aquel desprendi-
 « miento sublime, que son la salud y la gloria de los
 « pueblos, y la desesperacion de los tiranos! Elevaos
 « ó Padres de la patria, á la altura de vuestro noble
 « ministerio, y España, elevada con vosotros á sus
 « brillantes destinos, verá volver á su seno para su fe-
 « licidad á Fernando VII y su desgraciada familia,
 « verá á sus hijos entrar en la senda de prosperidad y
 « de gloria que deben hollar en adelante, y recibir la
 « corona de los sublimes y casi divinos esfuerzos que
 « están haciendo. »

Si, sublimes y casi divinos fueron sus esfuerzos coronados luego por la libertad y la victoria: y, no menos heroica España al repeler la exterior fuerza,

que al restablecer el sistema que con dolor vió eclipsarse, ha demostrado que si un pueblo religioso sabe sufrir con magnanimidad y paciencia, sabe tambien triunfar sin odio y sin orgullo.

NOTA VI (pág. 122). — « Todo pacto incluye
 « tambien esencialmente la idea de una sancion
 « que le haga obligatorio. »

Cuanto dice el autor en este y los párrafos siguientes, estriba en la suposicion de que el hombre excluya la autoridad y soberania de Dios, Autor y supremo Legislador de la Sociedad, que ordena la sumision y obediencia á los gobiernos legitimos, la renuncia de una independencia individual y arbitraria, y aun el sacrificio de los intereses y de la vida misma por el bien de nuestros hermanos; condiciones sin las cuales la sociedad seria un caos, privada del derecho de obligar á sus individuos á renunciar la propia voluntad por el bien general.

De esta exclusion de la divina autoridad nacen las consecuencias no menos absurdas que horribles, establecidas por el autor de los *Derechos y Deberes del Ciudadano*¹, enlazadas íntimamente con sus falsos

¹ Impresa en Cadiz, en un tomo en 8º en 1812.

principios. *Una nacion*, dice este apóstol del republicanismo mas severo, *puede ser imprudente en trastornar un orden que la hacia feliz; pero por esto no pecará contra justicia* ¹. ¿Pues que, no es la primera ley de justicia impuesta por la naturaleza al género humano, segun la filosofia, la felicidad y el bien, subordinando siempre el particular al general? ¿y podrán uno y otro ser atacados sin violar la justicia, destruir el orden, base y principio de todo bien privado y público? De aquí tambien la doctrina inhumana con que santifica la guerra civil, llamándola *á veces un gran bien* ². De aquí aquella proposicion desmentido por crueles experiencias en todos los Estados grandes: *¿quién impide que, á ejemplo de los antiguos Romanos, no suprima una nacion hasta el nombre de rey* ³?

Cotéjense estas máximas, fuentes inagotables de sangre y rebelion, con esta otra que establece en la pág. 149. *¿Qué pueblo es bastante sabio para percibir la relacion íntima y forzosa, que existe entre la libertad y las buenas costumbres? Ahora bien ¿si no conoce esta relacion íntima, cómo respetará las leyes?*

¹ *Derechos y Deberes*, etc. pág. 405.

² *Ibid.*, pág. 85.

³ *Ibid.*, pág. 297.

La Religion se la hace conocer de una ojeada, y le impone la obligacion, no solo de obedecerlas, sino tambien de amarlas, elevando su vista hácia el origen único del orden y principio del bien. Es evidente como el mismo Mably enseña, que sin leyes no hay sociedad, y que sin costumbres, de nada sirven las leyes... pero sigase adelante en el exámen y dígase si es posible tenga un pueblo costumbres, sin la moral que busca en Dios la raiz y fuerza de las obligaciones. Si en la naturaleza ha estado siempre el remedio que este autor señala á los males de la sociedad, ¿porqué siendo aquella siempre uniforme y activa no ha inspirado estos remedios á todos los hombres, en tantas épocas, en tantos siglos y á todas las naciones? Si son conocidos y lo fueron estos remedios que habian de llenar el vacio de la Religion, para organizar y conservar las sociedades, ¿por qué no se aplicaron? y si se ha hecho; ¿por qué no resultó su efecto, y los males como confiesa el autor de los *Derechos y Deberes* siempre han sido los mismos? ¿Seis mil años de lecciones no han podido poner al hombre en disposicion de cumplir con la naturaleza, perfeccionando la sociedad? Si Mably mira á Dios como autor de la naturaleza y Padre-Legislador de los hombres, no sé como pueda figurárselo tan cruel y olvidado de sus obras, que las deja caminar tan lentamente á este optimismo ideal,

señalando cada paso con la sangre de mil generaciones, con la inconstancia, falsedad é inconsecuencia de sus leyes, con... ¡ O Dios y Padre de los hombres ! ¿ que encontrarán estos hijos desnaturalizados fuera de vuestra ley, sino error y destruccion ?

¿ Vivió Mably hasta la revolución francesa ? ¿ La vió ? ¿ que comentario tan extenso podia haber añadido á sus pensamientos ! Tal vez como Guillermo Francisco Raynal, contradiciendo sus antiguas doctrinas, ó conociendo por lo menos sus consecuencias funestas, hubiera formado una sencilla y completa refutacion de los proyectos quiméricos de la falsa filosofia, y como él, hubiera convencido á los pueblos de la desconfianza con que deben oír todo lo que se les proponga, por los que, contaminados de tan funestos principios, separen la Religion de la política.

« Yo » dice Raynal, en una carta dirigida á la Asamblea constituyente en 31 de mayo de 1791, « me he atrevido á hablar á los reyes de sus deberes, y así permitidme que ahora hable al pueblo de sus errores. Quizá es muy cierto, y lo recuerdo, aombrado yo mismo, que yo soy uno de aquellos que, inflamados de una generosa indignacion contra la tiranía y el poder arbitrario, han dado armas á la licencia. Hallándome próximo al sepulcro y á dejar la Nacion francesa, cuya felicidad he deseado ardientemente ;

« ¿ que es lo que veo al rededor de mí ? Turbaciones religiosas y discordias civiles : la consternacion de los unos y la audacia de los otros : un gobierno esclavo de la tiranía popular, el santuario de las leyes cercado de hombres desenfrenados que quieren alternativamente dictarlas ó despreciarlas : soldados sin disciplina, gefes sin autoridad, ministros sin medios, y el poder público entregado á las juntas populares. La Francia toda, presenta dos partidos muy declarados, el uno de los hombres de bien y espíritus moderados, que se hallan consternados y mudos, y el otro de los hombres violentos que se electrizan, se unen y forman un volcan horrible que vomita torrentes de fuego capaces de destruirlo todo. La Asamblea se gloria de haber logrado acercarse al término de su carrera, y no está rodeada sino de una tierra que humea y tiembla por todas partes, anunciando siempre nuevas explosiones. Cuando se examinen con reflexion todas sus producciones inmaduras, se desvanecerán como un sueño ; ó si quedan subsistentes, producirán inconvenientes mayores que los abusos que pretenden destruir. ¿ Quién ha pensado, etc. »

¹ *Historia secreta del gabinete de S. Cloud, escrita en París, y traducida al castellano por un Americano.*

Comenzaba en aquella época el imperio de la filosofía, y veinte y cinco años de experiencias dolorosas convencieron á la Francia de la inestabilidad de sus proyectos. ¡O religiosa España! sola tú has sabido buscar dignamente el remedio á tus males, porque tomaste tus lecciones en el libro de la sabiduría verdadera, despreciaste las vanas é infundadas teorías de la ciencia humana, y buscaste solo en Dios el principio de toda autoridad, obligaciones, derechos y costumbres. A la luz de estas reflexiones se ve bien que la soberanía que La Mennais impugna, es aquella que excluye en el hombre, con la obediencia debida á Dios, la sumisión á toda ley y gobierno.

NOTA VII (pág. 152).— « Así el principio de-
«astroso de que todo poder viene del pueblo,
«conduce infaliblemente los pueblos, ó á no tener gobierno alguno, ú á tenerlo tirano y
«opresivo. »

Porque excluida la autoridad religiosa que obliga en conciencia á obedecer las leyes, estas quedarían al arbitrio de las pasiones. Ningun ejemplo mas convincente, ni lección mas terrible que la que ha presentado la nación desgraciada que probó inútilmente á

substituir la razón á la Divinidad, buscando en aquella una fuerza de autoridad sobre el hombre, que solo puede dar esta.

NOTA VIII (pág. 140).— « Finalmente el imperio rendido y fatigado ya por tantas discordias vino á descansar en el seno del despotismo militar. »

Otro tanto sucedió á la Francia bajo el yugo de Napoleon; y Chateaubriand explica así el fenómeno de la duración de su imperio, y aquel silencio, aquel abatimiento extraordinario de una nación levantada contra el despotismo, tiranizada sucesivamente por tantos monstruos, y al fin por la arbitrariedad militar de Bonaparte. « Los guerreros, » dijo en la tribuna de la cámara de los Pares, « los guerreros franceses extendieron el velo de su gloria sobre el espectáculo doloroso del terror. Vendaron las heridas de la patria con sus banderas triunfantes, y arrojando su espada en la balanza, sirvió de contrapeso al hacha revolucionaria. »

NOTA IX (pág. 147).— « La ruina de Car-

- tago puede servir de prueba, como también
- el saqueo de las ciudades de Epiro por Paulo
- Emilio, es un monumento de la dulzura y equi-
- dad del senado, cuyas órdenes ejecutaba este
- cónsul.

Paulo Emilio, por sobrenombre Macedónico, cónsul y general romano, habiendo vencido á Perseo, rey de Macedonia, demolió setenta ciudades del Epiro, se llevó 150,000 esclavos, y dejó el país tan desierto que sus soldados no acamparon en tiendas como acostumbraban, sino que se alojaron en las casas que quedaron desiertas. El senado premió esta acción de Paulo Emilio con los honores del triunfo y la facultad de usar, durante los juegos del circo, el vestido triunfal. Llevó atado á su carro al mismo rey Perseo.

Cartago, en la tercera y última guerra púnica que duró tres años, fué tomada por Escipion el joven. Solo quedaron vivas cinco mil personas, de esta ciudad, que por tanto tiempo había disputado á Roma el imperio del mundo. Sabida es la baja traición con que la ilustración romana se deshizo de Anibal, obligándole á tomar un veneno por la perfidia del rey Prusias.

Esto sucedió en los tiempos felices de la república romana; no fueron menores los estragos en los que la

falsa filosofía, ayudada de todas las luces y progresos de tantos siglos, dominó en la francesa. El gran Fouquier Tinville en menos de un año hizo morir 30,000 personas. Carrier quitó la vida á mas de 20,000 con aquellos barcos de su invención, en que sumergia ciento de cada vez. La humanidad se resiste á creer que la filosofía que tanto proclama la tolerancia, mientras que es menos fuerte, llegase á formar y autorizar tan sanguinarios monstruos. Júzguese si eran capaces de esta crueldad por los siguientes rasgos. Era Fouquier miembro del tribunal de los jurados por la Convencion, y sin distinción de edad ni sexo, de inocencia ni delito, enviaba al cadalso toda persona que tuviese algun derecho á la estimación pública. Presentáronle un dia un tal *Gamacho*, y haciéndole observar no era el acusado aunque tenia el mismo nombre, respondió: « No importa, lo mismo es que sea « este que otro; » y le envió al suplicio. A una viuda llamada *Maillet*, traída á su tribunal en lugar de la duquesa de *Maille*, advirtiéndole el mismo la equivocación, dijo: « No es á tí á quien queríamos juzgar; « pero lo mismo es hoy que mañana. » Le presentaron dos ancianos paralíticos, imposibilitados del uso de la lengua, y el uno de ellos sordo y ciego. No respondian, y enviándolos á la muerte, contestó á los que le hacían notar la causa de su silencio: « *El sordo ha*

« conspirado sordamente: del otro no necesitamos a la lengua sino la cabeza. » Cuando condenaba por junto una multitud de acusados sin oírlos, decía que el tribunal *había hecho fuego por filas.*

Se ha propuesto, en la *Revista enciclopédica* de Paris, el premio de una medalla de oro de 300 francos, á quien vindicare la filosofía, de las calumnias atroces que de treinta años á esta parte, no han cesado de suscitarla sus implacables enemigos. Si se trata de la filosofía verdadera, nada hay que hacer de nuevo; mas si se la considera en la acepción en que el autor impugna el abuso de sus principios: es indispensable para conseguirlo probar que los maestros de tantos errores y causadores de tantos males, no los enseñaron ni hicieron á nombre de lo que hoy se entiende generalmente por filosofía, no obraron en fuerza de sus principios, ni se formaron en su escuela. Que Rousseau, Voltaire, d'Alembert, Diderot, la Villette sobrino político del patriarca de Ferney y ejecutor de sus planes en la Convencion, con los demas colegas no fueron filósofos. Hecho esto, aun no ha probado bastante, si no destruye, no ya los libros que los acusan y la memoria de las víctimas inmoladas, sino además sus mismos escritos y doctrinas.

Hablen ellos mismos. Rousseau en su *Emilio*, después de haber quitado á su discípulo el escudo de la

Religion, único capaz de defenderle de las saetas inflamadas de las pasiones en la adolescencia, como si temiese no alcanzar á pervertirla, para despertar con mas certeza la curiosidad especialmente del sexo débil pero fogoso y ligero, poniendo en sus manos descripciones ardientes y licenciosas dice, que *la jóven que las leyere será ya una muger perdida; ó al menos lo será ciertamente cuando las haya leído.* — Voltaire escribía á Chauvelin en dos de marzo de 1764: *La luz se derrama de tal modo de unos en otros que brillará en la primera ocasion... De aquí á veinte años,* escribía á su amigo d'Alembert, *Dios perdió su juego.* — ¡Qué no debe esperar el siglo que ha de seguir al nuestro! escribía Federico á su amigo Voltaire; la segur está á la raíz del árbol... los filósofos se levantan contra los abusos de una *superstición reverenciada.* — Este edificio va á hundirse; y las naciones escribirán en sus anales, que Voltaire fué el promotor de esta revolución. El sofista rey vió tambien á Voltaire colmado, saciado de gloria y vencedor del *infame* (esta era la contraseña para distinguir á Jesucristo nuestro Dios y Señor) montar al Olimpo sostenido por los genios de Lucrecio.

« Si fuese posible, » decía Luis de Wurtemberg, el segundo de los tres hermanos que fueron duques de Wurtemberg, escribiendo al sabio y virtuoso abate

Pey, « que yo dudase de la unidad divina de la Religión católica, se me disiparía toda duda, solo con acordarme de la profunda maldad, que he conocido personalmente, hallándome en París, en los gefes del filosofismo ligados para destruirla. » El lord Walpole encargado de negocios en la corte de Francia por Inglaterra, escribía en 28 de octubre de 1795 al feld-mariscal Conway: « Hablaros de los filósofos y de sus sentimientos, sin duda que os parecerá un pliego político de una materia desusada. Pero ¿sabeis por ventura lo que quiere decir esta palabra? Lo primero que aquí significa es casi todo el mundo: en segundo lugar, unos hombres que con el pretexto de la guerra que hacen al catolicismo, se dirigen unos á la subversion de toda religion, otros, y este es el mayor número, á la destruccion del gobierno monárquico. »

Si se duda aun del influjo de estos corruptores de la moral pública por sus doctrinas y ejemplos en los desórdenes, males y errores que afligieron la Francia, y amenazaron trastornar todas las ideas de religion y autoridad, en todas las naciones y en toda forma de gobierno, consideremos la teoría aplicada á la práctica.

Cárlos La Villette, casado con la sobrina de Voltaire, ciego adorador de este mas que discípulo, y miembro de la Convencion, reclamó la proteccion de las leyes

á favor de las jóvenes que se prostituiesen, pidiendo premios para ellas¹. Propuso no solo el divorcio, sino la independencia de la muger al marido, y que toda viuda y soltera en estado de mayoría que tuviese las condiciones necesarias en el varon para ser ciudadano, fuese admitida á votar y resolver en las asambleas primarias. Pidió se alejase de los enfermos en sus últimos instantes los consuelos y auxilios de la Religion, achacando á esta y sus ministros la causa de la muerte de muchos, y diciendo que la extrema Uncion es un aceite funesto y dañoso, porque enfria el cuerpo, débil ya, del moribundo².

Si alguno hay tan obstinado que afecte dudar que Cárlos La Villette recibiese estas lecciones en la escuela de la filosofía, hable él mismo. « Los gefes celestes é invisibles que dirigen entre nosotros la marcha de los acontecimientos son la justicia, la razon y la santa igualdad. He aquí nuestros guias, nuestros dogmas y nuestros dioses. Los autores filósofos han sido los misioneros. Voltaire es en casi todas sus páginas un verdadero demagogo... si ha acariciado á los reyes y á los grandes, lo ha hecho porque necesitaba de su apoyo contra el odio de los fanáticos, hipócritas y tontos,

¹ *Lettres choisies de Charles La Villette*, p. 40, 41 y 46.

² *Ibid.* p. 89.

« para echar mas fácilmente por tierra y con mas seguridad los charlatanes de la Iglesia y toga; etc. »
 Por instigacion de La Villette se verificó la sacrilega procesion de los restos impuros del apóstol de la impiedad, cuya descripcion forma ², diciendo que su apoteosis era el hombre á la *imagen de Dios*. « Los escritos voluminosos de este filósofo, » añade ³, » son « ya una nube misteriosa, ya la columna de fuego que nos han conducido entre las preocupaciones innumerables que embarazaban los progresos del espíritu humano. La Francia no contaba ⁴ mas de cuarenta filósofos; lo demas todo era credulidad ó engaño; Voltaire escribe, y la luz se derrama en todas las almas. Nuestra gloriosa revolucion es el fruto de sus obras ⁵. Reinaria aun el fanatismo en el seno de la capital, si él no hubiera formado filósofos. Filósofos son los que han dado los decretos, filósofos son los que los han propagado y defienden. » Finalmente celebra la destruccion total del Cristianismo, apoyándose en el cálculo de un tal Craig, y diciendo que para el año de 3405 no habrá motivos razonables para creer en él.

¹ *Lettres choisies de Charles La Villette*, p. 126.

² *Ibid.* p. 174.

³ *Ibid.* p. 176.

⁴ *Ibid.* p. 184.

⁵ *Ibid.* p. 61.

Cita despues á Pedro Peterson que resuelve el problema asegurando que para el año de 1789 (escribia esto la Villette en 1791.) la Religion dejaria de ser creíble¹.

La Croix que sobrevivió á la revolucion y fué testigo de ella, empeñado en su tratado sobre la educacion en formar la apologia del sistema filosófico, confiesa á mas no poder los estragos que hizo; y tributa homenaje á la heregia, maestra y precursora de la impiedad, con estas palabras: « Si los reformadores de la Iglesia en el siglo XVI, por las turbaciones que engendraron sus opiniones han causado grandes males, la independencia que han hecho brotar en los espíritus ha tenido tambien efectos felices², » y cita el capit. 13 de la Decadencia del Imperio romano, por Gibbon, y las obras premiadas por el Instituto, en cuya cabeza debe colocarse el Ensayo sobre el espíritu é influjo de la reforma de Lutero por Cárlos Willers.

La civilizacion pues no ha alcanzado, ayudada de las ciencias á suavizar las doctrinas filosóficas, que aplicadas al régimen social, luego que excluyen la Religion, causan los mismos males en todos tiempos, y

¹ *Lettres choisies de Charles La Villette*, p. 255.

² *Essai sur l'Enseignement en général*, par S. F. La Croix, pág. 43.

bajo cualquier forma de gobierno. Lo que se vió prácticamente en los tiempos felices de las repúblicas griega y romana, y en nuestros días de la francesa. Jamas se puede perder de vista á los Romanos en estas materias, como decia Montesquieu; sus instituciones se sostuvieron por tan largo tiempo cuanto el pueblo romano fué el mas religioso de todos los pueblos. Las dos pasiones que con mas imperio obran en el corazon del hombre son el interes y la esperanza. La Religion gira sobre estos dos ejes. Curcio no se habria arrojado á un abismo para salvar su patria, si no hubiera mirado su generoso sacrificio como un medio indudable de colocar su alma entre los genios inmortales, en una morada feliz, desde la cual seria testigo de la gloria de sus hijos.

NOTA X (pág. 177). — « El pueblo excluyó del número de los ciudadanos á los bastardos. »

Pericles condenó cinco mil bastardos á ser vendidos como esclavos.

M. Fievée, en una carta dirigida al Ministro Secretario del interior en 24 de febrero 1815, siendo pre-

fecto del departamento de Nievre, se lamentaba de la infeliz suerte de estos desgraciados, diciendo se multiplicaban los expósitos en términos que faltaban ya los recursos, que los niños bastardos corrian por las calles enteramente desnudos, se multiplicaban los procesos, etc. ¹.

NOTA XI (pág. 179). — « Estos infelices, á quienes se escaseaban hasta los alimentos mas groseros, fuera del tiempo del trabajo, vivian encadenados en el campo, en una especie de subterráneos infectos, donde apenas penetraba el aire. »

No eran mas humanos los Griegos. Las leyes de Licurgo autorizaban á los amos para tratar inhumanamente á los Ilotas, nombre que daban á sus esclavos. Los Lacedemonios, temiendo que multiplicándose esta raza llegase á hacerse temible, hacian morir á muchos, ó los oprimian con trabajos enormes. Muchas veces para que sus hijos no se aficionasen al vino, embriagaban á los Ilotas, y en esta disposicion los trataban indignamente. Tucidades refiere de los Lacedemonios

¹ *Correspond. polit. et administr.*, part. II, pág. 30.

este rasgo de la perfidia mas detestable. Temerosos de que la guerra del Peloponeso diese ocasion á que se rebelasen los esclavos, publicaron concederian la libertad á los que se mostrasen mas valerosos contra los enemigos. Su intencion era descubrir por este medio los mas esforzados, y deshacerse de ellos como mas peligrosos. Separaron dos mil, los llevaron de templo en templo, para dar gracias á los dioses por la libertad obtenida, y despues les quitaron la vida. Habia en Atenas veinte y un mil ciudadanos y cuatrocientos mil esclavos; de modo que correspondian á veinte por ciudadano¹. Tito Minucio, caballero romano tenia cuatrocientos²: un cierto Cecilio cuatro mil³. Por consiguiente la filosofia veia como muy natural que la vigésima parte de los hombres esclavizase el resto.

El erudito P. Marquez en su *Gobernador cristiano*, describe asi el tratamiento de los esclavos por los gentiles⁴: « Fué tiranísimo y contra toda razon y orden de naturaleza; porque no se puede tomar en la boca los vergonzosos y deshonestos tratamientos que los antiguos hacian á sus esclavos... y en cuanto á las cruel-

¹ ATENEO, lib. VI, cap. XX.

² SENECA, *De Tranqui*, cap. VIII.

³ PLINIO, lib. XXXIII, cap. X.

⁴ *Epist.* VII, lib. I. *Epist.* XCV, lib. XV.

dades que se usaban con ellos, no está escrita la milésima parte; y los historiadores no hablan de ellas, sino donde les fuerza la ocasion; ni tenemos historias sino de las gentes mas dulces y blandas de corazon que ha habido en el mundo. Y con todo, (como dice Columela, lib. 1^o) les hacian labrar la tierra, encadenados, como se hace en Berbería, dormir en los mas profundos fosos, retirándoles las escaleras, como se usa en todo el Oriente, con temor de que huyesen de las mazmorras, ó pusiesen fuego á las casas, ó matasen á sus amos. Quebrar un vidrio les costaba la vida, como consta del esclavo de Vedio Polion, que por ello dice Dion fué echado en el estanque de las murenas, sin que le pudiese valer Augusto César, que comia convidado á la mesa.... Tertuliano dice, hacia esto Vedio, porque siquiera de segundo lance le viniese á parar la sangre de los esclavos en el plato. » (*Lib. de Pal.* c. 5.)

El Cristianismo desde su cuna elevó al esclavo á la clase de hermano, y mandó tratarle como tal por boca de S. Pablo. No, decia el apóstol recomendando á Filemon su esclavo Onésimo, no le trates ya como á siervo, sino como á un hermano que lo es tuyo en la carne y por Jesucristo.

Séneca se lamentaba de que la vida del hombre, que debia ser sagrada para el hombre le sirviese de diversion: *Homo sacra res homini jam per lusum et jocum*

*occiditur*¹. Compárese este sublime esfuerzo de la filología pagana con la sencillez amorosa de la doctrina cristiana. « Dos leyes de Jesucristo, » dice Bergier, « llenan la energía de la sentencia del filósofo. *Bautizad todas las naciones... comed mi carne y bebed mi sangre.* En virtud de estas palabras, el hombre el igual en dignidad á cualquier otro hombre; se sienta á la misma mesa con aquel que pretendía dominarle. Entre vosotros, dice S. Pablo, ya no habrá distincion entre el extranjero y el ciudadano, entre el señor y el esclavo, el sexo débil y el fuerte, todos componeis uno solo en Jesucristo. (*Ad Galat. III, 28.*) Instruido el fiel con estas leyes y sus consecuencias, atentará á la libertad de su hermano, ó se recreará con el espectáculo de su muerte?² »

El Cristianismo despojaba á los amos del poder absoluto é ilimitado que usaban sobre la vida, costumbres y aun sobre las facultades naturales de sus esclavos. Por el bautismo recobraban estos los derechos de la humanidad, porque les reducía á una obediencia justa y racional, y les autorizaba para tratar con sus amos como hermanos; como consta por las cartas de

¹ *Epist. VII, lib. I. Epist. XCV, lib. XV.*

² BERGIER. *Traité de la vraie Religion*, tom. X, pág. 531.

S. Pablo. Las leyes de Constantino son una prueba de la revolucion que obró el Cristianismo, en las ideas que eran comunes entonces, acerca de esta importante materia. Los filósofos se lo han acriminado como un atentado contra el derecho público¹; y esto, echando en cara á la Religion cristiana al mismo tiempo que no ha hecho nada por la abolicion de la esclavitud. Esta sola contradiccion deberia cubrirlos de confusion.

Las nociones de justicia y humanidad que hizo nacer el Evangelio entre los hombres, les dieron la primera idea del derecho de gentes; los filósofos nunca la tuvieron. Se supo entonces que la guerra tiene por objeto defenderse y no atacar, conservar y no destruir; que el soldado es un protector y no un asesino; que un pueblo que consiente en obedecer y conservarse en paz dejó de ser enemigo. Desde aquella época no se oye hablar, si no es en la irrupcion de los bárbaros, de las horribles devastaciones que hacen estremecer á quien leyere su historia. Perdieron las guardias pretorianas el privilegio de asesinar al emperador, de vender el imperio, de saquear las provincias; se esta-

¹ *Tableau des SS.*, part. II, cap. VII, pág. 96. *De la Félic. publ.*, secc. II, cap. IV, pág. 200. *Hist. des établ. des Europ. dans les Indes*, tom. I, lib. I, pág. 4.

blecieron los derechos de sucesion y no se vió mas ensangrentado el trono'.

NOTA XII (pág. 185). — « De aquí los monstruos de atrocidad y de libertinage; de aquí los juegos del circo y las submersiones de Nantes. »

Carrier, diputado de la Convencion, anunció su llegada á Nantes en 8 de octubre de 1793 con esta humanísima proclama: « Vengo á hacer un cementerio de esta parte de la Francia mas bien que á re-generarla. » Para verificarlo inventó aquellos barcos que sumergiéndose en el Loira, ahogaban cien personas de una vez. Realzando la atrocidad con bufonadas insultantes, llamaba casamientos republicanos la union de un hombre con una muger que, atados fuertemente, hacia arrojar en el rio. No perdonó ancianos ni niños de diez ú doce años; sacerdotes, ricos, todo lo que presentaba un carácter de probidad ó virtud fué inmolado. « Pueblo, » gritaba, « toma tu maza para acabar con los hombres opulentos, empuña el sable para sepultarle en el corazon de los sacerdotes. »

BERGIER. *Traité de la vraie Religion*, tom. XI, pág. 429.

« los nobles y los ricos. » Este y Fouquier perecieron como sus víctimas, pero no tan cruel é injustamente.

NOTA XIII (pág. 185). — Deuda fatal que con mucha frecuencia se cierra sobre el cadalso ú con el suicidio. »

La filosofía que tanto aparenta elevar al hombre, desprendiéndole de toda autoridad, acaba por hacerle menospreciable á los otros y á sí mismo. Rousseau que formó la apología del suicidio, acabó poniendo en práctica sus lecciones, segun algunos; y sus principios tan extendidos en Francia, producen diariamente iguales frutos. En el año de 1819 se verificaron solo en Paris 376 suicidios y en el de 1818 fueron 330.

NOTA XIV (pág. 187). — « Y esta es la razon oculta de la preferencia que la filosofía da en su aprecio á las ciencias físicas sobre las morales. »

La Croix defendiendo como puede la causa del filo-

sofismo, en el discurso preliminar de la citada obra (*Essai sur l'enseignement*), y disculpando los males que causó en la revolución francesa, recuerda las causas gravísimas que merecieron á las letras la protección del gobierno. « Muy pronto, » dice, « obligados á « sacar de nuestro propio suelo casi todos los géneros « de provisiones para ejércitos numerosos, llamamos á « nuestro socorro la química para convertir en salitre, « la tierra de nuestras habitaciones y las ruinas de los « edificios, y para preparar el acero necesario en « nuestros talleres de armas; estos servicios que seria « prolijo referir por menor, » (sin duda los citados serian los mas importantes, á no ser que entre los omitidos, cuente la invención de la guillotina y los barcos de Nantes) « defendieron tan elocuentemente « la causa de las ciencias, que la Convencion nacional « pensó en reorganizar la enseñanza. » ¡Qué apología! ¡Qué gobierno! obra aquella y este de la filosofía. Para que piense la Convencion en que es útil la educación, es necesario convencerla de que puede contribuir á destruir hombres, defendiendo el gobierno de los mayores enemigos de la humanidad que jamas se conocieron. ¿En el siglo de Luis XIV, se defendia así en Francia la causa de las ciencias? ¿Los sublimes conocimientos, que tanto hablan á su favor por boca de La Croix, eran desconocidos hasta enton-

ces, ó no habian llegado á noticia de aquellos antropófagos?

NOTA XV (pág. 188).— « Los pueblos no se « conservan ni reaniman sino por las creen- « cias. »

Esta es la opinion tambien del hábil publicista Fievée : « Si no hay doctrinas públicas en el Estado, cada uno « profesa las opiniones que encuentra mas á su gusto; « pero ; infelices los Estados en que todas las opinio- « nes son libres! Las naciones se hacen mas fuertes « por las doctrinas que con sus ejércitos : si esta ver- « dad es irrecusable, toda opinion que se dirija á tras- « tornarlas, á destruir las doctrinas del Estado, es el « mayor crimen político...

« Nuestras opiniones son lo que hay mas vivo en « nosotros, porque son hijas del orgullo tan natural « al espíritu humano; obramos mas por ellas que por « nuestros propios intereses; nos conducen sin que lo « advirtamos, y nos deciden aun antes que hayamos « tenido tiempo para reflexionar. Diciendo que el « hombre no es fuerte sino por lo que cree, no se hace « mas que expresar en otros términos esta verdad del « Evangelio tan aplicable á la política como á la Re-

« ligion : Solo la fe puede salvarnos¹. » Este hábil político confirma prácticamente sus principios, observando que solo en tres ocasiones tuvo á su favor Bonaparte el consentimiento y aprobacion de todos los Franceses : en su primer concórdato, en su consagracion por el Papa y en su casamiento con la archiduquesa de Austria, porque en estos tres actos se creyó ver la destruccion de los agentes y de los principios revolucionarios.

NOTA XVI (pág. 191). — « Los golpes dados en Europa á la sociedad y á la Religion, resuenan todavia en este instante en las playas de América, y hasta en el fondo de sus inmensos bosques ensangrentados. Si; han sido castigados los hombres, ni aun el orgullo se atreverá á negarlo: han sido castigados, como nunca lo han sido hombres; ¿pero se han enmendado?»

No exagera el autor, de cuyos tristes temores, por los efectos de las malas doctrinas, participa Fievée en este pasage. Oigámosle y demos gracias al Señor que

¹ *Correspond. polit. et administ. commencée en moi 1814.* part. I, p. 34.

por la unidad santa de nuestra creencia católica, declarada, defendida y afianzada por la sabia Constitucion que hemos jurado, si la observamos, estaremos á cubierto de errores que tan altamente provocaron y atrajeron sobre aquella nacion la cólera de Dios, tanto mas riguroso en sus castigos cuanto mas sufrido en su paciencia. No sean inútiles nuestras observaciones; saquemos provecho de ellas. *Fæminis lugere honestum est, viris meminisse*, dice Tácito.

« Esta es una de las cosas que mas me contristan para lo futuro; porque todos los pueblos y todos los siglos están acordes en que la divina justicia no puede desarmarse sino con el arrepentimiento; y lejos de arrepentirse nadie en Francia, ni aun se quiere confesar que hemos cometido el menor yerro. Sin embargo, ¿ es posible que hayamos amontonado tantos delitos y extravíos, unos sobre otros, conservando todos y cada uno toda nuestra inocencia?»

« No fué ciertamente Luis XV, quien protegió los escritores filósofos, que echaron por tierra las antiguas doctrinas del Estado con aplauso de todas las clases de la sociedad, y que prepararon tan bien nuestros males, que es imposible citar un solo hecho de los mas odiosos de aquella época, cuyo consejo y excusa no se halle en los libros del siglo XVIII. « No fueron los parlamentos encargados de la alta po-

« licia del Estado los que protegieron los escritores
 « precursores de la desgracia; y sin embargo el afán
 « por estos libros detestables y fastidiosos para quien
 « tenga buen sentido, ha hecho cejar la autoridad.
 « Sin institucion, sin doctrinas, aislados y no forman-
 « do ya nacion, abandonados de un todo á la Conven-
 « cion, ¿reconocimos la justicia divina que nos per-
 « seguía? ¿Y cuando esta se suspendió un instante
 « como para examinar nuestras disposiciones, corri-
 « mos al templo á implorar la clemencia de Dios?
 « ¿Manifestamos el menor arrepentimiento? No; solo
 « hicimos ver el pesar que nos causaba vernos privados
 « de ciertos deleites frívolos; y en los espectáculos,
 « en los bailes que llamaban *de las víctimas*, porque
 « era moda presentarse en ellos con el cabello cortado
 « como lo llevaban los que morian en el cadalso, en
 « reuniones consagradas á los deleites, es donde,
 « se pretendió reconstituírnos en nacion, acusando á
 « nuestros verdugos, y sin ocurrirnos siquiera que
 « nuestra ligereza, que carece de ejemplo en las his-
 « torias, debia enardecer á otros nuevos verdugos.
 « Así no nos faltaron desde esta época¹. »

NOTA XVII (pág. 196). — « Cuando un pue-

¹ *Correspond. polit. et administ.*, par M. Fiévée. part. III, pag. 53 y 54.

« blo no cree ya cosa alguna, su culto es una
 « declaracion pública del ateísmo ú de la incre-
 « duldad. »

El autor de los *Derechos y Deberes del Ciudadano* cae, á mi sentir, en este extremo peligroso, cuando confundiendo en realidad todas las religiones, aunque aparentando distinguir la verdadera revelacion, deja en último recurso, por juez único y privativo de los misterios y la moral, la razon en cada miembro del Estado¹. Porque si este exámen compete á todos y cada uno; si la voluntad de cada individuo que tiene distinta razon, educacion y luces, que ve de distinto modo, que dejándose dominar de las pasiones ni ann quiere oír la verdad, se decide á desconocer y despreciar todo culto y creencia, ¿cuál será el fundamento del culto y la moral? ¿y qué juzgaria la razon, aun cuando no la ofuscasen las pasiones, de una moral de la cual dice el autor: « La moral de los eclesiásticos está « casi reducida á algunas prácticas de mortificacion, « supersticiosas, monacales, y propias para hacer á « los hombres esclavos, tristes, groseros y sufridos? » La refutacion de esta miserable calumnia está escrita

¹ *Tratado de los derechos y deberes del ciudadano*. p. 129.

² *Ibid.* pág. 167.

y habla en el corazón de cualquier católico por desareglado que sea en sus costumbres.

NOTA XVIII (pág. 198). — « La imposibilidad de una destrucción completa, fué la que impidió que el fanatismo filosófico diese á Europa el mismo espectáculo, que en otro tiempo habia dado en Egipto el fanatismo musulmán. »

Muchos de los diputados de la Convencion dejaron los nombres impuestos en el sagrado bautismo, por los de antiguos filósofos; y Chaumette, uno de ellos, daba esta razon poderosa. « Yo me llamo Anaxágoras, porque en el antiguo régimen, mi imbécil padrino, que creía en los santos, me puso Pedro Gaspar; pero ahora no quiero tener otro patrono que un santo que fué ahorcado por su republicanismo. » Fué uno de los autores de las procesiones ridiculas y sacrílegas que llamaron *Fiestas de la Razon*. Mandó quemar todos los libros devotos y los cuadros que representaban objetos de piedad, y con Hébert y Maribon Montaut pretendió y propuso se incendiasen todas las bibliotecas y monumentos públicos.

NOTA XIX (pág. 199). — « Cuando el hom-

bre no reconoce mas autoridad, mas ley, ni mas Dios que su razon; para representarla dignamente, fué preciso buscarse todos los vicios y delitos personificados en un mismo ser vivo, y este simulacro horroroso se encontró en las pocilgas de la prostitucion. »

Esto es lo que llamaban *Fiestas de la Razon*. Se reducian estas á derrocar del santuario las imágenes, que arrastraban por los lodazales, y en su lugar colocar á las ramera mas indecentes, las que con ademanes lascivos se hacian adorar de la turba que las cantaba himnos: quemaban incienso en su presencia, y despues las paseaban en triunfo dirigiéndolas sus preces: y á este cúmulo de sacrilegios llamaron *Fiestas de la Razon*. (Véase *Historia de la Revolucion de Francia*, por D. Francisco Grimaud, impresa en Madrid en 1844, t. 4, pág. 58.) Voltaire habia ya enseñado que un acto impuro cometido en presencia del pueblo, y con el aparato de una solemnidad religiosa, era la accion mas santa y noble con que podia darse culto á Dios, citando en su apoyo las obscenidades execrables de los antiguos gentiles en sus fiestas religiosas.

NOTA XX (pág. 206). — Se embistió hasta con

« el principio de la población, concediendo
« premios públicos al libertinaje. »

La ley autorizaba para vivir con el fruto de la corrupción de las costumbres públicas, como de un oficio, á cualquiera muger perdida que queria traficar con su honor; y bastaba, para que se la absolviese, la confesion que hacia ante el juez de esta profesion detestable: « Id, » dijo á una de ellas benignamente uno de aquellos Catones, « usad de vuestra libertad, pero no tur-
« beis el órden. » Co.no si poner en pública subasta por una parte, y estimular por otra una disolucion que es el azote de todas las virtudes y el incentivo de todos los delitos, no fuese el último ultrage que pudiera hacerse al órden social.

No se hacia pues este vergonzoso tráfico en la obscuridad, sino que, colocado bajo la salvaguardia de los magistrados, y sin otros inspectores de su conducta que los que la aprobaban, en medio del dia se derramaba por las ciudades un mundo de prostitutas, corrían como enjambres á las puertas de los teatros, inundaban las plazas y paseos públicos, persiguiendo del mismo modo la juventud que la edad madura y la crédula inocencia¹.

¹ Véase PROYART, *Louis détroné*, pág. 343.

NOTA XXI (pág. 206). — « Tuvo el ateísmo sus
« apóstoles, y la anarquía sus *Seides*. »

Seide, asesino y parricida en la tragedia de Voltaire titulada *el Fanatismo*. Juan de Bry, en el furor de las convulsiones horribles con que la impiedad filosófica agitaba la Francia, pretendió se formase un batallón de 1200 asesinos con el nombre de tiranicidas, destinados á quitar la vida á todos los reyes de Europa, ó gefes de los diferentes Estados. (Véase *Histoire philosophique de la Révolution française*, por Desodoards.)

NOTA XXII (pág. 252). — « El Cristianismo
« no solo obedece al poder, sino que le ama
« porque viene de Dios y le representa en la so-
« ciedad. »

Desodoards, en su obra *Histoire philosophique de la Révolution française*, t. V, p. 12, para explicar bien el significado de esta palabra *poder* dice crea una voz nueva que expresa una idea nueva, propia para explicar la fuerza motriz que debe haber en toda clase de gobiernos. A saber: *poder dirigente*. En este, añade, se encuentra el resorte político, cuya acción trae á un

centro comun intereses muchas veces discordes. Es admirable la explicacion que despues da en la página 14, y parece tomada en un todo de la constitucion española. Por tanto me parece oportuna y puede ser agradable á los lectores.

Despues de haber explicado las diversas formas de gobierno antiguas y modernas, hablando del representativo que gradua de mas perfecto dice: « En el hombre existe un solo agente que es el alma. En un Estado existe un solo poder público que es el soberano. De esta fuente única se derivan las autoridades dirigentes, ejecutiva, legislativa, judicial, militar, etc., todas subordinadas á la soberanía. El poder público puede dividirse en cuanto al modo de su ejercicio.... La institucion de un magistrado supremo, revestido del poder dirigente es un efecto necesario de toda agregacion social. Sin esta institucion, el cuerpo social no subsistiria mucho tiempo; este magistrado supremo es la cabeza del Estado.

« Su persona debe ser sagrada é inviolable. Sin este privilegio, le seria imposible desempeñar sus augustas funciones. Sus acciones están fuera de las facultades de los tribunales y aun de cualquiera otra autoridad, porque habla á nombre de la ley; es el órgano de la voluntad general. Debe rodearle un grand brillo exterior: es muy conforme á razon que

« todo lo que es bueno y santo, parezca emanar de él, que sea él el que distribuya los honores y gracias, que las leyes se publiquen y se haga la justicia en su nombre, que decida de la paz y de la guerra...

« El poder dirigente es ya ejecutivo, ya imperativo, es imperativo cuando se trata de sostener fuera la gloria nacional, y dentro de traer al orden las corporaciones é individuos que se separen de él; es ejecutivo con respecto á las leyes hechas. Yo considero al gefe de un Estado como un genio tutelar, temible solo á los malos. Sus funciones conciliadoras le acercan á las inteligencias celestiales; no puede ni debe hacer mas que el bien. Si él no establece leyes, si no retarda su marcha, arregla los resortes y dirige al juez en el ejercicio, de sus penas funciones. Al frente de los guerreros durante las hostilidades, es émulo, testigo, juez y remunerador de sus buenas acciones... En paz es el lazo que reúne los cuerpos de la sociedad. En todas partes es la imagen del Ser supremo que quier e el bien de los hombres y que le prepara sin contrariar por eso su libertad.»

NOTA XXIII (pág. 255). — « En todas partes donde se introduce el Cristianismo produce los

« mismos efectos; y en el instante que se retira,
 « entra la barbarie á reemplazarle. Civilizó hace
 « tiempo una parte del Africa y del Asia: quince
 « siglos despues convirió en hombres á los an-
 « tropófagos del Nuevo-Mundo. »

Esto mismo explica, en la opinion de Mr. de Bonald, la facilidad con que las naciones salvages se han convertido al Cristianismo. « La civilizacion, » dice, « que no es mas que la Religion cristiana aplicada á la sociedad civil, es el estado natural, y el único natural de la sociedad; y todo pueblo cuyo espíritu no esté muy preocupado por doctrinas falsas, ó cuyo corazón no esté excesivamente corrompido, entiende naturalmente su idioma y le traduce del mismo modo al propio. La Europa ha visto un ejemplo, para siempre memorable, de la vuelta de un pueblodegerado á la civilizacion. Los pueblos del Paraguai instruidos, antes que en otra materia alguna, en la ciencia de la Religion y el orden, no tardaron en aprender nuestras artes y agricultura, y sin perder nada de la sencillez preciosa de su primer estado, adquirieron en poco tiempo todos los conocimientos necesarios al hombre civilizado'. »

¹ *Histoire de la Session de 1815*, tom. I, pág. 345.

NOTA XXIV (pág. 250). — « Cuantos hay que insultan esta Religion santa y la deben tal vez la vida. »

D'Alembert era uno de estos. La debió á las apariencias de una muerte próxima y á la caridad del comisario que, hallándole recién nacido en una calle, temiendo espirase antes de llegar á la inclusa, le entregó á una muger pobre que le crió.

NOTA XXV (pág. 291). — « Casi todos murieron mártires de este sacrificio heroico. »

Cádiz en esta última epidemia de 1819, cuando todavía el azote no se habia extendido por sus barrios, vió salir de los cláustros, sacerdotes que volaron á ofrecerse para reemplazar los que ya habian sido victimas del contagio en el hospital militar de San Carlos, faltar de auxilios espirituales por la multitud de enfermos del vecindario de San Fernando y escasez de ministros. El Sr. teniente Vicario, á las pocas horas de la invitacion que hizo á los Sres. Sacerdotes, se vió obligado á escoger y decidir por sí, entre los que se presentaron, para terminar la santa rivalidad de su

celo apostólico, y en aquella misma tarde pasaron á la Isla con este destino dos religiosos franciscanos, capuchino uno y otro observante. Encendido despues el fuego devorador del contagio en esta plaza, todo Cádiz presenció y celebró los heróicos sacrificios de ambos cleros; y todos fueron testigos de la conducta que observaron al rededor de enfermos que, abandonados por los suyos, recibieron de los ministros de la Religion los auxilios que necesitaban y que, sin sus esfuerzos, no hubieran encontrado. La comunidad de Capuchinos de San Lucar se encargó espontánea y generosamente de la conduccion y enterramiento de los cadáveres de los contagiados, confiada antes á presidarios, substituyendo á costa de su peligro y trabajo y en las precisas horas del descanso al interes y fuerza, medios únicos que obligaban á aquellos á desempeñar este cargo, la caridad, la decencia, y el respeto debido á unos cuerpos, que fueron templos del Espíritu Santo. Gacitanos, vosotros lo celebrásteis entonces; y la edificacion, no una lisonja inútil, dictó vuestras palabras¹. Igual ejemplo dieron doce virtuosos jóvenes de los mas acomodados de Chielana, habiendo hecho al efecto un féretro á su costa². Hoy que el azote aun mas horro-

¹ Diario de Cádiz de 7 de noviembre de 1819.

² *Ibid.* de 17 de octubre.

roso de la peste de Levante affige á los pueblos de Sonservera y Artá en la Isla de Mallorca, coge tambien la humanidad los frutos de las generosas lecciones del Cristianismo. « Ha sido necesario resistir al celo de su « Illmo. Prelado y otros dignos sacerdotes, que pre- « tendian exponer sus vidas, volando al socorro de « aquellos infelices, despues de haberles proporcionado « toda clase de auxilios. Solo se ha admitido el sacrifi- « cio generoso de cinco observantes franciscanos que « se juzgaron suficientes¹. » Mas persuade un hecho de estos que cien páginas escritas contra una Religion divina, que enseña á los hombres á desprenderse de tal modo de si mismos por el bien de sus hermanos, conforme al ejemplo y precepto de su Maestro.

NOTA XXVI (pág. 292).— « Nada ha per- « donado la razon humana de cuanto habia « creado la fe en favor de la humanidad. ¿ Y con « cuánta profusion no habia multiplicado el « Cristianismo estas instituciones tiernas y tan « eminentemente sociales. »

La salud del pueblo es la suprema ley. Dice

Diario de Cádiz de 28 de mayo de 1820. *Miscel.*

tanto esta máxima, ofrece tantos medios para la felicidad del hombre en sociedad, como esta sencilla definición de la Religión cristiana que formó S. Juan Crisóstomo? « Esta es la regla del Cristianismo, » dice, « esta su definición exacta, este su primer intento y « supremo interes, consultar ó proveer, mirar por el « bien público. » *Hæc est Christianismi regula, hæc illius exacta definitio, hic vertex suprâ omnia eminentis, publicæ utilitati consulere.* Este espíritu mismo comunicó á sus instituciones, consagrándolas todas á la utilidad pública, y ofreciendo en ellas recursos, remedios y consuelos á cuantos géneros de males, necesidades y desgracias pueden afligir al hombre. No hay en él, institucion alguna que no tenga por objeto remediar algun mal, ó proporcionar consuelo, y por distintas sendas conducir al hombre á la perfeccion, por el camino mismo que le consagra á la utilidad pública.

NOTA XXVII (pág. 294). — « Nunca olvidemos esto, la Religión es la educacion única del pueblo. Sin la Religión nada sabria, nada especialmente de lo que importa mas á la sociedad que sepa, y á él mismo saber. »

El autor desenvolvió esta máxima con su acostumbrada solidez y elocuencia, en un discurso que se insertó en el primer tomo del *Conservateur*, y cuya lectura puede ser tan útil á la piedad como á la política.

DE LA EDUCACION DEL PUEBLO.

Es uno de los mas peligrosos errores de nuestro siglo no considerar al hombre mas que en sus relaciones con el hombre, y separar enteramente la sociedad presente de la futura, á la cual se refiere todo en los designios de Dios y en el orden que ha establecido. En este plan esta sociedad pasagera no tiene fundamento alguno, á nada se liga, como ni el hombre mismo. Obligada á crearse, fuera de su naturaleza, un nuevo modo de existir, camina á la ventura de uno en otro ensayo, de revolucion en revolucion, y atraviesa asombrada regiones desconocidas; como si se viese perseguida de un genio funesto y enemigo de su dicha y reposo. Bajo el imperio exclusivo de las constituciones humanas que no cuenten con Dios, no hay ninguna autoridad, porque el hombre no tiene derecho para mandar al hombre; no hay obligaciones, porque ¿qué razon puede darse para que el hombre deba alguna

cosa á otro hombre? De aquí un desórden absoluto, de aquí la muerte. Tal es el término fatal á que corren precipitadamente las naciones por aislar á Dios con sus leyes é instituciones políticas. ¿Y este punto no será la causa oculta de las agitaciones que fatigan á Europa ha mas de treinta años? Me parece difícil no eche de ver cualquiera, en la mayor parte de los pueblos, no sé qué inquietud vaga que les impele á la variacion, al descontento, y á mirar como un trabajo penoso el existir. Se cerraron las fuentes de la vida, y en vano se buscan otras nuevas. Esto es lo que se llama el movimiento del siglo, progreso de las luces y civilizacion; palabras pomposas con que cubrimos nuestra irreparable miseria; pero nuestro orgullo envilecido con esto se da por contento; pone un manto de púrpura sobre un esqueleto horroroso, y vele aquí satisfecho.

Entre tanto, á pesar de estas luces, el pueblo en muchos lugares sepultado en una ignorancia salvaje, sin religion porque se la han arrebatado y parece temen volvérsela, sin fe, sin freno, ardiendo en pasiones determinadas á saciarse á toda costa, destruye lo presente y amenaza lo futuro. Los diarios no nos hablan mas que de crímenes inauditos, de maldades tan atroces que la ley nunca se atrevió á preverlas. Corrompida ya en sí misma, la curiosidad pública se alimenta fria-

mente con estas relaciones espantosas: *matar*, ya es nada para ella, si el asesinato no viene acompañado con los execrables refinamientos de una sevicia bárbara. El suicidio, tan pocas veces visto en otro tiempo, y contra el cual se enfurecia la sociedad con tanto rigor y razon, el suicidio que en todas partes donde reina el Cristianismo inspira una consternacion profunda, no excita hoy ni aun la sorpresa, y... ¡cosa prodigiosa! está protegido por la autoridad civil contra la vindicta santa de la Religion. Yo no hablaré de las numerosas violaciones de las propiedades, del menosprecio del juramento, la avaricia, el egoismo, ni de todos estos vicios que se llaman nuestras costumbres; todo se concede, y todos convienen en la depravacion del pueblo y dicen: « *esto proviene de que está ciego*, es necesario ilustrarle... » ¡Ilustrarle! ¿y cómo? Propagando las luces del siglo por una enseñanza rápida de los primeros elementos de nuestros conocimientos. Segun parece, han observado que la virtud se proporciona siempre al grado de instruccion. Yo me atrevo á du-

Conservando, como lo ha hecho España, como primer fundamento de toda educacion las doctrinas religiosas, que en nada se oponen, antes fomentan las verdaderas luces, se evitan los inconvenientes que va á exponer M. de la Mennais, suponiendo excluida la antorcha de la fe, que es la única que puede iluminar al hombre. (N. D. T.)

darlo algun tanto, aunque se me cite entre otras pruebas los liceos de Bonaparte.

Después de haber perdido la verdad se quiere que la ciencia la supla, se pretende que esta haga las veces de todo en la sociedad, de la Religion, moral y felicidad; en fin que los hijos de Adán vivan y se alimenten con el fruto que mató á su padre. Yo temo mucho que este alimento envejeciéndose se haya hecho mas malsano para la especie humana. Veamos entre tanto, cuales son las ventajas que se nos prometen.

Cuanto mas se instruyan los hombres, mejor conocerán sus intereses.... tanto peor; porque no considerando mas que este mundo en sí solo, su interés no es ciertamente obedecer las leyes del orden, viviendo en la indigencia al lado del rico, en el abatimiento cerca de los grandes, y en el trabajo entre los que descansan. Si la Religion les obliga á esto, si exige de ellos este grande y maravilloso sacrificio, no es ciertamente por su interés presente; y tambienes muy absurdo, muy ridículo y mas que odioso, decir con un tono dogmático á las tres cuartas partes del género humano: *Sufrid porque esto es lo que os interesa.*

La instruccion, añaden, les proporcionará los medios de mejorar algun día su suerte. Mejor seria decir que les dará un deseo inútil que los atormentará,

y les disgustará de su estado, siendo este el único fruto que sacarán. Ha habido y habrá siempre, con corta diferencia, la misma proporcion en el número de aquellos que poseen, y el de los que no subsisten mas que de su trabajo; ¿intentais turbar esta proporcion? Si lo haceis, tratando de la felicidad de los hombres, caminais á la destruccion de la sociedad.

Dicen tambien: « Cuando estén instruidos, los condenará el temor, porque sabrán las penas que están guardadas para los violadores de las leyes.... » no habia yo oido decir que hasta ahora las ignorasen. Mas en fin entiendo lo que esto significa: quereis decir, que al menos tendrán, en su miseria, la dulce satisfaccion de poder leer la ley que les condena, si no la observan, á envejecer con una cadena, ó morir en un cadalso. La consideracion es interesante y digna de la filantropia de nuestro siglo. No hay seguramente lujo en ella; es lo puro necesario en punto de consuelos.

Muy triste cosa es verse obligado á refutar estas razones pueriles, que alegan sin vergüenza para defender un sistema *antisocial*: le llamo *antisocial* y con tanta mas firmeza, quanto con la autoridad de la experiencia, tengo á favor mio la de un hombre de estado, cuya profunda sabiduria ha hecho época en los anales. Oigamos á Richelieu.

« Así como el conocimiento de las letras es necesario en una república, también es cierto que no deben enseñarse indiferentemente á todo el mundo. « A la manera que un cuerpo que tuviera ojos en todas sus partes sería monstruoso, lo sería lo mismo un Estado, si todos los súbditos fuesen sabios; y esto se haría notar en la falta de obediencia, porque serían generales el orgullo y la presunción. La ocupación de las letras desterraría absolutamente la del comercio, que colma de riquezas los Estados, arruinaría la agricultura, verdadera madre-nutricia de los pueblos, y dejaría desierta en corto tiempo la almasiga de los soldados que se forman más bien en la rudeza de la ignorancia que en la finura de las ciencias; en fin llenaría la Francia de charlatanes más á propósito para arruinar las familias particulares y turbar el orden y reposo público, que para procurar ningún bien á los Estados. Si las letras estuviesen francas á toda clase de ingenios, se verían más gentes capaces de formar dudas que de resolverlas, y muchos serían más propios para oponerse á las verdades que para defenderlas. »

¿Será una profecía lo que acabamos de leer? Casi

¹ *Testament politique du cardinal de Richelieu. cap. II. secc. X. págs. 168 y 169. Edic. de 1764.*

podía pensarse, si no supiésemos que el buen sentido, este maestro de la vida humana, es en sí mismo como una especie de inspiración dada á aquellos que gobiernan, cuando Dios quiere la salud de los imperios.

Y bien, me dirán ¿qué inferis de esto? ¿Se debe dejar al pueblo sin educación? — ¿Quién pretendió nunca cosa semejante? No ciertamente: es necesario que el pueblo reciba una educación verdadera, que abrace todo el hombre, y le forme para el estado social, porqueno hay más razón para llamar educación á una instrucción fútil, que según las circunstancias viene á ser un bien ó un mal, que para llamar sociedad á una academia.

Definamos las palabras y aclararémos las ideas. *Educación* significa desenvolvimiento, desarrollo. Así el objeto de la educación es desenvolver las facultades del hombre y por tanto arreglar su uso, pues que las direcciones viciosas que se las da, el abuso que se hace de ellas contrarían y retardan su desarrollo. Se ve pues que la felicidad de los individuos y el orden de la sociedad dependen de la educación.

El hombre nace muy pobre; no trae consigo ni un primer pensamiento, ni un sentimiento. Siendo incapaz de obrar, porque los movimientos no son acciones, moriría sin haber vivido, si los que le rodean no

le prestasen los mismos servicios, que ellos recibieron al entrar en la vida. Pero esta criatura tan indigente y débil, esta criatura que nada conoce, posee una inteligencia que podrá conocer á Dios mismo: esta criatura que nada ama; tiene un corazón que podrá amar un bien infinito: esta criatura que no sabe usar de sus órganos para la conservación del cuerpo, podrá mandarles las acciones más sublimes, y si la virtud lo exige, ordenar al mismo cuerpo que muera.

Y ved aquí como las facultades y potencias del niño se desenvuelven siempre en la sociedad: la palabra despierta la inteligencia; esta á su tiempo despierta los afectos, y la vida moral comienza por un acto de fe y amor. El niño que nada conoce, de nada puede juzgar; su entendimiento recibe la verdad del mismo modo que su boca la leche materna; piensa porque cree, y se conserva porque obedece.

Sucedará lo mismo á proporcion que vaya creciendo, porque los caminos de la naturaleza, ó más bien las leyes establecidas por la sabiduría de Dios son uniformes. El niño adelantará en inteligencia, á medida que participe de las verdades sociales, y arrojándolo todo en él, hasta los deseos, perfeccionarán su corazón y aun sus sentidos, preservándoles de los vicios que los alteran.

Nótese entre tanto que las verdades necesarias al

hombre no están sujetas, por la sociedad, á su juicio, como ni los preceptos que se siguen de ellas; lo que no sucede con las opiniones que puede no conocer sin inconveniente, y que muchas veces suele serle útil ignorar. Le dice: *Esto es así; creed*. Se las presenta como regla inmutable de sus pensamientos y voluntad, como condiciones de la vida intelectual y moral.

Y esto nos lleva á una consecuencia importante; y es, que la educación social, grande y sencilla como la misma sociedad, consiste en dar á cada uno de sus miembros, no un sobrante vano de ciencia, lujo peligroso del espíritu, sino lo que es necesario para vivir en calidad de ser inteligente, el conocimiento de las leyes, la verdad y el orden.

El cuerpo reclama en la primera edad casi todos los cuidados: los usurpa luego si la verdad no acude á desenvolver la inteligencia, ó cuando verdades imperfectas no la desenvuelven sino imperfectamente. He aquí porque los pueblos paganos, que la filosofía nos cita como modelos, daban tanta importancia á la educación del cuerpo. Mas por muy civilizada que estuviese en ellos la sociedad, estaba todavía cerca de estado de su infancia, ó salvaje; y cuando nosotros, no ha mucho, volvimos á acercarnos á él también, vimos renacer los cuidados exclusivos en la educación del cuerpo, los ejercicios gimnásticos, la danza y la

natacion. Huyó la inteligencia ; y cultivamos lo que nos quedaba.

No quiere decir esto que las artes del ingenio y de la imitacion no puedan resplandecer con singular brillo en estas sociedades imperfectas, estas porque dependen inmediatamente de los sentidos, aquellas porque, siendo hijas de las pasiones, las excitan y adulan. « El refinamiento ó las sutilezas del ingenio « no le hacen mas cuerdo, » dice Montaigne¹. Las letras no han introducido en el mundo ni una sola verdad útil ; su adelanto pues no anuncia un verdadero desarrollo de la inteligencia ; y esto es lo que hace que puedan conciliarse con una profunda corrupcion. En Roma en tiempo de los Fabios, Escipiones y Paulo-Emilios se creia en la divinidad, en las obligaciones y en las leyes de la pátria : bajo el imperio de Augusto se mofaban de todo esto ¿ cuál era el siglo de las luces ? ¿ Dudais ? pues ¿ decidme cuál era el de la virtud ?

¿ Os habeis de obstinar siempre en no comprender que estar ilustrado es conocer el orden en sus relaciones con nosotros, poseer las verdades necesarias para alcanzar nuestro fin, y que hay infinitamente mas luz en la razon de un pobre trabajador, instruido por la

¹ *L'affinement des esprits n'en est pas l'assagissement.*

Religion de las leyes de su ser, obligaciones y destino que en la cabeza de Aristóteles y Platon ?

Las letras y las ciencias, consuelo de nuestro tedio y aburrimiento, no son mas que una diversion, un poco mas noble si se quiere que la caza ; pero no menos futil. Comunican á los talentos un movimiento que no tiene direccion esencial : de suerte que en los pueblos, cuya inteligencia está oscurecida ó poco desenvuelta, no son casi siempre otra cosa mas que un instrumento de las pasiones que las corrompen, y las que ellas tambien corrompen á su vez. Rousseau vió esto con mucha claridad ; pero se engañó en creer que las letras corrompen las naciones por un efecto que las sea propio. El siglo de Luis XIV, en que recibieron de las doctrinas que reinaban entonces tan hermosa y elevada direccion, deberia haberle desengañado de este error. La gloria en aquel siglo inmortal no era mas que un destello ú adorno de la virtud.

Es muy notable que antes del Cristianismo nadie pensó en tratar de la educacion del pueblo. ¿ Qué instruccion en efecto le habia de dar el Estado ? La ciencia de las obligaciones solo se conservaba por una tradicion doméstica ; y ciertamente no fueron tan locos los antiguos que intentasen formar un pueblo de literatos y sabios.

Habia entre ellos escuelas abiertas para los ociosos, donde los grandes y ricos venian á comprar, ya preceptos de retórica, ya principios de impiedad y disolucion. Mas, gracias á la avaricia de los maestros, el pueblo estaba al abrigo de su enseñanza.

Jesucristo es el primero y el único que ha dicho: *Dejad á los pequenuelos venir á mí.* Porque tenia que enseñarles una ciencia que los retóricos y filósofos no han conocido, la ciencia del hombre y de la sociedad. Se han acercado estos pobres, estos pequenuelos á oír al Maestro que les llamaba, le oyeron y creyeron, y el mundo se renovó.

La educacion se espiritualiza en el seno del Cristianismo que se esfuerza á arrancar al hombre del imperio de los sentidos; que, revelándole todas las verdades realmente útiles, establece en su corazon el reino de la virtud: y todos los hombres sin excepcion, pudieron participar de sus beneficios y participar con igualdad, porque todos pueden igualmente creer las verdades necesarias, amar el orden, y obedecer.

Esta es la educacion cristiana: ¡Y cuán grandiosa es! ¡A qué altura no eleva al niño! Deposita en su entendimiento todas las verdades que fecundaron el talento de Bossuet, animaron el alma de Fenelon, produjeron (nunca olvidemos esto) las virtudes de Vicente de Paulo, ¿qué digo? No solo esto. La edu-

cacion cristiana comunica al niño el espíritu, la fuerza, la vida de la sociedad que formó estos hombres maravillosos, al mismo tiempo que le prepara para una sociedad mas perfecta.

Pero me acuerdo que nada he hablado de lectura, escritura, ni aritmética... La Religion que nada menosprecia, que nada descuida, sino que pone cada cosa en su lugar, porque es la ley del orden, ve en estos conocimientos, hoy dia tan ponderados, un instrumento útil cuando se dirige bien su uso, peligroso cuando se abandona á las pasiones. Entre tanto el fin que se propone el Cristianismo es tan elevado, agranda de tal modo por su importancia la de los medios que pueden servir para acercarse á él, que las letras nunca tuvieron un protector mas fiel, ni mas poderoso que la Religion. Cuando las letras desoladas huían de los bárbaros, se refugiaron á los claústros, á las habitaciones de los obispos, y de allí es de donde salieron para hermosear de nuevo á Europa.

Imitemos á nuestros padres, nada excluyamos: todo es bueno, con tal que esté en su lugar. La ciencia tiene sus ventajas ¿quién lo disputa? Pero la virtud vale mucho mas todavía. Un Estado puede pasar fácilmente sin academias ni universidades; pero jamas sin buenas costumbres ni sin Religion, ó al menos, no puede subsistir mucho tiempo. La sociedad no vive

sino por el desempeño de las obligaciones respectivas : la enseñanza pues de estas forma toda la educacion social. Mas , por una de las hermosas armonías que á cada paso se descubren en el plan del Criador, sucede que esta educacion no es menos necesaria al hombre que á la sociedad, que ella es la única que desenvuelve y perfecciona todas sus facultades ; y yo veo aquí la razon de este precepto grandioso del Cristianismo : *Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial.* Tiene el hombre una obligacion de caminar á la perfeccion , porque esta no es en si misma mas que el cumplimiento de todas las obligaciones.

Así la obligacion de conocer y creer la verdad desenvuelve y perfecciona la inteligencia ; la obligacion de amar el orden , desenvuelve y perfecciona el corazon ó el amor ; la obligacion de obedecer este orden inmutable , desenvuelve y perfecciona hasta los órganos sensibles y materiales , y los pueblos que tienen buenas costumbres , son notables por la fuerza y belleza del cuerpo.

Si estas consideraciones no parecen desprovistas de justicia , ruego se apliquen á los dos métodos , diré mas propiamente , á los dos sistemas de educacion combatidos y defendidos hoy con tanto calor. Puede que den alguna luz sobre una cuestion que se enlaza con los mayores intereses de lo futuro. — *F. de la Mennais.*

NOTA XXVIII (pág. 502). — « Entre tanto, « oídlo de boca del gran Maestro : Hagais lo « que hiciéreis, *habrá siempre pobres entre vo- « sotros.* »

Tenia sin duda derecho, una Religion que puso en su primer mandamiento, unidos el amor de Dios y el del prójimo, para decir lo que jamas dijo ni podrá decir la filosofia de la carne, *bienaventurados los que lloran* ; porque además de prodigar con dulzara sus esperanzas gloriosas á los pobres, á quienes franquea y facilita el camino de la felicidad eterna, con ventajas sobre los ricos, impone á estos como una de sus primeras obligaciones y cargos, su socorro. Así el clero nunca ha sido, ni debió ser, mas que el administrador de los bienes consagrados al culto y la limosna.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS 49.

INDICE

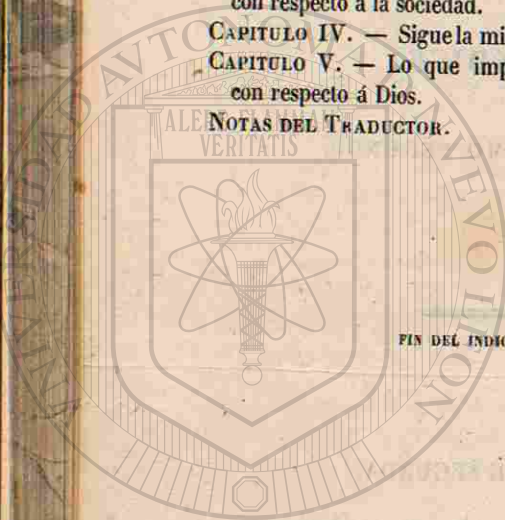
DEL TOMO SEGUNDO.

PARTE SEGUNDA.

- CAPITULO I.** — Reflexiones sobre la demencia de aquéllos que sin raciocinar solo son indiferentes por indolencia y pereza. Exposición de los únicos principios en que se puede fundar la indiferencia que nace del raciocinio. 4.
- CAPITULO II.** — Importancia de la Religión con respecto al hombre. 36



CAPITULO III. — Lo que importa la Religion con respecto á la sociedad.	105
CAPITULO IV. — Sigue la misma materia.	209
CAPITULO V. — Lo que importa la Religion con respecto á Dios.	309
NOTAS DEL TRADUCTOR.	371



FIN DEL INDICE.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IMPRESA Y FUNDERIA DE EVERAT,
CALLE DEL CORDON 16.

